

Recuerdos Olvidados

Maryah Well



RECUERDOS OLVIDADOS

MARYAH WELL

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

—¡Doctor! ¡Se ha despertado! —gritó una voz masculina.

Los ojos verde jade de Ciara se abrieron con lentitud dejándolos un poco entrecerrados mientras se acostumbraban a la luz fluorescente de la habitación naranja y cuadrada. Observó a su alrededor intentando recordar lo que había pasado y comprender dónde estaba. Nunca había visto ese lugar. Sus ojos se detuvieron en el rostro iluminado y alegre de un atractivo hombre castaño de ojos turquesa y piel bronceada que la miraba con amor. Lo recorrió de arriba abajo. Las manos fuertes y callosas del hombre agarraron la fina y suave mano de la chica, acariciándole el dorso con el pulgar.

—Cariño, ¿cómo estás? —le preguntó el hombre en inglés, rozándole la mejilla con la yema de los dedos.

—¿Cariño? —la chica estaba desconcertada.

Un hombre con las arrugas de los años marcadas en su moreno rostro y un enorme bigote blanco encima del labio superior entró en la habitación cogiendo la pequeña linterna con forma de bolígrafo del bolsillo de la bata blanca, se acercó a Ciara y apuntó a sus ojos con la linterna.

—Señora Carmichael, ¿cómo se encuentra? —le preguntó el rechoncho doctor con un leve acento árabe mientras consultaba los resultados en los monitores.

—Confundida. Creo que se ha equivocado de paciente. Mi nombre es Ciara Marazzi.

—No me he equivocado, señora. Ese es el apellido de su marido —le respondió el médico señalando al hombre sentado en la camilla al lado de ella.

—¿Mi marido?

—Sí, cariño. ¿No me recuerdas? —El señor Carmichael le agarró la mano un poco más fuerte—. ¿Qué le pasa, doctor? —preguntó preocupado. ¿Por qué no lo recordaba?

—Es posible que tenga amnesia postraumática. Se dio un gran golpe en la cabeza cuando tuvo el accidente. Era...

—¿Accidente? —lo interrumpió Ciara aún más confundida que antes.

—Es normal que no lo recuerde. Señora Carmichael, tuvo un accidente de coche hace un mes. Ha estado en coma desde entonces —prosiguió el médico—. Lo cierto es que es un milagro que se haya despertado.

—Doctor, ¿va a recuperar la memoria? —preguntó el marido de la chica.

—Sí, pero llevará tiempo. Tendrá que tener mucha paciencia. ¿Puedo hablar un momento con usted a solas? —el doctor le hizo una pequeña seña con la cabeza para que lo siguiera hacia el pasillo.

—Por supuesto. No tardaré, cariño —le dejó un tierno beso en la frente a la chica, le dedicó una sonrisa llena de amor rozándole la mandíbula con la punta de los dedos y acompañó al médico.

Ciara lo siguió con la mirada. Los dos hombres se quedaron detrás de la puerta azul cerrada.

—¿Qué ocurre, doctor? —le susurró el señor Carmichael.

—Su esposa está bien, pero quiero advertirle que no es prudente que le dé una mala noticia, al menos por ahora.

—Entiendo.

—Debería esperar a que empiece a recordar y ella misma le pregunte.

Un alto y fornido enfermero pidió paso, interrumpiéndolos. Entró en la habitación con una bandeja de metal en las manos y se acercó con pasos firmes hasta la cama. El doctor cerró la puerta alejando al señor Carmichael de la habitación, hacia el mostrador donde una enfermera estaba sentada delante del ordenador.

—Buenas noches, señora Carmichael —la saludó el enfermero.

El tono de desdén con el que la saludó hizo que las alarmas de peligro saltaran y retumbaran en su cabeza con estruendo. Ciara se incorporó un poco en la cama para acomodarse y prepararse para atacar si hacía falta.

El enfermero cogió la jeringuilla de la bandeja e introdujo el líquido transparente de la pequeña botellita en ella. Le sacó el aire que había dentro y cogió un trozo de algodón empapado en alcohol.

—¿Para qué es eso? —quiso saber Ciara mientras sentía el frío contacto del algodón empapado en la parte interior del brazo derecho. Parecía tranquila, pero por dentro la adrenalina la hacía estar nerviosa como una leona

enjaulada.

—Es un analgésico para que no le duela la cabeza.

Las alarmas retumbaron aún más fuerte. Le estaba mintiendo. Podía olerlo. El enfermero acercó la aguja al brazo de Ciara. Estaba a punto de introducirla cuando la mano de la chica lo paró.

—Tú no eres enfermero y eso no es ningún analgésico. ¿Por qué quieres matarme? —le susurró con los dientes apretados.

—Señora Carmichael, no quiero matarla.

—¿Quién te ha enviado? —quiso saber la mujer. Ese tío la estaba empezando a poner un poco..., no, bastante nerviosa.

—Comprendo que esté confusa, señora. No todos los días sale uno de un coma que es imposible del que despierte.

—Oiga, no estoy confusa, y si no quiere perder la vida en menos de un minuto, me va a contar todo lo que quiero saber.

El enfermero pasó la mirada de su cara a la mano de ella que lo sujetaba con una enorme fuerza. Asintió despacio con la cabeza y la mano de Ciara dejó de aferrarlo poco a poco.

—¿Qué quiere saber? —le preguntó el enfermero acercándose a los pies de la camilla.

—¿Qué hace aquí?

—Mi trabajo.

—¿Y ese trabajo en qué consiste, en curarme o matarme? Piense muy bien su respuesta —le advirtió la chica.

—Mi trabajo, señora Carmichael, ha sido y seguirá siendo... ¡matarla!

La mano del enfermero sacó una pistola de su espalda y apuntó a Ciara con ella. Las comisuras de la boca de la chica se elevaron formando una gran sonrisa. El enfermero se quedó desconcertado ante aquella respuesta por parte de ella. ¿No lo tomaba en serio?

—¿Por qué sonrío cuando sabe que va a morir?

—Eres novato, ¿verdad? —la voz dulce y angelical de una chica se escuchó a la espalda del asesino.

—Hola, Edith. ¿Cómo te va? —saludó Ciara a la recién llegada mientras se

acomodaba en la camilla.

—Perdón por la tardanza —le contestó la chica asomando su cabeza castaña con sus ojos marrones y su sonrisa blanca y cálida en su rostro angelical sin dejar de apuntar al asesino con una pistola.

—Tranquila. El joven y yo estábamos charlando.

—Ah. Perdón por interrumpir.

Sin previo aviso, el enfermero le asestó un golpe en el abdomen a Edith haciendo que la pistola dejara de apuntarle a la nuca. Volvió a arremeter contra ella con un golpe en la sien, dejándola en el suelo aturdida.

El asesino apuntó a Ciara con el arma, pero ésta fue más rápida. La bandeja de metal que descansaba en la pequeña mesa al lado de la camilla voló hasta la mano del joven asestándole un golpe que le hizo soltar el arma. Lo golpeó de nuevo, esta vez en la cabeza, y la chica se levantó de la cama quitándose todos los cables. Ciara estaba a punto de abrir la puerta de la habitación cuando el enfermero la apresó entre sus brazos dejándola sin respiración. La muchacha le dio una patada a la puerta cuando el enfermero la levantó en volandas, alejándola de la salida.

El doctor y el señor Carmichael dieron un brinco al escuchar el golpe. El señor Carmichael sacó su arma de la funda de su cintura, abrió la puerta y apuntó al hombre que agarraba a su esposa con fuerza y rabia.

—¡Suéltala! —le gritó al enfermero.

—¡Suelta tú el arma! —le respondió con furia.

—¡Que la sueltes! ¡Ya!

De repente, Ciara golpeó con su cabeza al enfermero rompiéndole la nariz. El asesino dio un grito soltando a la chica y se llevó las manos a la cara. El señor Carmichael estaba sorprendido. La muchacha arremetió contra el enfermero asestándole una patada y cogiendo la pistola con rapidez. Apuntó a la cabeza del asesino y disparó. El cuerpo inerte del joven cayó al suelo con un agujero en la frente.

—Cariño, ¿qué está pasando? —quiso saber el señor Carmichael.

Estaba completamente anonadado. ¿Cuándo había aprendido su esposa a pelear así? ¿Cuándo había aprendido a disparar?

—No lo sé —contestó Ciara.

Esa era la verdad, no lo sabía. No tenía ni la más remota idea. Al parecer, toda su vida había cambiado por completo y ella no lo recordaba, no lograba recordarlo.

—Yo puedo contestar a eso —le dijo Edith levantándose del suelo y guardando su arma en la parte trasera del pantalón. Parpadeó varias veces para recobrar el sentido y apoyó la mano en la camilla, sujetándose para no caerse.

—¿Y tú quién eres? —quiso saber el hombre.

—Edith Larsson, encantada.

—William Carmichael —le tendió la mano, pero no muy confiado—. Soy su...

—Sé quién eres —lo interrumpió la chica—. Será mejor que nos vayamos a un lugar más seguro.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando, hermana? —le preguntó Ciara preocupada.

—Primero tenemos que irnos, después, cuando estemos a salvo, os lo contaré todo.

Capítulo 1

Alley City, Isla Nova. Seis meses antes.

Mayo, 2021. Puerto Beruga. Amarre 86.

La oscuridad se cernía sobre el puerto. Al noroeste, el faro revelaba la posición a los barcos que se atrevían a seguir su camino por esas aguas congeladas de noche. Aquella noche, sólo un barco se dirigía a esas horas de la madrugada hacia el puerto, sigilosamente.

Un hombre vestido con su mono azul de trabajo salió de un gran contenedor rojo de mercancías que reposaba en el frío y húmedo hormigón del puerto a la espera de su traslado. El regordete hombre se acercó al amarre que le había asignado al enorme barco negro que se acercaba lentamente, cogió la gruesa cuerda que le tiraron desde cubierta y la ató. Dos hombres de piel morena y armados con subfusiles pusieron una tabla entre un lateral del navío y el astillero de madera. Otros dos hombres se acercaron hacia la improvisada pasarela de madera y bajaron de la embarcación.

El regordete trabajador del puerto los observó con el sudor metiéndosele en los ojos. Estaba nervioso, muy nervioso.

El desalojo del barco comenzó. Las mujeres y niños escondidos en las bodegas como si fueran animales salieron desfilando por la pasarela abrazados unos a otros y sollozando de miedo.

—Entrad en el contenedor —les ordenó uno de los hombres que habían bajado con acento colombiano. Apuntó a las mujeres con el arma y las escoltó hasta que entraron en el contenedor—. Calladitos —les advirtió antes de cerrar la pesada puerta de metal.

El hombre regordete cogió una mochila negra que descansaba en un lateral del contenedor y se la entregó al hombre armado.

—¿Cuándo quiere la próxima entrega? —le preguntó el colombiano abriendo la mochila y mirando en su interior.

—Dentro de... Dentro de dos semanas —respondió el regordete tartamudeando.

El colombiano lo miró desconfiado. Entrecerró sus ojos escudriñándole y lo observó de arriba abajo. Algo estaba fallando. Un pequeño bultito en el mono azul del hombre llamó su atención. Dio un paso hacia él y le bajó la cremallera de un tirón. El velludo pecho quedó al descubierto dejando ver el pequeño micrófono que tenía pegado con un poco de esparadrapo.

—¡Traidor! —gritó el colombiano en español, alertando a sus compañeros y cogiendo con rapidez el subfusil para apuntar a la cabeza del chivato.

El estruendo de un arma al ser disparada se escuchó en el silencio de la noche. El colombiano abrió los ojos de par en par y cayó al suelo con una bala entre ceja y ceja.

—¡Interpol! ¡Tiren las armas y no se muevan! —gritó una voz autoritaria que se acercaba al segundo hombre que había desembarcado apuntándolo con su arma reglamentaria.

Los motores del barco rugieron mientras se alejaba con una rapidez pasmosa. Ya estaba a unos cuarenta metros del puerto cuando cuatro esbeltas sombras salieron a gran velocidad de entre los contenedores amontonados. Corrieron hacia el barco y saltaron al llegar al final del astillero. Las cuatro sombras cayeron en el barco a la vez y en décimas de segundos se levantaron y redujeron a los diez enemigos con movimientos feroces, ágiles y certeros.

—¡Comisario! —lo llamó un hombre acercándose mientras apuntaba al colombiano que había dejado el subfusil en el suelo y levantado las manos.

—¿Has visto eso? —preguntó Will con la boca abierta.

¿Quiénes eran esos cuatro? ¿Cómo habían podido saltar esa distancia?

—¿El qué? —No sabía a qué se refería su jefe—. ¿Está bien?

Will se había quedado petrificado, ensimismado mirando hacia el horizonte donde había desaparecido el barco y las cuatro sombras.

—Llevarlos a las instalaciones de la agencia para interrogarlos —le dijo el comisario a su compañero que esposaba en ese momento al colombiano.

El comisario seguía mirando al horizonte como si pudiera ver el barco.

—Estamos listos, jefe —le informó uno de los agentes.

Will asintió y dio media vuelta para dirigirse hacia el Hammer negro que lo esperaba. Se subió al vehículo y el conductor puso rumbo hacia la agencia seguidos por otros tres coches y una furgoneta en la que iban las mujeres y

niños secuestrados en Colombia para ser deportados de nuevo a su país, sanos y salvos.

Después de dos horas interrogando al colombiano, Will salió de la sala gris y húmeda ataviada con una silla de metal y unas cadenas sujetas al suelo que mantenían al detenido sentado en la fría silla.

Al otro lado del falso espejo rectangular, un hombre trajeado, con el paso de los años reflejado en sus manos y su rostro serio, lo esperaba mirando fijamente con sus ojos negros al preso.

—No ha dicho nada —le informó Will cerrando la puerta de la segunda habitación.

—¿Qué está murmurando? —le preguntó el hombre intentando leer los labios del colombiano.

—Una oración. Lo dice en español.

—Dejémoslo por esta noche. Ve a descansar y mañana lo intentaremos de otra forma. Necesitamos esa información —el tono frío de su voz hizo que los pelos de la nuca de Will se erizaran.

El comisario asintió echando una última mirada al detenido y se alejó por el largo y estrecho pasillo hasta las escaleras de caracol que llevaban al exterior del edificio.

El viento helado de la noche aulló entre los arcos de la muralla que rodeaban el patio en un perfecto y hermoso cuadrado de piedra y enredaderas.

Will respiró hondo, dejando que el aire frío entrara por sus fosas nasales hasta los pulmones, despejándolos del aire turbio y cargado del sótano. Cerró los ojos disfrutando del silencio de la noche hasta que un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Abrió los ojos y vio una silueta negra, agazapada en la muralla del edificio, observándolo. El hombre parpadeó una vez llevándose la mano hacia la pistola enfundada en su cintura, pero no llegó a sacarla. En milésimas de segundos, lo que dura un parpadeo, la sombra había desaparecido. Miró a su alrededor, recorriendo toda la muralla que rodeaba al edificio. “¿*Dónde está?*”, se preguntó corriendo hacia la puerta doble abatible que daba paso al enorme edificio de tres plantas. Subió las escaleras de mármol gris a toda velocidad hacia la azotea y observó con atención toda la muralla. No había nada ni nadie. ¿Cómo había podido esa sombra llegar hasta allí arriba sin que

la alarma diera el aviso? ¿Cómo había podido desaparecer tan rápido? De pronto recordó las cuatro siluetas que habían saltado al barco. ¿Alguna de ellas lo estaba siguiendo? Y si era así, ¿por qué? “¿*Qué está pasando?*”, se preguntó masajeadose las sienes. La cabeza le dolía horrores.

El sol se levantó iluminando toda la isla y despertó a Will. Los rayos de luz entraron por la ventana del despacho del comisario jefe, en la primera planta del edificio de la Interpol. Will abrió los ojos lentamente, acostumbrándolos a la claridad. Se incorporó en la silla, acomodándose y arreglándose la corbata negra y la camisa blanca. Unos pequeños golpes sonaron en la puerta.

—Adelante —contestó el comisario encendiendo el portátil que descansaba encima de la mesa negra de cristal tintado y mirando la nota que su secretaria le había dejado delante.

—Jefe, homicidio en un restaurante —le informó Roberto, uno de sus subalternos, con su leve acento mejicano.

—Voy para allá.

El comisario cerró el portátil, se levantó cogiendo la chaqueta negra del traje y salió de su despacho hacia el ascensor, al final del pasillo. Tocó el botón del semisótano y miró el móvil mientras el aparato descendía hasta su destino. Cuando el elevador se paró, cogió las llaves del coche del bolsillo del pantalón, le dio al botón y las luces del Ford Focus negro parpadearon con un pequeño pitido, abriéndose.

Will abrió la puerta del vehículo y se sentó enfrente del volante. Se abrochó el cinturón con un bostezo, arrancó el motor, quitó el freno de mano, metió la primera y salió despacio del hueco reservado para él en el aparcamiento. Giró a la izquierda, dirigiéndose hacia la barrera de la salida, pero se detuvo en seco cuando vio que una sombra se movía entre los coches aparcados. Se desabrochó el cinturón de seguridad con rapidez y salió del vehículo preparado con la pistola. Cerró la puerta despacio y se alejó en silencio hacia el todoterreno de su derecha para interceptar a la sombra dos coches más adelante. Apuntó con el arma hacia donde la había visto, pero no encontró a nadie. Miró a su alrededor intentando dar con el intruso, sin embargo, no obtuvo rastro de nadie. Sólo estaba él. Volvió a su coche guardando el arma y puso rumbo hacia la dirección del homicidio sin darle más vueltas al asunto.

El comisario atravesó el cordón policial enseñándole la placa al agente y se dirigió hacia el interior del restaurante japonés. Cruzó la puerta dorada y acristalada, y se acercó al forense que estaba acucillado al lado del cadáver.

—James, cuéntame —le dijo Will sacando el iPad de cinco pulgadas del bolsillo interior de la chaqueta para apuntar lo que su amigo le decía mientras examinaba el cuerpo inerte del hombre tumbado en el suelo ensangrentado.

La mirada verde leonina de James recorrió el cadáver y dijo:

—A simple vista la causa de la muerte son los tres tiros que tiene en el pecho.

—Eso también te lo puedo decir yo y no tengo la carrera de medicina. ¿Puedes decirme algo más?

—Sí, que te hace falta desconectar un poco del trabajo y vivir más la vida, ya me entiendes —le dijo guiñándole un ojo con una sonrisa pícaro en sus labios llenos y carnosos.

—Me refería al cadáver —le contestó Will poniendo los ojos en blanco.

—Pues no. Tendrás que esperar a que le haga la autopsia.

—¡Jefe! —le llamó Ricardo desde la puerta del restaurante.

El comisario se acercó a su amigo, con cuidado de no pisar ni mover ninguna de las pruebas esparcidas por el suelo esperando a ser catalogadas y guardadas para su posterior investigación en el laboratorio.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

La cabeza morena de Ricardo se movió hacia la derecha para clavar sus ojos verde esmeralda en el rostro de su superior.

—Esta joven dice que el muchacho ha visto lo que ha pasado —le dijo el hombre señalando a una joven muchacha rubia y menuda que estaba al lado de un chico bajito, enjuto, moreno y que no dejaba de mirar y retorcerse las manos mientras murmuraba algo ininteligible.

Will echó un vistazo al chico y agudizó el oído para poder oír lo que decía, pero fue inútil, el chico hablaba en italiano y no entendía ni una palabra. Miró a la joven que le sonreía con coquetería y le preguntó:

—¿Qué está diciendo?

—Muere, maldito. Boom, boom, boom. Lo repite una y otra vez como un disco rayado —contestó la chica poniendo los ojos en blanco con pesadez.

—¿Cómo se llama?

—Maya, encantada de conocerle.

El comisario suspiró mientras Ricardo disimulaba una sonrisa.

—Me refería al joven —la corrigió el comisario para sacarla de su confusión.

—Ah. Piero, se llama Piero.

—¿Por qué no para de enredar los dedos de la mano? —quiso saber Ricardo. Se estaba mareando de verlo.

—Es una obsesión, no puede dejar de hacerlo.

El comisario dio un pequeño paso hacia el muchacho y se agachó un poco para poder mirarle a los ojos.

—Piero, mi nombre es William, pero puedes llamarme Will. Soy el comisario jefe de la Interpol, ¿puedo hacerte unas preguntas? —El chico asintió sin dejar de mover los dedos—. ¿Has visto lo que le ha pasado a ese hombre? —volvió a asentir—. ¿Me lo puedes contar? —la voz del comisario era suave y aterciopelada para no asustar al joven. La cabeza del chico se movió de derecha a izquierda, negando—. ¿Por qué?

—No, no, no... —contestó Piero negando enérgicamente con la cabeza y moviéndose con nerviosismo—. Ciara, Ciara, Ciara.

—Está bien, tranquilo —Will volvió su atención hacia la chica que resopló cruzando los brazos—. ¿Quién es Ciara?

—Yo soy Ciara —la voz sensual de una mujer se escuchó detrás del muchacho.

Maya se enderezó, seria y firme al escuchar la voz de la mujer y con los ojos abiertos de par en par, asustada.

El comisario miró a la mujer que estaba a la espalda de Piero y el corazón se le paró. Una chica morena, alta, sexi y con unos ojos verde jade con forma de almendra le miraba fijamente y casi sin pestañear.

—Maya, ¿podrías explicarme porqué mi hermano, al que te dejé a cargo, está siendo interrogado por la policía?

—Bueno, es que yo... —comenzó a decir la chica nerviosa.

—Creí que te había dejado claro que no podías dejarlo solo en ningún momento y por ninguna circunstancia —el tono de su voz no había subido en ningún instante, pero su seguridad y la autoridad que desprendía dejaba clarísimo quién era la que mandaba.

—Lo sé, pero...

La fina mano de Ciara se levantó despacio para que la muchacha se callara y bajara la mirada al suelo, sumisa a la orden silenciosa de su jefa.

—Estás despedida. Mañana tendrás el dinero correspondiente a la duración de tu trabajo.

—Pero, señora... —una lágrima recorrió la mejilla de la chica que empezaba a desmoronarse emocionalmente.

La mujer la miró con detenimiento, clavando su mirada depredadora en ella. Maya tragó saliva con dificultad al sentir las dagas que esa mirada le lanzaba. De nuevo bajó la mirada al suelo y se fue del restaurante sin rechistar.

Will estaba asombrado, mirándola con la boca abierta. Esa mujer tenía más autoridad que él mismo.

Ciara regresó su mirada verde jade hacia el comisario y le preguntó:

—¿Por qué está interrogando a mi hermano?

Will quiso decir algo, que de su boca salieran palabras, contestar a la pregunta de la hermosa mujer que estaba enfrente de él, ahora interponiéndose entre él y su único testigo, pero le fue imposible. Era como si se hubiese quedado sin voz.

—La chica nos ha dicho que ha visto el asesinato —respondió Ricardo dándole tiempo a su amigo para que bajara de las nubes y se recompusiera.

Ciara se dio la vuelta despacio, dando el tiempo suficiente para que Will pudiera ver todas y cada una de sus curvas debajo de su vestido negro que se ajustaba a ella como una segunda piel. Acarició la cuadrada mandíbula de su hermano, bajó la voz un poco más y le preguntó con dulzura:

—¿Eso es verdad, cielo? —El joven asintió levantando la mirada marrón chocolate con pequeñas motas doradas hacia su hermana—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro? —Volvió a asentir con una sonrisa doblada—. ¿Quieres ir a casa? —la sonrisa del joven se ensanchó—. Vamos.

Ciara cogió la mano de su hermano y lo guio hacia el exterior del restaurante.

—¡Espere! Necesitamos hacerle unas preguntas antes —le dijo Ricardo siguiéndola.

—En otro momento, ahora no está en condiciones para responder a nada —contestó la chica caminando hacia el Lexus LC 500h rojo fuego aparcado cerca del cordón policial.

Ricardo miró a su amigo que seguía pasmado observando a la mujer. Chasqueó los dedos delante de su cara y éste por fin reaccionó.

—Se lo lleva —le informó apurándolo.

Will parpadeó varias veces y salió corriendo del restaurante hacia el Lexus. El motor del coche se encendió y el testigo del asesinato se marchó sin darle oportunidad para interrogarlo. El comisario memorizó la matrícula, cogió su iPad y la tecleó en el programa de identificación. La dirección de la chica salió en la pantalla. La leyó, miró a su alrededor buscando su coche y corrió hacia él. Dejó el iPad en el asiento del copiloto, arrancó y se marchó.

Ciara dejó el coche en su plaza de garaje, ayudó a su hermano a salir del vehículo y se encaminaron hacia el ascensor del edificio donde vivían. Piero apretó el botón del número cuatro en relieve y el elevador subió.

—Cielo, ¿seguro que estás bien? —le preguntó a su hermano casi en un susurro.

—Seguro.

Las puertas del ascensor se abrieron y Ciara se quedó petrificada en el pequeño cubículo del elevador.

—¿Qué hace usted aquí? —inquirió sorprendida.

El comisario cogió aire para recuperar el que había perdido al subir hasta el cuarto piso por las escaleras a toda velocidad y contestó:

—Tengo que... hacerle unas preguntas... a su hermano.

—No creo que mi hermano esté en condiciones para responder a sus

preguntas —replicó la mujer sacando las llaves del bolso y acercándose a la puerta de su apartamento.

—Pues yo creo que es el mejor momento.

Ciara se quedó parada con la llave dentro de la cerradura, se dio la vuelta para encarar al hombre y le dijo levantando un poco la voz:

—Me da igual lo que usted crea.

—Oiga, si se niega a que su hermano declare estará obstruyendo la investigación y me verá obligado a detenerla —Will dio un paso hacia ella, mirándola fijamente a los ojos, con decisión.

La mujer levantó su mirada verde jade hacia los ojos turquesa del comisario. Dio un paso hacia él. Su cabeza le llegaba a los ojos del hombre, haciéndola parecer más bajita y delgada de lo que era al lado del alto y fornido cuerpo del comisario.

—Atrévase —lo retó sin acobardarse.

Will parpadeó asombrado. Nadie, nunca en su vida, le había retado como lo estaba haciendo esa mujer. Su cerebro intentaba procesar toda aquella situación lo más rápido posible. ¿Debería detenerla para darle una lección?

Los ojos de la mujer no dejaron de mirarle en ningún momento. La mano de Will se movió hacia las esposas que tenía colgadas en el cinturón, las cogió, agarró el brazo de la mujer, le dio la vuelta, apoyándola contra la pared, y la esposó.

—¿Qué está haciendo? ¡Suélteme! Tengo todo mi derecho a negarme. Soy la tutora legal de mi hermano y no voy a dejar... —no pudo terminar.

Piero dio un grito aterrador golpeándose con fuerza la cabeza y resbalando por la pared hasta quedar sentado en el suelo mientras se mecía de delante hacia atrás.

Will y Ciara se quedaron quietos, observando al joven asustados.

—Suélteme —lo apuró la chica.

Will la liberó y ésta se acercó a su hermano, acuclillándose delante de él y sujetándole las manos con fuerza.

—Tranquilo, cielo. Estoy bien. Mírame —su voz había bajado de tono, casi en un susurro—. Solo era una broma.

Piero miró a su hermana con lágrimas en los ojos. Se tranquilizó un poco, dejando de mecerse y de intentar zafarse del agarre de la chica.

—¿Por qué hace eso? —quiso saber el comisario. Sabía que algo le pasaba a ese chico, pero ¿el qué?

—Ha tenido una crisis nerviosa —respondió la mujer acariciando la mandíbula cuadrada de su hermano—. Vamos, cielo. Entremos en casa.

Ayudó a su hermano a que se levantara, abrió la puerta de madera blanca del apartamento y lo acompañó hasta el sillón negro de cuero que tanto le gustaba a él.

—Bubu —le pidió Piero a su hermana con una sonrisa.

—Ahora te lo traigo, cielo —le dedicó una sonrisa cariñosa y se alejó hacia la primera puerta blanca a la derecha del pasillo. Entró en la habitación, cogió el perro de peluche que descansaba en la cama y regresó al lado de su hermano—. Toma, cielo —le dio el peluche y se dirigió a la entrada donde Will seguía esperando—. Márchese.

—No. Necesito hacerle unas preguntas.

—¡Qué pesado es usted!

—Mire, hay un asesino suelto en la ciudad. Si su hermano lo ha visto nos facilitará mucho las cosas.

—Me da igual. Mi hermano no puede darle ninguna información ahora.

—Usted también es muy pesada.

—¡Ciara! —la llamó Piero meciéndose en el sillón.

La chica corrió a su lado y se sentó en el brazo del sillón. Le acarició el pelo moreno con suavidad y le preguntó:

—¿Qué pasa, cielo?

—Déjalo —Piero seguía sujetando su peluche con fuerza.

—¿Estás seguro? —el chico asintió. Ciara suspiró, miró a Will y le hizo una pequeña señal con la mano para que entrara—. Cierre la puerta.

El hombre entró, cerrando la puerta detrás de él como ella le había pedido y se dirigió hacia el sofá, al lado del sillón.

—Will —le llamó Piero.

—Hola, Piero. ¿Me permites hacerte unas preguntas?

—Sí —contestó el muchacho jugando con su perro de peluche.

—¿Viste al hombre que disparó? —Piero asintió—. ¿Puedes describírmelo?

—Tatuaje —respondió el joven señalándose la cara exterior de la mano.

—¿Tiene un tatuaje en la mano? —el muchacho volvió a asentir—. ¿Viste lo que era? —Will estaba emocionado mientras lo escribía todo en el iPad.

—Una viuda negra.

—¿Pudiste ver algo más? —la cabeza de Piero se movió de lado a lado, negando—. ¿Estás seguro?

—Oiga, ya le ha dicho todo lo que recuerda —le reprendió Ciara.

El comisario la observó durante unos segundos sin decir nada. “*Hermosa*”, pensó sin poder apartar la mirada de sus ojos.

—Está bien —claudicó el comisario levantándose del sofá—. Si recuerda algo más, por favor, llámeme —le ofreció una tarjeta con sus datos y se encaminó hacia la salida.

—Adiós —le dijo el joven moviendo una mano por encima de su cabeza con energía.

—Adiós, Piero —volvió su atención hacia Ciara que lo había seguido hasta la puerta—. Encantado de conocerla, aunque haya tenido que ser en estas circunstancias.

—Hasta la vista, comisario —le tendió una mano suave y fina que Will aceptó con mucho gusto.

Una pequeña corriente eléctrica recorrió el cuerpo de ambos haciendo que sus manos se fundieran en uno. Un calor asfixiante y una sensación de alegría llegaron a cada poro de la piel de los dos. Sus respiraciones se aceleraron, casi llegando a la hiperventilación. Los latidos de sus corazones siguieron un solo compás, latiendo a mil por hora.

—¡Ciara! —gritó Piero sobresaltándolos.

La chica dio un brinco al escuchar la voz de su hermano y Will parpadeó saliendo del hechizo que los ojos y el contacto de esa mujer le había lanzado.

—Ya voy, cielo —soltó la mano del hombre como si le quemara, le dedicó una sonrisa y cerró la puerta—. Dime —le dijo a su hermano abrazándolo por

detrás.

—Tengo hambre.

—Ahora mismo te hago un sándwich.

Will salió del alto edificio de apartamentos, cruzó la calle para llegar a su coche y se sentó delante del volante. Se miró la mano que le había estrechado a Ciara. La miró con desconcierto durante un minuto. ¿Qué le había ocurrido? Nunca había sentido algo así al tocar a una chica. Nunca le había llenado de tanta felicidad una simple mirada. Levantó la vista hacia la ventana del apartamento. Las comisuras de su boca formaron una sonrisa y su mano se levantó inconscientemente, moviéndola para saludar a la silueta de la mujer que lo miraba desde la ventana.

Ciara le devolvió el saludo, miró a su espalda y desapareció. Will se rio. “*Pero, ¿qué estoy haciendo?*”, se preguntó sin comprender ese nuevo sentimiento tan abrumador. Si su compañero James estuviera allí seguramente se hubiera reído de él. Por favor, parecía un adolescente con las hormonas revolucionadas. Volvió a mirar a la ventana, pero la silueta no había regresado. Arrancó el motor del coche y se alejó calle abajo.

Ciara le dio el sándwich que había preparado a su hermano y se dirigió hacia la ventana de la cocina. Miró a través del cristal, buscando el vehículo del comisario, pero ya no estaba. Se había ido.

Una inesperada tristeza oprimió su corazón obligándola a llevarse una mano al pecho. Sus pulmones se habían quedado sin aire. No podía respirar con normalidad. Se sentía vacía.

—¿Estás bien? —le preguntó Piero de pie detrás de ella.

—Sí. ¿Has terminado tu sándwich?

—Sí, estaba muy rico —contestó el muchacho metiéndose en la boca el último bocado.

—Vamos a dormir —Ciara guio a su hermano hasta la habitación, lo ayudó a ponerse el pijama y lo tapó con el edredón cuando se hubo tumbado en la cama junto con su perro de peluche—. Duerme bien, cielo.

—Y tú —le dijo el muchacho cuando ella le dejó un beso en la frente.

Ciara le dedicó una sonrisa, salió de la habitación apagando la luz, pero encendiendo la del pasillo, y entró en su dormitorio. Se desvistió en la penumbra de la estancia, con lentitud, pensando en el rostro del comisario, sin poder dejar de hacerlo. No entendía el porqué. “*¿Qué me ocurre?*”, se preguntó tumbándose en la cama ataviada con unas braguitas blancas de encaje y una camisa blanca de seda de tirantas. Miró al techo y cerró los ojos intentando no pensar en nada ni nadie, pero no lo consiguió. El rostro de Will aparecía en su mente sin ninguna invitación. Tenía que olvidarse de él. No podía dejar que le importara. No lo tenía permitido. No era posible. “*Olvidalo, ¡ya!*”, se ordenó.

Capítulo 2

La luz del sol y una brisa fresca entró por la ventana abierta del despacho de Will despertándolo. Se desperezó en la silla y sacó una corbata azul marino y una camisa blanca del primer cajón de su escritorio. Se levantó de la silla desabrochándose la camisa sucia y se dirigió al servicio anexo a su despacho. Se lavó un poco y cogió la camisa limpia de la mesa, en ese momento, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —contestó mientras metía los brazos en las mangas de la camisa.

La puerta de madera gris ceniza se abrió dejando paso a Piero y Ciara, que se había quedado mirando fijamente los definidos pectorales del hombre. Piero levantó la mirada un segundo y una risa amortiguada por la mano salió de su boca.

Will miró de reojo hacia la puerta y los ojos se le abrieron de par en par al ver a la pareja que había entrado en su despacho.

—Buenos días —le dijo Piero tapándose la boca con la mano para ocultar su tímida risa. Volvió su atención a Ciara, que seguía hipnotizada con el pecho y el abdomen del comisario—. Ciara —la llamó.

Las largas pestañas negras de la chica bajaron y subieron con rapidez, intentando dejar de mirarlo, pero no pudo. Verlo así, con el pecho al descubierto, enseñando los músculos cubiertos por el fino vello rubio de su pecho, hizo que la temperatura de su cuerpo subiera hasta lo más alto. Un escalofrío le recorrió la espalda, erizándole los pelos de la nuca. Su mente se imaginaba todas las cosas que podría hacer en ese fornido pecho. La estaba matando.

—Ciara —la llamó de nuevo Piero dándole unos golpecitos en el hombro.

El comisario desvió su mirada turquesa hacia donde ella se había quedado mirando con tanta atención, prendada ante aquella visión. Se vio el pecho descubierto, dibujó una sonrisa en su boca y comenzó a abrocharse la camisa despacio, mirándola fijamente a su hermoso rostro.

La chica lo observó mordiéndose el labio inferior. Podía imaginar lo que sentiría cuando sus manos lo tocaran. Y se moría por dar un paso hacia él para

tocarlo. Volverlo loco con sus caricias y sus besos. Sentir su peso y tenerlo dentro de ella. Sentirlo suyo. “*Mío*”, pensó con posesión.

—¡Ciara! —le gritó Piero.

La mujer se sobresaltó y miró a su hermano. No había podido apartar sus ojos del pecaminoso cuerpo del hombre.

—Buenos días, comisario —dijo por fin con la voz ronca por el deseo frustrado.

—Buenos días, Ciara —la saludó con un tono de voz sensual y cálido—. ¿A qué debo su visita? —le preguntó abrochándose el último botón de la camisa, privándola de la hermosa vista y cogiendo la corbata azul marino de la mesa.

—Piero... —se aclaró la voz con un carraspeo—. Piero ha recordado algo.

Estaba total y absolutamente hechizada por lo que había visto. Ya se había abrochado la camisa por completo, pero aún podía ver lo que le había escondido para martirizarla, para volverla loca.

—Dime, Piero —le dijo al muchacho anudándose la corbata con habilidad.

—Tatuaje —respondió el joven enredando las manos, nervioso.

—Eso ya me lo dijiste.

—Otro.

—¿Dónde lo tiene? —se sentó en su silla e hizo una señal con la mano para que los hermanos tomaran asiento en las sillas situadas enfrente de él.

—Aquí —contestó el muchacho señalándose el exterior del antebrazo izquierdo.

Will lo escribió en el iPad que sacó del segundo cajón de la mesa y miró al joven.

—¿Recuerdas qué era?

—Un dragón chino negro.

—Muy bien. ¿Hay algo más?

—No.

—De acuerdo. Gracias por tu ayuda, Piero —le dijo el comisario ofreciéndole la mano para estrechársela.

Piero miró la mano grande y callosa de Will, se levantó de la silla y salió del despacho con la cabeza mirando al suelo y moviendo las manos mientras enredaba los dedos unos con otros.

—Discúlpelo, no le gusta que le toquen —Ciara se levantó lentamente de la silla, mirando fijamente a los ojos turquesa del hombre—. *Ciao*, comisario.

Salió del despacho moviendo las caderas con elegancia al compás de sus andares sensuales. El comisario la siguió con la mirada, con la boca abierta como un tonto. ¿Por qué con esa mujer sus barreras se debilitaban? ¿Por qué su corazón latía como loco sólo con mirarla?

Ricardo llamó a la puerta del despacho de su jefe y amigo, el comisario jefe de la Interpol, pero no obtuvo respuesta. Sabía que estaba dentro, siempre lo estaba. ¿Por qué no le daba permiso a entrar? Volvió a llamar, esta vez un poco más fuerte. Ninguna respuesta. El hombre asomó la cabeza con preocupación y lo vio. Estaba detrás de la mesa, de pie, mirando boquiabierto hacia la puerta, quieto como una estatua. Se acercó a la mesa, quedándose enfrente de él y chasqueó los dedos delante de su cara.

Los ojos de Will parpadearon varias veces, miró a su compañero y, de nuevo, hacia la puerta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ricardo siguiendo su mirada.

Will volvió a mirarle y, sin previo aviso, salió del despacho corriendo hacia las escaleras de mármol. Salió del edificio y buscó a su alrededor. La gente y los coches pasaban delante de él, pero no estaba la persona que él quería. “¿*Dónde estás?*”, le preguntó a la nada. No había podido ir tan lejos. ¿Cuánto tiempo se había quedado mirando hacia el hueco vacío que ella había dejado? ¿Cuánto tiempo se había quedado embobado? “*Mierda*”, blasfemó dando un puñetazo al aire, furioso consigo mismo.

Ciara y Piero entraron en el apartamento. El joven se sentó en el sillón abrazando a Bubu, su perro de peluche, mientras ella dejaba el bolso y los abrigos colgados en el pequeño armario al lado de la entrada. Se encaminó hacia la cocina, abrió el frigorífico, sacó la botella de leche y se asomó a la rectangular ventana que separaba la cocina del salón.

—¿Quieres un vaso de leche? —le preguntó a su hermano.

—Sí.

Ciara cogió un vaso del armario y se acercó a él llenándolo con el líquido blanco. El timbre sonó estridentemente en el apartamento, haciendo que la chica diera un respingo. Dejó el vaso en la mesa auxiliar delante del sofá y se dirigió a la puerta. Abrió y una leve, casi imperceptible sonrisa curvó su boca.

—Hola —la saludó el comisario con un tono sensual en la voz.

—¿Qué hace aquí? —le inquirió sorprendida, pero contenta de que estuviera, aunque no quería que se diera cuenta de ello—. Mi hermano no ha recordado nada más.

—Lo sé. No he venido a verlo a él.

—¿Ah, no?

Ilusión. Estaba ilusionada, pero no iba a dejárselo ver. No iba a ser la causante de engordar su ego masculino por una simple y sencilla frase que cualquiera podría decir. Will la miró a los ojos. Por una diminuta milésima de segundo, había creído ver un brillo en ellos. Sin embargo, su rostro estaba ahora inexpresivo. Como si no quisiera dejar ver sus sentimientos.

—Más —pidió Piero con el vaso vacío por encima de su cabeza.

Ciara dio media vuelta y se dirigió hacia su hermano.

El sonido de unos cristales rompiéndose se escuchó en el salón seguido de un pequeño silbido. El vaso de la mano de Piero se rompió junto con los cristales de la ventana del salón.

Ciara se quedó parada a mitad de camino. Otro silbido entró por la ventana haciendo que la botella de leche estallara en pedacitos en la mano de la mujer.

Will corrió hacia ella, placándola. Se quedó encima de ella protegiéndola de los cristales y las astillas de madera que volaban por la estancia.

—¡Piero, al suelo! —le gritó el comisario sacando la pistola de la funda de su cintura.

—¿Qué está pasando?! —quiso saber la mujer asustada mientras se cubría la cabeza con los brazos.

—Nos disparan —contestó el comisario.

—¿Por qué?

—Tu hermano.

—¿Piero? ¡Piero! —gritó, intentando salir de debajo del escudo que el

cuerpo del comisario le daba, pero no pudo.

Piero salió del parapeto que le daba el sofá, arrastrándose por el suelo lleno de cristales. Su rostro estaba pálido, casi traslúcido y empapado por las lágrimas de terror.

—Tranquilo, cielo —lo consoló Ciara alargando el brazo hacia él para agarrar su mano temblorosa.

—Todo irá bien —le dijo el comisario.

Los disparos cesaron después de unos minutos que habían parecido una eternidad. Will gateó, acercándose a la ventana para echar un vistazo. No parecía que hubiera nadie. El callejón y la calle principal estaban vacías. Guardó el arma en su funda y miró a los hermanos. Ciara estaba sentada con Piero, abrazándolo para reconfortarlo. Miró al comisario con impotencia y el terror reflejado en sus hermosos ojos jade. Se acercó a ellos despacio, dándoles tiempo para recomponerse.

—Se han ido —le informó cogiendo su móvil y marcando—. Ricardo... —habló caminando hacia la cocina.

—Tranquilo, cielo. Ya ha pasado todo —lo consoló Ciara.

Will regresó guardando el móvil y los ayudó a levantarse.

—Coge algo de ropa —le dijo a Ciara.

—¿Para qué?

—Para llevaros a un lugar seguro.

—¿Cómo? —no podía dar crédito a lo que escuchaba.

—Os llevaré a un piso franco.

—No —sentenció la mujer.

—Sí. Desde este mismo momento sois testigos protegidos.

—No nos vamos a ir a ningún piso franco. Piero no puede estar en otro sitio que no sea este apartamento.

—Ahora mismo eso no importa. Lo que importa es vuestra seguridad y aquí no estáis seguros, sobre todo él —le explicó Will intentando no alzar la voz.

—Sí que importa. Mi hermano no puede estar fuera de su casa, de su hogar. Él tiene sus propias reglas y su rutina, no puede dejarlas a un lado así como así.

—Pues va a tener que hacerlo. No voy a dejaros aquí desprotegidos —Will dio un paso hacia ella.

—No —le contestó ella encarándolo.

—Sí. No hay más que hablar.

—Sí, hay más que hablar. No voy a dejar que cambies la rutina de mi hermano porque a ti se te antoje. Con el cambio le daría otra crisis nerviosa.

—Pues adviértele. Haz que entre en razón.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque no lo entendería. Ha seguido esa rutina desde hace veinte años, no la puede cambiar en un parpadeo. Sería contradictorio.

—¿Contradictorio? ¿Para qué? —no comprendía nada.

—Para él y su evolución.

—Estáis en peligro. Tendrá que comprenderlo —estaba empezando a desesperarse—. No creo que sea tan tonto como para no entender eso.

—No, no es tonto. Es autista, imbécil —le ladró Ciara mirándolo con cara de querer asesinarlo.

Will se quedó boquiabierto. Había metido la pata hasta el fondo. La había fastidiado. ¿Por qué tenía que ser tan bocazas? ¿Por qué no podía quedarse calladito? ¿Por qué no podía ser un poco más sensible?

—Lo siento, no era mi intención... —se disculpó el comisario.

Alguien llamó a la puerta y los dos miraron hacia allí sobresaltándose. El comisario les hizo un gesto para que estuvieran en silencio y se acercó a la puerta preparado con su arma. Miró por la mirilla y se relajó cuando vio el pelo negro azabache y el rostro bien parecido de su compañero Ricardo. Abrió la puerta y le indicó a los técnicos que empezaran con la investigación.

Ricardo se quedó al lado de su jefe, mirando de reojo al testigo del asesinato y a la mujer que lo abrazaba con cariño.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó a Will.

—Nos han disparado. Creo que el blanco era Piero.

—¿Estás seguro?

—No, pero no hay otra explicación —respondió sin poder dejar de observar con atención a Ciara.

—Van a entrar en el programa de testigos, ¿verdad? —le inquirió cogiendo el iPad del bolsillo interior de su chaqueta para empezar con el papeleo.

—Es complicado.

—No tanto, solo hay que hacer algo de papeleo, pero...

—No es por eso —lo interrumpió Will imaginando cómo se sentiría si las manos de la mujer lo acariciaran como lo estaba haciendo con su hermano.

Por unos segundos había sentido celos de Piero. Él podía tenerla, tener sus caricias, sus brazos alrededor de él abrazándolo. Sentir sus labios llenos en su piel cuando le dejaba un beso cariñoso y lleno de amor.

—Entonces, ¿por qué? —quiso saber Ricardo sacándolo de su sueño.

—Por el muchacho. Es autista y sigue una rutina. No puede cambiar de un día para otro.

—¿Y qué vamos a hacer?

Will se encogió de hombros sin dejar de prestarle atención a la mujer. Ya sabía que no debía dejarlos allí. Estarían desprotegidos y en peligro. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿A dónde podría llevarlos para que estuvieran a salvo?

Ciara y Piero salieron de su apartamento con las maletas en las manos y escoltados por Will y Ricardo. Entraron en el ascensor y bajaron hasta el garaje donde Volker los esperaba con un todoterreno negro y las ventanillas tintadas.

La puerta del piloto se abrió cuando los cuatro se acercaban al vehículo. Un hombre moreno, con los ojos verdes grisáceos, alto y con una pequeña cicatriz en la barbilla los saludó con un leve gesto de la cabeza.

—Gracias por el favor, Volker —le agradeció Will estrechándole la mano y dándole un abrazo.

—No hay por qué darlas. Es mi trabajo —contestó el aludido con un leve acento alemán.

—Ciara, Piero. Él es Volker, un gran amigo y un gran agente de protección de testigos. Él os protegerá cuando yo no esté —los presentó el comisario

cogiendo la mano de la mujer y atrayéndola hacia él.

Su amigo observó ese gesto posesivo con sorpresa y miró a Ricardo que le asentía con una sonrisa pícaro en sus carnosos labios.

—Encantado. Será mejor que nos marchemos cuanto antes —le informó al comisario—. He hecho un reconocimiento al perímetro y no he visto ningún sospechoso, pero no creo que eso dure mucho.

Will asintió con el semblante serio, metió las maletas en el enorme maletero del todoterreno y se sentó en el asiento trasero, detrás del copiloto, y al lado de Ciara y Piero. No quería perderlos de vista ni un segundo.

El trayecto hacia la casa franca no había tenido ningún percance. Volker se había asegurado de que no los siguieran, yendo por las calles para que no pudieran encontrarlos tan fácilmente.

El todoterreno entró en una urbanización a las afueras de la ciudad, recorrió el camino despacio y paró enfrente de una puerta gris de metal. El hombre le dio a un botón de un pequeño mando y la puerta se abrió automáticamente, dejando ver la hermosa edificación delante de ellos.

Una casa con forma de L y la fachada blanca y negra se erguía en medio del terreno vallado con placas de hormigón. El coche se movió entrando en el recinto, parando enfrente de la casa y a un lado de la piscina cubierta. La puerta gris se cerró cuando el vehículo entró en la finca, dando intimidación.

Volker se bajó del coche junto a Ricardo y Will que cogieron las maletas. Ciara ayudó a su hermano a salir del vehículo y se encaminó, mirando embelesada, hacia la entrada de la casa. Siguió a Volker hasta el interior de la edificación y la boca se le abrió admirando la decoración de la casa.

Enfrente de la puerta negra de entrada había un pequeño aparador para poner los zapatos en la parte inferior y los abrigos y los bolsos en la superior. Al fondo, en la parte derecha, estaba el salón-comedor y la cocina en un espacio abierto que los comunicaba. Al fondo, a la izquierda, estaba la habitación principal con un baño anexo y un armario-vestidor de puertas correderas moradas. A unos centímetros al lado del aparador de la entrada, estaba el aseo. Y un poco más a la derecha había dos habitaciones más pequeñas, pero una la habían amueblado como despacho.

Ciara se quedó en el salón con Piero, mirando el paisaje que las enormes

ventanas le daban de todo el terreno. Los rayos del sol entraron por los grandes ventanales cuando Volker subió las persianas y corrió las cortinas. La maravillosa casa cobró vida.

Ricardo y Will dejaron las maletas al lado del aparador y recorrieron las estancias, asegurándose de que era seguro.

—Despejado —informó Ricardo saliendo del dormitorio pequeño.

—¿Qué os parece? —le preguntó Will a Ciara y Piero mientras se acercaba a ellos.

—Preciosa —contestó la chica dedicándole una sonrisa.

—¿Quién hace la primera guardia? —preguntó Volker desde la cocina.

—Yo —respondió Will rápidamente.

Sus dos compañeros se miraron con una leve sonrisa. Sabían que sería él.

—Hasta mañana, entonces —Volker le entregó la llave y salió con Ricardo de la finca.

Ciara le dedicó una sonrisa al comisario y volvió su atención hacia su hermano que abrazaba su perro de peluche con fuerza.

—Vamos a preparar tu habitación, cielo —le dijo guiándolo hacia la puerta blanca del dormitorio.

Will la siguió con la mirada hasta que la puerta se cerró detrás de ella. Se acercó a uno de los ventanales del salón, echó la cortina naranja y blanca a un lado y miró hacia el exterior. Todo estaba en silencio y nadie pasaba cerca de allí. No había ningún edificio por los alrededores, evitando así a los francotiradores. Volker sabía lo que hacía. Había pensado en todo. Se alejó del ventanal y se sentó en el sofá naranja apoyando la cabeza en el respaldo. Estaba cansado.

Ciara puso la maleta negra encima de la cama y empezó a colgar toda la ropa de su hermano en el armario empotrado.

—¿Te gusta? —le preguntó a su hermano que se sentaba en la cama.

—Es cómoda —contestó tumbándose con Bubu entre sus brazos.

—Cielo, sé que te costará acostumbrarte a esta nueva casa, pero lo hago por tu seguridad. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quieres comer algo? —le inquirió quitando la maleta de la cama y guardándola en el armario.

—No.

—Voy a estar en el salón por si necesitas algo, ¿de acuerdo? —Piero asintió acariciando el suave pelo del peluche.

Su hermana salió de la habitación y se dirigió a la cocina. Cogió un vaso del armario y bebió un poco de agua. Sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo cuando dejó el vaso en el fregadero. Sabía que Will la estaba observando. Miró a su derecha para encararlo y apoyó la cadera en el fregadero.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció, solo para oír su voz otra vez.

—No, gracias —esas simples palabras habían hecho que el cuerpo de Ciara reaccionara con un calor intenso—. ¿Cómo está tu hermano?

—Bien —su voz sonó ronca—. Intentará acostumbrarse a todo esto.

—Procuraré que no dure mucho esta situación para que pueda volver a su rutina lo antes posible.

—Gracias.

Ya estaba anocheciendo cuando Piero salió de la habitación para comer. Miró a su hermana que estaba sentada en una silla enfrente de su portátil en la mesa del comedor y, después, al comisario que veía la tele repanchingado en el sofá.

—Tengo hambre —le dijo a su hermana que se sobresaltó al escucharlo.

—Enseguida te preparo algo, cielo —contestó ella levantándose de la silla—. Siéntate.

—¿Te gusta tu habitación? —quiso saber Will mientras Piero se sentaba en el sofá, a su lado.

—Sí —respondió el muchacho encogiéndose de hombros.

—Me alegro.

Ciara le entregó el sándwich que le había preparado y lo observó mientras le daba pequeños bocados y veía de reojo la televisión.

—¿Está bueno? —le preguntó la chica mientras le acariciaba el pelo. Piero asintió y siguió concentrado en su comida.

Cuando hubo terminado abrazó a su hermana con fuerza.

—Quiero dormir contigo —le dijo Piero.

—Está bien. Vamos, cielo —lo ayudó a levantarse del sofá y se alejó con él hasta la habitación principal.

El joven se tumbó en la enorme cama y se abrazó a Bubu. Ciara regresó al salón para apagar su portátil y se quedó parada mirando a Will.

—Puedes dormir en la otra habitación si quieres —le propuso casi en un susurro.

El comisario levantó la mirada hacia ella con una sonrisa en la boca y, conteniendo las ganas de besarla que tenía, le contestó:

—No te preocupes. Estoy bien aquí.

—Como quieras. Que descanses.

—Y tú.

La puerta blanca de la habitación se cerró y Ciara se quitó el vestido, quedándose en ropa interior. Se tumbó al lado de su hermano y Piero le cogió la mano para que lo abrazara. Estaba nervioso y tenía miedo. Nunca había dormido fuera de su habitación, de su casa, de su hogar. Estaba incómodo. Se sentía un extraño en aquella casa nueva. Ciara lo apretó con fuerza contra ella, protegiéndolo, haciéndole saber que no debía tener miedo. Cuidaría de él pasase lo que pasase.

Los ojos marrones de Piero se cerraron lentamente, cayendo en un sueño profundo y reparador. Ciara le quitó el brazo que lo rodeaba con cuidado y se movió para quedar boca arriba, mirando al techo en la oscuridad.

Tenía calor y su mente no dejaba de pensar en el hombre que dormía a escasos metros de ella. Podía sentir cómo sus manos grandes y callosas recorrían su cuerpo con precisión. Cada rincón, cada recoveco, investigando lo que la hacía estremecer. “*¿Por qué sigues pensando en él?*”, se preguntó sin entenderlo. Con aquél hombre era diferente. Sus sentimientos, sus emociones e, incluso, su forma de ser, cambiaban cuando él estaba cerca. Sólo él ocupaba todos sus pensamientos y sueños. Sueños eróticos y calientes.

Resopló al no poder quitarlo de su mente. Se bajó de la cama y salió de la habitación con mucho cuidado de no despertar a su hermano ni al comisario. Se dirigió hacia la cocina y cogió la botella de agua del frigorífico. Necesitaba tomar algo frío. Estaba empapada en sudor. Observó las gotas de agua que se quedaban en los cristales de la ventana mientras la lluvia caía. El viento aullaba en la calle, doblando con violencia los troncos delgados de los árboles que adornaban los alrededores de la casa. Así se sentía ella. La marioneta de un arrasador viento que la dejaba sin defensas ante aquellas enormes sacudidas. Dejó la botella en el frigorífico y se encaminó hacia la habitación. Pero no pudo llegar hasta ella. El olor a menta llegó a sus fosas nasales, deteniéndola enfrente del sofá donde el comisario descansaba. Dio un paso hacia él, sin poder dejar de fijarse en el torso desnudo del hombre. El torso que aquella misma mañana la había dejado sin habla y acalorada.

Hipnotizada, se movió en silencio arrodillándose delante de su atractivo y sereno rostro. Acarició su mandíbula, pinchándose con la incipiente barba, con la yema de los dedos suavemente. Solo un roce. Rozó los labios finos y carnosos que tanto deseaba besar. “*Por un beso no va a pasar nada, ¿verdad?*”, le preguntó a su conciencia. No obtuvo ninguna respuesta ni réplica. Se inclinó hacia su tentadora boca, despacio, y posó sus labios en los de él. Solo un toque. Un pequeño beso que él ni siquiera había llegado a notar. Le observó dormir durante unos segundos. Se levantó con una sonrisa dibujada en su pecaminosa boca y, estaba a punto de irse cuando una mano le apresó la muñeca. Se miró la mano y recorrió el brazo hasta su dueño. Los ojos turquesa de Will la observaban con detenimiento y Ciara pudo ver el deseo reflejado en ellos.

—¿Me das un beso y te vas? —replicó el hombre sin soltar su muñeca. No quería que se le escapara, esta vez no. No volvería a quedarse embobado, sin saber qué hacer.

—Perdona, no quería... —se disculpó ella.

—¿No querías? —le preguntó sorprendido—. Pues tenemos un problema —tiró de ella haciéndola caer encima de él—. Yo sí quiero —su boca atrapó la de la chica, haciéndola sentir el deseo de él.

La abrazó con fuerza, pegándola a su duro cuerpo, dejándola atrapada bajo su peso, sintiéndola. Sintiendo el estremecimiento de ella mientras sus manos surcaban por su sedosa piel.

El cuerpo de la mujer estaba caliente, muy caliente. Se había imaginado cómo se sentiría cuando las manos del comisario la tocaran, pero aquello había superado con creces a su imaginación. Placer, deseo, anhelo, calor, lujuria... todo al mismo tiempo. Un frenesí de emociones que derribaban cualquier barrera que ella pudiera levantar.

Lo besó con pasión, entregándose por completo a él, recorriendo todos y cada uno de sus músculos con la yema de los dedos, memorizándolo. Ciara se movió con agilidad y rapidez, quedándose sentada encima de él. Se quitó el sujetador negro sin dejar de mirar fijamente los ojos de Will mientras él la contemplaba. Sus ojos reflejaban el apetito lascivo que sentía por ella.

El sujetador cayó al suelo de madera del salón, dejando acceso a las manos y boca de Will a los tentadores y bien proporcionados pechos de la mujer.

El comisario no podía aguantar más. Quería estar con ella, dentro de ella, llenándola, dándole placer, dándole amor. Bajó la mano desde los pechos hasta las braguitas que tapaban su preciado tesoro y con un seco tirón, la tela se rompió dejándole ver lo que tanto anhelaba. Lo tiró al suelo mientras Ciara le quitaba el pantalón lentamente. Tan condenadamente despacio que lo estaba matando poco a poco. El pantalón voló por la estancia. Will lo siguió con la mirada y, después, a la mujer arrodillada a sus pies. Ciara le sonrió con la lujuria brillando en sus ojos verde jade. El comisario se incorporó apresándola entre sus brazos y llevándosela con él cuando se tumbó de nuevo. Con ella encima se sentía lleno. Las piernas de Ciara lo atraparon, sosteniéndolo cuando, sin previo aviso, se empaló en él. Los dos jadearon al sentir una ola de fuego recorriendo sus cuerpos, fundiéndolos en uno.

El cielo. El Edén. Habían llegado al paraíso, juntos en todos los aspectos. Ciara se inclinó hacia la boca del hombre capturando el jadeo de él. Su sabor. Su delicioso sabor a menta. Masculino, apasionado. Un gruñido salió de la garganta del comisario, derramándose dentro de ella cuando un estremecimiento recorrió el cuerpo de la joven, dejándola tumbada encima de su pecho con la respiración entrecortada y el corazón latiéndole a mil por hora. Will le acarició el pelo largo y negro suavemente. Las comisuras de su boca se elevaron formando una sonrisa. Una sonrisa llena de felicidad, de satisfacción, de amor.

—¿Estás bien? —le preguntó con ternura echándole hacia atrás la cortina azabache para poder verle la cara.

—Estupendamente —contestó dejándole un beso en el pecho.

Piero se despertó gritando, haciendo que Ciara se incorporara sobresaltada. La luz de un relámpago alumbró la habitación haciéndola parecer fantasmagórica. Tenía miedo, mucho miedo. Estaba aterrado.

—Tranquilo, cielo. Estoy aquí —le reconfortó Ciara respirando agitadamente. “*¿Todo ha sido un sueño?*”, se preguntó mirando a su alrededor desorientada. Estaba en la cama, con su hermano temblando a su lado. Había tenido un sueño con el comisario, pero había parecido tan real—. Ya está. No pasa nada, cielo.

El cuerpo de Piero estaba temblando. Se había asustado como hacía años no se asustaba. La rutina lo había ayudado a superar algunos miedos, pero los relámpagos habían sido más fuertes que él.

La cabeza de Will asomó por el hueco de la puerta. Miró a Ciara, abrazada a su hermano, calmándolo. Le sonrió cuando ella levantó la mirada hacia él y cerró la puerta despacio.

Capítulo 3

El sonido del estridente timbre despertó a Will. Se levantó de un salto, cogiendo el arma de la mesa auxiliar delante del sofá y se encaminó en silencio hacia la puerta. Se inclinó un poco para echar un vistazo por la mirilla y suspiró, dejando salir el aire que había estado conteniendo. Abrió la puerta y saludó al recién llegado cogiendo el café que le entregaba.

—¿Cómo has pasado la noche? —le preguntó Ricardo entrando en la casa y cerrando la puerta detrás de él.

—No puedo quejarme —contestó el comisario sentándose en el sofá y dando un sorbo al café.

—¿No has tenido una noche movidita? —quiso saber su compañero con una sonrisita pícara.

Will lo miró poniendo los ojos en blanco.

—¿Has venido a cotillear o a contarme algo importante?

—Ni a una cosa ni a la otra. He venido para que puedas ir a darte una ducha. No hay nada nuevo que contar. Seguimos buscando al asesino —respondió Ricardo dando un sorbo a su café—. Yo me quedo vigilando.

—Una ducha no me vendría mal.

—Lo sé. He podido olerte desde la entrada de la urbanización —se burló su compañero.

—Eres muy gracioso. Creo que se te ha olvidado que soy tu jefe.

—No, no se me ha olvidado, solo lo he ignorado durante un minuto.

—Te lo dejaré pasar por esta vez. Pero no te acostumbres —le advirtió Will vistiéndose para ir a su apartamento a cambiarse.

—Entonces, ¿no ha pasado nada interesante esta noche? —inquirió Ricardo con curiosidad.

—Cállate —Will se puso la camisa y se dirigió a la puerta del dormitorio.

La abrió y contempló a los hermanos dormir plácidamente. Ciara seguía abrazada a Piero.

—¿En serio no ha pasado nada esta noche? —preguntó Ricardo detrás de

su jefe, mirando el cuerpo semidesnudo de la chica de arriba abajo.

Will dio un respingo al oírlo tan cerca. No se esperaba que estuviera allí. El comisario cerró la puerta para que su compañero dejara de mirar a la mujer con tanto detenimiento.

—Te estás pasando —le advirtió alejándose de la puerta hacia el recibidor y calzándose los zapatos.

—Está bien. Me callo. Pero, si yo fuese tú, no se me escapaba —le contestó riendo al ver la cara de mala leche de su amigo.

—Cállate ya. Me estás empezando a enfadar —Ricardo se pasó los dedos por los labios cerrándolos con una cremallera imaginaria—. No tardaré.

Su compañero asintió y el comisario salió del piso. Se dirigió al coche de su amigo, arrancó el motor y se marchó hacia su apartamento.

Ciara salió de la habitación ataviada con una bata blanca de seda y los ojos medio cerrados. Barrió el salón con la mirada y se detuvo en el hombre moreno de pelo y piel, alto, musculoso y con los ojos verdes como las esmeraldas que la miraba con una pequeña sonrisa. Lo conocía. Era compañero de Will.

—¿Dónde está el comisario? —le preguntó la chica aclarándose la voz.

—Ha ido a darse una ducha y a cambiarse de ropa. No tardará.

—¿Ha desayunado? —Ciara se dirigió a la cocina y miró en el frigorífico.

—No tengo hambre, gracias. ¿Cómo está su hermano? —se interesó Ricardo.

—Bien. Intenta acostumbrarse a una nueva rutina y una nueva casa. Espero que esto no dure mucho y podamos volver a nuestras vidas.

—Estamos haciendo todo lo posible para que así sea —la informó el hombre sentándose en el sofá.

Will aparcó en el garaje y subió a la planta número tres del edificio donde se encontraba su apartamento. Abrió la puerta, se quitó la corbata y entró en el baño de su dormitorio. Abrió el grifo de la ducha, terminó de desvestirse y se metió debajo del agua. Cuando se hubo duchado se vistió en el vestidor con unos pantalones vaqueros y una camiseta verde oscuro. Cogió algo de ropa y la metió en un macuto junto con el cepillo de dientes. Salió del apartamento

cerrando la puerta con la llave y se montó en el ascensor para bajar al garaje. Metió el macuto en el asiento trasero y miró a su espalda. Tenía la sensación de que alguien lo observaba. Pero no había nadie. Estaba solo delante del coche de su compañero. Entró en el vehículo, lo arrancó y salió del garaje en dirección a la casa. Aún seguía teniendo la sensación de ser observado, pero no había nadie siguiéndole. Se metió por las calles, como hizo Volker, para que no pudieran seguirle tan fácilmente. Llamó a la puerta colocándose el macuto en el hombro y Ricardo abrió enfundándose el arma.

—¿Todo bien? —le preguntó Will.

—Perfecto.

—Buenos días —lo saludó Ciara con una sonrisa desde la mesa ovalada de cristal del comedor.

—Hola. ¿Qué hacéis?

—Jugar al póker —respondió su amigo sentándose en una silla y cogiendo sus cartas de encima de la mesa.

—Voy ganando —le informó Piero cogiendo sus fichas con una gran sonrisa en sus labios.

—Ya nos ha ganado diez veces —Ciara rio mirando a su hermano. Nunca lo había visto tan contento. A lo mejor no había sido tan mala idea cambiar la rutina.

—Puede que haya ganado diez veces, pero esta vez, gano yo. Póker de nueves —dijo Ricardo enseñando sus cartas y alargando las manos hacia las fichas de colores que había en el centro de la mesa.

—No, no, no —negó Piero poniendo sus cartas encima de la mesa—. Escalera real de color.

Ciara y Will rompieron a reír a carcajadas. Ricardo se quedó petrificado mirando las cartas del joven y sin poder creerlo. Le había desplumado en menos de una hora sin ningún esfuerzo. ¿Cómo lo hacía? ¿Habría hecho trampas?

—Me voy. No juego más con él al póker —Ricardo se levantó indignado de la silla, cogió las llaves de su coche y se marchó.

—Pobrecito —dijo Ciara empezando a recogerlo todo—. No sabe perder.

—No, no le gusta. Es un poquito competitivo —añadió Will ayudándola.

—Ya me había dado cuenta —la chica observó el macuto que descansaba en el suelo, al lado del sofá—. ¿Qué es eso? —le preguntó haciéndole una señal con la cabeza.

—Mis cosas. Así no tendré que irme mañana para cambiarme —contestó el comisario metiendo la caja metálica con las fichas en un cajón del aparador de la entrada.

Se irguió mirándola. Podía ver cómo unas pequeñas gotas de sudor perlaban su frente.

Un calor asfixiante recorrió el cuerpo de la chica. El recuerdo del sueño de esa noche volvió a su mente. Había parecido tan real. Lo había sentido todo como si lo hubiera vivido, hasta que Piero la despertó y la decepción se había apoderado de ella. Un sueño. Solo había sido un maravilloso sueño. Un sueño del que no habría querido despertar nunca.

Will no podía apartar la mirada de ella. Sus mejillas se habían sonrosado y él sabía por qué. No había podido evitarlo. Se le hacía casi imposible controlar lo que ella le hacía sentir con solo una mirada de sus ojos con forma de almendra.

Piero se levantó de la silla, parándose en medio del campo de visión de ambos. Ciara miró a su hermano y se acercó a él acompañándolo hacia el sofá.

—¿Tenéis hambre? —preguntó la mujer saliendo del ensueño. Si volvía a pensar en el sueño de aquella noche no podría evitar que su cuerpo, inconscientemente, se acercara al comisario para algo más que mirarle.

¿Por qué con ese hombre su autocontrol se volvía loco y no medía las consecuencias de sus actos? Tenía que controlarse o, al menos, intentarlo. No podía permitirse dar un paso en falso. Ningún error era perdonable en aquella situación. <<Tranquila, cariño. Sigue adelante>>, la voz tranquilizadora de una mujer llegó a su cabeza. El bol que tenía en la mano cayó al suelo haciéndose añicos, igual que su corazón.

En menos de un segundo, Will estaba a su lado.

—¿Estás bien? —quiso saber levantándole la cabeza con delicadeza para poder mirar sus ojos.

El rostro de Ciara cambió en un parpadeo. Sus ojos reflejaron miedo y Will no pudo soportarlo. La atrajo hacia él acariciándole el pelo.

—Creo que he visto a alguien fuera —respondió Ciara recogiendo el aroma

a jabón del comisario en sus fosas nasales.

Los ojos de Will se movieron con rapidez mirando por las ventanas. Se separó de ella a regañadientes, cogió su arma de la funda de la cintura y se acercó a la puerta de entrada. Agarró el pomo y sintió una suave y delicada mano en el brazo, sujetándolo. Miró a la propietaria de la hermosa mano y le acarició el rostro.

—Quédate con tu hermano. No tardaré —le dejó un beso cerca de la comisura de la boca y salió de la casa.

Ciara lo observó rodear la casa sin dejar de mirar a su alrededor. Sentía una opresión en el pecho, cerca del corazón. Eso no era un buen presagio. Volvió la mirada hacia el sofá, donde había dejado a Piero jugando con Bubu, pero no estaba. Los ojos se le abrieron de par en par y corrió hacia la habitación pequeña.

—¡Piero! —lo llamó—. ¡Piero! —corrió hacia la habitación principal. No estaba. Tampoco en el baño—. ¡Will! —gritó histérica en el hueco de la puerta del baño.

El comisario entró en la casa con el arma preparada. La buscó con la mirada y la vio llorando desconsolada, aferrándose al marco de la puerta. Se acercó a ella y la abrazó:

—¿Qué ha pasado? —le inquirió preocupado.

—¡No está! —le gritó sollozando.

—¿Quién?

—Piero. No está.

—Vamos. No habrá ido muy lejos —la guio hasta la puerta metálica, le dio al botón abriéndola y salieron de la finca.

Will miró a un lado y a otro. No había ni rastro de Piero. “¿*Se lo habrán llevado?*”, pensó corriendo calle abajo, hacia la salida de la urbanización. Ciara iba detrás de él, agarrada a su mano y con las lágrimas resbalando por sus mejillas desprovistas de color en aquel momento. El comisario giró a la izquierda. A lo lejos vio una furgoneta negra sin matrícula. Soltó la mano de la mujer, apuntó con el arma y disparó. El neumático trasero se pinchó, haciendo que el conductor perdiera un poco el control del vehículo, pero recuperándolo. Will volvió a disparar. El otro neumático estalló. Esta vez el conductor no pudo recuperar el control de la furgoneta. Se estrelló con una farola,

arrancándola de la acera.

El comisario y Ciara corrieron hacia ellos. El hombre esposó al conductor inconsciente y la mujer abrió la puerta del maletero donde Piero estaba aovillado en el suelo enmoquetado y aferrado a su perro de peluche.

—Cielo —lo llamó la chica entrando en la furgoneta—. Tranquilo, ya está. Ya ha pasado —lo consoló abrazándolo con fuerza y meciéndolo mientras el muchacho sollozaba.

—Volvamos a la casa —le dijo Will con el conductor inconsciente cargado al hombro.

Ciara asintió, ayudó a su hermano y caminaron calle arriba hasta entrar en la finca. El comisario llevó al conductor hasta el despacho, lo sentó en la silla y lo ató con las esposas a ella.

La chica dejó a su hermano sentado en el sofá aferrado a su perro de peluche.

—¿Estás bien, cielo? —Piero asintió un poco más calmado—. ¿Quieres un vaso de leche? —volvió a asentir. Su hermana no tardó en llevárselo—. Toma, cielo.

Se sentó al lado de su hermano, abrazándolo. Había sentido un miedo horrendo al no verlo ni encontrarlo. El pánico se había apoderado de ella y no había permitido que su cerebro pensara. Se había quedado en blanco, sin saber qué hacer. Había cometido un error. Un error que podría costarle la vida a su hermano. No volverá a pasar. “*Pero, ¿cómo se las ha arreglado para entrar en la casa y que no lo viéramos?*”, se preguntó dejándole un beso a Piero en la cabeza.

<<Puede transportarse en una distancia pequeña. Es uno de los nuestros>>, le contestó una voz dulce en su cabeza haciendo que todo tuviera más sentido.

Will salió del despacho, se sentó al lado de Ciara y alargó el brazo para abrazarla. Se moría por sentirla entre sus brazos. La mujer no parecía querer lo mismo. Miró al comisario con sus ojos verde jade y una disculpa reflejada en ellos.

No podía volver a cometer el mismo error. Ese hombre hacía que sus sentidos se nublaran, que no la dejaran pensar con claridad. No podía permitirse ese tipo de distracciones, no cuando la vida de dos seres queridos

estaba en juego. Tenía mucho que perder, pero, ¿qué ganaba? Por sus experiencias anteriores sabía que nada. Nada le quedaba después de cumplir con lo acordado. La soledad, la amargura, la decepción, la oscuridad. Eso era lo que ella conocía y solo eso era lo que siempre quedaba. ¿Qué o quién iba a cambiar esos sentimientos? Nada ni nadie. Había nacido para eso y se lo demostraron varias veces. Se negaba. Se negaba a pasar otra vez por lo mismo.

La mano de Will se paró a medio camino. La mirada de ella lo había dicho todo. La dejó caer sobre su muslo, desviando la mirada hacia la tele encendida.

—¿Se ha despertado? —le preguntó Ciara.

—No —fue rotundo y serio.

Los minutos pasaron lentamente y en silencio. Un gemido lejano se escuchó en el salón. Ciara y Will miraron hacia el despacho cerrado y el comisario se levantó de un salto. Entró en la estancia cerrando la puerta detrás de él. No quería que ninguno de los dos hermanos viera lo que iba a pasar en ese cuarto.

El telefonillo sonó en la entrada. Ciara se levantó y miró en la pequeña pantalla quién era. Un hombre rubio, alto, de espalda ancha, ojos azules penetrantes y una boca de pecado esperaba al otro lado de la valla. No conocía a ese hombre. Aunque, si fuera un compañero del detenido no llamaría, ¿no?

La puerta del despacho se abrió dejando paso a Will que miró en su dirección.

—¿Quién es? —le preguntó cerrando la puerta y acercándose para echar un vistazo.

—No lo sé. No lo conozco —contestó Ciara volviendo al salón con su hermano.

No quería, no podía estar cerca del comisario. Sus sentidos y capacidad para pensar y razonar se anulaban cuando él estaba cerca. Ya había cometido ese error y casi había pasado una desgracia. Tenía que mantenerse alejada de él y de lo que le hacía sentir, sobre todo, de lo que la hacía sentir.

El comisario miró hacia la pantalla del telefonillo, vio al hombre y sonrió. Cogió el auricular y abrió la pequeña puerta de metal gris. El desconocido

empujó la puerta y entró en la finca después de asegurarse de que nadie le veía o seguía. Caminó con pasos firmes y fuertes hasta la entrada de la casa, donde Will lo esperaba.

—Gracias por venir —le dijo el comisario estrechándole la mano y dándole un abrazo amistoso—. Entra, está en el despacho.

Los dos hombres entraron en el despacho cerrando la puerta detrás de ellos.

No había pasado ni un minuto cuando los gritos de dolor del conductor llegaron hasta el salón. La cara de Piero se contrajo y una nueva crisis nerviosa asomaba en sus ojos asustados. Ciara se levantó del sofá, se acercó al mueble alargado y blanco en el que descansaba el televisor y una minicadena muy moderna; la encendió dándole al volumen a tope y cogió la mano de Piero para que bailara con ella. La música estridente y cañera de Bon Jovi envolvió toda la estancia amortiguando los gritos de dolor del hombre esposado en el despacho.

Ciara y Piero seguían bailando cuando los tres hombres salieron de la habitación. Will los observó durante unos segundos mientras bailaban al son de la música, esta vez, de Gloria Estefan. No dijo nada, sólo miró con atención los movimientos de la chica. Sensuales, seductores, atrayentes.

—No lo hacen mal —le susurró el hombre rubio al comisario.

—Nada mal —la boca se le hizo agua.

—Me voy. Ya te contaré lo que logre averiguar.

—Gracias, compañero —le estrechó la mano y le abrió la puerta para que pudiera llevarse al secuestrador a la agencia cuanto antes.

Will caminó despacio hacia el salón, sentándose en el sofá sin apartar los ojos del cuerpo de la mujer.

Ciara sintió un escalofrío recorrer su espalda, miró hacia el sofá y se encontró con la mirada del comisario. Podía ver el deseo del hombre reflejado en sus maravillosos ojos. Dejó de bailar al instante y apagó la minicadena.

—¿Ya habéis terminado? —le preguntó al comisario mientras cogía la mano de su hermano con fuerza.

—Sí.

—Voy a darle una ducha a Piero —le informó caminando con su hermano hasta el baño.

—Vale —Will cogió el mando de la televisión y la encendió sonriendo. *Está nerviosa*, pensó con satisfacción.

Ciara se encerró en el baño con la respiración entrecortada y el corazón latiéndole a mil por hora. No podía seguir con aquella pesadilla. Tenía que volver a su vida, a la vida que tenía antes de conocer al comisario. Debía terminar con aquella situación antes de que se le fuera de las manos. Antes de que no pudiera dar marcha atrás.

Capítulo 4

La puerta de la habitación principal se abrió dejando paso a Ciara. Se dirigió con su bata de seda blanca hacia la cocina y cogió un vaso del armario. Bebió un poco de agua y miró hacia el sofá. Entrecerró los ojos, extrañada. ¿Dónde estaba el comisario? Miró hacia la puerta cerrada de la habitación pequeña y se encaminó hacia ella. Agarró el pomo y abrió despacio, sin hacer ningún ruido. Miró hacia la cama, pero, para su sorpresa, estaba vacía. Tampoco estaba ahí el comisario. “¿Dónde se ha metido?”, se preguntó observando el exterior por uno de los grandes ventanales del salón. Su mirada se detuvo al ver el cuerpo del comisario tumbado en el sofá de mimbre negro con los cojines blancos que estaba en el cuadrado porche descubierto delante de la casa. Aún estaba despierto, mirando fijamente el agua cristalina de la piscina. Abrió el cristal del ventanal y se acercó a él.

—¿Qué haces aquí? —le inquirió, sosteniendo el vaso con agua e intentando taparse mejor con la bata.

Soplaba una brisa fresca que la hacía encogerse de frío.

—Vigilar. ¿Y tú? —se levantó acercándose a ella, quedando a un centímetro de su cuerpo.

—No sabía dónde estabas —el olor del comisario recorrió sus fosas nasales hasta llegar a sus pulmones.

Su respiración se aceleró junto con los latidos de su corazón. La cabeza de Will se inclinó hacia su boca.

—¿Estabas preocupada por mí? —quiso saber en un susurro.

Ciara no dijo nada. No podía. Las palabras se habían atascado en su garganta. Su cabeza se movió de arriba abajo, asintiendo mientras miraba con atención los labios del comisario que la tentaban. Una fuerza invisible la empujaba hacia él, hacia su boca, hacia el calor que desprendía su cuerpo.

La mano del comisario se levantó hasta la nuca de Ciara, atrayéndola con posesión hacia él y capturando su boca con una salvaje pasión. La chica rodeó el cuello de Will, pegándolo más a ella. Podía saborear el deseo, el anhelo. La lujuria de él. La urgencia por sentirla contra él.

—Te necesito —le susurró el comisario en el oído mientras le besaba el

cuello.

Will dejó el vaso que le quitó a la chica en la pequeña mesa cuadrada de cristal. La bata de Ciara cayó al suelo cuando el comisario la desabrochó y se la quitó acariciándole la piel suavemente, dejándole lenguas de fuego a su paso.

—Yo también —contestó la chica con la voz ronca.

Los brazos de Will la rodearon, levantándola para tener mejor acceso a su boca. Las piernas de Ciara envolvieron la cintura del comisario, atrapándolo. El hombre caminó hacia las puertas de cristales que daban a la piscina cubierta, bajó los escalones y se metió en el agua. Necesitaba la frescura del agua para poder controlarse un poco más. El agua fría contra sus cuerpos ardientes les provocó un escalofrío que ignoraron mientras él se adentraba hasta el centro de la piscina.

El sujetador y las bragas de encaje negro salieron volando del agua, cayendo mojados en el borde de piedra de la piscina. El pantalón del pijama de Will no se hizo esperar mucho. Lo dejó al lado de las prendas femeninas sin dejar de besar a la mujer en ningún momento. Las grandes manos del comisario recorrieron cada centímetro, cada milímetro del cuerpo de la chica.

Ciara le enmarcó el rostro con sus suaves manos, mirando fijamente a los ojos turquesa del comisario.

—No puedo estar sin ti —le confesó la chica rozándole los labios con la yema de los dedos.

—Ni yo sin ti —le dejó un beso en los dedos y se empaló en ella cuando Ciara se movió para pegarse más a él.

La mujer jadeó mientras se movía arriba y abajo, apresándolo en su interior, negándose a dejarlo marchar.

Un pitido lejano se extendió por sus oídos, desconcentrándola en su galope. Abrió los ojos de golpe y dejó que se acostumbraran a la luz del sol que entraba por la ventana del dormitorio. El techo blanco apareció delante de ella. Miró a su izquierda y vio a su hermano dormir tranquilo. “*Mamma mia, otro sueño. Ciara, no puedes seguir así*”, se recriminó a sí misma.

El pitido lejano volvió a metérsele en los oídos, esta vez más cerca. Se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Piero, salió de la habitación y se encontró con Will de frente. El comisario estaba con solo la parte de

abajo del pijama mirando la imagen que se proyectaba en la pequeña pantalla del telefonillo.

—Tranquila, es Volker —le dijo apretando el botón para abrir la puerta de metal.

Dio media vuelta cuando abrió la puerta de la casa y se dirigió al sofá, tumbándose cansado.

Volker entró en la casa y saludó a Ciara con una media sonrisa.

—¿Dónde está Will? —le preguntó cerrando la puerta detrás de él.

—Aquí —contestó el aludido levantando la mano en un saludo.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció la chica caminando hacia la cocina.

—No, gracias —anduvo hasta el sofá y se sentó a los pies de su compañero —. ¿Alguna novedad?

—Ninguna.

Los ojos verdes grisáceos de Volker se entrecerraron observando con detenimiento a su compañero. Estaba pálido y el sudor perlaba su frente.

—Lo has vuelto a hacer —no era una pregunta, sino una reprimenda.

—¿Y qué? —le preguntó sin darle importancia al tema.

—Acabarás enfermado si sigues haciéndolo —le contestó en un susurro para que solo él pudiera oírle.

—Es el único modo de tenerla —su tono de voz sonaba amargado.

—Así tampoco la tendrás si terminas enfermándote —masculló preocupado.

—Eso es asunto mío.

—Allá tú. Ya eres mayorcito para saber lo que haces —desistió Volker. Estaba claro que su amigo no pararía y no iba a ser su niñera.

Will se levantó despacio, se encaminó hacia el baño y cerró la puerta. Ciara se acercó a Volker con una taza de café en la mano y se sentó en el sofá.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó dando un sorbo al líquido humeante.

—No ha descansado lo que debiera —respondió el hombre.

No le mentía. Will parecía no tener energía.

La puerta del baño se abrió dejando paso al comisario ya aseado y vestido

con un traje de chaqueta negro, camisa blanca y corbata negra. Ciara se sorprendió al verlo así. Los últimos días casi no se había vestido. ¿Por qué ahora ese cambio?

—¿A dónde vas? —inquirió presintiendo lo que le iba a decir.

—A trabajar. Tengo papeleo atrasado. No te preocupes, Volker se queda con vosotros.

—Está bien —contestó la mujer con seriedad antes de dar otro sorbo al café para tragarse la angustia que empezaba a sentir.

—Volveré por la noche —le informó Will a su compañero.

Volker asintió lanzándole las llaves del todoterreno. El comisario cogió la cartera de la mochila y salió de la casa. Se montó en el vehículo, arrancó, abrió la puerta de metal con el mando y se fue.

Ciara miró fijamente lo que quedaba de café en la taza mientras soltaba lentamente el aire que se había quedado atrapado en sus pulmones. La tristeza la invadió de inmediato y el miedo se apoderó de ella como nunca antes lo había hecho.

Las emociones que sentía con el comisario eran cada día más fuertes y no podía evitarlo y, mucho menos, teniendo esos sueños tan asombrosamente reales que tenía cada noche.

—Voy a despertar a Piero —le dijo a Volker levantándose.

El hombre asintió sin decir ni una palabra y encendió el televisor.

La mujer entró en la habitación, cerró la puerta y apoyó la frente en ella. Unas lágrimas inesperadas recorrieron su mejilla. Sintió una suave mano posarse en su hombro, se secó las lágrimas y dio media vuelta para ver a su hermano.

—¿Por qué lloras? —le preguntó el muchacho.

—No estoy llorando, cielo. Es que se me ha metido algo en el ojo —contestó con disimulo—. ¿Quieres desayunar? —Piero asintió sonriéndole y la siguió hasta la cocina.

Will, Ricardo y el equipo de asaltos de la Interpol dirigida por Kenneth Jacobs, un gran amigo del comisario, llegaron hasta la dirección que Frederick Dubois, el experto en interrogatorios, había conseguido sobre el asesino del

restaurante japonés.

Los ocho hombres se acercaron sigilosamente hasta la puerta de la casa de campo y recorrieron el perímetro en menos de un minuto. Will y Ricardo se apoyaron en sendos flancos de la puerta mientras Kenneth se preparaba enfrente de ésta para asestarle una patada y entrar en la casa a toda velocidad con el arma preparada. Los hombres se desplegaron por la vivienda en busca del sospechoso, pero no había nadie.

—¡Despejado! —gritaron todos los hombres cuando se cercioraron de que no había ni un alma en aquellas habitaciones.

Los ocho se encontraron en el salón, en el centro de la casa, cuando escucharon que alguien amartillaba un arma.

—¡Al suelo! —ordenó Kenneth antes de que las balas volaran por el salón a gran velocidad.

Un minuto después, que pareció una eternidad, la ráfaga de proyectiles se detuvo unos instantes. Un instante suficiente para que los agentes se dispersaran por el terreno de la casa buscando a su asaltante.

Will salió por la puerta principal cuando se aseguró que no había nadie y corrió hacia el garaje, a la izquierda de la vivienda. Echó un vistazo al interior con un rápido movimiento de la cabeza. Había un todoterreno desvencijado, en un elevador, en el centro de la estancia repleta de herramientas colgadas en paneles de metales sujetos a las paredes de madera. Entró con la espalda apoyada en la pared, cruzando los pies lentamente para acercarse poco a poco hacia el otro extremo del garaje. Se agachó para mirar debajo del vehículo y una bala impactó en su muslo. El comisario se escudó en una de las grandes ruedas del todoterreno y disparó cuando vio a alguien correr hacia la salida.

La vista del comisario se nubló y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en una mesa metálica. Soltó el arma a un lado y se miró la herida. Sangraba mucho.

Ricardo corrió hacia el comisario con el rostro pálido al ver toda la sangre que emanaba de su muslo.

—¡Will! —Lo llamó dándole unas palmaditas en la cara para que lo mirara a los ojos—. No te duermas. Vamos —puso el brazo del comisario alrededor de su cuello y lo levantó con un poco de dificultad.

Ambos caminaron hacia el todoterreno de Volker, aparcado fuera de la

finca, lo sentó en el asiento del copiloto y Ricardo condujo a toda velocidad hacia la casa franca dónde había dejado días atrás a Ciara y Piero.

Mientras conducía como un loco por las calles, llamó a James al móvil y le apremió para que se dirigiera hacia la casa preparado con su maletín.

El sol ya se ponía en el oeste, pero Will aún no había llegado. Ciara miró por enésima vez el reloj de su muñeca y se levantó de la silla preocupada. Observó el exterior de la casa con su mirada fija en la puerta de metal cerrada. “¿Dónde está?”, se preguntó temiéndose lo peor.

Volker siguió los movimientos nerviosos de la mujer mientras jugaba al ajedrez con Piero.

Ciara volvió a mirar el reloj y, de nuevo, a la puerta que en ese momento se abría para dejar paso al todoterreno de Volker. Una sutil sonrisa se dibujó en sus labios, pero desapareció cuando vio que no era Will el que conducía. Desvió la mirada al asiento del copiloto y los latidos de su corazón se intensificaron. Corrió hacia el vehículo y abrió la puerta antes de que Ricardo llegara a parar.

El hombre se quedó sorprendido. En un instante la había visto de pie dentro de la casa y, en el siguiente, estaba ayudando a su compañero. En un solo parpadeo.

—¡Will! —lo llamó la chica acariciándole la mandíbula y pinchándose con la incipiente barba. La nariz de la chica se arrugó al notar el fuerte olor de la sangre proveniente del comisario.

—Tranquila, sólo está inconsciente —le comunicó Ricardo acercándose a ella para llevar a su compañero dentro de la casa.

—¿Qué le ha pasado? —ayudó a Ricardo y lo dejaron en la cama de la habitación pequeña.

—Ha recibido un disparo en la pierna —contestó el hombre por fin—. Hemos encontrado al asesino del restaurante, pero la cosa no ha ido muy bien.

—¿Lo habéis encontrado? —quiso saber Volker mientras entraba en la habitación. ¿Por qué nadie le había dicho nada?

—Sí, pero se ha vuelto a escapar. Frederick y Kenneth se van a ocupar de él.

Ciara se arrodilló al lado del comisario, acariciándole el pelo mientras tomaba su temperatura. Estaba ardiendo.

—¿Has llamado a James? —le preguntó Volker a su compañero.

—Viene de camino —Ricardo observó la dulzura con que la mujer acariciaba a su amigo herido. La preocupación de ella se reflejaba en su hermoso rostro haciendo que le llegara al corazón.

El telefonillo sonó y Volker abrió la puerta para que James pudiera entrar. El coche de éste entró en la finca y aún no había apagado el motor cuando el hombre ya se había bajado y corría con el maletín en la mano hacia la casa.

—¿Dónde está? —le inquirió a Volker acelerado.

Éste lo llevó hasta el comisario y sacó a todos de la habitación para que pudiera concentrarse en la herida de Will.

Ciara se resistió un poco. No quería dejar solo al comisario, pero, finalmente, decidió que lo mejor era dejar que el médico hiciera su trabajo sin ninguna complicación. Bastante complicada estaba ya la situación para que ella la pusiera aún peor.

Volker cerró la puerta y se dirigió hacia el sofá para terminar la partida de ajedrez que había dejado a medias con Piero.

Ricardo y Ciara, por su parte, se quedaron delante de la puerta, esperando a poder entrar a ver a Will. Las manos de la mujer se enredaron entre sí. Estaba nerviosa y preocupada.

Solo habían pasado unos minutos desde que el doctor había entrado en la habitación y aún no había salido. Ciara miró el reloj y resopló. No aguantaba más sin saber lo que estaba pasando en el dormitorio. ¿Por qué el médico no salía para informarles? Caminó de un lado a otro de la puerta, esperando que se abriera en cualquier momento. Sin embargo, ese momento no llegaba nunca. Los segundos pasaban lentamente y no tenían noticias de Will.

—¡Ricardo! —se escuchó gritar al doctor desde el interior del dormitorio.

El aludido no tardó ni un segundo en entrar y cerrar la puerta en las narices de Ciara. La mujer apoyó la oreja en la puerta y escuchó al doctor hablar:

—Necesito que me ayudes. Tengo que hacerle una transfusión de sangre.

Ricardo ya sabía lo que eso significaba. Sin dudar, agarró el brazo de Will,

sujetándole la aguja que James le había puesto. El doctor se sentó en el suelo, al lado del comisario, introdujo la aguja en su brazo y empezó la transfusión. No podían perder más tiempo o su amigo se desangraría.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par angustiada por lo que acababa de oír. El miedo volvió a ella dándole un gran golpe en el corazón. “*Esto no puede estar pasando*”, se dijo dejando salir las lágrimas que había estado conteniendo. Se apoyó en la pared y resbaló hasta quedar sentada en el suelo con las rodillas pegadas a la barbilla. “*No puedo perderlo*”, sollozó.

Volker y Piero se acercaron a ella y la abrazaron con fuerza.

—Tranquila, se va a salvar. James es el mejor médico que conozco —la consoló el hombre mientras Piero acariciaba el pelo de su hermana.

La sangre de James fluía a través de las venas de Will. Poco a poco, Ricardo pudo ver que el comisario se recuperaba y recobraba el color bronceado de su piel. Miró a James que descansaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la cama. Le había dado mucha sangre al comisario y lo había dejado con las defensas por el suelo.

Ricardo quitó las agujas de los brazos de ambos y taponó el diminuto agujero con algodón y esparadrapo. Su atención se quedó en James.

—¿Estás bien? —le preguntó poniéndole el esparadrapo para sujetar el algodón.

—Sí. Solo necesito descansar un momento —contestó cansado.

Ricardo asintió y se acercó a la puerta para calmar a los demás.

—¿Cómo está? —quiso saber Ciara levantándose de un salto.

—Se recuperará. Sigue inconsciente por la pérdida de sangre, pero no creo que tarde en despertar.

—¿Puedo entrar? —se lo suplicaba con la mirada.

Ricardo miró a Volker y éste le asintió. Estaba preocupada y quería ver con sus propios ojos que estaba fuera de peligro.

—Está bien, pero solo cinco minutos. Necesita descansar —respondió Ricardo haciéndose a un lado para que la mujer pudiera entrar.

La chica caminó hacia la cama donde Will estaba tumbado y el médico le

estaba vendando el muslo con lentitud. Se quedó parada esperando a que el doctor terminase.

James miró a su espalda cuando terminó de vendarlo y se levantó despacio del borde de la cama.

—¿Cómo se encuentra? —le inquirió casi en un susurro la chica.

—Estable. La bala impactó en la arteria femoral, pero he podido cortar la hemorragia. Necesita reposo.

—Gracias —Ciara dio unos pasos más y se arrodilló al lado de Will.

Le acarició el corto pelo castaño y le dejó un suave beso en la frente. James observó la escena con atención y sonrió. “*Qué callado lo tenías*”, pensó mirando a su amigo. Cogió el maletín y salió de la habitación dejándolos solos. Cerró la puerta detrás de él para darles intimidad y miró a Volker y Ricardo con los ojos medio cerrados por la falta de energía.

—¿Quieres un vaso de agua? —le preguntó Volker al ver la palidez de su rostro.

—Sí, por favor —se sujetó al pomo de la puerta para no caerse.

—Ven, siéntate —le dijo Ricardo ayudándolo a llegar al sofá.

Volker le entregó el vaso de agua y se lo bebió de un solo trago.

—¿Alguno de los dos sería tan amable de llevarme? —preguntó James cerrando los ojos cuando apoyó la cabeza en el respaldo.

—Yo te llevo —respondió Ricardo—. ¿Te quedas esta noche aquí? —le indagó a Volker mientras ayudaba al doctor a ponerse de pie.

—Sí. No te preocupes.

—Mañana te relevo para que descanses —le ofreció Ricardo caminando al lado de James para que no se cayera al suelo.

—No hay prisa. Ven cuando puedas.

—Hasta luego —se despidió James arrastrando las palabras.

Ricardo lo sentó en el asiento del copiloto del Toyota Land Cruiser Limited marrón, le puso el cinturón de seguridad y rodeó el vehículo para sentarse delante del volante. Se despidió de Volker con un movimiento de la mano y dio marcha atrás para salir de la finca.

Volker esperó hasta que la pesada puerta se cerró y, después, se dirigió al

salón donde estaba Piero sentado en el sofá.

—Quiero la revancha —le dijo el hombre preparando para empezar una nueva partida de ajedrez.

El muchacho miró el tablero de cuadrados blancos y negros, le dedicó una sonrisa doblada y se incorporó dispuesto a ganarle otra vez.

Las horas pasaron y Ciara no se movió en ningún momento de la habitación. Estaba sentada en el suelo esperando a que el comisario abriera sus hermosos ojos turquesa.

Volker abrió la puerta de la habitación y vio a la chica. Seguía sentada en el suelo, al lado de Will y acariciándole el pelo con ternura.

—Deberías descansar un poco —le aconsejó el hombre.

—No. Estoy bien —su voz fue un susurro.

El hombre cerró la puerta y se tumbó en el sofá. Estaba claro que aquella noche sería muy larga.

Ciara rozó los labios del comisario con la punta de los dedos y le dejó un leve beso en la boca. Sólo un pequeño roce como en su primer sueño.

—Despierta —le rogó con las lágrimas empapándole el rostro.

Se sentía impotente. No podía hacer nada por él, sólo esperar a que se despertara por sí mismo de su inconsciencia.

Los cristales de la ventana vibraron con el azote del viento y la torrencial lluvia que caía en el exterior. Ciara se levantó, echó las cortinas y regresó con el comisario. Se sentó en el borde de la cama y apoyó la cabeza en el pecho de Will, escuchando los lentos latidos de su corazón y sintiendo su vaivén al subir y bajar al compás de su respiración. Cerró los ojos, calmándose para no empezar a llorar como una niña pequeña y se durmió.

El comisario suspiró y sus ojos se abrieron lentamente. Estaba desorientado y sentía el pecho empapado por alguna clase de líquido. Miró hacia su torso y vio una cortina negra azabache descansando en él. Observó a su alrededor y reconoció dónde estaba, pero ¿cómo había llegado hasta allí?

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz áspera y la boca seca.

La cabeza de la chica se levantó de inmediato, mirándolo con las lágrimas agolpadas en sus ojos. Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y lo besó en los labios con toda la pasión y el amor que había estado conteniendo. Ya no podía ocultarlo más. No podía negar lo que era tan obvio.

—Mm... ¿A qué ha venido eso? —quiso saber el comisario con sorpresa. No esperaba esa reacción de ella.

—Me has asustado. Creía que te perdía —le contestó ella apoyando su frente en la de él.

Will se quedó boquiabierto, saboreando aún los labios de la mujer.

—Lo siento. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —inquirió mientras intentaba incorporarse.

—Unas horas. ¿A dónde crees que vas? —no podía creer que estuviera despierto y, mucho menos, que quisiera levantarse ya. ¿El disparo le había vuelto loco?

—A levantarme.

—No. Ni hablar. Tienes que guardar reposo —respondió ella con las manos en el pecho del comisario, sosteniéndole en la cama—. ¿Qué necesitas?

—No creo que puedas hacerlo por mí —le dijo con una sonrisa divertida.

—¿Por qué?

—Porque tengo que ir al baño.

Tenía razón. Ella no podría hacerlo por él. Le devolvió la sonrisa divertida, se levantó y lo ayudó a ponerse en pie.

—Apóyate en mí —le ofreció la mujer sujetándolo por la cintura y poniendo el brazo de él alrededor de sus hombros.

—No vas a poder conmigo.

—No seas tan negativo, por favor —le pidió alzando el rostro para mirarlo.

—Está bien. Después no digas que no te avisé —dejó caer su peso en los hombros de ella cuando dio un paso hacia la puerta de la habitación.

Sorprendentemente, ella lo agarró con fuerza y lo sostuvo. Tenía más fuerza de lo que parecía. Lo ayudó a llegar al baño dejando que se apoyara en ella como si fuera una muleta.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Volker incorporándose en el sofá.

—No, tranquilo —respondió Ciara abriendo la puerta del baño.

—Gracias por quedarte esta noche —le agradeció Will a su compañero antes de entrar en el servicio con Ciara.

—Te espero fuera. Llámame cuando termines —le avisó la mujer dejándolo de pie enfrente del inodoro.

Cerró la puerta y buscó con la mirada a su hermano. Se había olvidado de él por completo.

—Está dormido —la informó Volker intuyendo a quién buscaba.

—Gracias por ocuparte de él.

—No hay de qué.

—Ciara —la llamó Will desde el interior del servicio.

La chica abrió la puerta y lo ayudó a regresar a la habitación pequeña. Lo tumbó en la cama teniendo cuidado con su muslo y se sentó en el borde de la misma.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó la mujer suavemente.

—Sí.

—¿El qué?

—Un vaso de agua y... un beso —le contestó llevándose el dedo índice a los labios mientras le sonreía.

Ciara le devolvió la sonrisa, se levantó y salió del cuarto hacia la cocina para coger un vaso y llenarlo de agua. Caminó hacia el dormitorio y le entregó el vaso ayudándolo a que se incorporara para que pudiera beberse. Una vez que el comisario bebió, la mujer dejó el vaso en la mesita de noche y lo besó.

El comisario suspiró saboreando los labios de la chica y apoyó su frente en la de ella con los ojos aún cerrados. Si estaba soñando no quería despertar nunca.

—Deberías dormir un poco —le aconsejó Ciara sin querer alejarse de él, pero consciente de que debía dejarlo descansar después de perder tanta sangre.

—No tengo sueño.

—Tienes que descansar para que puedas recuperarte lo antes posible. Tu

médico me lo ha dejado muy claro.

—¿Mi médico? —le preguntó sorprendido.

—Tu amigo James. Ricardo lo avisó y vino en menos de un minuto —le explicó ella enredando sus largos y finos dedos en el pelo de él—. Dijo que necesitabas reposo durante unos días y que no te levantarás.

—De acuerdo. Si el médico lo ha dicho lo intentaré, pero no te prometo nada —le advirtió recostándose en la cama.

—Descansa. Si necesitas algo solo tienes que llamarme —iba a levantarse cuando la mano del comisario la sostuvo.

—¿A dónde vas? —le inquirió con el ceño fruncido.

—A mi habitación.

—¿No te quedas aquí conmigo? —Los labios de Will se arrugaron para dar pena—. Estoy malito, no puedes dejarme solo. Necesito cariños. Si me dejas solo no tendré más remedio que levantarme para coger lo que me haga falta.

—Eres un chantajista —le acusó la chica riendo.

—En tu conciencia quedará si se me abre la herida —continuó Will.

—Está bien, manipulador. Me voy a poner el pijama y ahora vuelvo.

—No tardes —le dijo con una sonrisa arrogante. Se había salido con la suya.

Ciara se dirigió a su habitación, abrió la puerta con cuidado de no despertar a Piero, se puso el camisón blanco de satén y volvió con Will.

El comisario se echó a un lado, pegándose a la pared para que ella pudiera tumbarse. Puso el brazo debajo de la cabeza de ella y la atrajo hacia él mientras la mujer lo rodeaba con su brazo.

—Hasta mañana —le susurró el comisario dejándole un beso en la cabeza.

Los ojos de ambos se cerraron poco a poco sumiéndose en un sueño reparador.

Capítulo 5

Ya habían pasado cuatro días desde que dispararon al comisario en el muslo, poniendo su vida en peligro. Había guardado el reposo que James, su médico y amigo, le había dicho pero, para sorpresa de Ciara, Will ya caminaba sin ningún tipo de cojera ni molestia.

James regresó a la casa y le echó un vistazo a la cicatriz con forma de estrella que se le había quedado en el muslo al comisario.

—¿Te duele si hago esto? —le preguntó James apretando la cicatriz con su pulgar.

—No —respondió Will.

—Bien. La cicatriz está estupendamente, aun así, espera uno o dos días antes de hacer mucho esfuerzo.

Ciara no podía creer lo que veía. ¿Cómo era posible que el comisario se curara en cuatro días de una herida de bala tan peligrosa? ¿Qué había hecho James para conseguir ese milagro?

—¿Estás bien? —le inquirió el comisario al oído haciéndola reaccionar.

—Sí. Sólo pensaba.

—¿En qué?

—En cómo has hecho para curarte tan rápido —le confesó mirándolo fijamente a los ojos.

La expresión de Will no cambió, pero por dentro estaba nervioso. ¿Cómo iba a explicarle algo así? Tenía miedo de contarle la verdad. ¿Y si la perdía? No podría soportarlo. Ella era la razón por la que su vida tenía sentido. No podía echarlo todo a la basura por algo así.

—Will es fuerte y yo un gran médico —contestó James con rapidez, levantándose de la cama—. Lo importante es que se ha recuperado satisfactoriamente y que sigue aquí con nosotros, ¿o no?

—Tienes razón —le dijo Ciara dándole un beso en los labios al comisario.

Observó al doctor mientras metía sus cachivaches en el maletín. Ese hombre le ocultaba algo. Lo sabía. No le había dicho toda la verdad sobre la

curación milagrosa del comisario. ¿Qué ocultaba? ¿Qué era lo que no quería que supiera?

Lo acompañó hasta el exterior de la casa junto al comisario y se despidieron de él cuando salió de la parcela.

—No es posible que me hayas vuelto a ganar —escucharon decir a Volker—. Quiero la revancha. No voy a parar hasta que te gane —le dijo a Piero que se reía a carcajadas.

Will y Ciara lo imitaron al joven. Volker los miró muy serio. No estaba para bromas.

El comisario se inclinó hacia el oído de la mujer y le susurró:

—¿Te apetece un baño en la piscina?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la chica al sentir el aliento cálido del hombre en su oreja. Su cabeza se movió a su voluntad, de arriba abajo, asintiendo. Si no había podido negarse en sus sueños cómo iba a hacerlo ahora cuando por fin iba a sentirlo de verdad. Cerraron la puerta de la casa sin llamar la atención de Volker y Piero, y se encaminaron hacia los asientos de mimbre negro para dejar la ropa.

Ciara se quitó los pantalones vaqueros y la camiseta color salmón, quedándose solo con la ropa interior negra. Will tampoco perdió ni un segundo. Se quitó la camiseta azul marino y se quedó con un bañador gris y rojo.

La chica lo miró divertida y corrió hacia la piscina tirándose de bomba, salpicándolo todo. El hombre le sonrió y salió a su encuentro tirándose de cabeza. Emergió al lado de la mujer, la agarró de la cintura y la atrajo hacia él. Atrapó su boca y la degustó despacio. La chica le rodeó la cintura con las piernas, pegándose un poco más a él. El deseo invadió sus cuerpos como una gran ola de fuego, quemándolos lentamente.

La boca del comisario descendió hacia el delgado cuello de ella, dejándole pequeños besos. Las manos de la mujer recorrieron su ancha y musculada espalda hasta los hombros. Un leve sonido casi inaudible y muy conocido llegó a los oídos de Ciara haciendo que abriera los ojos inmediatamente y mirara hacia la valla de hormigón que delimitaba el terreno de la parcela. Un hombre, con un pasamontaña tapando su rostro, estaba asomado con un fusil de francotirador apoyado en la valla. Llevó el dedo índice al gatillo del fusil y

disparó. La pequeña bala salió del arma a gran velocidad, entrando por el ventanal abierto del salón e impactando en la pantalla del televisor de plasma, rebotando y rompiendo un jarrón blanco que había en la isla de la cocina.

Los ojos rasgados del francotirador se abrieron de par en par. Había fallado. ¿Cómo era posible? Bajó del capó del coche en el que se había subido, entró en el vehículo dejando el arma en el asiento del copiloto, arrancó y derrapó al salir a toda velocidad.

Volker escuchó a Piero con su cuerpo, sacando su arma y mirando a su alrededor buscando al tirador.

Ciara y Will se sobresaltaron al escuchar el jarrón romperse. Salieron de la piscina y corrieron hacia el salón para ver lo que había pasado. El comisario vio a Volker protegiendo a Piero y con el arma desenfundada.

—No sé de dónde ha venido —le informó al comisario.

—Ciara, quédate con tu hermano —le dijo el comisario cogiendo el arma de la habitación pequeña y haciéndole una señal con la mano a su compañero —. Ven conmigo.

Los dos hombres salieron de la parcela y miraron a un lado y a otro de la calle buscando al tirador. A lo lejos vieron un coche negro destrozado por la farola con la que se había estrellado. Corrieron hacia el vehículo con las armas en alto, preparadas para ser disparadas. Will se acercó por la puerta del piloto mientras Volker lo hacía por la del copiloto. Miraron en el interior del vehículo y fruncieron el ceño.

—Está muerto —anunció Volker después de tomarle el pulso.

—Volvamos a la casa.

Ciara se acercó al jarrón roto, recogió los trozos tirándolos al cubo de la basura y cogiendo con una servilleta de papel la bala que el tirador había disparado a su hermano. Entrecerró los ojos, observándola con detenimiento. “¿*Militares chinos?*”, se preguntó con sorpresa al reconocer el proyectil de cinco milímetros perteneciente a un fusil JS-3. Todo aquello era muy raro.

La puerta de la casa se abrió dejando paso a los hombres. Ciara regresó de sus pensamientos, dejó la bala en la isla con la servilleta y se acercó al comisario.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó abrazándolo preocupada.

—Está muerto —contestó Will abrazándola con fuerza—. ¿Cómo está tu hermano?

—Bien.

La melodía roquera del móvil de Volker sonó en toda la estancia sobresaltándolos. El hombre lo cogió del bolsillo de su pantalón, descolgó y preguntó:

—¿Sí?

Al otro lado del auricular escuchó la profunda voz de Frederick, un compañero de la Interpol encargado de las operaciones especiales y experto en interrogatorios.

—Espera un momento. No te escucho bien —le dijo Volker saliendo al pequeño porche entre la casa y la piscina.

—¿Aún no han detenido al asesino del restaurante? —quiso saber Ciara sentándose en el sofá con el comisario y Piero.

—No lo sé, aunque si lo hubiesen detenido me avisarían —contestó el comisario.

De repente, el móvil de la chica comenzó a sonar estridentemente como unas campanas. La chica lo cogió rápidamente de encima de la mesa del comedor, descolgó y se lo llevó al oído.

—Despejado —le comunicó una voz femenina desde el otro lado de la línea.

—Gracias —susurró antes de colgar.

Regresó con Will y Volker entró. El hombre se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y se sentó en una de las sillas de la mesa del comedor.

—¿Quién era? —le inquirió el comisario a su compañero al ver su cara de desconcierto.

—Frederick. Han encontrado al asesino del restaurante —informó.

—Genial. ¿Lo ha interrogado? —estaba emocionado.

—Sí y no.

—¿Me puedes explicar eso?

—Empezó a interrogarlo ayer. Por supuesto, el susodicho no dijo nada.

Frederick iba a volver a interrogarlo hoy, pero no ha podido.

—¿Por qué?

—Porque cuando ha ido a la sala de interrogatorios se lo ha encontrado... muerto —explicó Volker sin entenderlo.

¿Cómo habían podido matar a ese desgraciado en la sala de interrogatorios de la Interpol? Era uno de los sitios mejor vigilados de toda la isla.

—¿Muerto? ¿Quién lo ha matado? —quiso saber Will.

Estaba furioso. “¿Cómo han dejado que lo mataran?”, se preguntó con rabia.

—Sí. James le ha hecho la autopsia. Le han roto el cuello.

—¿Han visto las cintas de las cámaras de vigilancia? —el comisario se levantó del sofá acercándose a su compañero con los nervios a flor de piel.

—Sí, pero no se ve a nadie entrar. No se explican cómo ha sucedido.

El comisario se dirigió a la habitación pequeña y salió dos minutos después ataviado con unos pantalones vaqueros oscuros y una camiseta negra.

—Vamos —le ordenó a Volker caminando hacia el todoterreno.

Su amigo lo siguió de inmediato, dispuesto a averiguar lo que había ocurrido con ese pobre desgraciado.

—¿A dónde vais? —les preguntó Ciara caminando detrás de ellos.

—A la agencia. No tardaremos —respondió Will sentándose en el asiento del conductor y presionando el botón del mando para que se abriera la pesada puerta de metal.

—Pero... —¿iban a dejarlos solos?

—No te preocupes, no os pasará nada —la tranquilizó Volker sentándose de copiloto.

El comisario dio marcha atrás saliendo de la parcela y se dirigió a toda velocidad hacia la salida de la urbanización. Ciara se quedó petrificada en el porche, mirando la puerta metálica fijamente. Recorrió todo el terreno con sus ojos verde jade y volvió adentro con su hermano.

El comisario aparcó el todoterreno en el garaje de la agencia y subió en el ascensor hasta la segunda planta con Volker a su lado. Recorrió el pasillo

dorado hasta llegar a la puerta que le interesaba, llamó con los nudillos y abrió sin esperar una respuesta. Frederick, el hombre que había ido días atrás a interrogar al que casi secuestra a Piero, estaba sentado detrás de una mesa de escritorio de madera. Levantó la mirada cuando alguien llamó a la puerta y éstos entraron sin esperar una contestación. Se sorprendió al ver a dos de sus compañeros.

—Will, Volker. ¿A qué debo vuestra visita? —les preguntó Frederick recostándose en la silla giratoria negra.

—Queremos ver las grabaciones de la sala de interrogatorios —le contestó el comisario precipitadamente. Estaba nervioso por verlas.

Era muy extraño todo lo que Volker le había contado y quería verlo con sus propios ojos.

—Sentaos, por favor —Frederick le dio la vuelta al portátil que había delante de él y le dio a reproducir el vídeo.

La sala gris y húmeda de interrogatorios apareció en la pantalla. Delante de la cámara había un hombre de origen asiático sentado y esposado en la silla de metal, en el centro de la estancia. El hombre sonreía con arrogancia hacia la cámara mientras cantaba en su idioma natal. Los segundos pasaban sin que nada ocurriese entre esas cuatro paredes. El hombre terminó la canción y toda la sonrisa arrogante de su rostro se borró dejando ver el miedo reflejado en sus ojos negros. El pánico se apoderó de él en unos segundos. Gritaba e intentaba liberarse de las esposas que lo sujetaban con fuerza a la silla.

Los dos hombres observaron la imagen con detenimiento. No había nadie en esa sala, excepto el prisionero. ¿Qué le ocurría?

El detenido miró al suelo y fue subiendo por su cuerpo, como si siguiera a algo, hasta los hombros. No podía respirar. Su cabeza se movió con rapidez y pudieron escuchar el crujir de su cuello al partirse. La cabeza morena del hombre cayó sobre su pecho, inmóvil.

—Y eso es todo —les dijo Frederick con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Pero, ¿cómo...? —empezó a preguntar Volker. No podía creer lo que había visto, o más bien, ¿lo que no había visto?

—Eso nos preguntamos todos. La cámara sólo tiene un ángulo muerto, pero desde esa distancia no puedes romper el cuello del detenido que está en medio

de la sala —explicó Frederick.

—No lo entiendo. ¿Quién ha podido entrar en esa sala, hacerse invisible a los ojos de todos y matar a ese hombre? —caviló Will. No podía comprenderlo y tampoco le veía sentido—. ¿Quién quería ver muerto a ese hombre?

—Es posible que muchos, pero ¿quién tan hábil y astuto para conseguir hacerse invisible? —dijo Frederick apoyando los codos en la mesa y mirando a Volker como si él tuviera la respuesta a ese enigma.

—No lo sé. Hay que investigarlo —el comisario miró la imagen congelada del hombre ya muerto.

“¿Cómo y quién ha podido hacerlo?”, se preguntó perplejo ante aquél misterio.

—Los analistas ya están en ello. Te avisaré cuando tengan algo —le informó Frederick dándole la vuelta al portátil.

—Gracias —el comisario le estrechó la mano y salió del despacho.

Se dirigió hacia el ascensor y bajó al semisótano para llegar al todoterreno aparcado en su plaza.

—Supongo que Piero y Ciara ya no son testigos protegidos, ¿no? —le preguntó Volker sentándose en el asiento del copiloto.

—El que quería matarlo está muerto. Podrán volver a sus vidas —Will parecía cabizbajo.

—¿Crees que en esa vida Ciara no seguirá contigo? —sabía en lo que estaba pensando. Lo conocía muy bien.

—Espero que sí. No hay ninguna razón para que no sigamos juntos.

—Me alegro por ti. Al menos uno de nosotros puede rehacer su vida completamente después de todo lo que hemos pasado.

El comisario ladeó la cabeza para mirar a su compañero durante unos segundos. ¿Estaba triste? Se sorprendió al verlo así. Nunca, en todos los años que lo conocía, y eran muchos, lo había visto triste o melancólico, echando de menos algo que jamás había tenido.

—Estoy cien por cien convencido de que todos nosotros reharemos nuestras vidas. Tarde o temprano, lo haremos —le confirmó Will con una gran sonrisa, intentando animarlo.

—Es posible —respondió encogiendo los hombros sin darle importancia—. Ya veremos.

La chica estaba sentada a la mesa ovalada de cristal jugando con su hermano al ajedrez cuando escuchó que la puerta metálica se abría dejando paso al todoterreno negro.

—Ciara, te toca —la llamó Piero esperando su jugada.

La mujer movió una de las figuras sin ni siquiera verla y se levantó acercándose a la puerta para recibir al comisario.

Will le sonrió, la cogió por la cintura atrayéndola hacia él y la besó con pasión.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó la chica agarrada aún al cuello del comisario. Le había echado mucho de menos.

—No tan bien como querríamos, pero no nos podemos quejar —contestó Volker sentándose en el sofá con pesadez.

Ciara lo siguió con la mirada. Parecía triste. Decaído.

—Tengo que daros una noticia —les anunció Will—. Podéis volver a vuestro piso.

—¿De verdad? —las caras de los hermanos se iluminaron—. ¿Ya no somos testigos protegidos? —quiso saber la joven.

—No. El que mató a ese hombre en el restaurante está muerto, así que hoy mismo podéis volver a vuestras vidas —Will intentó parecer alegre. No quería pensar en nada en ese momento.

Los ojos de la chica lo escudriñaron de arriba abajo.

—¿Qué te preocupa? —le inquirió dejándole un beso en la barbilla.

—No es nada. ¿Te ayudo a hacer las maletas? —quería cambiar de tema. Si empezaba a hablar ya no podría parar. Cuanto antes se fueran de allí antes tendría la respuesta a su pregunta.

Ciara le asintió feliz y lo siguió hasta la habitación grande.

En menos de una hora ya lo tenían todo recogido y preparado para regresar a sus rutinas. Se montaron en el todoterreno y Volker puso rumbo hacia el piso

de Ciara. Los dos hombres los ayudaron a subir las maletas y se aseguraron de que estaban a salvo. Recorrieron todas las habitaciones del apartamento y Volker le echó un vistazo al perímetro para asegurarse.

—¿Te vienes conmigo? —le preguntó Volker al comisario mientras se encaminaba hacia la puerta de entrada del piso.

—No. Tengo mi coche abajo, pero gracias —le dio un apretón de mano con un abrazo y su compañero se fue.

Will cerró la puerta, se dio media vuelta y vio a Ciara parada detrás de él mirándolo con una sonrisa embelesada.

—Creo que ya sé lo que te preocupa —le dijo ella acercándose a él lentamente, sin quitarle los ojos de encima.

—¿Ah, sí?

—Sí. Crees que, ahora que he vuelto a mi vida de antes, voy a dejarte.

—¿Eres adivina? —preguntó asombrado, abrazándola y achuchándola contra él.

—Soy medio bruja —contestó divertida.

—Y, ¿cuál es la respuesta?

—No voy a dejarte aunque vuelva a mi vida aburrida —le dio un pequeño mordisquito en la barbilla y un beso.

—Menos mal —suspiró aliviado y atrapando su boca. Estaba deseoso por besarla, saciarse de ella.

La agarró del trasero, levantándola para acoplarla a su cuerpo mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Se besaron con pasión, deseo, anhelo.

—¿Dónde está tu hermano? —quiso saber el comisario en un susurro ronco.

—En su habitación. No saldrá hasta la hora de la cena —respondió Ciara con una sonrisa pícaro que él le devolvió con mucho gusto.

Will caminó hacia la habitación de ella, abrió la puerta y la cerró con un pequeño toque de la pierna. Se dirigió hacia la enorme cama de matrimonio y la tumbó en ella con cuidado.

Las manos de Ciara recorrieron el cuerpo del hombre, despojándolo de la camiseta negra. Después, descendieron hacia el botón del pantalón,

desabrochándolo con maestría. <<**Ciara, para**>>, le ordenó una voz dulce en su mente. Por un momento dejó que el comisario la besara a su antojo. Cada rincón, cada recoveco de su cuerpo mientras la desvestía. Cerró los ojos con fuerza. No quería pensar en las consecuencias que aquella relación podría acarrear. Ya lo había pensado muchos días atrás y no había conseguido sacarlo de su mente, de su alma. Le era imposible. “*No puedo. Lo siento*”, se disculpó a la voz femenina de su cabeza. Sintió la sensación de una sonrisa y una lágrima escurridiza resbaló por su mejilla. <<**No lo sientas, *amore*. No te preocupes por mí**>>.

“*Pero...*”, comenzó Ciara a pensar sintiendo los besos que el comisario le dejaba en el vientre.

<<**Pero nada. Puedo sentir lo mismo que tú en este momento y no quiero que lo pierdas por mi culpa. Nunca me lo perdonaría. Disfruta y sé feliz**>>, le dijo la dulce voz de la mujer.

Ciara percibió la felicidad de la voz en su mente y las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa.

El comisario se tumbó encima de ella, desnudo. Le acarició el pelo moreno dejándole pequeños besos por el rostro y el cuello, le enjugó las lágrimas que resbalaban por las mejillas de ella sin control con sus labios y la miró a los ojos verde jade.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

—Sí —contestó asintiendo y sonriendo.

—¿Quieres que pare?

—No. Son lágrimas de felicidad —en cierto modo así era, pero también de tristeza.

El comienzo de su nueva vida era el fin de otra, de la del ser más querido para ella. El que se estaba sacrificando para que ella pudiera empezar de cero con el comisario.

Will recorrió su rostro con la mirada, intentando averiguar lo que le ocultaba, pero su expresión sólo reflejaba alegría, ilusión, amor, deseo.

Ciara enmarcó el rostro del comisario entre sus manos, lo miró fijamente, casi sin pestañear, y le dijo:

—*Ti amo*.

Sorpresa. El comisario estaba sorprendido. Nunca hubiera pensado que ella se lo diría tan pronto. Sus labios formaron una enorme sonrisa llena de amor y la besó.

—Y yo a ti.

Capítulo 6

Los días pasaron convirtiéndose en semanas, las semanas en un mes, y cada uno de esos días habían sido de pura felicidad al lado de Will. Aún no podía creer lo que estaba viviendo con él. Todo era hermoso a su lado y lleno de alegría.

Ciara estaba amasando el pan de ese día en la trastienda de la panadería-pastelería de la que era dueña cuando la puerta se abrió dejando paso a un hombre alto, enjuto, con el pelo moreno o, al menos, el que le quedaba a los lados de la cabeza; con la mandíbula cuadrada y los ojos marrones con pequeñas motitas doradas alrededor de la pupila. El hombre se acercó al mostrador de madera tallada y cristal que dejaba ver los estupendos y riquísimos pasteles y panes que se vendían, y tocó la campanita para llamar a la dependienta.

Una chica joven con cara de ángel dejó su masa a un lado y se limpió las manos llenas de harina, dispuesta a atender al cliente, pero Ciara la paró.

—Sigue amasando, yo lo atenderé —le dijo dirigiéndose al pequeño arco con la cortina beige que separaba la tienda de la trastienda y el almacén—. ¿Qué desea? —le preguntó al cliente con la mandíbula en tensión cuando lo reconoció.

—Me esperaba más amabilidad por tu parte —le contestó el hombre en alemán.

—No creo que tú seas el más indicado para hablar de amabilidad —respondió Ciara también en alemán para que su empleada no pudiera entenderlos.

—Supongo que no soy la persona más amable de este mundo.

—No, no lo eres. ¿A qué has venido? —no tenía ganas de escucharlo y, aún menos, de hablar con él. Que le dijera a lo que había venido y que se fuera cuanto antes era su prioridad.

—Tú sabes a qué he venido.

—No vas a convencerme para que vuelva y, mucho menos, te voy a decir dónde encontrarla —le advirtió la chica cogiendo un pan de sésamo y envolviéndolo en una bolsa de papel.

—Sabes lo que va a pasar si no vuelves, ¿verdad? No te van a dejar en paz. Ni a ti ni a él.

—Sé cuidarnos a los dos muy bien —contestó Ciara dejando la bolsa con el pan en el cristal del mostrador.

La puerta de la panadería se volvió a abrir dejando paso a Will.

—Buenos días —saludó a todos los presentes al entrar. Se acercó al mostrador, lo rodeó para pasar al otro lado y besó a Ciara—. Hola, preciosa.

—Hola, *amore*. ¿Te vas a trabajar? —le preguntó en un susurro.

—Sí. Nos vemos en la cena. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí? Mm... qué será —inquirió curiosa dejándole un beso en la barbilla después de darle un mordisquito.

—Ya lo sabrás —miró de reojo al hombre que les sonreía de una manera extraña y atrajo a la mujer hacia él.

No sabía qué era, pero algo en ese hombre no le gustaba. Sentía que su mirada era una amenaza silenciosa. Lo estaba poniendo nervioso y los pelos de la nuca se le erizaron. Definitivamente, ese hombre no era tan bueno como quería aparentar. Lo miró con detenimiento, de arriba abajo, sin perderse ningún detalle. La cara de ese desconocido le era familiar, pero ¿de qué?

Ciara siguió la mirada del comisario cuando sintió que la agarraba con más fuerza contra él. Observaba al cliente como si lo hubiera visto antes, pero no se acordara de dónde. Lo apretó contra ella y le dejó un beso en el cuello. Volvió la vista al cliente y le preguntó lo más amable que pudo:

—¿Desea algo más?

—No —el hombre sacó un billete de su cartera, cogió la bolsa de papel y se dirigió a la puerta. La abrió, sacó su móvil y se alejó hablando por el teléfono.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Ciara a Will.

—No es nada —miró el reloj de su muñeca y resopló—. Tengo que irme —no quería dejarla sola. Ese hombre lo había dejado sospechando. Se traía algo entre manos, pero no tenía cómo averiguarlo.

—Te veo en la cena. Ten cuidado —le dijo la chica dejándole un beso en los labios.

El comisario le dedicó una sonrisa divertida, dejándola descolocada sin saber la sorpresa que le esperaba, y salió de la tienda dirigiéndose al coche que estaba aparcado en la acera de enfrente. Se sentó al volante, arrancó el motor, miró al escaparate de la panadería para despedirse de Ciara con un movimiento de la mano y se fue.

El rostro de la mujer cambió de inmediato. Se quitó el delantal blanco con una magdalena estampada y le gritó a su empleada:

—¡Macarena, ahora vuelvo! Voy a hacer unas compras —cogió el móvil del bolsillo del delantal y se marchó.

El comisario llegó a la dirección que Ricardo le mandó al móvil, bajó del coche y se acercó a su compañero que lo esperaba en el portal del edificio ataviado con el chaleco antibalas y el arma.

—¿Están ahí? —le preguntó Will cogiendo el chaleco antibalas que le ofrecía su amigo.

—Sí. Nadie ha salido y nadie ha entrado.

Will se abrochó el chaleco, cogió su arma preparándola para disparar y asintió levemente dándoles luz verde a Kenneth y a sus hombres.

Entraron en el edificio, directos hacia la puerta del apartamento que les interesaba. Echaron la puerta abajo y entraron como un tornado, gritando y apuntando a los que se encontraban allí dentro fabricando o tomando drogas.

—¡Interpol! ¡Al suelo! —gritaron los hombres del comisario irrumpiendo en todas las habitaciones.

—¡Despejado! —le informó Ricardo volviendo al salón donde los traficantes estaban arrodillados y esposados.

—Recogedlo todo y lleváoslos —les ordenó Will levantando a uno de los más jóvenes y entregándoselo a uno de sus hombres.

El comisario dejó trabajar al equipo de laboratorio y salió del edificio detrás del último traficante. Caminó hasta el furgón para llevarlos a la agencia, pero un pequeño silbido, casi inaudible, se escuchó antes de que el joven traficante cayera al suelo con una bala en la sien. Todos los agentes se agacharon junto a los detenidos y sacaron sus armas buscando la amenaza.

—¡Will! —lo llamaron Ricardo y Kenneth a voz en grito, preocupados.

—¡Estoy bien! —contestó el comisario mirando a su alrededor.

Su mirada turquesa se paró en la azotea de uno de los edificios más altos que los rodeaban. Dos sombras peleaban ardua y ferozmente. La sombra más fornida intentó llegar hasta el fusil que descansaba en la cornisa del edificio, pero no llegó si quiera a rozarla. La otra sombra, más esbelta y ágil, saltó sobre su espalda, agarrándole la cabeza con fuerza y partiéndole el cuello al tirador. Éste cayó al suelo lleno de grava y la sombra se alejó corriendo a una velocidad sobrehumana, saltando de azotea en azotea hasta desaparecer a lo lejos. “¿*Qué ha sido eso?*”, se preguntó el comisario mirando el último edificio donde había visto a la sombra desvanecerse.

—¡Will! —gritó Ricardo de nuevo, resguardado detrás de la puerta de uno de los coches.

—¡Estamos bien! Equipo uno, el disparo ha venido de aquél edificio. Los demás a la agencia. ¡Vámonos! —ordenó el comisario.

Se subió en el asiento delantero del furgón sin dejar de observar el edificio. Esa no había sido la primera vez que había visto a esa sombra. La reconocería en cualquier parte. Dos meses atrás la había visto en el puerto acompañada de tres sombras más y, después, la había visto observándolo en la muralla y en el aparcamiento de la agencia. ¿Lo estaba siguiendo? ¿Por qué? ¿Lo habrían encontrado? Pero no podía ser. Si no eran ellos, entonces ¿qué estaba ocurriendo? ¿A qué debería atenerse?

La melodía de su móvil sonó en el interior del silencioso furgón. Lo cogió del bolsillo del pantalón y descolgó con una sonrisa al ver la foto sonriente y un poco soñolienta de Ciara.

—Dime, cariño —le dijo al descolgar.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

—Sí, ¿por qué? —inquirió con el ceño fruncido.

—Menos mal. He tenido un mal presentimiento y me he asustado —contestó la chica ya más aliviada.

—No te preocupes. Estoy perfectamente —el diminuto rastro de desconfianza se esfumó al instante. ¿Cómo iba a saber ella lo que había pasado?

A veces presentía las cosas malas que podían pasarle a sus seres queridos. Ya le pasó una vez cuando intentaron secuestrar a Piero. Era extraordinaria en

todos los aspectos y, por eso, la amaba tanto. Ya no podía vivir sin ella. Ciara, su Ciara. Ella era su mundo.

—Tengo que atender a un cliente. Hasta esta noche, *amore* —le anunció la mujer mandándole un sonoro beso por el auricular.

—Te amo.

El comisario colgó con una gran sonrisa de oreja a oreja en la boca y se guardó el móvil en el pantalón, volviendo sus pensamientos hacia esa sombra misteriosa.

El día pasó volando ante los ojos de Ciara. La puerta de la tienda se abrió haciendo que unas pequeñas campanitas colgadas en el techo, cerca de la puerta, sonaran. Piero y Laura, su nueva cuidadora, entraron en la tienda cogidos de la mano. Era asombroso lo rápido que Laura se había ganado a Piero. En solo dos semanas, la joven había conseguido que el muchacho le diera la mano cada vez que salían a la calle a dar su paseo rutinario. Se acercaron al mostrador y el joven le dio un beso en la mejilla a su hermana.

—¿Cómo ha ido el paseo, cielo? —le preguntó Ciara dándole un pan con tomate y orégano que tanto le gustaba.

—Bien, hemos ido al acuario —contestó Piero emocionado.

—Y le han encantado los delfines —añadió Laura con su voz dulce, casi como la de una niña.

—¡Sí! —gritó el chico levantando los brazos.

Las campanitas volvieron a sonar y Will entró en la panadería.

—Hola —saludó alegre.

Piero se acercó a él y le dio un abrazo.

—Dejo el delantal y nos vamos —le informó Ciara mientras se lo quitaba caminando hacia la trastienda.

Cogió su bolso y el móvil y salió del mostrador con las llaves de la panadería en las manos, preparada para cerrar. Bajó la persiana de aluminio con ayuda de Will y cerró. Laura se despidió de ellos y se fue a su casa. Piero, Ciara y Will se dirigieron hacia el coche del comisario y pusieron rumbo hacia el restaurante que quedaba en el centro de la ciudad.

Will paró delante de la puerta acristalada y bajó del coche para abrirles la puerta a la mujer y al muchacho. La chica miró hacia el oscuro restaurante, no parecía que estuviera abierto.

—Está cerrado —le dijo al comisario cogiendo la mano de Piero.

—Sí y no —contestó Will con una sonrisita traviesa—. Está cerrado para el público, pero no para nosotros —le explicó al ver la cara de desconcierto de la mujer.

Cogió la suave mano de Ciara y la guio hasta la puerta. Llamó al timbre y un hombre regordete y bajito le dio la bienvenida.

—*Buona sera, signori* —los saludó el hombre en italiano guiándoles hacia el comedor.

El enorme comedor estaba pulcramente decorado con flores blancas, rojas y amarillas. Solo había una mesa redonda con un mantel anaranjado en medio de la estancia. Tenía dos velas blancas encendidas y los cubiertos de plata bien ordenados alrededor de la vajilla. El hombre regordete se acercó al interruptor de la luz, haciéndola más tenue, como si estuvieran bajo la luz de la luna. Agarró la silla en la que Ciara se iba a sentar y la arrimó a la mesa. Les entregó la carta con el menú y se alejó hasta la barra, a la derecha de la entrada. Cogió una botella de vino y regresó a la mesa para servirla en las copas. Volvió a la barra y cogió un zumo para Piero.

—¿Está el menú a su gusto? —le preguntó al comisario con su acento italiano.

—Está estupendo, Luigi. Puedes servirnos —no le quitaba ojo a la chica que lo miraba con una sonrisa llena de amor.

—*Subito* —contestó el hombre con una pequeña reverencia y caminando hacia unas puertas abatibles detrás del comisario.

—¿Restaurante italiano? —inquirió Ciara sin saber lo que tramaba el comisario.

—He querido que te sintieras como en casa cuando te dijera lo que quiero pedirte —le explicó Will cogiendo su mano entre las suyas.

Piero no pudo contenerse más y se rio por debajo de la nariz, tapándose la boca con la mano.

—¿De qué te ríes? —quiso saber su hermana.

—Sabe lo que voy a pedirte —respondió el comisario riendo.

—¿Lo sabes? ¿Y no me has dicho nada? —le hizo cosquillas en el costado y Piero no podía parar de reír.

—Es un secreto —se excusó el joven intentando alejarse de las manos de su hermana.

Todos los platos que Luigi les sirvió estaban deliciosos. La botella de vino se acabó en el postre y Luigi la substituyó por una botella de champán que estaba ya preparada en la cubitera. La dejó a un lado de la mesa, se inclinó al oído de Will y le susurró:

—Están listos.

El comisario sonrió mirando a Ciara y asintió levemente. De repente, los acordes de un piano comenzaron a sonar y cuatro figuras salieron de detrás de un telón verde, blanco y rojo. La gran bandera italiana se echó a un lado y cuatro focos iluminaron a las figuras. Cuatro hombres trajeados, sonrientes y con micrófonos en las manos aparecieron ante sus ojos verde jade. La boca y los ojos de la mujer se abrieron de par en par al reconocer a aquellos hombres. Miró al comisario asombrada y de vuelta al cuarteto.

—Il Divo —murmuró. Volvió a mirar a Will—. ¿Cómo...? —no pudo terminar la pregunta. Las palabras se quedaron atascadas en su garganta.

—Piero me ayudó —confesó el comisario—. ¿Te gusta la sorpresa?

—Me encanta —respondió emocionada.

El corazón le latía a mil por hora. No podía creer lo que veía y escuchaba.

—Pues, todavía hay más —le anunció el comisario. Miró al cuarteto y asintió.

El pianista comenzó a tocar los acordes de una canción que Ciara conocía perfectamente. Las manos de la mujer taparon su boca conmovida. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas cuando escuchó el estribillo de su canción favorita cantada por su grupo favorito.

E tu mi mancherà... più ancora,

(Y tú me harás más falta ahora)

Quanto no lo sai...

(Cuánto, no lo sabes)
Continuerò a credere che
(Continuaré creyendo que)
Siamo un' anima io e te.
(Somos un alma tú y yo)
E ti amerò comunque lo so,
(Y te amaré, sin embargo, lo sé)
Anque se non sei con me... Io ti amerò.
(Aunque no estés conmigo... Yo te amaré)

Piero comenzó a aplaudir cuando la canción terminó. Will se levantó de su silla, rodeó la mesa para llegar hasta Ciara, se arrodilló delante de ella sacando un pequeño cofre dorado de su bolsillo y le preguntó:

—Ciara, ¿querrías hacerme el hombre más feliz de este mundo casándote conmigo? —abrió la tapa del cofre y una gema turquesa, coronando un anillo de plata, apareció.

La mujer se echó a llorar abrumada con tanta felicidad. Si hace dos meses le hubieran dicho todo lo que iba a vivir, nunca se lo hubiese creído. Sin embargo, ahí estaba ahora, sentada en un restaurante, escuchando a su grupo favorito y con el hombre de sus sueños delante de ella pidiéndole matrimonio.

El comisario la miraba expectante. La chica cogió el anillo del interior aterciopelado del cofre y contestó:

—Sí, quiero.

Las comisuras de la boca del comisario se elevaron en una sonrisa. Por un momento había dudado de su aceptación. Le puso el anillo en el dedo, enmarcó su rostro entre sus callosas manos y la besó apasionadamente mientras Piero aplaudía con energía.

—¡Viva los novios! —gritó Luigi desde las puertas abatibles de la cocina con los ojos anegados de lágrimas.

La noche había sido espectacular. Ciara entró en su apartamento seguida de Piero y Will, dejó el bolso en el perchero al lado de la puerta y volvió a mirar su anillo de compromiso. ¿Cómo era posible que alguien como ella pudiera

llegar a ser tan feliz? Acompañó a su hermano a la habitación y lo ayudó a acostarse.

—Que sueños cosas bonitas, cielo —le deseó su hermana dejándole un beso en la frente.

—Y tú —contestó el muchacho abrazando con fuerza a Bubu.

Ciara salió de la habitación dejando la puerta medio abierta y la luz del pasillo encendida. Se dirigió al sofá y se sentó en el regazo del comisario. Le rodeó el cuello con sus brazos y le besó.

—¿Te quedas hoy a dormir? Yo también tengo una sorpresa para ti —le dijo besándole y mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—¿Ah, sí? En ese caso me quedo —atrapó su boca y la devoró lentamente—. ¿Cuál es mi sorpresa?

Ciara se rio, se levantó agarrándole la mano y lo llevó hasta su habitación. Lo sentó en la cama dejándole un beso en la boca y se dirigió al baño anexo al dormitorio.

—Ahora vuelvo —le informó antes de cerrar la puerta.

El comisario sonrió y se quitó la chaqueta gris del traje y la corbata negra, dejándola en la butaca que descansaba debajo de la ventana. Volvió a sentarse en la cama quitándose los botones de la camisa y se remangó hasta un poco más abajo de los codos.

La puerta del baño se abrió una rendija y escuchó la sensual voz de Ciara.

—¿Estás preparado? —le preguntó.

—Preparadísimo —respondió el comisario apoyando los codos en los muslos.

La puerta se abrió y la chica salió desnuda con un lazo rojo atado encima de su cabeza.

—¡Sorpresa! —le dijo acercándose a él moviendo las caderas con provocación.

El comisario se quedó ojiplático, mirándola de arriba abajo. “*Preciosa*”, pensó mientras ella se acercaba despacio, contoneándose sensualmente. Will se levantó del borde de la cama y dio un paso hacia ella. Miró el lazo rojo, levantó las manos y lo desató.

—¿Te gusta tu sorpresa? —los dedos de Ciara ya se movían desabrochando la camisa del comisario.

—Me fascina —su voz sonó ronca.

Atrapó su boca mientras ella terminaba de quitarle la ropa, la agarró del trasero y la levantó, acoplándola a su cuerpo sin esfuerzo. Encajaban a la perfección como las piezas de un puzle. La arrinconó contra la pared y su cuerpo, pegándola más y más a él, sintiendo cómo su corazón latía a toda velocidad. Su respiración entrecortada y sus jadeos lo ponían a mil. Su boca descendió hasta el cuello de ella dándole un mordisquito que alivió con otro beso.

No podía aguantar más los movimientos de ella contra su erección. Le rodeó la cintura con sus brazos, aferrándola a él y la penetró. Ambos jadearon de placer. Ciara se movía de arriba abajo, dejando que él entrara aún más profundo, haciéndola estremecer con cada poderosa embestida.

El comisario caminó hacia la cama y cayó en ella con la chica debajo de él. La embistió una y otra vez, acelerando el ritmo y atrapando sus jadeos con cada beso que le daba.

Ciara se agarró con fuerza a su espalda ancha y musculada, arañándola al llegar al clímax. Will no se hizo esperar mucho y se derramó dentro de ella. Sus respiraciones estaban aceleradas y el sudor perlaba la frente de él. El comisario apoyó su frente en la de ella con los ojos aún cerrados.

—Definitivamente me ha fascinado mi sorpresa – le dijo.

La chica se echó a reír y le dejó un beso en la punta de la nariz.

Capítulo 7

Los rayos del sol entraron por la ventana del dormitorio de Ciara despertándola de su estupendo sueño. Sonrió dándose la vuelta para mirar a Will, su prometido, pero no estaba. La sonrisa se le borró de los labios dejando paso a la angustia y preocupación.

—¿Will? —lo llamó levantándose de un salto de la cama y saliendo de la habitación.

Buscó por todo el apartamento. No estaba en ningún sitio. El miedo llegó a ella bloqueándola. Respiró hondo, se calmó, volvió al dormitorio y escuchó un pitido. Había llegado un mensaje. Lo abrió intentando no pensar en lo peor y leyó:

—Cariño, he tenido que irme antes a trabajar. No he querido despertarte. Te he dejado el desayuno en la mesa. Te amo. Will.

Suspiró aliviada exhalando el aire que había estado conteniendo. Buscó en su agenda a la persona que necesitaba en ese momento y llamó. No habían sonado ni dos tonos cuando lo cogió.

—Necesito que lo vigiles. Voy a estar ocupada durante un tiempo —informó Ciara mientras se ataviaba con una falda roja de tubo y una blusa blanca.

—Bien —esa fue la única respuesta que obtuvo y la conexión se cortó.

La mujer se dirigió al comedor y vio la mesa repleta de tostadas, cereales, zumo y café. Se acercó al dormitorio de su hermano y lo despertó suavemente.

—Cielo, despierta. Laura llegará pronto —le dijo casi susurrando.

El muchacho se desperezó, se levantó de la cama aún medio dormido y le dio un beso a su hermana.

—Buenos días —le dijo sonriente.

—El desayuno ya está listo.

Lo guio hasta el comedor y lo sentó en una silla. Piero se quedó asombrado al ver tanta comida y cogió una tostada con mantequilla y mermelada.

El timbre de la puerta sonó estridentemente y Ciara se acercó a abrir con

una tostada en la boca mientras se calzaba con los zapatos negros de tacón.

—Buenos días, Laura —saludó a la joven dejándole paso para que pudiera entrar.

—Hola. ¿Estás listo? —le preguntó a Piero.

—Sólo tiene que vestirse. Yo tengo que irme —le dijo Ciara a la muchacha —. Te veo en el almuerzo, cielo —le dejó un beso en la cabeza a su hermano y cogió su bolso—Coge lo que quieras, Laura —le ofreció señalando la mesa llena de comida y marchándose.

Entró en el ascensor buscando en la agenda del móvil el teléfono de una persona y llamó mientras descendía hasta el garaje del edificio.

—Hola. ¿Tienes mucho trabajo? —le preguntó a la otra persona que le escuchaba por la otra línea.

—No, ¿por qué? —la voz suave de una chica se escuchó por el aparato.

—Tengo que preparar una boda y no tengo mucha idea de cómo va todo eso —le explicó Ciara.

—¿De quién es la boda?

—Mía —contestó con una gran sonrisa mientras le daba al botón del mando para abrir su coche.

—¿Qué?! ¿Te vas a casar?! ¿Con quién?! —estaba realmente sorprendida.

—¿Estás en tu apartamento?

—Claro.

—Pues ahora te veo y te lo cuento todo.

—No tardes, por favor. Me estoy muriendo de la curiosidad.

Ciara se echó a reír colgando el móvil, arrancó el coche y salió del garaje rumbo hacia la ciudad vecina, Starlite City.

Will recorrió los escombros y cenizas de la casa que había explotado cobrándose la vida de dos personas. Buscó con la mirada algún indicio de lo que podría haber pasado para que estallara en mil pedazos, pero todo estaba hecho un caos. No había nada con que poder trabajar para encontrar a los culpables.

—¡Jefe! —lo llamó Ricardo desde la furgoneta del forense.

El comisario se acercó a él y echó un vistazo a la pantalla del iPad de su compañero.

—¿Son las víctimas? —le preguntó mirando las fotos de una mujer y un hombre latinos.

—Sí. Estaban fichados por la Interpol. Eran parte de una de las grandes familias de narcotraficantes.

—Elena y Manuel Vargas, hijos de Erasmo Vargas —leyó Will—. Creo que la explosión no fue un simple accidente.

—Eso parece. Y, además, son los enemigos acérrimos de Enrico Monsalve. Es posible que él tenga algo que ver con este “accidente” —le dijo Ricardo.

—James, ¿cuánto tardarás en encontrar la causa de la muerte? —le preguntó Will mirando la hora en el reloj de su muñeca.

—Al final del día los tendrás, aunque si no tengo mucho trabajo podré tenerlos antes —contestó el forense observando los dedos de la mano ennegrecida de la muchacha.

—Dales prioridad —le ordenó el comisario.

—Comisario, hemos encontrado... —empezó a decir uno de los analistas del laboratorio con una bolsa transparente en la mano, pero fue interrumpido al caer al suelo con una bala entre los ojos.

Will alargó los brazos para sujetarlo y que no cayera al suelo mientras Ricardo sacaba el arma y buscaba a su alrededor al tirador. Estaban rodeados por casas, edificios y oficinas, pero no veía a nadie sospechoso.

—¡Desplegaos! ¡Buscad en todos los edificios! —ordenó el comisario cerrándole los ojos al analista caído.

Todos los agentes se dispersaron entre los callejones de las casas, las azoteas de los edificios más altos y en las oficinas. Revisaron cada milímetro de la zona.

—Despejado —iban diciendo cada agente por las radios.

Will buscó con la mirada, pero no veía nada. ¿Quién había disparado al analista? Y, lo más importante, ¿por qué? Todo aquello era muy extraño. Ya habían disparado a dos personas que, casualmente, habían estado cerca de él. ¿Las habrían matado accidentalmente? Tenía que averiguarlo cuanto antes. Si

era lo que él pensaba nunca se detendrían y era muy posible que hubiera más víctimas inocentes. No podía permitirlo.

—James, quiero la bala que lo ha matado y la quiero para ayer —le dijo el comisario señalando al analista muerto.

El forense asintió, cargó el cuerpo inerte del joven en el furgón junto a los dos cadáveres de la explosión y se marchó a la agencia para hacer la autopsia y sacar la bala.

—Seguid investigando. Buscad testigos, es posible que alguien viera algo —ordenó Will por la radio mientras caminaba hacia los escombros de la casa.

El coche de Ciara paró enfrente de un gran edificio de ladrillos rojos estilo victoriano de cuatro plantas. Bajó del vehículo y se acercó a la puerta de hierro forjado y madera. Llamó al telefonillo y la puerta se abrió con un zumbido. La chica entró en el edificio y subió las escaleras hasta la primera planta. Giró a la derecha y llamó a la puerta de madera de roble con un número tres. La puerta se abrió dejando ver a una chica con el pelo castaño cobrizo, ojos azules como dos zafiros, varios centímetros más baja que Ciara y con los labios bien proporcionados. La chica sonrió a la recién llegada, la abrazó y se echó a un lado para que pudiera entrar.

—Ahora sí, cuéntamelo todo —le dijo la chica a Ciara haciéndole una señal con la mano para que se sentara en el sofá beige.

—Voy a casarme, aún no sabemos la fecha, pero espero que sea pronto. Tienes que ayudarme con los preparativos porque yo no sé de esas cosas.

—Has venido al sitio adecuado. Voy a por unos catálogos y vamos viendo lo que te gusta y lo que no, ¿de acuerdo? —la chica se levantó del sofá sonriente y se alejó dando saltos de alegría por el pasillo hacia una habitación.

Dos minutos más tarde salió con un montón de revistas en las manos, las dejó encima de la mesa auxiliar y se sentó al lado de Ciara cogiendo una de las gruesas revistas.

—Aún no has visto ningún salón, ¿verdad? —le preguntó la chica.

—No. Nos prometimos ayer —respondió Ciara enseñándole el anillo de su dedo.

Los ojos y la boca de su amiga se abrieron de par en par admirándolo.

—Es el anillo más bonito que he visto nunca —confesó la muchacha—. Bueno, tenemos mucho trabajo por delante, así que vamos a empezar buscando un salón que te guste y, en cuanto tengas la fecha, lo reservamos para que no te lo quiten —la chica abrió la revista y comenzó a pasar páginas enseñándoselo a Ciara.

Cada salón que veía con su decoración era mejor que el anterior. No sabía cuál elegir.

—Larisa —la llamó Ciara—, creo que esto también debería verlo Will.

—¿Así se llama el afortunado? —le inquirió Larisa con una sonrisa traviesa. Había conseguido que le dijera al menos el nombre de él.

Ciara se quedó callada. Había ido dispuesta a no decirle nada de él, pero no había podido. Ella era una de sus mejores amigas y no podía callarlo. Había tenido cuidado de no mencionarlo y, no porque no confiara en ella, pero no quería que tantas personas de su entorno oscuro lo supieran. Aunque estaba claro que le sería muy difícil ocultárselo a las que realmente quería, al fin y al cabo, eran familia, una familia unida por las tenebrosas circunstancias de su existencia. No conseguía tener secretos con ellas y, a veces, era un gran consuelo. Estaba segura de que no la traicionarían, pero estaba en su código genético, como en el de todas ellas, el ser desconfiadas.

—Tranquila, será un secreto —la calmó la chica agarrándola de la mano con amabilidad—. Y, sí, él también debería verlos y dar su opinión.

—Gracias. ¿Te importa que me las lleve? —le preguntó señalando las revistas.

—No te preocupes. Mirarlas con detenimiento y en lo que decidáis me avisas para prepararlo todo —respondió Larisa acompañándola hasta la puerta.

—De acuerdo. Intentaré que sea rápido —le dejó un beso en cada mejilla y se marchó.

Ya estaba anocheciendo cuando Ciara salió del edificio y se dirigió hacia su coche. No se había dado cuenta de la hora que era. Se montó en el vehículo y puso rumbo hacia su apartamento donde Will, seguramente, la estaría esperando. Y no se equivocaba. Su móvil sonó, puso el altavoz y preguntó:

—¿Sí?

—¿Dónde estás? —quiso saber el comisario. Sonaba preocupado.

—Conduciendo hacia mi apartamento, ¿y tú?

—En tu apartamento con Piero. Laura se acaba de ir. ¿Vas a tardar?

—En quince minutos estoy allí.

—Ten cuidado —le aconsejó el comisario—. Te amo.

—Y yo a ti.

La comunicación se cortó y Ciara pasó el puente que cruzaba el río separando ambas ciudades.

Will colgó el teléfono y se dirigió a la cocina. Abrió el frigorífico y miró en su interior buscando ingredientes para hacer la cena.

—Tu hermana llegará en unos minutos —le informó a Piero que pensaba en la mejor jugada para ganar al comisario en el ajedrez.

El comisario sacó una lechuga y unos tomates para hacer una ensalada y unas pechugas de pollo para hacerlas a la plancha con alguna salsa. Miró el reloj cuando terminó de cortar la lechuga. Habían pasado ya los quince minutos y Ciara no había llegado. Se empezaba a preocupar de nuevo. Escuchó que las puertas metálicas del ascensor se abrían y corrió hacia la entrada. La puerta se abrió y Ciara entró.

El comisario estaba frente a ella con la cara descompuesta. Will dio una zancada hacia la mujer y la abrazó con fuerza, aliviado.

—Hola —lo saludó Ciara con una gran sonrisa de felicidad.

—Estaba asustado —le confesó Will con los ojos vidriosos—. ¿A dónde has ido?

—A visitar a una amiga para que me ayude con la boda.

—¿Ya estás preparándola? —preguntó sorprendido.

—Sí. Ya sé que todavía no tenemos ni la fecha, pero cuanto antes empecemos con los preparativos mucho mejor —dejó el pesado bolso en el perchero y lo acompañó hasta la mesa del comedor abrazada a él—. Hola, cielo —le dejó a su hermano un beso en la mejilla y se sentó en la silla admirando la comida—. Qué buena pinta tiene todo.

Ciara salió de la habitación de Piero dejando la puerta medio abierta y la

luz del pasillo encendida. Caminó hacia el sofá y se sentó al lado del comisario abrazándolo.

—¿Ha pasado algo hoy? —quiso saber Ciara. Sabía que pensaba en algo, pero ¿en qué?

—No... —dudó—, bueno, sí. Pero es todo muy extraño, o yo me estoy empezando a volver loco. No sé, a lo mejor son paranoias mías —le dejó un beso en la punta de la nariz quitándole importancia al asunto.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. Seguro que solo es una coincidencia. No te preocupes.

—Ah, se me olvidaba —Ciara se levantó de un salto y corrió hacia su bolso. Cogió los catálogos y regresó con el comisario—. Tienes que ayudarme.

—¿A qué?

—A elegir un salón para celebrar la boda. Mira, a mí me gusta éste —le dijo pasando las páginas rápidamente y parando en el que le había gustado—. ¿Qué te parece?

El salón era al aire libre, rodeados de árboles y diversas flores silvestres. Una decena de mesas redondas rodeadas de sillas y vestidas con manteles blancos se extendían por todo el claro. Entre dos robles había un arco metálico blanco con rosas rojas y blancas y una alargada alfombra roja en el verde césped.

—Es precioso —contestó el comisario recorriendo con la mirada cada detalle de la fotografía.

Las comisuras de la boca de Ciara se elevaron en una gran sonrisa. Había hecho una buena elección.

—¿Cuándo podríamos ir a mirar las fechas? Así podemos reservarlo —le preguntó la chica dejando la revista en la pequeña mesa auxiliar delante del sofá.

—Mañana. Puedo aprovechar la hora del almuerzo.

—De acuerdo. Le diré a Macarena que cierre ella la pastelería.

—Vamos a dormir —Will asintió levantándose del sofá y cogiéndola de la mano para llevársela con él hasta la habitación.

A la mañana siguiente, Ciara se marchó a la pastelería después de que llegara Laura para cuidar a Piero. Abrió la persiana metálica y encendió todas las luces. Dejó el bolso en el almacén, se puso el delantal y regresó a la tienda cuando escuchó las campanitas de la puerta al abrirse.

—Buenos días, Ma... —dejó de hablar en cuanto levantó la mirada y vio a la persona que había entrado—. ¿Qué estás haciendo otra vez aquí?

—Al parecer no voy a encontrar amabilidad por tu parte nunca —contestó el mismo hombre que la había visitado días atrás.

—Encontrarás lo mismo que tú siempre me diste. ¿A qué has venido? —le preguntó bajando las sillas de las mesas.

—Ha felicitarte.

—¿Por qué? —no se fiaba de él para nada.

—Por tu compromiso, por supuesto.

—¿Quién te lo ha dicho? —por fuera parecía relajada, imperturbable, pero por dentro era un manojito de nervios. ¿Cómo se había enterado? ¿Alguien la había traicionado?

—Tengo mis métodos y muchos informantes —el hombre se paseó a lo largo de la vitrina observando los pasteles y los panes.

—¿Y qué si voy a casarme? ¿O es que has venido a impedírmelo?

—No, claro que no —respondió el hombre con una sonrisa fría—. Sólo te estoy avisando.

—No te preocupes, tendré mucho cuidado —le dijo Ciara con indiferencia. ¿Creía que podría asustarla así? Eso solo haría que estuviera más en alerta.

—Como quieras. Ya eres bastante mayorcita para saber lo que haces y tomar tus propias decisiones, aunque sea una decisión nefasta.

—Ahórrate el sermón. No te queda bien.

—Después no digas que no te advertí —el hombre dio media vuelta, dirigiéndose hacia la salida con una fría sonrisa en sus labios.

En cuanto la puerta se cerró detrás de él, Ciara cogió el móvil del bolsillo del delantal y marcó un número de teléfono. Sonaron dos tonos y lo cogieron.

—Vigílate —colgó y miró por el escaparate.

El hombre ya se había marchado, pero aún estaba intranquila. ¿Qué más podía hacer para que los dejaran en paz? ¿Podrían llegar a vivir feliz y sin tener que mirar a sus espaldas? Empezaba a creer que nunca.

Will estaba sentado en su despacho, echando un vistazo al vídeo de la cámara que habían encontrado en la entrada de uno de los edificios de oficinas, cerca de la casa que había explotado. A simple vista no se veía nada sospechoso. Todo estaba tranquilo.

Estaba inmerso en el vídeo cuando algo lo deslumbró. Desvió la mirada hacia los ventanales y vio un destello en la muralla pero, al instante, desapareció. ¿Qué podría haber sido ese destello? Las alarmas de movimiento de la muralla no habían saltado y las cámaras no habían dado la alerta de intruso. Era posible que sólo fuera el reflejo de algún cristal o la placa de alguno de los guardias que vigilaban el exterior.

Dejó de pensar en el tema y miró el reloj de su muñeca. En cinco minutos saldría hacia la pastelería para recoger a Ciara y fijar la fecha de la boda. Una sonrisa se dibujó en su boca. Iba a casarse con ella. Aún no podía creérselo.

Unos golpes en la puerta lo sobresaltaron.

—Adelante —contestó.

—Jefe, ¿sale algo en el vídeo? —quiso saber Ricardo entrando en el despacho con el iPad en la mano.

—No mucho. Aquí salen dos individuos a los que no se les ve las caras en ningún momento. Es muy probable que ellos tengan algo que ver en este “accidente”.

Ricardo rodeó la mesa para ver el vídeo en el portátil.

—Si tenemos suerte puede que haya algún reflejo en donde puedan vérsese las caras —le dijo a su jefe observando con detenimiento las imágenes que pasaban delante de sus ojos verde esmeraldas. Los entrecerró para enfocar un poco mejor y sonrió cuando encontró algo interesante—. Para —le dijo al comisario—. Acércate a esas ventanas —Will hizo zoom en la imagen congelada y miró con detenimiento donde le señalaba su amigo con el dedo—. Ahí están.

Ricardo levantó el iPad, enfocó a la pantalla del portátil e hizo una foto. Pasó los rostros por el programa de reconocimiento facial y se lo enseñó a su

superior.

—Rodrigo y Alonso Monsalve, hijos de Enrico Monsalve —Will miró a su amigo con una sonrisa—. Creo que los hermanos Monsalve tienen algo que contar.

Ricardo asintió encantado. Estaba claro que no había sido solo un accidente con las tuberías del gas.

Will se levantó apagando el portátil y cogió la chaqueta gris del respaldo de la silla.

—Los quiero a primera hora de la tarde con una confesión escrita —le dijo el comisario antes de salir de su despacho directo hacia el ascensor.

—Hecho —esa fue la única respuesta de Ricardo. Dio media vuelta y se fue hacia la mesa de su secretaria.

El ascensor descendió hasta los aparcamientos de la agencia con el comisario en su interior, caminó hacia su coche y lo abrió apretando el botoncito del mando. El ruido de un arma al ser quitado el seguro se escuchó en el silencio del aparcamiento. Will miró a su alrededor entrecerrando los ojos y el ceño fruncido. Se llevó la mano al arma y recorrió el aparcamiento, agachándose para mirar debajo de los vehículos estacionados. No había nadie. Todo lo que estaba pasando era extraño, tan extraño que lo tenía en alerta todo el día, a todas horas. Intuía que algo pasaba a su alrededor, algo que se le escapaba, pero no conseguía descifrar lo que era. A lo mejor solo se estaba volviendo loco y veía cosas donde no las había, pero era demasiada casualidad que dos personas hubieran muerto cuando él estaba cerca de ellas. ¿Querían matar a esas personas o a él?

Se montó en el coche cuando escuchó su móvil sonar y contestó:

—Comisario William Carmichael.

—*Amore*, ¿te queda mucho? —quiso saber la sensual voz de Ciara, su prometida.

—Diez minutos. Estoy saliendo de la comisaría.

—Ten cuidado.

—Siempre.

Colgó el teléfono, arrancó el motor del coche echando un último vistazo por el retrovisor y salió rumbo hacia la pastelería.

Ciara colgó el teléfono, pero no tardó en sonar cuando un mensaje llegó. Abrió el mensaje y lo leyó en voz baja:

—Todo tuyo.

Bloqueó el teléfono, lo guardó en el bolso y ayudó a su empleada a limpiar las mesas.

—Puedes irte a descansar, Macarena. Yo cerraré —le dijo a la joven limpiando la última mesa.

—¿De verdad?

—Sí.

—Gracias, jefa —se quitó el delantal blanco con una tarta de fresa estampada y se fue.

Ciara guardó el delantal en el almacén y regresó a la tienda. Las campanitas sonaron cuando el comisario abrió la puerta.

—¿Lista? —le preguntó a su prometida caminando hacia ella para dejarle un beso en los labios.

—Listísima.

—Vamos —cogió la suave mano de la mujer y salieron de la tienda.

La ayudó a cerrar la persiana metálica, se montaron en el coche y el comisario se dirigió hacia el ayuntamiento de la ciudad. Dejaron el coche en la calle paralela, ya que la del ayuntamiento era peatonal, y caminaron abrazados hasta el edificio.

La antigua fachada del ayuntamiento estaba cubierta de enredaderas y musgo, ocultando las grietas de las piedras grises y marrones. Entraron por la robusta y rústica puerta doble y los ojos de Ciara se abrieron sorprendidos. El interior del edificio era completamente diferente a su exterior. Mientras el exterior era anticuado y se caía a pedazos, el interior era moderno y recién restaurado. Las lámparas de araña iluminaban toda la estancia como si el mismo sol se hubiese quedado atrapado dentro. Las escaleras en forma de Y eran de mármol blanco.

—Disculpen, ¿puedo ayudarles? —les preguntó una señora regordeta con el pelo blanco y unas pequeñas gafas redondas en la punta de la nariz.

—Sí, gracias —respondió Will acercándose al pequeño escritorio color caoba.

—No me lo digan —contestó la señora con una sonrisa amable—. Quieren una fecha para casarse.

—¿Cómo lo sabe? —quiso saber Ciara entrecerrando los ojos desconfiada.

—Veo a muchas parejas todos los días para coger fecha o para casarse, y conozco todas las miradas. Ustedes tienen la mirada llena de amor el uno por el otro —la mujer ensanchó la sonrisa cuando Ciara agarró con más fuerza la cintura de Will—. Suban las escaleras y en la segunda puerta a la izquierda le atenderán.

—Gracias —le agradeció Will guiñándole un ojo a la señora haciendo que sus mejillas se sonrosaran.

La regordeta señora no se equivocó. En cuanto llamaron a la puerta, una mujer madurita con una larga trenza en su cabello grisáceo y una sonrisa en sus finos labios les dio la bienvenida. Miró en la agenda sin que la pareja les dijera a lo que habían ido, buscó entre las páginas, pasando las hojas y siguiendo las líneas escritas con el dedo índice. No había ningún hueco, por lo que Ciara podía ver.

—Pues... —dijo la señora con un gesto de disgusto en la cara—. Pues hasta el veintidós de noviembre no hay hueco.

—Nos lo quedamos —contestó Will con rapidez.

—De acuerdo. Lo apunto entonces —la señora cogió el bolígrafo que tenía encima de la oreja y apuntó los nombres de la pareja con un corazón como punto final—. Enhorabuena.

—Gracias —dijeron al unísono con una gran sonrisa y un tierno beso en los labios.

Salieron del ayuntamiento despidiéndose con la mano de la señora regordeta y se dirigieron hacia el coche. No podían dejar de sonreír ninguno de los dos. Todo aquello parecía un sueño. Un vívido sueño tan real que tenían miedo de llegar a despertar.

Will estaba abriendo la puerta del coche cuando su móvil sonó. Descolgó y dijo:

—Dime, James.

—No sé cómo ha pasado, pero la bala que ha matado al analista no está en el laboratorio.

—¿Cómo que no está? Tú mismo te ocupaste de llevarla hasta allí.

—Lo sé. La dejé en el laboratorio para analizarla, pero ya no está. Nadie la ha cogido, ya he preguntado.

—¿Crees que alguien la ha robado?

—Es muy posible, lo que me llega a preguntarme ¿cómo lo han hecho para que nadie los vea?

—No lo sé. Da igual, olvídate del asunto. ¿Tienes la autopsia de los hermanos Vargas?

—Aún no. Te la haré llegar en cuanto la tenga.

—De acuerdo. Hasta luego.

—¿Todo bien? —quiso saber Ciara observando la cara pálida de su prometido.

—Sí. No te preocupes. Te llevo a casa.

El comisario se dirigió hacia el apartamento de Ciara, había que darle la noticia de la fecha de la boda a Piero.

Subieron al apartamento y encontraron a Piero y Laura jugando al ajedrez.

—Hola, cielo —lo saludó Ciara dándole un beso muy sonoro en la mejilla —. ¿Qué tal el día? —le preguntó a Laura.

—Muy bien. Hoy hemos hecho un poco de ejercicio en el parque —dijo la chica.

—Tenemos que darte una noticia, Piero —le informó Will acercándose para abrazar a su prometida.

—¿Cuál?

—Dentro de cuatro meses nos casamos —respondió su hermana con ilusión.

—¡Bien! —gritó Piero levantando los brazos.

—Felicidades —les felicitó Laura.

—Gracias. ¿Podrías quedarte también mañana un poco más tarde? —le preguntó Ciara.

—Por supuesto.

—Tengo que darme prisa con los preparativos. Es poco tiempo para prepararlo todo.

—Bueno, yo tengo que irme. Te veo esta noche —le dijo Will a la mujer dejándole un beso en los labios—. Hasta luego.

Cerró la puerta detrás de él y Ciara cogió su móvil del bolso. Escribió un mensaje y lo envió sin esperar ninguna contestación. No hacía falta.

—¿Habéis almorzado? —les inquirió dejando el bolso en el perchero.

—Sí —contestó Piero—. Jaque mate.

—¿Otra vez? No hay manera de ganarte —se quejó Laura, aunque, en realidad, le alegraba que le ganara—. Mañana quiero la revancha.

Capítulo 8

Los días pasaban volando ante los ojos de Ciara y, sin darse apenas cuenta, casi había llegado el día de la boda.

—*Mamma mia* —dijo Ciara moviéndose de un lado a otro del salón de Larisa. Estaba nerviosa, muy nerviosa—. Mañana me caso.

—Lo sé. Lo tengo grabado a fuego en la memoria —respondió la chica intentando confirmar los arreglos florales.

—Me están matando los nervios. Quiero que pase ya —sacudía los brazos como si así pudiera quitarse los nervios.

—Eso es. Correcto —contestó Larisa hablando por teléfono—. Bien, gracias —colgó y dejó el aparato inalámbrico a su lado en el sofá—. Ya está. Todo listo —le informó a Ciara.

—¿Todo? ¿Segura? —preguntó sorprendida y dudosa.

—Completamente segura.

Ciara se dejó caer en el sofá aliviada. Habían sido cuatro meses de auténtica locura, pero ya estaba todo preparado. Si Larisa no le hubiera ayudado, mañana seguramente se hubiese casado en vaqueros.

—Larisa, muchas gracias. No creo que hubiera podido hacerlo yo sola —le confesó agarrándola de la mano.

—Tranquila, ese es mi trabajo. Tú no tienes que preocuparte por nada.

Ciara miró el reloj de su muñeca y se levantó de un salto. ¿Cómo podía ser tan tarde?

—Tengo que irme. Will y Piero me están esperando —cogió el bolso de encima de la mesa auxiliar y se encaminó hacia la salida—. Te veo mañana —le dijo emocionada y nerviosa.

Ciara salió del edificio, se montó en el coche y puso rumbo hacia su apartamento casi vacío.

Después de muchas semanas de estar buscando una nueva casa, la encontraron una semana antes de la boda. Era perfecta, absolutamente perfecta. Casualmente se encontraba en la misma urbanización en la que habían estado

cuando fueron testigos protegidos. No habían encontrado ninguna mejor y la casa era estupenda. Una elegante y enorme casa con tejado inclinado y un gran porche en la parte delantera, seguido por una piscina rectangular. La entrada era una puerta blanca de estilo francés con dos ventanales a cada lado. El espacioso comedor-salón y la cocina la hacían una estancia diáfana y de estilo abierto. Un estrecho pasillo hacía llegar hasta un baño y los tres dormitorios con armarios empotrados y un vestidor en el principal. En la parte trasera había un garaje anexo a la casa con capacidad para dos coches.

La chica entró en el aparcamiento de su edificio, subió en el ascensor y apretó el botón para subir a su planta. Sacó las llaves de su bolso y abrió la puerta. Will y Piero levantaron la vista del tablero de ajedrez y sonrieron al verla.

—Buenas noches, cariño —la saludó Will alargando el brazo para abrazarla cuando ella se acercó a él.

—¿No os cansáis de jugar al ajedrez? —preguntó Ciara dejándole un beso en los labios al comisario.

—Tampoco hay mucho con lo que entretenerse ahora mismo —contestó el hombre echando un vistazo al apartamento casi vacío.

—Es verdad. ¿Habéis cenado ya?

—Algo. No hay comida en el frigorífico.

—Pero mañana comeremos un montón —les dijo Piero alegre.

—Hay que levantarse temprano. No quiero que nadie llegue tarde —les advirtió la joven.

—En ese caso, debería irme —apuntó Will mirando el reloj de la muñeca de la mujer.

—Nooo. Bueno, solo cinco minutos más —Ciara se sentó en su regazo, rodeó su cuello con sus brazos y lo besó. ¿Por qué tenían que ir al ayuntamiento por separado? No quería alejarse de él. Nunca. Jamás.

—Ricardo te llevará mañana al ayuntamiento y, después del banquete, nos vamos al aeropuerto para coger un avión hacia nuestra luna de miel.

—Aún no me has dicho a dónde vamos a ir.

—Es una sorpresa.

—¿No me puedes dar una pista? —le pidió cariñosamente.

—No seas curiosa.

Ciara miró a su hermano que se reía silenciosamente, agachando la cabeza para que no lo viera. La boca de la mujer se abrió sorprendida y señaló a Piero con un dedo acusador.

—Él lo sabe —afirmó—. ¿Por qué se lo dices a él y a mí no?

—Porque para él no es la sorpresa, además, necesitaba un traductor.

—Así que es en el extranjero. Pues... —una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios— Entonces vamos a Italia. ¿A qué zona?

—Esa es la única pista que te voy a dar —le dijo Will dejándole un beso en la punta de la nariz—. Me voy ya —se levantó con ella en brazos y se encaminó hacia la puerta—. No llegues tarde mañana.

La dejó en el suelo, abrió la puerta y le dio un beso antes de irse.

Ciara se acercó a su hermano con una gran sonrisa enamorada y lo acompañó hasta la habitación.

—¿Puedo dormir contigo esta noche? —le preguntó el joven abrazándola.

—Claro, cielo. ¿Quieres coger a Bubu?

Piero asintió, entró en su habitación, cogió el perro de peluche y salió dirigiéndose al dormitorio de su hermana.

—Que duermas bien, cielo —Ciara le dio un beso en la frente, se tumbó a su lado cerrando los ojos y se quedó dormida al instante. Estaba agotada.

El sol se levantó iluminando toda la ciudad. Los dorados rayos entraron por la ventana de la habitación de Ciara despertándola. Las comisuras de su boca se elevaron formando una sonrisa. Había llegado el día que tantos meses había esperado. Se levantó de la cama de un salto y entró en el baño. En cinco minutos llegaría Larisa con la peluquera, la maquilladora y la mujer de la tienda de vestidos de novia. Se acercó a la cama y despertó a Piero. Casi no tuvo que llamarle, antes de que llegara siquiera a tocarle los ojos marrones de su hermano se abrieron.

—Es hora de despertar, cielo. Hay que prepararse —le anunció acariciándole el pelo con suavidad.

—Es tu boda.

—Sí, cielo. No podemos llegar tarde.

Piero asintió y se levantó de la cama contento de que, por fin, hubiera llegado ese día tan especial. Se lavó la cara y se echó un poco de agua en el pelo para bajar el remolino que se le formaba en la coronilla. Se sentó en una silla del comedor y cogió una tostada con mantequilla del plato que su hermana le había puesto delante.

El timbre sonó y Ciara fue a abrir. Larisa entró en el apartamento seguida de tres mujeres. Le dio un beso en la mejilla a Ciara y se acercó a Piero para darle un abrazo.

—Hola, *lyubov*. ¿Cómo estás? —le preguntó al joven en ruso.

—Bien —respondió el muchacho devolviéndole el abrazo alegre.

—Ciara, hay que empezar a prepararte —le informó Larisa—. Yo me ocupo del hombre de la casa —le hizo cosquillas a Piero haciendo que su cuerpo se encogiera y retorciera mientras se reía a carcajadas.

Ciara se fue a su habitación junto con las tres mujeres que iban a ayudarla a prepararse.

El telefonillo del apartamento de Will sonó. Los nervios se apoderaron de él. Ya estaba. Ya había llegado. El día de su boda. Su boda con la mujer de su vida. Ciara. Su Ciara.

Se acercó a la puerta y abrió después de apretar el botón del telefonillo. James salió del ascensor ataviado con su esmoquin negro y su corbata celeste bien anudada al cuello.

—Buenos días —lo saludó el doctor—. ¿Qué tal has dormido?

—No he dormido. Estoy nervioso.

—Es normal. ¿Estás preparado?

—Me falta la corbata. No atino a hacer el nudo —le contestó el comisario cogiendo los dos extremos de la corbata gris a rayas que rodeaba su cuello.

—Déjame a mí —James dio un paso hacia él, cogió los extremos de la corbata y la ató en segundos—. Ya está.

—Gracias —miró el reloj de su muñeca y se puso aún más nervioso—. Vámonos.

—Todavía faltan dos horas —le dijo el doctor con una sonrisa.

—Me da igual. No quiero que nos coja un atasco o no encontremos aparcamiento —Will cogió el pomo de la puerta y la abrió saliendo al rellano. Bajó los escalones de tres en tres y salió del edificio.

—Tranquilo, vamos bien de tiempo —lo intentó tranquilizar James siguiéndolo a paso lento.

—Vamos —le apremió el comisario esperando delante de la puerta del copiloto a que su compañero abriera el coche.

La menuda mujer con los dedos rechonchos ató el vestido de novia hasta la cintura dejándole la espalda descubierta. La novia se dio la vuelta para que Larisa y Piero pudieran verla totalmente arreglada.

Los ojos azules de la chica y los marrones de su hermano se abrieron de par en par.

El vestido era precioso. El corte de sirena hacía que sus curvas se acentuaran y sus brazos parecieran más largos con las mangas de encaje. Tenía el escote en V, con encaje en todo el vestido hasta la cola y perlas por toda la parte del torso dibujando intrincadas flores. El tul y el satén debajo del encaje le daban un toque elegante, pero sencillo.

—¿Qué os parece? —quiso saber Ciara con los ojos vidriosos y una sonrisa en los labios.

—Estás preciosa —contestaron al unísono.

—Será mejor que nos vayamos ya —le aconsejó Larisa dejando que una lágrima resbalara por su mejilla.

—Tengo que esperar a Ricardo. Él me va a llevar al ayuntamiento —respondió Ciara calzándose con los tacones blancos.

—¿Quién es Ricardo? —inquirió Larisa.

—Un compañero de Will.

—Está bien. Entonces, yo me adelanto y lo preparo todo en el salón de celebraciones.

—De acuerdo. Larisa —la llamó cuando ésta se daba media vuelta y se dirigía a la salida—, gracias por todo.

—No te preocupes por nada hoy. Es tu día. Disfrútalo —la abrazó conteniendo las ganas de llorar.

Larisa salió del apartamento seguida de las tres mujeres que habían llegado con ella. Ciara abrazó a su hermano, intentando no llorar para que no se le corriera el rímel.

—Te quiero mucho. Lo sabes, ¿verdad? —le dijo a su hermano.

—Lo sé.

El telefonillo sonó en el silencio del apartamento medio vacío. Los nervios llegaron de nuevo a Ciara. Aún no podía creerlo. Se iba a casar. En pocos minutos se casaría con el hombre de sus sueños y de su vida. ¿Quién lo hubiera dicho?

Ciara abrió la puerta y salió del apartamento cogida del brazo de su hermano. Bajaron por el ascensor y salieron del edificio, encontrándose de frente a Ricardo vestido con su traje de chaqueta negro, corbata azul marino y una rosa roja en la solapa. Los ojos verde esmeralda del hombre recorrieron de arriba abajo el cuerpo de la mujer, quedándose boquiabierto.

—Estás fantástica —le dijo ofreciéndole el brazo para acompañarla hasta el coche.

—Gracias.

Los dos hermanos entraron en el coche sentándose en los asientos traseros y Ricardo al volante. Arrancó el motor y condujo hacia el ayuntamiento.

Will caminaba nervioso de un extremo a otro de la mesa del alcalde. Ya habían pasado cinco minutos de la hora y Ciara aún no había llegado. Se estaba retrasando. El comisario se acercó a James que estaba sentado en una de las sillas dispuestas en filas delante del alcalde.

—¿Dónde están? —le preguntó preocupado.

—Tranquilízate. Es normal que la novia se retrase un poco.

—¿Has hablado con Ricardo? —estaba atacado. La frente la tenía perlada de sudor.

—Que sí. Ya vienen para acá —contestó James con voz cansina.

Ricardo aparcó y le abrió la puerta a Ciara, ayudándola a salir del coche. La chica se agarró del brazo de cada uno de sus acompañantes y anduvieron hacia el ayuntamiento. Subieron las escaleras en Y recorriendo el pasillo de la derecha hasta la última puerta doble de madera robusta. El chico de la puerta le ofreció el ramo en cascada de flores silvestres a la mujer y abrió las puertas para dejarles paso.

Los pocos invitados se levantaron al unísono, observando el hueco de la puerta. Will se quedó parado, paralizado al ver a su futura esposa de pie junto a Ricardo y Piero.

Ciara miró a Ricardo que se soltó de ella para ir a sentarse al lado de James, en la primera fila. La chica volvió la mirada hacia su hermano que le asintió dándole coraje. La mujer respiró hondo y se concentró en Will. Estaba guapísimo con su esmoquin negro, la corbata gris y la rosa roja en la solapa. La miraba casi sin pestañear y con una hermosa sonrisa llena de amor en su pecaminosa boca.

La música comenzó a sonar suavemente y los dos hermanos empezaron a caminar hacia el comisario. Ninguno de los dos podía apartar la mirada. Ya estaban allí, dispuestos a casarse para ser felices el resto de sus vidas.

—Will —lo llamó Piero cuando llegó frente al comisario—. Te entrego a mi hermana —le dijo con los ojos vidriosos y dándole un abrazo a su cuñado.

—Gracias, Piero.

El comisario cogió la suave y fina mano de Ciara dejándole un beso en los dedos.

—Estás preciosa —le susurró.

—Y tú muy guapo.

Llegaron al salón donde se celebraba la fiesta y los recién casados entraron los primeros cortando un lazo dorado, como si lo estuvieran inaugurando. Brindaron con una copa de champán y caminaron por las pequeñas piedras incrustadas en el césped para llegar hasta la mesa que compartirían junto a Piero.

Los invitados, en su mayoría agentes de la Interpol, se sentaron en sus respectivas mesas y los camareros comenzaron a servir los platos. De primero sacaron un risotto de boletus con parmesano. Para limpiar el paladar los

obsequiaron con un sorbete de mango o de piña colada. El segundo plato era solomillo al horno con salsa de pera y miel. Y de postre una porción de tarta helada de chocolate blanco rellena de turrón.

La música no dejaba de escucharse en el jardín mientras algunos de los invitados se animaban a bailar.

Larisa subió al improvisado escenario, cogió el micrófono y dijo:

—Buenas tardes a todos y gracias por asistir a este gran evento que hoy nos reúne. Ha llegado la hora de que los novios nos deleiten con sus fantásticas dotes para el baile. Señor y Señora Carmichael, por favor, sitúense en el centro de la pista para su primer baile siendo marido y mujer.

Todos los presentes rompieron a aplaudir y a vitorear a los recién casados, animándolos a que bailasen.

La pareja se levantaron de sus sillas cogidos de la mano y se dirigieron hacia el centro de la pista de baile. Los acordes de un piano dieron la señal para que ambos se abrazaran y comenzaran a moverse lentamente por la pista sin poder dejar de mirarse a los ojos y dibujando una gran sonrisa enamorada en sus rostros.

En cuanto la balada terminó, la banda cambió de música y los invitados se echaron a la pista para bailar al ritmo de bachata, salsa, merengue,...

Todo había salido a la perfección, tal y como lo había planeado Larisa. Y, lo más importante, no había habido ningún percance.

Ciara, Piero y Will llegaron a la nueva casa. El comisario aparcó el coche delante de la casa y acompañó a los hermanos hasta la entrada. Le dio la llave a Piero y cogió a su esposa en brazos para traspasar el hueco de la puerta doble blanca como marido y mujer.

—Bienvenida a casa, señora Carmichael —le dijo Will dejándole un tierno beso en los labios.

La chica le dedicó una gran sonrisa enamorada rodeándole el cuello con los brazos para darle un beso apasionado.

Piero carraspeó desde el pasillo, llamando la atención de ambos.

—Hay que coger las maletas y cambiarse o perderemos el avión —le informó Will soltándola en el suelo a regañadientes.

Se encaminaron hacia el dormitorio, se cambiaron de ropa y cogieron las maletas ya preparadas del vestidor. El comisario las llevó al salón mientras Ciara terminaba de ponerse los zapatos. Piero salió de su habitación con la maleta y su perro de peluche en la mano.

—¿Estás listo? —Le preguntó Will mirando la hora en el reloj de su muñeca—. ¡Cariño!

—Ya estoy. Vamos —contestó Ciara corriendo hacia ellos y cogiendo su bolso y una maleta.

El hombre cerró la puerta, dejó todas las maletas en el maletero del coche, se sentó al volante y salió rumbo al aeropuerto.

Se incorporó a la autovía y, unos kilómetros más adelante, salieron hacia la vía de servicio para subir hasta la cima de la montaña, donde se encontraba el nuevo aeropuerto de la ciudad.

—¿Me vas a decir a dónde vamos de luna de miel? —le preguntó Ciara al comisario.

—No. Cuando llegemos al sitio lo verás.

—Dame otra pista, por favor —le suplicó Ciara juntando las manos y dedicándole una encantadora sonrisa.

—No, no. No me vas a convencer.

—Por favor. Piero, tú si me lo vas a decir, ¿verdad, cielo? —le dijo a su hermano moviéndose en el asiento para poder verlo.

—No. Lo he prometido. No puedo decirte nada —contestó el muchacho moviendo la cabeza de derecha a izquierda negando.

—Traidor. Quiero saberlo. No aguanto más la curiosidad —rogó con los labios fruncidos.

—Tendrás que esperar. Te aseguro que valdrá la pena —le dijo Will sonriendo.

El comisario giró en la curva cerrada y se encontró de frente con un todoterreno negro. Frenó en seco quedándose parado para que el otro vehículo pudiera pasar. Sin embargo, el vehículo aceleró colisionando con el coche de Will y arrastrándolo hacia el barranco. El coche cayó rodando hasta el final de la ladera de la montaña.

El todoterreno dio marcha atrás y puso la marcha hacia adelante, pero las

ruedas no se movieron. El conductor aceleró hasta el fondo, pero fue inútil. Salió del vehículo cerrando la puerta con furia y dándole una patada. Se acercó al borde del abismo y observó el coche destrozado con una sonrisa. Se dio media vuelta orgulloso por lo que había conseguido hacer y se dio de bruces con seis chicas. Lo miraron con desprecio y rabia en sus ojos. Sus rostros, bellos rostros, estaban serios.

—No os preocupéis, ya os llegará la hora a vosotras —les anunció el hombre con una gran sonrisa arrogante.

—Ayúdales —le dijo Larisa a la chica con cara de ángel de su derecha.

La chica corrió hacia el barranco y saltó cayendo de cuclillas al lado del coche siniestrado.

El conductor del todoterreno se quedó asombrado ante tal despliegue de habilidad y volvió su atención hacia las cinco chicas que se habían quedado detrás de él.

—Ya sabéis qué hacer con él —les ordenó Larisa a sus compañeras antes de saltar ella también por el barranco.

Larisa se acercó a la puerta de los asientos traseros y sacó a Piero con cuidado. El muchacho sangraba por un corte en el cuello. Lo tumbó en la tierra húmeda taponándole la herida con las manos. Los ojos marrones de Piero se cerraban poco a poco.

—No cierres los ojos, *lyubov*. Te pondrás bien —le tranquilizó la chica con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

La otra chica sacó al comisario tomándole el pulso.

—Está vivo —le informó a Larisa.

—Saca a Ciara.

La joven rodeó el coche volcado y sacó a Ciara con cuidado. Le buscó el pulso y suspiró.

—Está débil.

—Llévatela al hospital. Yo me encargo de Piero y Will.

La chica con cara de ángel asintió, cogió a Ciara en brazos y corrió a toda velocidad por el bosque hacia el hospital de la ciudad.

Larisa cogió a Piero y se acercó a Will.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó la sensual voz de una chica rubia, alta como Larisa y con los ojos grises.

—Cógele. Vamos al hospital.

La chica asintió, cogió al comisario y corrió detrás de Larisa dirigiéndose al hospital.

La joven con cara de ángel tumbó a Ciara en la camilla vacía y dejó que los médicos se ocuparan de ella. Cinco minutos más tarde llegaron Larisa con Piero y la otra chica con el comisario. Los dejaron en las camillas que los esperaban y las lágrimas resbalaron por las mejillas de las tres mujeres mientras los médicos intentaban cerrar la herida de Piero y se llevaban a Will al quirófano.

Las tres mujeres se abrazaron, consolándose la una a la otra. Se sentaron en la sala de espera, preocupada y nerviosa por lo que pudiera pasarles. Esperaron con paciencia, la poca que tenían, sentadas en la sala fría.

Una enfermera le quitó la ropa a Will, preparándolo para la operación. Metió las prendas sucias en una bolsa de plástico transparente y cogió el móvil del comisario. Buscó en la agenda algún número de contacto, cogió el teléfono del mostrador y marcó.

—¿Sí? —le preguntó la voz grave y masculina de Ricardo.

—Hola. ¿Es usted familiar de William Carmichael? —le dijo la enfermera con su voz de pito.

—Somos amigos. ¿Quién es usted?

—Soy Linda, enfermera del hospital Castle Hill. Siento comunicarle que el señor Carmichael ha tenido un accidente de coche junto a su esposa y el hermano de ella —respondió la chica mirando las fichas de los tres accidentados.

—¿Están bien?! —gritó Ricardo levantándose del taburete del bar con la cara desencajada.

—Creo que será mejor que venga.

—Enseguida estoy allí —colgó el teléfono guardandoselo con nerviosismo en el bolsillo de la chaqueta del traje y le dio un trago a la cerveza.

—¿Qué ocurre? —quiso saber James al ver la pálida cara de su amigo.

—Will está en el hospital. Han tenido un accidente —Ricardo se tomó el último trago de su cerveza y salió corriendo del bar seguido de James y sus otros cuatro compañeros. Se montaron en el todoterreno de Volker y pusieron rumbo hacia la clínica.

Volker frenó delante de la puerta de cristal automática y los seis hombres salieron del vehículo a todo correr. Entraron en el hospital y se acercaron a la enfermera detrás del mostrador de mármol blanco y madera de pino con forma de media luna.

—¿Dónde están? —preguntaron todos a la vez.

—¿Quiénes? —la enfermera se sobresaltó al escuchar todas aquellas voces graves y autoritarias de aquellos hombres. *Vaya hombres*, pensó la joven casi con la baba fuera de su boca.

—William Carmichael, su esposa y el hermano de ella —respondió Ricardo con urgencia.

—Un momento, por favor —la enfermera tecleó el nombre en el ordenador—. El señor Carmichael está en quirófano. Su esposa está en la habitación 202 y el hermano...

—Oiga, ¿no puede ir más rápida? —le preguntó James con premura.

—Lo siento, señor. No hay nada sobre el hermano.

—Déjelo, nosotros lo encontraremos —James se dirigió hacia el ascensor seguido de sus compañeros.

—James, tienes que entrar en ese quirófano —le apremió Volker mientras el ascensor ascendía.

—No te preocupes. Lo haré —afirmó el doctor resuelto a entrar para salvar a su amigo de las garras de la muerte.

El ascensor llegó a la segunda planta del edificio y el doctor se encaminó hacia el pasillo de la derecha directo hacia las puertas abatibles que daban al quirófano. Ricardo y los demás caminaron por el pasillo de la izquierda, buscando la habitación de Ciara.

—Aquí —les informó Volker entrando en la habitación.

Los cinco hombres entraron en tropel a la habitación. Todos se quedaron petrificados al ver a Ciara tumbada en la camilla con la cara magullada y con cables por todo el cuerpo que monitorizaban sus constantes vitales.

—¿Cómo está? —le preguntó Ricardo a la chica rubia con los ojos grises que estaba de pie al lado de la esposa de su amigo.

—En coma. Si se despierta será un milagro —respondió la chica con la voz acongojada.

—¿Eres familiar? —quiso saber Volker.

—Sí. Me llamo Ylva.

—Encantados. Yo soy Volker, él es Ricardo, Frederick —le dijo señalando al hombre rubio con ojos azules de su izquierda—, Kenneth —un hombre alto, castaño, ojos color avellanas y muy fornido—, y Miguel —castaño con ojos grises y sin envidiarle nada a sus compañeros.

—¿Os importa quedaros un momento? Tengo que hacer unas llamadas y necesito urgentemente un café.

—No, claro. Ve, no te preocupes.

—Gracias —Ylva cogió su bolso del sillón azul y salió de la habitación dirigiéndose hacia la cafetería, seguida por la mirada de Volker.

—Si ella está así, ¿cómo estarán Will y Piero? —preguntó Frederick asombrado por el estado de la mujer.

Tenía la cara magullada, una pierna y una mano vendada y muchos moretones por todo el cuerpo.

—Esperemos que bien. ¿Qué habrá pasado para que tuvieran el accidente? —se preguntó Volker.

—No lo sé, pero lo averiguaré —respondió Kenneth cogiendo el móvil de su chaqueta y saliendo de la habitación para hablar.

James salió del quirófano media hora después y se dirigió hacia la habitación de Ciara para darles la noticia a sus compañeros.

—¿Cómo está Will? —le preguntó Miguel preocupado en cuanto lo vio.

—Fuera de peligro. Pude llegar a tiempo. Lo van a llevar a la habitación 203 dentro de unos minutos.

—¿Podemos verle? —quiso saber Kenneth.

—Vamos a darle unos minutos más —respondió James sentándose en el sillón con la cara pálida y cansado.

—¿Qué se sabe de Piero? —inquirió Volker preocupado por el joven.

—Él no ha tenido tanta suerte.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le ofreció Frederick a James acercándose a él para darle apoyo.

—Sobreviviré.

Capítulo 9

Los días pasaron y Will se fue recuperando satisfactoriamente de sus heridas. Sus amigos y compañeros ya le habían dado las noticias sobre Ciara y Piero. No había sido un buen despertar.

Los ojos color turquesa del comisario se abrieron en la claridad de la habitación verde y miró a su alrededor parándose en el rostro conocido de su amigo James.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó el doctor.

—Sediento.

James sonrió, se levantó del sillón y le llenó un vaso de agua. Will cogió el vaso, se incorporó un poco y bebió.

—¿Te duele la pierna o el brazo? —quiso saber el doctor dejando el vaso en la mesa auxiliar, al lado de la camilla.

—No, sólo tengo un pequeño hormigueo —contestó el comisario tocándose el brazo y la pierna izquierda vendadas.

—En unos días vas a poder caminar y visitar a tu esposa.

—Quiero verla ahora.

—Aún no estás recuperado del todo. Espera unos días y yo mismo te llevaré. Hazme caso por una vez, por favor.

Una semana después, Will se levantó de la camilla y caminó hacia la habitación de al lado. Entró despacio y se acercó a su esposa. Los ojos se le llenaron de lágrimas al verla. James lo ayudó a sentarse en el borde de la cama y dio un paso atrás para darles un poco de intimidad.

—Cariño —la llamó cogiéndole la mano y acariciándola—. Despierta, por favor.

No pudo aguantar más. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas como dos cataratas. Descansó la cabeza en el pecho de ella, sintiendo el suave y lento latido de su corazón.

—Will. Dejémosla descansar —James se acercó a él, lo ayudó a levantarse

después de que el comisario le diera un beso a su esposa y volvieron a la habitación.

El doctor que le había operado entró unos segundos más tarde. La boca se le abrió cuando vio al comisario de pie, andando con normalidad.

—Caramba. Se cura usted muy rápido —le dijo sorprendido.

—Buenos días, doctor —lo saludó el comisario sentándose en el borde de la camilla.

—Venía a ver si caminaba, pero ya veo que sí. ¿Se siente bien? ¿Le duele?

—No, doctor. Estoy estupendamente.

—En ese caso, creo que mañana puedo darle el alta.

—No. Quiero el alta hoy —le dijo Will totalmente serio.

—Pero...

—Pero nada. Quiero el alta voluntaria si usted no me la da.

—Pero, es que... —el médico estaba anonadado.

—Doctor, puede dársela hoy mismo. Yo me ocuparé de él, si recae lo traigo de cabeza —le aseguró James.

—Está bien, voy a rellenar los papeles —el hombre dio media vuelta y salió de la habitación procesando aun lo que había pasado.

—¿Estás seguro? —le inquirió James al comisario casi en un susurro.

—Segurísimo.

—Voy a llamar a Ricardo a ver si te puede traer algo de ropa.

—Sigo pensando que deberías quedarte unos días más —le dijo Ricardo a Will entregándole la ropa que le había traído a regañadientes.

—Estoy bien —el comisario cogió los pantalones vaqueros y la camiseta verde oliva—. Necesito estar cerca de Ciara.

—¿Tú estás de acuerdo? —le preguntó Ricardo a James.

—No te preocupes. Will está totalmente recuperado. Además, aunque le van a dar el alta no se va a ir del hospital.

—Muy bien. Yo me lavo las manos. Si pasa algo estará en vuestras conciencias —Ricardo se cruzó de brazos, desistiendo de intentar

convencerlos.

El comisario terminó de vestirse, cogió sus objetos personales de las bolsas de plástico transparente que le había entregado una enfermera y se dirigió a la habitación de Ciara. Se acercó a la cama donde descansaba la chica y le cogió la mano entre las suyas. Se le partía el corazón cada vez que la veía tumbada en aquella cama.

—Will —lo llamó Kenneth desde la puerta de la habitación—. ¿Puedo hacerte algunas preguntas?

—¿Sobre qué? —quiso saber el comisario sorbiéndose la nariz.

—Sobre el accidente —el comisario asintió sin quitar los ojos de su esposa—. ¿Recuerdas lo que pasó?

—Íbamos camino al aeropuerto. Vi un coche que se acercaba a la curva y frené para dejarlo pasar, pero el conductor nos embistió, empujándonos hasta que caímos —respondió tragándose la congoja que le oprimía la garganta.

—¿Pudiste ver al conductor?

—Sí, pero no lo recuerdo muy bien.

—¿Lo reconocerías si lo vieras? —inquirió Kenneth llevándose la mano al bolsillo interior de la chaqueta.

—Creo que sí.

—¿Fue él? —Kenneth se acercó a su amigo y le enseñó la foto de un hombre en el iPad.

Will lo observó con detenimiento, intentando recordar todo lo posible para arrestar al hombre que les había hecho tanto daño.

—Es él —afirmó el comisario sin ninguna duda—. ¿Lo habéis atrapado?

—Más o menos. Lo hemos encontrado esta mañana... muerto.

—¿Muerte natural?

—A simple vista, sí. Pero quiero esperar a la autopsia. ¿Cómo está? —le preguntó señalando a la mujer.

—Sin ninguna mejora.

—Estoy seguro de que saldrá del coma. Es fuerte —le reconfortó Kenneth.

—Eso espero.

La noche dio paso al día. Los rayos del sol alumbraron la habitación naranja del hospital. Will abrió los ojos y vio a Ciara. Seguía tumbada, inmóvil en aquella cama. Le acarició la mano y la cara con la punta de los dedos. Parecía que tenía mejor color y los moratones habían desaparecido.

—Cariño, tienes que despertarte. Aún tenemos pendiente nuestra luna de miel —le dijo el hombre con la voz rota.

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos. No podía dejar que se le fuera. No podía perderla. Debía hacer algo para recuperarla, pero ¿qué?

Estaba inmerso en sus pensamientos cuando alguien llamó a la puerta de la habitación.

—Adelante —contestó el comisario enjugándose las lágrimas que recorrían sus mejillas.

—Buenos días. ¿Cómo sigue? —le dijo James cerrando la puerta detrás de él.

—Igual que ayer.

James se acercó al monitor para ver las constantes de Ciara. Sintió la mirada penetrante de su amigo, observándolo mientras algo le pasaba por la mente.

—¿Qué? —le preguntó el doctor expectante. ¿En qué estaría pensando?

—Tú —respondió el comisario levantándose del sillón—. Tú sí puedes.

—¿El qué puedo yo? —estaba desconcertado.

—Tú puedes salvarla —le aclaró su amigo acercándose a él rodeando la cama.

—En realidad, no lo sé. Nunca lo he hecho con alguien en coma.

—Creo que ha llegado el momento de hacer la prueba —las comisuras de la boca del comisario se elevaron formando una sonrisa ilusionada.

James se quedó mirándolo sin saber qué decir o hacer, pero le encantaba que su amigo estuviera sonriendo de nuevo después de un mes.

—Pero, ¿y si no funciona? —quiso saber el doctor preocupado por lo que pudiera pasar.

—Al menos lo habremos intentado. Y si funciona, volveré a ser el hombre

más feliz del mundo gracias a ti.

James no estaba muy seguro, pero la felicidad de su amigo era lo más importante. Además, no podía ser él el causante de que dejara de sonreír otra vez. Su compañero había vuelto a la vida con aquella posibilidad de recuperación y no le chafaría la ilusión que depositaba en él.

El doctor echó un vistazo hacia la puerta. Seguía cerrada. Sacó un pequeño tubo de goma de su maletín y se remangó dejando la vena de su brazo izquierdo al descubierto.

—Vigila que no entre nadie —le dijo al comisario que le dedicó una sonrisa y se apoyó en la puerta para que ningún empleado del hospital entrara.

James sacó dos gomas de su maletín y dos agujas. Ató una de las gomas al brazo de Ciara y la otra al suyo. Clavó la aguja en la vena de la chica incorporándole el tubo e hizo lo mismo en su brazo.

La sangre del doctor fluyó por el tubo hacia el brazo de Ciara.

—Espero que funcione —murmuró el doctor haciéndole una transfusión de sangre a la mujer.

El intercambio no tardó mucho. La sangre del doctor entró en el torrente sanguíneo de Ciara, recorriéndole todo el cuerpo. James se quitó la aguja y la goma de su brazo y de la chica, lo guardó todo en el maletín y avisó a Will.

—Ya está. Espero que sirva de algo.

—Tengo el presentimiento de que sí —el comisario ayudó a su amigo a llegar al sillón—. ¿Necesitas algo?

—Solo descansar un momento.

—Gracias, aunque no haya valido para nada, gracias —le dijo el comisario dándole un abrazo.

—Tranquilo. Debes darle un poco de tiempo. Si ha servido, los resultados se verán en unas horas o, por lo menos, debería ser así.

—De acuerdo. Gracias otra vez —estaba emocionado, nervioso y ansioso.

“*Tiene que dar resultado*”, pensó el comisario acariciando el pelo de Ciara.

Will miró el reloj de su muñeca en la habitación iluminada por una pequeña

luz de salida de emergencia. Faltaba poco para que pasaran las veinticuatro horas desde que James le había hecho la transfusión a su esposa. “*Que funcione, por favor*”, rogó en silencio contemplando el rostro de Ciara.

El sol no tardó mucho en iluminar la ciudad. El comisario seguía despierto, incapaz de pegar ojo. Estaba nervioso, inquieto, intranquilo. No podía dejar de pensar en su esposa. Se levantó del sillón desperezándose y estiró los músculos. Estaban engarrotados por la tensión. Caminó un poco por la habitación, intentando calmarse.

Era posible que no pasara nada, que Ciara no se despertara, aun así, no dejaba de pensar en ello. Se paró a los pies de la cama, observando a su mujer y los monitores que seguían con su monótono pitido. Suspiró con angustia y se sentó de nuevo en el sillón, sin apartar la vista de ella.

Will le cogió la mano entre las suyas y sintió que los dedos de su esposa se movían. Se sentó en el borde de la cama y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

—Cariño, ¿puedes oírme? —le preguntó suavemente y con una gran sonrisa en sus labios.

Los ojos cerrados de la chica parpadearon, abriéndose un poco.

—¡Doctor! ¡Se ha despertado! —gritó Will a un interfono encima de la cabeza de Ciara.

La chica se despertó poco a poco, dejándolos entrecerrados mientras se acostumbraban a la luz fluorescente de la habitación.

—Cariño, ¿cómo estás? —quiso saber el comisario mientras le rozaba la mejilla con la yema de los dedos.

—¿Cariño? —inquirió Ciara desconcertada.

—Señora Carmichael, ¿cómo se encuentra? —la interrogó el doctor con un leve acento árabe mientras consultaba los resultados de los monitores.

—Doctor, se ha equivocado de paciente —le dijo la mujer confundida.

—No me he equivocado, señora. Ese es el apellido de su marido.

—¿Mi marido?

—Doctor, ¿qué le pasa? —preguntó el comisario preocupado.

—Es posible que tenga amnesia postraumática.

—¿Recuperará la memoria?

—Sí, pero llevará tiempo. ¿Puedo hablar con usted? —el doctor miró a Will y le hizo una señal con la cabeza.

Los dos hombres salieron de la habitación, pero Ciara no se quedó mucho tiempo sola. Un alto y fornido enfermero entró en la habitación un minuto después.

—¿Para qué es eso? —cuestionó Ciara observando la aguja que el hombre preparaba en una bandeja de metal.

—Para que no le duela la cabeza.

El enfermero estaba a punto de clavar la aguja cuando la mano de la mujer lo paró.

—Tú no eres enfermero y eso no es ningún analgésico. ¿Por qué quieres matarme? —le susurró la chica con los dientes apretados.

—Señora, no quiero matarla. Solo hago mi trabajo.

—Y ese trabajo, ¿en qué consiste?

—Mi trabajo, señora Carmichael, ha sido y seguirá siendo... ¡matarla!

El enfermero sacó una pistola de su espalda y apuntó a la chica. Las comisuras de la boca de la mujer se elevaron formando una sonrisa.

—¿Por qué sonrío cuando sabe que va a morir?

—Eres novato, ¿verdad? —la voz dulce de una chica se escuchó a la espalda del asesino.

—Hola, Edith.

—Siento la tardanza.

—No te preocupes. El joven y yo estábamos charlando.

—Entonces, perdón por interrumpir.

El enfermero abatió a la joven con un fuerte golpe en el estómago y volvió a apuntar a Ciara, pero ésta fue más rápida. La bandeja de metal que descansaba en la pequeña mesa al lado de la camilla voló hasta la mano del joven asestandole un golpe que le hizo soltar el arma. Lo golpeó de nuevo, esta vez en la cabeza, y la chica se levantó de la cama quitándose todos los cables. Ciara estaba a punto de abrir la puerta de la habitación cuando el enfermero la apresó entre sus brazos dejándola sin respiración. La chica le dio

una patada a la puerta cuando el enfermero la levantó en volandas, alejándola de la salida.

El doctor y el señor Carmichael dieron un brinco al escuchar el golpe en la puerta. El comisario sacó su arma de la funda de su cintura, abrió la puerta de una patada y apuntó al hombre que agarraba a su esposa con fuerza y rabia.

—¡Suéltala! —le gritó al enfermero.

—¡Suelta tú el arma! —le respondió con furia.

—¡Que la sueltes! ¡Ya!

De repente, Ciara golpeó con su cabeza al enfermero rompiéndole la nariz. El asesino dio un grito soltándola y llevándose las manos a la cara. Will estaba sorprendido. La mujer arremetió contra el enfermero asestándole una patada y cogiendo la pistola con rapidez. Apuntó a la cabeza del asesino y disparó. El cuerpo inerte del joven cayó al suelo con un agujero en la frente.

—Cariño, ¿qué está pasando? —quiso saber el comisario.

Estaba completamente anonadado. ¿Cuándo había aprendido su esposa a pelear así? ¿Cuándo había aprendido a disparar?

—No lo sé —le contestó su esposa.

—Yo puedo contestar a eso —le dijo Edith levantándose del suelo y guardándose su arma en la parte trasera del pantalón. Parpadeó varias veces para recobrar el sentido y apoyó la mano en la camilla, sujetándose para no caerse.

—¿Y tú quién eres? —le inquirió el comisario desconfiado.

—Edith Larsson, encantada.

—William Carmichael.

—Sé quién eres —lo interrumpió la chica—. Será mejor que nos vayamos a un lugar más seguro.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando, hermana? —la interrogó Ciara preocupada.

—Primero tenemos que irnos, después, cuando estemos a salvo, os lo contaré todo.

Capítulo 10

Los tres corrieron hacia la salida del hospital. Will y Ciara siguieron a Edith hacia el callejón detrás de la clínica. La chica apoyó la espalda en la pared gris del callejón y extendió los brazos hacia ellos. Ciara cogió la mano de la chica sin dudar, sabía lo que iba a hacer. En cambio, Will estaba receloso. No conocía a esa mujer de nada.

—La mano, por favor —le pidió la muchacha con amabilidad.

—¿Para qué? —por alguna razón no confiaba en la cara de ángel de aquella chica.

—Para salir de aquí sin que nadie nos vea.

—¿Cómo?

—Dale la mano, por favor —le suplicó Ciara sujetándose el camisón por detrás para que no se le abriera.

Will clavó la mirada en los ojos verde jade de su esposa y levantó la mano cogiendo la de Edith sin apartar la vista de su mujer. Sintió una oscuridad cubriendo su cuerpo. El rostro de su esposa desapareció como si se hubiese quedado ciego.

—¿Qué está pasando? —preguntó nervioso.

—Tranquilízate, no te has quedado ciego. En unos segundos se te pasará —le contestó Edith empezando a correr a toda velocidad.

Volvieron a la puerta de entrada al hospital y la pasaron de largo. Los árboles y las farolas, e incluso los coches, eran manchas borrosas que se alejaban de ellos en un parpadeo. Los ojos de Will se abrieron de par en par al comenzar a ver en blanco y negro todo lo que pasaba a su alrededor. ¿Cómo podía ir tan rápido? ¿Cómo no podían verles?

De repente, Edith frenó entrando en un edificio de ladrillos blancos.

Los colores volvieron a surgir ante Will y la oscuridad que lo había cubierto por completo desapareció.

—Pero, ¿qué...? —la pregunta del comisario se quedó en el aire. No tenía palabras para explicar lo que había pasado.

—Entrad —les dijo Edith abriendo la puerta de uno de los apartamentos.

Entraron en un pasillo ancho que llevaba directamente hacia un arco, tras el cual estaba el salón-comedor ataviado con un sofá celeste, un sillón crema, un pequeño mueble donde descansaba la televisión, una estantería de esquina y una mesa cuadrada de madera de pino rodeada por cuatro sillas. A la izquierda, el pasillo continuaba formando una L. La primera puerta y la segunda eran dos pequeñas habitaciones. La tercera era un baño rectangular con una placa ducha blanca con la grifería negra al fondo y azulejos blancos en forma de hexágono. La pared de la derecha, donde descansaba un mueble volado en madera de fresno con un lavabo sobre la encimera en gris perla, estaba pintada en blanco con el grifo del lavabo negro.

En la puerta de enfrente se encontraba la cocina con muebles color wengué, encimera de mármol blanco y tiradores metálicos. La pared de enfrente parecía estar hecha de piedras grises y marrones.

La puerta frente al baño era la habitación principal compuesta por un canapé negro con cabecero de madera blanca, dos mesitas de noche, un enorme armario y una cómoda de tres cajones con espejo. Las paredes estaban pintadas de gris perla y blanco, haciéndola muy luminosa con la entrada de los rayos del sol por la rectangular ventana.

Ciara se sentó en el sofá y miró a su alrededor. Nunca había visto ese apartamento.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a su hermana.

—En un piso franco. Nadie, excepto nuestras hermanas, sabe que estáis aquí. Lo alquilamos mientras estabas en coma —Edith se sentó en el sillón color crema al lado de Ciara.

—Creo que ya es hora de que me contéis lo que ocurre —dijo Will sentándose junto a su esposa.

—Claro. Verás —empezó a decir Edith—, el día que os conocisteis, Ciara tenía una misión. Una misión que dejó de lado cuando se enamoró de ti.

—¿Así que es verdad? ¿Es mi marido? —preguntó la chica sorprendida.

—Sí.

—¿Cuál era esa misión? —quiso saber Will.

—Pues... era... matarte —le soltó Edith. No sabía cómo decirlo de otra

manera y no era muy partidaria de irse por las ramas. Cuanto más honesta, mejor.

—¿Matar-me?! —gritó el comisario ante aquella respuesta.

—¿Matar-le?! ¿Por qué? —Ciara cogió involuntariamente la mano del comisario con miedo.

—El por qué no lo sé. Nosotras solo obedecemos. No preguntamos por qué —contestó Edith.

—Pero, ¿qué sois vosotras? —el comisario se levantó del sofá, alejándose de ellas.

—Asesinas y espías —respondieron al unísono.

—¿Qué? —con cada respuesta estaba más sorprendido y confundido—. ¿Y quién querría matarme? ¿Qué he hecho o he visto para que quieran verme muerto?

—En realidad, ahora mismo, os quieren ver muertos a los dos. Por esa razón os embistió ese coche cuando ibais al aeropuerto.

—Me supongo que quieren matarme porque no cumplí con la misión, ¿no? —Ciara se cruzó de brazos intentando recordar algo de lo que había vivido. Pero nada. No conseguía nada.

—Correcto. Además, dejaste la organización. Eso no lo pueden consentir.

—¿Vosotras también la habéis dejado? —la interrogó Ciara desconcertada.

—Más o menos.

—¿Qué organización? —quiso saber Will mirando por la ventana del salón.

—Para la que trabajamos —respondió Edith.

—¿Cómo se llama?

—No puedo decirte eso.

—¿Por qué no? Quieren matarme, creo que tengo derecho a saberlo, ¿no?

—Créeme, no quieres saberlo —le dijo Ciara—. Hermana, ¿podrías darme algo de ropa?

—Claro, ven.

Edith se levantó, pasó por el arco, caminó por el pasillo y entró en la habitación principal, al lado del salón-comedor.

El comisario siguió mirando por la ventana con el hombro apoyado en el marco. No veía nada. “*Es posible que ya me hayan encontrado. ¿Y mi esposa trabajaba para ellos?*”, pensó el comisario con frustración. ¿Debería contárselo todo a su mujer? No, debería hablar con sus compañeros. Si querían matarle a él, no tardarían en ir a por ellos.

James se encaminó por el pasillo del hospital hacia la habitación de Ciara donde estaría Will expectante ante la posible recuperación de su esposa. Observó el jaleo que había a su alrededor y se quedó petrificado cuando vio una camilla con un cadáver bajo una sábana que salía de la habitación de Ciara. Se temió lo peor y corrió hacia el cuarto con el rostro pálido y desencajado.

En la habitación no estaban ni Will ni Ciara. James se acercó al médico y le preguntó:

—Disculpe, ¿dónde están los señores Carmichael?

—No tenemos ni la menor idea.

—¿Qué ha pasado?

—La señora Carmichael ha matado a un enfermero que previamente quería matarla a ella y una chica se la ha llevado a ella y a su marido.

—¿Hace mucho de eso? —quiso saber James sacando el móvil del bolsillo para alertar a sus compañeros.

—Unos quince minutos, más o menos.

James llamó a sus compañeros y les contó todo lo que sabía mientras salía del hospital, se subía a su coche y ponía rumbo hacia la casa de Will y Ciara. A lo mejor allí podría encontrar algo.

Estacionó delante de la puerta metálica de la casa, abrió con la llave que su amigo le había facilitado para que la vigilara mientras ellos estaban de luna de miel y buscó por todos los rincones de la parcela y de la edificación. No había nadie allí. Ni rastro de ninguno de ellos. “*Will, ¿dónde estás?*”, se preguntó el doctor.

Ricardo dormitaba en el pequeño e incómodo sofá de cuero negro de su despacho cuando sintió un empujoncito en el hipotálamo, como si alguien

quisiera entrar en su sueño.

—Ricardo, nos vigilan —le informó una voz que él conocía muy bien.

Los ojos verde esmeralda de Ricardo se abrieron incorporándose sobresaltado. “*¿Nos vigilan? ¿Cómo?*”, miró a su alrededor desconcertado. No era posible que les hubieran encontrado. Buscó su móvil, tocándose todos los bolsillos, marcó el número de emergencia en un mensaje y lo mandó a todos sus compañeros. Se restregó los ojos con las manos, se desperezó y se levantó acercándose a una de las ventanas. Seguía siendo de noche, aunque el exterior de la comisaría estuviera totalmente iluminada para darles mayor facilidad a los guardias. Apoyó la mano en el marco de la ventana, mirando al infinito. ¿Cómo habían logrado dar con ellos?

No habían pasado ni cinco minutos cuando James, Volker, Frederick, Kenneth y Miguel entraron como una tromba en el despacho.

—¿Qué ocurre? —preguntaron al unísono.

—Nos vigilan —contestó Ricardo caminando hacia su silla, detrás del escritorio, y sentándose en ella.

—¿Cómo lo sabes? —James se sentó enfrente de él.

—Me lo ha dicho Will.

—¿Sabes dónde está? —quiso saber Frederick desde otra silla delante del escritorio.

—No, pero sí me ha avisado.

—Hay que encontrarlo —sentenció Kenneth desde el sofá junto a Miguel.

—Deberíamos tomarnos esos días de vacaciones que nos deben e ir a buscarlos —propuso Miguel apoyando los codos en los muslos.

—Tienes razón, pero si es verdad que nos vigilan y los encontramos, se los entregaremos en bandeja de plata —añadió Volker dudando.

—Entonces, ¿qué hacemos? —James estaba confundido.

—No lo sé —respondieron sus compañeros frunciendo el ceño.

¿Qué debían hacer, buscarlos y ponerlos en peligro o dejar que los sigan buscando los malos y que estén en peligro?

—Propongo que descansemos esta noche y mañana empecemos la búsqueda. Es posible que se los demos en bandeja, pero si no los buscamos y

ellos los encuentran, Will no podrá proteger a su mujer y a él mismo por mucho tiempo. Será vulnerable —explicó Kenneth.

—Yo voto por hacer eso. Si no lo hacemos y les pasa algo no nos lo perdonaremos, al igual que con el accidente —recordó James con pesar.

—Me apunto —dijo Miguel.

—Yo también. No quiero volver a fallarle —declaró Frederick.

—Contad conmigo —añadió Volker.

Ricardo pasó la mirada por cada uno de sus compañeros, elevó las comisuras de su boca en una sonrisa y se levantó de la silla con decisión.

—¿Cuándo empezamos? —quiso saber.

Todos aquellos hombres, a cada cuál más bello y gran envergadura, se levantaron haciendo parecer la estancia diminuta, juntaron las manos y gritaron:

—¡Por Will!

Salieron de la agencia cada uno en su coche, tomando una dirección diferente para la búsqueda. No descansarían. No pararían hasta encontrar a su amigo y a su esposa sanos y salvos.

Will entreabrió los ojos lentamente haciéndose un masaje en la sien. La cabeza le dolía y casi no podía abrir del todo los ojos. Le escocían y los sentía como si los tuviera en llamas.

—¿Te encuentras bien? —escuchó la voz de la chica con cara de ángel, pero no la veía.

—Me duele la cabeza. Se me pasará en un rato —la buscó con la mirada. No estaba en ninguna parte.

La chica dio un paso, quedándose delante de las cortinas color crema del salón. El comisario parpadeó sorprendido. ¿Cómo no la había visto si estaba enfrente de sus narices? Se incorporó, sentándose en el sofá y observándola con detenimiento.

—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó desconcertado.

—Puedo pasar desapercibida si me lo propongo.

—¿Dónde está mi... Ciara? —le preguntó Will cerrando los ojos unos

segundos con fuerza.

—Se está duchando. En el armario de la habitación principal hay también ropa para ti, por si quieres cambiarte.

—Gracias.

Ciara salió en ese momento del baño ataviada con un pijama de chaleco y pantalón de color blanco satén, descalza y con el pelo mojado y alborotado. Entró en el salón y se sentó en el sillón color crema a un lado del sofá.

—¿Dónde están las demás? —le inquirió a Edith.

—Unas trabajando y otras vigilando.

—¿Habéis averiguado quién fue el que nos tiró por el barranco? —Ciara miró a Will de arriba abajo, sentía que lo conocía, pero no llegaba a recordarlo.

—Sí. Las chicas se ocuparon de él mientras Larisa, Ylva y yo os llevábamos al hospital.

Los ojos del comisario se abrieron como platos mirando a Edith sorprendido.

—¿Vosotras nos llevasteis al hospital?

—Pues claro. La tía Francesca nos avisó y fuimos a echar un vistazo. Cuando llegamos el coche ya había caído por el barranco.

—¿Y quién es Francesca? ¿Y cómo supo lo que había pasado? —el comisario estaba cada vez más desconcertado.

—Francesca es mi madre —respondió Ciara sin apartar la vista de él.

—¿Tienes madre? —el comisario estaba alucinando. ¿Por qué no le había contado que su madre estaba viva?

—Sí. No creerás que he brotado de la tierra como por arte de magia, ¿verdad?

—Nunca me has dicho que tenías madre, quiero decir, que aún seguía viva —explicó el comisario. ¿Por qué se lo había ocultado?

—Tengo que irme, pero no tardaré —se excusó Edith—. Podéis aprovechar la intimidad y hablar.

La chica se dio media vuelta, mirando hacia la ventana y, en menos de un segundo, desapareció. Will observó cómo el cuerpo de la chica se había

vuelto negro como una sombra hasta que solo quedó el hueco vacío.

—Pero, ¿qué? —se quedó mirando el hueco donde hacía solo un segundo había estado la chica de pie—. ¿Qué coño ha pasado? —se levantó del sofá y se acercó a la ventana, mirando a través del cristal transparente la soledad de la calle.

—Ya veo que no te conté nada sobre mi familia —le dijo Ciara cruzando las piernas y apoyando la espalda en el respaldo del sillón.

—¿Tu familia? Ni siquiera me dijiste que tenías familia a excepción de Piero —contestó el comisario volviéndose a sentar en el sofá nervioso como un animal salvaje enjaulado. Parecía que aquellos meses en los que había creído conocerla, se evaporaban delante de sus ojos. Se había casado con una desconocida. Una desconocida que alguien le había enviado para matarlo.

Will fijó sus ojos en ella, a la espera de que empezara a contárselo todo.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par al escuchar el nombre de su hermano. Se incorporó en el sillón, quedándose al borde de éste y mirando a su alrededor extrañada.

—¿Dónde está? —le preguntó al comisario.

—¿Quién?

—Mi hermano. Piero. ¿Dónde está? —se levantó de un salto mirando con detenimiento al comisario con los ojos entrecerrados, en una postura de ataque y el ceño fruncido.

Will no sabía cómo contárselo. Ella no lo sabía. Había estado un mes en coma y, cuando había despertado, había tenido que esconderse sin haberle contado antes lo que le había pasado a su hermano, a su querido hermano. El comisario respiró hondo, soltando el aire con lentitud y cogiendo fuerzas para lo que estaba a punto de contar.

—Piero, no está aquí —contestó por fin el comisario.

—Obvio. Mi pregunta es, ¿dónde está? —se estaba desesperando y poniendo más nerviosa.

—Recuerdas que tuvimos el accidente, ¿verdad? —la mujer asintió—. Él no... salió con vida.

—¿¿Qué?! —gritó Ciara histérica—. ¡No! ¿Por qué? —cayó al suelo de rodillas, derrumbada ante aquella triste noticia.

Will se arrodilló delante de ella, abrazándola con todas sus fuerzas, consolándola.

Un pequeño recuerdo llegó a la mente de la mujer. Ya había vivido algo parecido y el comisario había estado con ella, abrazándola, consolándola en ese recuerdo oculto en su memoria. La ira, la frustración, la impotencia. La invadieron por completo dejándola exhausta. Sin embargo, en ese recuerdo, Piero estaba vivo.

—Tranquila, tranquila —la consoló Will arrodillado frente a ella.

Ciara no podía dejar de llorar. Sentía un gran vacío en su corazón. ¿Qué haría ahora sin su hermano? <<Cálmate, *amore*>>, la dulce voz de Francesca sonó en la mente de Ciara. Los ojos de la chica se abrieron de golpe al escucharla. Ella ya lo sabía. Se alejó un poco del comisario para mirarle a sus ojos turquesa fijamente. Sabía que lo conocía, pero no lo recordaba. ¿Por qué no lo recordaba? Estaba segura de haber sido muy feliz a su lado, de haber vivido cosas que antes ni siquiera hubiese pensado.

Ciara se levantó del suelo junto al comisario mientras éste le enjugaba las lágrimas tiernamente con sus pulgares.

No soportaba verla así. Tan frágil y vulnerable. Se moría por besarla, acariciarla, tenerla pegada a su cuerpo. Pero debía tener paciencia. No podía perderla más de lo que ya la había perdido.

—¿Cómo murió? —preguntó la chica con un nudo en el estómago y la congoja atascada en su garganta.

—Un cristal le hizo un corte en el cuello.

Ciara se abrazó temblando. El estómago se le había revuelto y sentía unas ganas irrefrenables de vomitar. Corrió hacia el baño cerrando la puerta detrás de ella, se arrodilló delante del inodoro y vomitó.

Will la siguió, entró detrás de ella y le sujetó la frente y el pelo mientras ella lo sacaba todo.

—Deberías relajarte. No es bueno para ti ni para... —se quedó callado. No debía decírselo. Aunque si ella no lo sabía antes de tener el accidente, tampoco podría recordarlo.

—¿Ni para mí ni para quién? —inquirió la chica concentrándose para no vomitar de nuevo.

—Nada, no te preocupes. Relájate e intenta no pensar.

Ciara siguió vomitando unos minutos más, dejando salir la angustia, la tristeza, la rabia, la furia, la impotencia que tanto la mortificaban. Por su culpa su hermano estaba muerto. ¿Por qué no se había podido limitar a terminar su misión? <<Por amor, amore>>, Francesca intentaba darle algunas respuestas a su hija, hacerle ver que no había sido culpa de ella que Piero estuviera muerto.

—*Mamma* —sollozó la chica en italiano, aovillándose en el suelo del baño.

A Will se le encogía el corazón al verla en ese estado. No era la misma mujer autoritaria que había conocido en aquél restaurante donde Piero fue testigo de un asesinato. Se acercó a ella acariciándole el brazo mientras resistía las ganas de llorar a su lado. La cogió en brazos, la llevó a la habitación principal y la tumbó en la cama tapándola con el edredón.

Will abrió los ojos y echó un vistazo a su alrededor. La habitación estaba a oscuras. “*No ha sido un sueño*”, pensó al reconocer la estancia. Miró a su izquierda y allí estaba Ciara, acurrucada debajo del edredón, temblando. Se pegó a ella abrazándola. Se moría por tenerla entre sus brazos.

Ciara se movió bajo el agarre del comisario. Muchas escenas pasaban por su memoria, pero sin ningún sentido. Se entrelazaban unas con otras, como si hubiese vivido dos vidas muy distintas.

La muerte de varios hombres en un barco se superponía con la imagen de Will armado buscando a alguien en un aparcamiento lleno de coches de policía. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué pretendía decirle su subconsciente?

—Ca... Ciara, ¿estás bien? —le preguntó el comisario preocupado.

La puerta de entrada se abrió interrumpiendo la contestación de la chica.

—¡Ciara! Te traigo una sorpresa —dijo una chica desde el pasillo con la voz alegre.

Una muchacha con el pelo castaño cobrizo se asomó por la puerta del dormitorio. La sonrisa que llevaba dibujada en los labios se borró al ver a Ciara tumbada en la cama, aovillada y con el miedo reflejado en sus ojos verdes jade.

—¿Qué ha pasado, hermana? —quiso saber la chica sentándose al lado de Ciara, en el borde de la cama, acariciándole el pelo.

—Piero... —no pudo seguir. El llanto volvió a ella.

—*Lyubov* —la abrazó con fuerza, consolándola.

Will las observó asombrado, pero, ¿en qué idioma le había dicho esa palabra?

La cabeza morena de una mujer que no aparentaba más de treinta años, asomó por el hueco de la puerta del dormitorio.

—*Amore* —susurró la mujer.

Ciara volvió la mirada hacia ella al escuchar su dulce voz. Los ojos de la chica brillaron de emoción. Se levantó de la cama y corrió hacia la mujer para abrazarla.

—*Mamma* —murmuró Ciara con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Tranquila. No ha sido culpa tuya —la consoló la mujer acariciando con ternura el pelo de su hija.

La boca de Will se abrió cada vez más, anonadado. “¿*Mamá? ¿Acaba de llamar a esa mujer mamá?*”, se preguntó. ¿Por qué no le había contado nada de su familia?

La mujer clavó sus ojos verdes, tan iguales a los de su hija, en los de Will. El comisario sintió una leve caricia que recorría su mente como una ola.

—Tu marido está muy sorprendido —le susurró la mujer a su hija en el oído.

—¿Tú lo conoces? —le preguntó Ciara alejándose un poco para mirarla. Si su madre también decía que era su marido, entonces, era cierto.

—No en persona, pero me has hablado mucho de él.

Ciara cogió la mano de su madre con una sonrisa y se acercaron hasta Will que se levantó de la cama.

—Mamá, él es Will. Will, ella es mi madre, Francesca.

—Encantado de conocerla —el comisario le estrechó la mano.

—Igualmente. Hacía tiempo que quería conocerte para darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por sacar a mi hija de ese oscuro mundo. Su vida no ha sido fácil desde que nació.

—¿Por qué no vamos al salón y charlamos cómodamente? —inquirió la chica del pelo castaño cobrizo acercándose a ellos—. Por cierto, soy Larisa, una de las hermanas de Ciara.

—Tu cara me suena —le dijo Will entrecerrando los ojos y pensativo.

—Estuve en vuestra boda. Yo ayudé a Ciara con los preparativos —le explicó Larisa caminando por el pasillo hacia el salón, siguiendo a Ciara y Francesca.

—Ya te recuerdo. Aunque te vestiste como una trabajadora del salón. Tú nos diste paso al baile.

—Sí. Ciara no quería presentarnos, así que tuve que disfrazarme.

—Supongo que todo era parte de la misión. Entiendo —le dijo cuando ella se encogió de hombros.

Ciara y su madre se sentaron juntas en el sofá con las manos entrelazadas. Los ojos de ambas brillaban de felicidad. Por fin estaban juntas otra vez.

—Entonces, ¿no recuerdas a tu marido ni lo que has vivido con él esos seis meses? —le preguntó Francesca en italiano a su hija agarrándole con fuerza la mano.

—No. No recuerdo nada. Me vienen algunas imágenes a la memoria, pero no tienen sentido.

—No te preocupes. Irás recordando poco a poco.

—Mamá, siento mucho lo que le ha pasado a Piero. Debería...

—Shh —la detuvo su madre—. No. Tú hiciste lo que debías. No es tu culpa. Todas sabemos quién fue el causante de su muerte. Y ten por seguro que lo pagará con su vida.

Las lágrimas volvieron a recorrer las mejillas de Ciara sin poder evitarlo. Nunca había llorado tanto como lo estaba haciendo ese día, o eso creía. Ya no estaba segura de lo que había o no había hecho. ¿Qué le había pasado para cambiar tanto?

<<No es qué, *amore*, sino quién>>, le dijo la voz de su madre en su cabeza. Francesca hizo una señal casi imperceptible con la cabeza, señalando al hombre detrás de ella.

Ciara levantó su mirada verde jade hacia Will y se encontró con sus ojos turquesa y una leve sonrisa. El comisario estaba allí de pie, detrás de Francesca y con las manos metidas en los bolsillos, observándola con atención. Larisa estaba a su lado, muy cerca de él.

Un extraño sentimiento atravesó el corazón de Ciara junto con unas ganas casi irrefrenables de quitar a Larisa de su lado, alejarla de él todo lo que pudiera. “¿*Qué me pasa?*”, se preguntó asustada. <<**Son celos, *amore***>>, le contestó su madre con una sonrisa sosegada, calmándola a ella y alejando aquél deseo de matar a su hermana.

—Bueno, yerno, cuéntame. ¿Cómo fue la ceremonia? —le dijo Francesca a Will.

Ricardo recorrió las calles de la isla de arriba abajo, pero no encontró ningún rastro ni señal sobre su compañero y su esposa.

—Will, dame alguna señal —murmuró en el silencio de su coche.

Paró en un aparcamiento, estacionó el coche, apagó el motor y se recostó en el asiento cerrando los ojos.

Necesitaba una señal, alguna pista que lo llevara hasta ellos, y sólo había un modo de conseguirla.

Capítulo 11

Un edificio de ladrillos rojos con ventanas negras se alzaba delante de Ricardo. Entrecerró los ojos para poder ver mejor el reflejo de uno de los cristales. Era un hombre. Ricardo se esforzó un poco más para enfocarlo.

—¿Will? —el reflejo asintió—. ¿Estás en el edificio de enfrente? —le preguntó intentando darse la vuelta para mirar.

No podía. ¿Cómo iba a poder? Su compañero le enseñaba lo que veía, sólo lo que veía. Ricardo miró a su izquierda y, luego, a la derecha. Un edificio a su derecha tenía un letrero con el nombre de la calle.

—Calle de la Victoria —murmuró mientras lo leía. Volvió la mirada hacia el reflejo de su amigo—. Vamos para allá.

Ricardo escuchó unos golpecitos a lo lejos pero, poco a poco, se escucharon más fuertes y más cercanos hasta que se despertó sobresaltado. Miró a su alrededor desorientado por unos segundos y clavó la mirada en el guardia de seguridad que golpeaba con cuidado el cristal de la ventanilla de su coche. Ricardo giró la llave para poder bajar la ventanilla.

—Buenos días, señor. ¿Le ocurre algo? —se interesó el guardia cuando el cristal bajó lo suficiente como para que Ricardo pudiera oírle.

—No, no se preocupe. Me he quedado dormido —bostezó y abrió la puerta para salir del vehículo y desentumecerse los músculos—. ¿Me haría el favor de cobrarme el ticket del aparcamiento?

—Claro, señor —el muchacho delgado, un poco más bajo que Ricardo y con el pelo pelirrojo, cogió la máquina que colgaba de su hombro, introdujo la tarjeta blanca con la matrícula del vehículo y cobró el importe que marcaba.

—Gracias. Que tenga un buen día.

—Igualmente, señor.

El muchacho volvió a su cabina y Ricardo al interior de su coche. Conectó el móvil con el coche, arrancó y salió del aparcamiento mientras llamaba a sus amigos.

—Nos vemos en calle de la Victoria, allí os lo cuento todo —les dijo girando a la derecha cuando salió del aparcamiento.

Will abrió los ojos de golpe cuando sintió que alguien lo observaba. Miró al sillón y allí estaba ella. Ciara. Su Ciara. Se incorporó despacio y se sentó en el sofá con los codos apoyados en los muslos y las manos agarrándose la cabeza. Le dolía. Le palpitaba al ritmo de su pulso acelerado.

—¿Estás bien? —le preguntó la chica sentada en el sillón con las piernas cruzadas y sin apartar la mirada de él.

—Sí. ¿Y tú? ¿Has recordado algo?

—No. Es un poco frustrante no poder recordar nada.

—No lo fuerces, pronto llegarán los recuerdos.

—Eso espero.

La puerta de una habitación se abrió dejando paso a Larisa. Tenía el pelo alborotado y llevaba puesto un diminuto camisón de satén negro que se amoldaba a sus curvas.

—Larisa, ponte una bata —la regañó Ciara antes de que el comisario levantara la mirada hacia ella.

—Buenos días para ti también, hermana —la chica se dio media vuelta y regresó unos segundos más tarde con una bata negra a juego con el camisón—. ¿Sabes si ha llegado Edith?

—No lo sé. Me he despertado hace poco.

—Voy a llamarla. Tengo una cita de trabajo y no quiero llegar tarde.

—Puedes irte si es importante. Yo cuido de ellos —Francesca apareció por el arco que daba al salón, le dejó a su hija un beso en la frente y se sentó en el brazo del sillón.

—Mejor la espero. Voy a llamarla.

Larisa regresó al cuarto donde había dormido, cogió su móvil y llamó a Edith.

—¿Cómo estás, *amore*? —quiso saber Francesca acariciando suavemente el pelo de su hija.

—Bien, mamá.

—¿Quieres un poco de café?

Unas irrefrenables ganas de vomitar llegó a la boca del estómago de Ciara

y subió hasta su garganta. Se levantó de un salto, sobresaltando a Francesca y Will, y corrió hacia el baño. Se arrodilló delante del inodoro y comenzó a vomitar. Francesca entró en el baño detrás de ella y le sujetó la frente y el pelo mientras ella descargaba todo lo que tenía en su estómago.

—Qué asco —dijo Ciara intentando reprimir las arcadas.

—Seguro que has comido algo que te ha sentado mal —la consoló Francesca ayudándola a levantarse.

Will se quedó de pie en el hueco de la puerta abierta del baño, mirando a Ciara con los brazos cruzados a la altura del pecho. “*¿Debería decírselo?*”, se preguntó dubitativo. El médico le había aconsejado que ella fuese la que recordara, pero ¿y si ella no lo sabía cuándo atentaron contra sus vidas? No lo recordaría nunca.

La verde e inquisitiva mirada de Francesca se desvió hacia él, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué es lo que deberías decirle? —inquirió la mujer dejando a su hija sentada en la tapa del inodoro y acercándose despacio al comisario.

Los ojos de Will se abrieron asombrados. “*¿Puede leer la mente?*”, pensó sorprendido.

—Sí, puedo leer la mente. ¿Qué es lo que deberías decirle a mi hija? —Francesca se estaba poniendo nerviosa.

—No sé si es buena idea que se lo diga. El médico me recomendó que no. Es mejor que ella lo recuerde como hizo con Piero —contestó Will intentando dejar la mente en blanco.

—¿Y estás seguro de que lo va a recordar?

—No. No estoy seguro de que lo supiera antes de que tuviéramos el accidente.

—Cuéntamelo, seguro que yo lo sé —le dijo Francesca—. Sólo tienes que pensarlo.

Will la miró indeciso. No sabía qué hacer.

Ricardo aparcó el coche delante del edificio de ladrillos rojos y ventanas negras que había visto en el sueño y bajó del vehículo mirando a su alrededor. Cinco coches estacionaron delante y detrás de él, y sus conductores se

apearon.

—¿Por qué estamos aquí? —quiso saber Volker echando un vistazo a los edificios.

—Will está en el edificio de enfrente —contestó Ricardo apoyándose en el coche sin dar ninguna pista a cualquiera que estuviera vigilándolos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Se ha puesto en contacto contigo? —le interrogó Miguel.

—Sí, anoche. Me enseñó el edificio que está a mi espalda.

—¿A qué estamos esperando para entrar? —preguntó Kenneth impaciente.

—Antes tenemos que hacer un reconocimiento. Es posible que nos hayan seguido hasta aquí. Enseguida vuelvo.

Los cinco hombres lo rodearon, tapándolo ante miradas indiscretas. Ricardo cerró los ojos y una corriente eléctrica surgió de su cuerpo. Los rayos azules llegaron hasta el poste de teléfono, recorrieron el cableado de un lado a otro de la calle y volvieron poco después hasta el círculo que sus compañeros le habían hecho para ocultarlo.

—No hay nadie. Entremos en el edificio y busquémosle —les informó caminando hacia la puerta de hierro del edificio de cinco plantas de ladrillos marrones y grises. Formaron un círculo, esta vez alrededor de Kenneth que se había acuclillado delante de la cerradura para abrirla. No tardó ni quince segundos. Los seis entraron en el edificio y escoltaron a Miguel hasta la primera puerta de madera maciza con una letra A dorada encima de la mirilla. El hombre rozó la puerta con la punta de los dedos y cerró los ojos para concentrarse. Recogió las temperaturas y esencias de todas las personas de la vivienda, abrió los ojos y negó con la cabeza.

Siguieron con las demás puertas, desechándolas cuando Miguel negaba.

—¿Estás seguro de que está aquí? —le preguntó Miguel en un susurro a Ricardo.

—Completamente.

—Will, dímelo. ¿Es algo grave? —le suplicó Francesca.

—No es grave.

—Entonces, ¿qué es lo que tengo? —preguntó Ciara asustada, rodeándose la cintura con los brazos.

—Dilo, por favor —le rogó Francesca.

—Está... —debía decírselo—. Está...

Unos golpes en la puerta de entrada lo interrumpieron. Cogió la pistola que llevaba en el cinturón del pantalón y se acercó en silencio para mirar por la mirilla. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando vio los rostros de sus seis compañeros. Se guardó la pistola, abrió la puerta y abrazó a sus amigos con fuerza.

—Gracias por venir —les dijo aún abrazados.

—¿Por qué estás en este apartamento? —le preguntó Ricardo preocupado.

—Entrad, os lo contaré todo.

Los seis hombres entraron en el apartamento haciéndolo parecer diminuto ante aquellos titanes. Se sentaron en el sofá y algunas sillas, y esperaron expectantes a que el comisario empezara a narrar la historia. Sin embargo, la presencia de dos mujeres en el hueco del arco captó la atención de todos.

—¡Ciara! —gritaron al unísono levantándose para abrazarla con alegría.

La chica se quedó paralizada ante aquellos hombretones, agarrada con fuerza al brazo de su madre y la cara descompuesta.

—¿Quiénes sois? —les preguntó temerosa, pasando la mirada de uno a otro.

Los seis hombres la miraron extrañados, borrándoseles la sonrisa poco a poco. Volvieron sus miradas hacia Will con interrogación.

—Francesca, ¿puedes llevar a Ciara al dormitorio, por favor? —le pidió el comisario a su suegra haciéndose un masaje en la sien.

—Claro. Estaré con ella si necesitáis algo.

Francesca guio a su estupefacta hija hacia el dormitorio y cerró la puerta.

—¿Qué le pasa? —quiso saber James. Había conseguido que se despertara del coma, pero ¿cómo? ¿Sacrificando su memoria?

—No recuerda nada de lo que ha pasado en los últimos siete meses. Tiene amnesia postraumática. James, ¿crees que tú podrías...? —no tenía que terminar la pregunta.

—No lo sé. Ya te dije que nunca lo había probado con alguien en coma. Y, la verdad, tampoco con alguien amnésico.

—Tienes que intentarlo, por favor —le suplicó Will.

—Si ella me deja no tengo ningún problema.

Will sonrió y se encaminó hacia la habitación. Llamó a la puerta y esperó la contestación.

—Adelante —respondió Ciara sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabecero mientras leía un libro.

—¿Puedo hablar con mi esposa un momento? —le preguntó el comisario a Francesca.

La mujer asintió y salió del dormitorio cerrando la puerta detrás de ella.

—Ca... Ciara —Will se sentó en la cama, al otro lado de la chica—. Es posible que James pueda ayudarte a recordar.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par con la esperanza brillando en ellos.

—¿De verdad? —inquirió emocionada, cogiéndole las manos con fuerza.

De repente, su mente le enseñó una escena en una piscina. El comisario y ella se besaban mientras el agua les acariciaba.

—¿Estás bien? —escuchó Ciara a lo lejos.

La chica parpadeó varias veces, volviendo al presente.

—Quiero que lo intente —le dijo al fin a su marido, decidida a recordar todo lo que había vivido.

Will asintió, volvió al salón y regresó acompañado de James. Ciara observó de arriba abajo al hombre rubio de ojos verdes amarillentos, alto y con el cuerpo musculado y definido.

—Cariño, él es James —le presentó el comisario de nuevo.

—Hola. ¿Te acuerdas de mí? —le preguntó James sentándose al lado de ella.

—No, lo siento. Will me ha dicho que puedes ayudarme a recordar.

—No sé si podré, pero puedo intentarlo, si me dejas.

—Por favor —le suplicó Ciara.

—Bien —James cogió el maletín que llevaba Will en la mano y sacó una goma blanca de unos treinta centímetros—. No te asustes. Tengo que hacer una transfusión con mi sangre.

—¿Por qué? —quiso saber la chica mientras el doctor le ataba la goma por encima del codo.

—Porque mi sangre es sanadora.

—¿Cómo es eso? —preguntó sorprendida.

—Es una larga historia.

No tardó mucho en hacer la transfusión y James lo guardó todo. Ciara se tumbó en la cama y cerró los ojos quedándose dormida.

—Dejémosla descansar —le dijo James a su compañero y saliendo de la habitación un poco mareado.

Will le echó un último vistazo a su esposa y siguió a su amigo hasta el salón.

La boda había sido maravillosa. El comisario estaba guapísimo y el vestido de Ciara era precioso. Se subieron al coche y se dirigieron a la nueva casa que habían comprado. No tardaron mucho en volver a salir para encaminarse hacia el aeropuerto, pero alguien truncó sus planes. Un todoterreno los embistió, empujándolos hacia el barranco y tirándolos con un último empujón.

El coche comenzó a rodar por la ladera embarrada de la montaña. Los cristales volaban por dentro y por fuera del vehículo. El techo cayó sobre ellos, aplastándolos contra el asiento.

—¡No! —gritó Ciara incorporándose en la cama con la respiración y el pulso acelerados.

La puerta de la habitación se abrió dejando paso al comisario y a Francesca, mientras los demás hombres se quedaban de pie en la puerta.

Will se acercó corriendo a ella, abrazándola para confortarla cuando ella se echó a sus brazos.

—Nos tiraron por la montaña —dijo Ciara con la congoja reflejada en su voz.

—Tranquila. Ya pasó —la consoló su esposo acariciándole el pelo.

—¿Ha sido una pesadilla?

—No, *amore*. Ha sido un recuerdo —le explicó Francesca.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Ciara como dos cataratas.

—No lo fuerces. Déjalo salir, poco a poco —le aconsejó su marido con una sonrisa. Estaba funcionando.

Los seis hombres parados en la puerta sonrieron de alegría, sobre todo el doctor. Lo había conseguido. Ciara comenzaba a recordar. El primer recuerdo no había sido muy agradable pero, al menos, había recordado.

—¿Quieres un poco de café, *amore*? —le preguntó Francesca rozando el brazo de su hija.

El estómago de Ciara se revolvió. Se levantó de un salto apartando a cualquiera de su camino, entró en el baño y vomitó en el inodoro.

El comisario la siguió, le sujetó el pelo para que no se lo manchara y la tranquilizó.

<<¿Qué le pasa, Will?>>, quiso saber Francesca preocupada.

El comisario observó a la mujer. No sabía si debía decírselo. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a sus compañeros. <<¿Es algo malo?>>, siguió preguntando Francesca. <<No se va a morir, ¿verdad?>> El comisario negó con la cabeza para no preocuparla más de lo que estaba. “*Está...*”, no pudo terminar de pensarlo.

—¡Will!

Unos gritos provenientes del salón lo interrumpieron. Ciara, Francesca y el comisario corrieron hacia el salón, con todos los sentidos en alerta.

Los seis hombres sentados en el sofá, en el sillón y en alguna silla, estaban totalmente paralizados y pálidos. Algo los mantenía pegados a sus asientos y los estrangulaba poco a poco.

—¿Qué está pasando? —inquirió el comisario observando a cada uno de sus compañeros, intentando encontrar la amenaza.

—¡Edith, para! ¡Son amigos de Will! —le ordenó Francesca a la nada.

Unas delgadas sombras se alejaron de los cuellos, manos y piernas de los hombres llegando hasta el centro de la estancia. Las sombras se elevaron convirtiéndose en la negra silueta de una esbelta mujer. La silueta tomó forma

y color, dejando ver las curvas de Edith bajo el pantalón y la camisa negra ajustada. Tenía el semblante serio, dejando a un lado su cara de ángel. La tos de los hombres llenó el silencio y la tensión de la estancia.

—¿Quiénes son? —la voz dulce de la chica se había convertido en una amenaza.

—Mis compañeros —respondió Will mirándola con los ojos desorbitados.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —preguntó mirando a su alrededor aún en alerta.

—Yo los he llamado —contestó el comisario rápidamente.

—¿Te has vuelto loco? Te han podido pinchar el teléfono. Les has puesto vuestras cabezas en bandeja de plata —los ojos marrones de la chica se volvieron rojos de furia.

—Tranquilízate. Te puedo asegurar que no se han enterado. Tengo un método muy seguro y fiable.

Edith desapareció en un abrir y cerrar de ojos, tal y como había aparecido.

—Está enfadada —les informó Francesca—. Va a hacer un reconocimiento del perímetro.

—Si así se queda más tranquila, por mí bien —el comisario se acercó a sus compañeros—. ¿Cómo os encontráis?

—Mejor. ¿Cómo ha hecho eso? —quiso saber James.

Había visto y, veía de vez en cuando, cosas raras, pero esto se llevaba el premio gordo.

—No lo sé. No le he preguntado —el semblante del comisario estaba cada vez más pálido.

—Es una larga historia —dijo Francesca ayudando a su hija a sentarse en una silla.

El teléfono de todos sonó al unísono. Un número desconocido y demasiado largo se reflejaba en las pantallas táctiles de los móviles.

—No lo cojáis —les dijo Miguel rompiendo el teléfono—. Deberíamos irnos ya.

Frederick se levantó del sillón y se acercó a la ventana para mirar a través de ella cuando Miguel le hizo una leve señal con la cabeza.

Cinco hombres vestidos de negro salieron de un todoterreno negro y caminaron a paso ligero hasta la puerta del edificio.

—Demasiado tarde —les comunicó Frederick.

—¿Qué coño habéis hecho? Nos están rodeando —Edith apareció al lado de Ciara furiosa.

—No hemos hecho nada —le contestó Ricardo tirando el móvil al suelo y pisándolo con rabia.

—Han rastreado los móviles —el rostro de la chica estaba cada vez más rojo de la ira.

—Al parecer la princesa de las sombras tenía razón —murmuró Ricardo llevándose una mano a la cabeza.

Edith lo había escuchado perfectamente. Sus ojos marrones se entrecerraron llameando enfadados. Desapareció en un segundo y apareció a la espalda de Ricardo con el brazo rodeándole el cuello, haciendo una presa con el otro, asfixiándole. Acercó sus labios al oído del hombre y le susurró:

—No soy la princesa de las sombras. Soy la reina.

—Edith, suéltalo —le ordenó Francesca.

Los ojos verde esmeralda de Ricardo se posaron en los de Will. Le estaba pidiendo permiso a su jefe. El comisario asintió resignado. Después de aquello, era muy probable que tuviera que explicar algunas cosillas. Ricardo concentró una mínima carga de electricidad en sus manos, tocó el brazo de la chica y salió disparada hacia atrás, chocando contra la pared que tenía a la espalda.

Edith se quedó sentada en el suelo, temblando por la carga eléctrica que recorría todo su cuerpo, aturdida. Ciara y Francesca se quedaron paralizadas, mirándose boquiabiertas. Edith se levantó con cuidado, despacio, agarrándose como podía a la pared para no caerse. La chica clavó sus ojos en los del hombre que la miraba con prepotencia y arrogancia. La rabia bullía dentro de ella como un volcán a punto de entrar en erupción.

La sonrisita que se había formado en la boca del hombre se borró al instante. Algo trepaba por sus tobillos hasta las pantorrillas. Miró hacia abajo ojiplático. Las sombras de dos manos lo agarraron por las pantorrillas. Levantó la mirada hacia la chica que lo miraba con una sonrisa insolente en su preciosa boca.

—No creo que sea un buen momento para pelear —les regañó Francesca recogiendo los pensamientos de ambos—. Dejad la pelea de enamorados para cuando salgamos de este problema.

—Ni aunque me pagasen me enamoraría de la princesa de las sombras —apuntó Ricardo mirando fijamente a Edith.

—Cálmate, Chispitas. No eres mi tipo —contraatacó la chica caminando hacia su hermana.

—Vale, se acabó. Concentrémonos en el problema que tenemos ahora entre manos —sugirió Francesca.

Las fuertes pisadas de los hombres se escucharon fuera del apartamento mientras subían las escaleras a toda velocidad. De pronto, las pisadas se pararon dejando paso a los gritos. Gritos de ataques furiosos y fuertes que se acallaron en un minuto.

Los siete hombres se miraron extrañados. Sacaron sus armas y se dirigieron a la puerta de entrada en silencio. James iba en cabeza seguido de Will, Ricardo, Volker, Frederick, Kenneth y Miguel.

El doctor agarró el picaporte, asintió a sus compañeros y abrió apuntando a la amenaza con el arma rápidamente.

Una chica rubia, con unas hermosas curvas debajo de aquél chaleco y aquellas mallas negras ceñidas estaba acucillada al lado de uno de los hombres que había abatido. Los ojos celestes de la chica se clavaron en los del doctor. En un parpadeo, la chica se levantó, corrió hacia James y lo agarró del cuello con la mano, levantándolo del suelo.

—Yolanda, suéltalo —le dijo Edith apareciendo a la espalda de la chica y sujetándola por la muñeca.

—Vienen muchos más. Tenéis que salir de aquí —la informó Yolanda sin apartar la mirada de James ni la mano de su cuello.

Will se hizo camino por el pasillo, apartando a sus compañeros, y llegando hacia Ciara.

—Vámonos. Edith, ¿puedes llevarnos? —le preguntó cuando la chica apareció delante de él.

—Por supuesto.

—Llévanos a mi apartamento —le dijo Francesca cogiendo la mano de su

hija y la del comisario.

Edith asintió, echó un vistazo a Ricardo que se dirigía en ese momento hacia ellos, le dedicó una sonrisa de superioridad y desapareció con su hermana, el comisario y Francesca.

—¿Cómo salimos de aquí? —quiso saber Frederick.

—Yo me ocupo —respondió Ricardo saliendo del apartamento y después del edificio.

Todos, incluida Yolanda, lo siguieron hasta la calle. Cuatro todoterrenos negros les cerraron el paso. Veinte hombres con chalecos antibalas y fusiles de asalto se apearon de los vehículos, apuntándolos.

—Dime que este no era tu plan —le susurró James a Ricardo pasando su mirada leonina de uno a otro enemigo.

—En realidad, sí.

Una sonrisa se dibujó en la sensual boca de Ricardo, puso los brazos en cruz y sus dedos chispearon, lanzando rayos hacia el enemigo y matándolos en el acto.

Yolanda se quedó boquiabierta, observando con mucha atención los cuerpos inertes de los asesinos. “¿Cómo ha hecho eso?”, pensó sorprendida. No era la primera vez que veía a alguien con un don, solo había que echar un vistazo a su familia, pero que alguien pudiera abatir a veinte hombres con electricidad que salía de su propio cuerpo.... Eso no lo había visto nunca.

—Debéis iros. Ahora —les dijo Yolanda a los hombres—. No tardarán en llegar más para limpiar. No pueden veros aquí.

—¿Y tú? —le preguntó James. Su voz sonó demasiado preocupada.

—Me desharé de ellos —contestó señalando los cadáveres sin importancia.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Vamos —le apuró Ricardo cogiendo el brazo de su amigo para tirar de él—. Gracias —le dijo a la chica antes de irse.

Yolanda los observó cuando todos entraron en sus respectivos coches, arrancaban y se iban, excepto James, que la miraba fijamente con sus ojos

leoninos y la preocupación reflejada en ellos. La chica asintió con una leve sonrisa en sus deliciosos labios. James le devolvió la sonrisa, un poco más seductora, arrancó el motor del coche y se alejó.

Yolanda respiró hondo mirando a su alrededor y empezó con la limpieza. Cogió el pie de uno de esos hombres y la mano de otro, y en un parpadeo se alejó de aquella escena ennegrecida y horripilante.

Capítulo 12

Edith los llevó hasta el apartamento de Francesca, al piso donde se había estado escondiendo desde que se había escapado de las instalaciones.

Aparecieron en el salón del apartamento con las paredes de color melocotón, un enorme sofá con forma de L en color café, una pequeña mesa auxiliar rectangular de madera de pino, una mesa de comedor con seis sillas y un mueble con dos cajones en el que descansaba el televisor.

—Voy a ayudar a Yolanda —les informó Edith desapareciendo poco después, dejándolos solos.

—Bienvenidos a mi casa —les dijo Francesca—. Os la enseñaré y después haré un poco de zumo o café.

El estómago de Ciara se revolvió, dándole arcadas.

—¿Dónde está el baño? —le preguntó a su madre como pudo.

Francesca señaló la puerta cerrada al lado de la cocina y Ciara corrió hacia allí, vomitando en el inodoro lo poco que había ingerido aquella mañana.

Will se acuclilló al lado de su esposa, acariciándole la espalda para reconfortarla mientras sostenía la cascada de pelo negro azabache que le tapaba la cara.

—¿Qué me pasa? —quiso saber Ciara. Estaba harta de vomitar.

—Intenta recordarlo, cariño —respondió el comisario ayudándola a levantarse.

—Seguramente has comido algo que te ha sentado mal —le dijo su madre apoyada en el quicio de la puerta con los brazos cruzados y sin apartar la mirada de la nuca del comisario. Estaba intentando leer su mente, pero la había bloqueado.

—¿Y si no lo recuerdo? ¿Es algo incurable? —le preguntó a su marido preocupada.

—No es ninguna enfermedad.

—Entonces, ¿qué es? —estaba desesperada. Quería poder recordarlo todo,

seguir con la vida que llevaba, pero los recuerdos venían a cuenta gotas y no tenían mucho sentido.

—Vamos a dormir. Necesitas descansar —le aconsejó Will levantándola para llevarla en brazos hasta la cama.

—Utilizad mi cama. Yo dormiré en la habitación de al lado —Francesca lo guio por el pasillo hasta la última puerta a la izquierda.

La habitación era bastante espaciosa y con las paredes pintadas de morado berenjena. Al lado de la ventana había una pequeña cómoda negra de cuatro cajones. En la pared de enfrente de la cama había un enorme armario empotrado con las puertas correderas negras y un espejo en una de ellas.

El hombre entró en la habitación y dejó a Ciara en la cama después de que Francesca retirara la colcha y la sábana. Se quedó sentado en el borde, acompañando a su esposa para que se durmiera.

—Yo también voy a descansar un poco. Si necesitas algo solo tienes que llamarme —le dijo Francesca a su yerno observando el brillo de los ojos de éste cada vez que estaba cerca de su hija.

—Gracias. Que descanses.

—Tú también —la mujer cerró la puerta cuando salió, una sonrisa se dibujó en su boca al saber que su única hija estaba en buenas manos, abrió la puerta de la habitación de al lado y se tumbó en la cama.

El comisario se había quedado embelesado, mirando el rostro de su esposa mientras le acariciaba el cabello suavemente.

—Cariño, no sabes cuánto te amo. Recuerda, por favor —le susurró antes de dejarle un beso en los labios.

Se acomodó a su lado, tumbándose con cuidado de no despertarla, la abrazó sin hacer mucha fuerza, cerró los ojos y se durmió.

La azotea de un edificio apareció a los pies de Ciara. Dio un paso hacia la media pared que evitaba que se precipitara hacia el lejano suelo y echó un vistazo a las luces azules que iluminaban y parpadeaban en el techo de los coches de patrulla parados delante de un edificio de cuatro plantas. Varios policías se habían estacionado delante del edificio para una redada. Ciara escuchó un pequeño zumbido que le era familiar y vio a uno de los detenidos

caer al suelo muerto por el impacto de una bala en su cabeza. La chica miró a su derecha. Un hombre encapuchado cargaba de nuevo el arma. Las piernas de la chica se movieron y cargó contra el hombre a gran velocidad, apartándolo del arma. Las manos de la muchacha se cerraron en dos puños para atacar al hombre con ferocidad.

—Dejad en paz a mi hombre —susurró al oído del asesino, donde tenía un auricular, cuando saltó sobre la espalda de éste. Le agarró la cabeza con fuerza y con un rápido movimiento le partió el cuello.

Dejó al tirador muerto en el suelo lleno de grava y corrió, saltando de azotea en azotea hasta desaparecer.

Ciara abrió los ojos de golpe, incorporándose en la cama seguida del comisario.

—¿Estás bien? —quiso saber Will masajeándole la nuca.

—Sí.

—Aún es de noche. Sigue descansando. Te hará bien —le aconsejó su marido.

La chica se tumbó boca arriba, mirando el techo blanco con frustración. ¿Por qué no podía recordar?

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó el comisario. No quería obligarla a estar cerca de él sin saber quién era.

—No —Ciara rodó para quedar de lado y poder mirarle—. ¿Te importaría abrazarme?

Will le dedicó una sonrisa y la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia él.

Los ojos de Ciara se cerraron calmados. No recordaba bien a ese hombre, pero sabía que algo los unía, aunque no estaba segura de qué era exactamente.

Will agarró el trasero de Ciara, levantándola para acoplarla a su cuerpo mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Los besos eran apasionados, llenos de amor, de deseo, de lujuria, de anhelo. El comisario caminó hacia una habitación, abrió la puerta de una patada y la cerró. Se dirigió hacia la enorme cama y la tumbó con cuidado. Las manos de Ciara recorrieron el cuerpo del hombre, deshaciéndose de la camiseta. Los dedos descendieron hacia el botón del pantalón, desabrochándolo con

maestría.

<<Disfruta y sé feliz>>. La dulce voz de su madre se escuchó en su mente. Ciara percibió la felicidad de su madre y las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa.

Will recorrió el rostro de la chica con la mirada, empapándose de la expresión de felicidad, alegría, ilusión, amor y deseo que se reflejaban en los ojos verde jade de ella.

Ciara enmarcó el rostro del comisario entre sus manos, lo miró fijamente, viéndose reflejada en ellos, y su boca se movió.

—*Ti amo*.

—Y yo a ti.

El sonido de unas campanillas llegó hasta los oídos de Ciara. Abrió los ojos lentamente y encontró la clara mirada del comisario. Tenía el semblante serio y preocupado. Las campanillas volvieron a sonar y el comisario desvió la mirada hacia la puerta cerrada de la habitación. Se movió para levantarse, pero la mano de Ciara en su pecho lo detuvo.

—*Ti amo* —le dijo ella mirando fijamente a sus ojos, casi sin pestañear.

El rostro de Will cambió radicalmente, iluminándosele. Una enorme sonrisa de oreja a oreja se formó en su boca. “*Me ha recordado*”, pensó lleno de alegría.

—Y yo a ti —le dijo por fin. No podía creer que se lo hubiera dicho. Por un momento había pensado que no la recuperaría nunca, pero ahora era el hombre más feliz del mundo.

Las campanillas sonaron de nuevo. Will se levantó seguido de Ciara agarrada a su brazo. Francesca salió de la habitación donde había dormido y se unió a ellos.

El comisario echó un vistazo por la mirilla y suspiró aliviado. Abrió la puerta y le dio la bienvenida a Volker.

—¿Qué haces aquí? —inquirió el comisario contento de verlo.

—Soy experto en protección de testigos y tu suegra me lo ha chivado —contestó entrando en el piso y siguiéndolos hasta el salón—. Tranquilo, he dado un rodeo por si me seguían, he mirado si me habían puesto un localizador en el coche antes de venir y he comprado un móvil desechable.

—Estoy seguro de que los has despistado —total y absolutamente seguro. Era el mejor y no podría escoger a otro para tal misión—. Gracias.

Volker observó las manos de Ciara alrededor del brazo de su amigo. Lo agarraba con tanta fuerza que las tenía blancas.

—¿Has desayunado? —le preguntó Francesca al recién llegado.

—No. Con un café me conformo —Ciara salió corriendo al baño para vomitar. Volker miró a su amigo confundido—. ¿Qué he dicho?

—Café —le susurró Will caminando hacia el baño para ir a atender a su esposa.

—¿Y qué le pasa con el café? —quiso saber en un murmullo escuchando las arcadas de Ciara.

—Will, dinos qué le pasa, por favor —le rogó Francesca mientras Ciara volvía a vomitar—. No me digas que ella debe recordarlo —le amenazó con un dedo.

—Está bien. Tampoco estoy seguro de que ella lo supiera antes de perder la memoria —el comisario ayudó a su esposa a sentarse en la tapa del inodoro, respiró hondo y soltó el aire despacio—. Está embarazada.

—¿Qué?! —gritaron sorprendidos madre, hija y Volker.

—Estás embarazada, cariño. Vamos a ser padres —le dijo Will acariciando el rostro de Ciara con una sonrisa embelesada en sus labios.

—¿Estás seguro? —interrogó ella llevándose una mano al vientre.

—Me lo dijo el médico. Cuando llegaste al hospital el bebé se quedó débil, pero eligió la vida y luchó para seguir adelante. Cuando James te hizo la transfusión para que despertaras del coma le dio aún más fuerza. Os salvó a los dos.

—¿De cuánto? —quiso saber Francesca sin poder creer lo que había oído.

—Catorce semanas.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Ciara y Francesca.

—Voy a ser abuela —dijo Francesca conmocionada por la noticia.

—¿Qué pasa? —preguntó la voz de Edith a la espalda de Volker.

Los cuatro se sobresaltaron. No esperaban aquella visita. Ciara levantó su llorosa mirada hacia ella, le sonrió y contestó:

—Voy a ser mamá.

Los ojos marrones de Edith se abrieron de par en par junto a su boca.

—¡Voy a ser tita! —gritó unos segundos después, saltando de alegría.

Ricardo estaba sentado en su despacho, delante del portátil, con el ceño fruncido y observando con mucha atención las imágenes que salían en la pantalla. Sabía lo que estaba buscando, ahora lo sabía. Pero aun así, era difícil distinguirlo.

Alguien llamó a la puerta, interrumpiéndolo. Apretó el botón del pause, cerró el portátil y contestó:

—Adelante.

La cabeza morena y blanca de Michael, el director de la Interpol, asomó por la puerta abierta del despacho de Ricardo.

—¿Cómo está Will y su esposa? —le preguntó a Ricardo entrando en el despacho y sentándose en el sofá cruzando las piernas.

—Bien. Recuperándose poco a poco —el hombre lo miró a los ojos negros.

—He intentado comunicarme con él, pero no he podido. ¿Ha cambiado de móvil? —Michael lo preguntó con indiferencia, como si no le importara nada no llegar a contactar con uno de sus hombres.

—No. Creo que se lo han perdido en el hospital.

—¿Tiene uno nuevo ya?

—No, todavía no he podido proporcionarle uno. En cuanto lo tenga te daré el número.

—Te lo agradecería. Mientras, tenme informado —Michael se levantó del sofá, abrochándose el botón de la chaqueta y dando un paso hacia la puerta.

—Claro, jefe. Será el primero.

La puerta del despacho se cerró detrás de Michael. Ricardo se quedó mirando la puerta cerrada con el ceño fruncido y las alarmas pitándole en los oídos. Meneó la cabeza descartando ese pensamiento, abrió el portátil y siguió observando el video de nuevo.

La sala de interrogatorios de la Interpol cobró vida en la pantalla del

ordenador. El detenido asiático que había intentado secuestrar a Piero apareció delante de la cámara de seguridad. Cantaba arrogante y alegre en su idioma natal hasta que, sin previo aviso, el miedo se reflejó en su rostro y brilló con intensidad en sus ojos negros y rasgados. Miraba al suelo con terror y siguió ascendiendo por su cuerpo. Ricardo congeló la imagen y se acercó a la pantalla con los ojos entrecerrados, haciendo zoom en la sombra que ascendía por las piernas del detenido.

—Te tengo —murmuró con una gran sonrisa de oreja a oreja.

—No lo creo —la voz de Edith se escuchó detrás del hombre, sobresaltándolo.

Ricardo se levantó de la silla de un salto y miró a su alrededor. No conseguía verla.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has conseguido entrar sin que te vean? —le preguntó sin dejar de buscarla con la mirada, pero sin encontrarla.

—Vengo a darte la dirección de dónde encontrar a Will. Soy capaz de hacerme invisible a los ojos de cualquier persona e incluso de las cámaras y alarmas de seguridad.

—Deja que te vea —le ordenó Ricardo rodeando la mesa—. Ya sé que fuiste tú la que mató al secuestrador de Piero.

—¿Y qué? ¿Vas a arrestarme? No creo que ningún juez te crea si le enseñas ese vídeo. Además, puedo llegar a ser muy convincente —la voz dulce se transformó en una más sensual haciendo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Ricardo de los pies a la cabeza al sentir un cálido aliento en su cuello.

—¿Por qué lo mataste? —su voz sonó ronca.

—No podía dejarlo pasar. Casi secuestra a mi hermano.

—¿Tu hermano? ¿Piero era tu hermano también? —eso le había cogido desprevenido.

—Parece que tú tampoco sabes toda la historia —Edith apareció en la silla giratoria de Ricardo, mirándolo fijamente.

—¿Qué historia?

—Ciara no te contó nada sobre nosotras —afirmó la chica cogiendo un papel y un bolígrafo de encima de la mesa. Dobló el papel por la mitad y empezó a apuntar algo—Aunque supongo que es normal que no lo hiciera. No

nos gusta mucho esa historia.

—Cuéntamela —Ricardo apoyó las palmas de las manos en la mesa y se acercó un poco más a la chica, mirando al papel y el rostro de ella.

Edith lo miró dedicándole una sonrisa, dejando el bolígrafo en un cubilete y levantándose despacio, con sensualidad, de la silla. Apoyó las manos en la mesa como él.

—Te he dejado la dirección en el papel, intenta que no te sigan esta vez.

La chica desapareció convertida en una sombra invisible, dejándolo solo en su despacho con las ganas de saber aquella historia que ella había mencionado.

—No fue culpa mía —murmuró en la soledad de la estancia.

Cogió el papel con la dirección y leyó la posdata que Edith le había dejado.

—Will y Ciara tienen una gran noticia que daros —susurró.

Rodeó la mesa, se acercó a la pequeña chimenea incrustada en la pared, detrás de la silla del escritorio, y quemó la nota.

James estaba inmerso en la autopsia de un hombre de mediana edad que había sido apuñalado más de treinta veces. El asesino se había ensañado con él, pero ¿por qué?

El doctor cogió el bisturí de una bandeja de metal, levantó la mascarilla tapándose la nariz y la boca, y acercó el afilado cuchillo al pecho del hombre. Le hizo un corte en forma de Y, dejando ver las costillas astilladas del cadáver. Las cortó para tener un mejor acceso a los órganos internos y comenzó con el examen. Sacó el corazón con cuidado, lo pesó y volvió su atención hacia los pulmones. Siguió con los riñones, el hígado... y diciéndole a su ayudante todo lo que encontraba en ellos y éste lo apuntaba en el informe preliminar.

La puerta automática de la sala de autopsias se abrió dejando paso a Michael seguido de una chica rubia, con ojos celestes y el cuerpo esbelto bajo el traje de ejecutiva negro que llevaba puesto con unos tacones de aguja de diez centímetros que la hacían aún más alta.

—Doctor —lo llamó Michael—, siento interrumpirle. Sólo será unos

segundos. Tengo el placer de presentarle a Rocío Granados, la directora forense de la Interpol en España.

James levantó su mirada leonina. Su boca se abrió de par en par al ver a la mujer al lado de su jefe. “¿Yolanda?”, se preguntó mientras la sonrisa de la chica le hacía sentir un escalofrío que recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies.

—Encantada de conocerle, doctor Peterson —le dijo la chica con una mirada cómplice.

—Sigue tú —James miró a su ayudante, se quitó los guantes, la mascarilla y la bata, se acercó a la chica y le estrechó la mano—. El placer es mío, doctora.

—La doctora ha venido para ver el funcionamiento de nuestras instalaciones. Es posible que en breve nos cambien algunos aparatos por otros más actualizados —explicó Michael con total amabilidad.

—Estupendo.

—He pensado que usted podría informarle mejor sobre las máquinas, instrumentos y todas esas cosas.

—Por supuesto. Con mucho gusto.

—Genial. Les dejo solos para que empiecen —Michael agarró la mano de la mujer con extremada confianza, le dejó un beso y se fue.

Yolanda se secó el sudor y la baba que el tacto del hombre le había dejado en la mano y volvió su atención hacia James.

—¿Le parece bien que empecemos por el laboratorio? —le preguntó él con una sonrisa seductora en su sensual y carnosa boca.

—Me parece bien. Le sigo —Yolanda se echó a un lado para que el doctor pudiera pasar.

Caminó detrás de él por el pasillo blanco hacia el laboratorio. James cerró la puerta cuando ella entró.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber el doctor acercándose a ella, quedándose a unos centímetros de su cuerpo.

—Es la forma más segura de darte la dirección donde se encuentra Will —contestó Yolanda en un susurro, dando un paso más hacia él y sacando un pequeño papel del bolsillo de la chaqueta—. Memorízalo y quémalo.

—¿Cómo están?

—Bien. Puedes ir a verlos cuando quieras. Con cuidado de que no te sigan, claro.

—Tranquila, no volverá a pasar.

—Bueno, cuéntame. ¿Cómo va este chisme? —le inquirió Yolanda acercándose a un microscopio y tocándolo con precaución.

Una encantadora sonrisa se dibujó en los labios de James, se dirigió a ella guardando el papel en el bolsillo del pijama azul de médico y acercó su boca al oído de la chica.

—Eso es un microscopio. Con él podemos ver las partículas, tejidos, entre otras cosas, que no son visibles al ojo humano.

El cálido aliento del hombre acarició el oído de Yolanda haciendo que el vello de la nuca se le erizara.

—Doctor, hay una cosa que debería ver —los interrumpió el ayudante de James llamando a la puerta cerrada del laboratorio.

—Espérame aquí. No tardaré —le susurró a la mujer antes de alejarse de ella.

La puerta se cerró detrás de James, dejándola sola en aquella habitación blanca, esterilizada y repleta de aparatos que no conocía. “*Yolanda, ¿para qué has venido?*”, se preguntó soltando el aire que sin darse cuenta había estado conteniendo. “*En cuanto vuelva, te vas*”, se ordenó.

James regresó unos minutos después. Yolanda estaba sentada en una banqueta alta mirando por el microscopio.

—Ya estoy aquí. ¿Qué estás mirando? —le preguntó apoyándose en el mueble al lado de ella.

—Pues, si te soy sincera, no tengo ni la más remota idea —levantó la mirada del aparato hacia el doctor. Se levantó de un salto de la banqueta y se acercó hasta la puerta—. Tengo que irme ya. No te olvides de memorizar la dirección y quemar el papel.

La chica abrió la puerta rápidamente y corrió hacia las escaleras.

—Espera —le dijo el doctor saliendo detrás de ella.

“*¿Dónde está?*”, se preguntó cuándo salió al pasillo y no había ni rastro de

la mujer. ¿Cómo ha podido desaparecer tan rápido? Entonces recordó lo que Edith podía hacer. “¿*Ella también puede hacerlo?*” Meneó la cabeza dejando de pensar en ello. Debía volver a la autopsia que tenía pendiente. En otro momento se tomaría el tiempo suficiente como para comprender lo que podían o no hacer todas aquellas mujeres.

Capítulo 13

Marzo, 2022.

Las semanas pasaron rápidamente y nadie había vuelto a tentar contra la vida de ninguno de ellos. Ciara estaba dormida junto a Will mientras Francesca hacía guardia en el salón, vigilando de vez en cuando los alrededores desde las ventanas, aun sabiendo que Edith, o cualquiera de las otras chicas, se ocupaba de ello.

En los últimos días había tenido constante sensación de peligro. Llevaban nueve semanas encerradas entre aquellas paredes, viendo el sol a través de los cristales de los ventanales y sin sentir el viento azotando suavemente sus rostros. Abrió los ojos bloqueando los pensamientos ajenos que bombardeaban su mente y se acercó al balcón. Abrió un poco el cristal y escuchó los sonidos de la calle. La gente caminaba hacia sus trabajos, llevaban a sus hijos al colegio, compraban en las pequeñas tiendecitas familiares... Todo parecía estar en calma. Desde su posición no divisaba a ningún sospechoso del que debiera preocuparse.

El timbre de la puerta sonó en el silencio del apartamento y, rápidamente, se abrió la puerta del dormitorio dejando paso a Will seguido de la cada vez más gordita, Ciara. Los tres se acercaron con sigilo hacia la puerta, el comisario se inclinó para mirar por la mirilla y les hizo una señal con la cabeza para que se tranquilizaran. Abrió y saludó al recién llegado con un abrazo amistoso.

—Buenos días, James.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Ciara al ver su vientre casi redondo y abultado.

—Mejor. Ya no vomito aunque sigo con las náuseas —contestó la chica caminando hacia el sofá cogida de la mano de su madre.

—Hoy te toca una ecografía. Es posible que consigamos ver el sexo del bebé —le recordó James siguiéndolos hasta el salón—. ¿Sabéis si Edith ha conseguido la máquina que le pedí?

—Por supuesto —respondió una voz dulce e invisible.

Los cuatro se sobresaltaron al escucharla. La silueta de una mujer y una

enorme máquina se hizo visible en el salón, delante del sofá.

—Gracias —le agradeció el doctor acercando la máquina un poco más para tener un mejor acceso a ella y a Ciara.

—De nada. ¿Podremos ver el sexo del bebé? —le interrogó emocionada al médico que cogía un bote con un gel transparente en su interior y echaba un poco encima del vientre de su hermana.

—Depende de la posición en la que esté.

Ciara dio un respingo al sentir el frío gel en contacto con su piel, miró a Will que observaba cada movimiento que su amigo hacía y le cogió la mano. Estaba nerviosa y preocupada. “*Por favor, que esté sano*”, rezó intentando que su esposo no notara su miedo. <<**Tranquila, amore. Seguro que es un bebé sanísimo**>>, la reconfortó su madre cogiéndole la mano que tenía libre.

James encendió la máquina y acercó el mando hacia el vientre de Ciara. Untó el gel por toda la barriga y apretó un poco para que el bebé saliera en pantalla con su postura de media luna. Movié el mando por el vientre mientras le daba a un botón de la máquina para que pudieran escuchar el rápido latido del corazón de la criatura.

—¿Es normal que vaya tan rápido? —quiso saber Will con preocupación.

—Sí. A ver si consigo ver el sexo —James movió el mando dejándolo parado para enfocar los genitales del bebé—. Vaya, parece que va a ser una niña. Una niña muy grande, como su padre —añadió cuando midió el fémur.

Los ojos de los primerizos padres se encharcaron de lágrimas de felicidad. Ciara soltó lentamente el aire que había estado conteniendo. “*Una niña*”, pensó con alivio. Y era real. Ahí estaba su hija, creciendo dentro de ella.

—Es una preciosidad, como su abuela —dijo Francesca agarrando con más fuerza la mano de su hija y con los ojos vidriosos.

James siguió con el examen con una sonrisa dibujada en sus labios. Ciara y su marido tenían los rostros iluminados y los ojos les brillaban como estrellas. Estaban radiantes de felicidad y contagiaban a cualquiera que estuviera a su lado.

—Es increíble —dijo el comisario alucinando al ver a su hija, aun no nacida, en aquella pantalla a cinco dimensiones—. No sé cómo explicar lo que siento en este momento.

—Bueno, la niña está en perfecto estado de salud. Voy a sacarte un poco de sangre para analizarla. Solo por precaución, no te asustes —le informó cuando vio que Ciara abría los ojos asustada.

Después de sacarle sangre, de pesarla, de mirar sus niveles de azúcar y tomarle la tensión, James recogió sus cosas.

—Dentro de seis semanas te haré otra ecografía para ver la posición en la que se encuentra la niña —le indicó a Ciara—. En estos meses notarás cómo se va moviendo más y seguirá dándote alguna que otra patada. Si pasa algo no dudéis en llamarme.

—De acuerdo. Gracias por todo —Will lo acompañó hasta la salida, le dio un abrazo de despedida y cerró la puerta cuando el doctor salió.

Regresó al salón junto a su esposa y se sentó a su lado, pegándola a él.

—¿Tenéis hambre? —les preguntó Francesca dirigiéndose hacia la cocina.

—Mucha —contestaron Edith y Ciara al unísono.

La niña se movía cada vez más a medida que pasaban los días. Will las vigilaba con mucho detenimiento, sin poder dormir por los nervios de que llegara el día en que la pequeña quisiera salir del vientre de su madre.

Ya habían pasado las seis semanas que James le había dicho y estaba a punto de llegar para hacerle una nueva ecografía.

—¿Cómo has pasado estas semanas? —le preguntó James preparando la máquina.

—Bien. Me ha dado patadas, se ha movido. No me ha dejado dormir mucho.

—A ver —dijo James echando el gel en el vientre de Ciara. Puso el mando encima y lo movió apretando un poco para que la niña se viera en la pantalla —. Aquí está. Bueno, se ha movido bastante, pero aún se tiene que mover más.

—¿Más? —inquirió Ciara con sorpresa—. No me va a dejar dormir en un buen tiempo, ¿verdad?

—Es lo que tienen los bebés. Todo está perfecto. Y tus análisis también. Si todo sigue bien y sin contratiempos, nos veremos cuando esta hermosa niña quiera salir —James recogió todas sus cosas y se despidió de ellos.

Por suerte, James no se equivocó. Nadie había intentado tentar contra sus vidas y no habían descubierto dónde se escondían.

En esas últimas semanas habían pintado la habitación que sobraba y la habían amueblado con lo que Edith les había llevado, aunque no con muchas cosas por si tenían que salir corriendo.

Ciara se sentó con mucho trabajo en el sofá y acarició su vientre. Estaba cansada, muy cansada.

Ya estaba anocheciendo cuando Will y Francesca salieron de la habitación. Se sentaron cada uno a un lado de Ciara que veía la televisión con los pies encima de la mesa auxiliar delante del sofá.

—Ya está todo preparado —la informó su marido dejándole un beso en el vientre.

—Tengo hambre, pero estoy tan cansada que me voy a ir a dormir ya —dijo Francesca apoyando la cabeza en el respaldo del sofá y cerrando los ojos.

—Si queréis os preparo algo de cenar —Ciara iba a levantarse, pero el comisario la paró.

—No hace falta, hija. A lo mejor me como una fruta.

Francesca se levantó dirigiéndose hacia la cocina, cogió una manzana del frutero y se despidió de la pareja con un movimiento de la mano mientras le daba un bocado a la fruta.

—¿Te preparo algo a ti? —le preguntó Ciara a su esposo acurrucándose contra él.

—No. Vamos a dormir.

—Vale. ¿Me ayudas a levantarme?

—Por supuesto —el comisario se levantó, cogió las manos de su mujer y tiró de ella levantándola sin ningún esfuerzo.

Caminaron despacio hacia el dormitorio. Ciara cogió el pijama de debajo de la almohada y empezó a desnudarse. Un fuerte dolor se adueñó de ella. Se agarró el vientre con las manos, se sentó en la cama y levantó la mirada hacia su marido.

—Will —lo llamó con una mueca de dolor.

El comisario se dio la vuelta para mirarla y la cara se le descompuso. Corrió hacia su esposa y se arrodilló delante de ella.

—¿Ya? —le preguntó asustado y emocionado.

—Creo que sí —un líquido viscoso empapó la cama y sus muslos.

—¡Francesca! ¡Llama a James! —gritó el hombre ayudando a su esposa para que se tumbase en la cama.

La mujer se asomó a la habitación con el teléfono en la mano y tecleando el número rápidamente. Las manos le temblaban y casi no podía darle bien a los números.

—Tranquila, cariño. Todo va a ir bien —la reconfortó Will acariciándole el pelo.

—¡James, ven ya! ¡Ciara está de parto! —le gritó Francesca al doctor cuando éste le contestó. Se estaba poniendo histérica. Colgó y se acercó a su hija—. ¿Necesitas algo, *amore*?

—Que deje de doler —respondió su hija cerrando los ojos y agarrando la mano de su marido con fuerza.

—Eso no puedo hacerlo, *amore* —Francesca se sentía frustrada.

Sabía muy bien lo que su hija estaba pasando, pero ella no podía hacer nada. La tecnología no había avanzado tanto como para que los dolores del parto desaparecieran.

Edith apareció en el dormitorio con James, que se acercó rápidamente a Ciara para examinarla.

—¿Cada cuánto tiene las contracciones? —le preguntó el doctor a su amigo y a Francesca mientras abría las piernas de Ciara con suavidad.

—Cada quince minutos ahora —contestó Will sujetando la mano de su esposa que volvía a tener una nueva contracción.

—Va bien. Tiene dos centímetros de dilatación. Aún queda para que llegue el momento. Será mejor que os pongáis cómodos. Esto va a llevar su tiempo —les aconsejó James quitándose la chaqueta del traje y levantándose las mangas de la camisa celeste hasta el codo—. Puedes ir a por los demás si quieres —le dijo a Edith que se había quedado congelada mirando a Ciara respirar como un perro.

La chica asintió lentamente y desapareció de la habitación cuando Francesca le dio un pequeño toque con el codo en el brazo.

Ricardo apretó el botón del mando del coche para abrirlo. Un pequeño pitido hizo que el vehículo se abriera y el hombre se acercó a él. Estaba a punto de sentarse cuando escuchó la voz dulce de una mujer a su espalda.

—Buenas noches, Chispitas —le dijo la voz.

—Princesa de las sombras, me alegra verte —Ricardo se dio la vuelta y vio a Edith.

—Ciara está de parto —le informó la chica. No era el momento oportuno para empezar una pelea de insultos y sarcasmos.

—Llegaré enseguida.

La chica desapareció en un parpadeo dejando al hombre mirando a la nada. El hombre se sentó en el coche, arrancó y salió del aparcamiento de la comisaría, asegurándose de que nadie lo seguía. Giró a la derecha y después a la izquierda por las calles, sin dejar tiempo a que alguien pudiera seguirle el rastro. Se incorporó a la autovía y siguió adelante mirando de vez en cuando por el retrovisor.

Un Hammer negro se incorporó en una intersección a toda velocidad, quedándose detrás del Seat Ibiza negro de Ricardo. Aceleraba y frenaba un poco antes de que llegara a embestirle.

Ricardo entrecerró los ojos observando por el retrovisor al conductor y su copiloto. “*Mierda*”, blasfemó al ver a los dos hombres con traje de camuflaje negro y gris.

—¿Cómo han podido seguirme? —murmuró preparándose para coger la primera salida.

Sin embargo, el conductor del Hammer perdió el conocimiento y el control del vehículo, dirigiéndose hacia el quitamiedos de hormigón que separaba los carriles. En la parte de atrás del copiloto había una sombra, la silueta de una cara de ángel que le sonreía con soberbia mientras asfixiaba con sus bracitos al hombre.

—Lo que me faltaba —murmuró Ricardo dando un manotazo en el volante con rabia.

—Me debes una —le dijo Edith sentada en el asiento de al lado y abrochándose el cinturón de seguridad.

Ricardo se sobresaltó, no esperaba que se sentara allí y, mucho menos, tan pronto.

—No te debo nada. Me habría deseado de ellos si tú no te hubieras adelantado —Ricardo desvió la mirada unos segundos para observar el perfecto perfil de la chica—. ¿Me estás siguiendo? —le preguntó con una sonrisa arrogante y un poco seductora.

—Sí —el hombre borró la sonrisa de su boca. No esperaba tanta honestidad—. No me fío de ti. Y, al parecer, no me equivocaba.

—¿Por qué no ibas a fiarte de mí?

—Fuiste tú el que llevó a los asesinos al piso franco. Te he seguido desde entonces.

—Pues qué bien. Y no fue deliberado —se excusó el hombre saliendo de la autovía y girando hacia una vía de servicio.

Entró en un aparcamiento de tres plantas y estacionó el coche en una plaza libre.

—¿Qué hacemos aquí? —quiso saber Edith. Aún quedaban unos metros hasta llegar al piso de Francesca.

—Aparcar.

—Eso ya lo veo. Pero, ¿por qué?

—Porque así no me pueden seguir hasta el piso de Francesca —Ricardo se dirigió a los servicios seguido de Edith.

—¿Y cómo vas a ir hasta allí? —no comprendía nada.

—Calla y mira —le contestó dejando pasar a Edith y cerrando la puerta de los servicios detrás de él.

Le dedicó una sonrisa a la chica y extendió sus manos para coger las de ella.

—¿Qué estás haciendo? —le interrogó la mujer con el ceño fruncido.

Ricardo cerró los ojos y acumuló toda la electricidad en sus manos. Poco a poco la fue conduciendo por su cuerpo y el de la chica.

Edith lo miró boquiabierta, asombrada por lo que sentía. La electricidad

llegó a todos los recovecos de su cuerpo, estimulándolos y convirtiéndolo en pequeños rayos azules.

En un segundo, la visión de Edith se esfumó. No podía ver nada. Y eso no le gustaba.

—Ri... —su voz se quedó atascada en su garganta.

Todo estaba oscuro, pero sabía que se movía. Se movía veloz. De repente, la velocidad se redujo y la visión volvió a ella despacio. Primero los tonos primarios, luego, los demás. Los gritos de una mujer resonaron en sus oídos. Ciara, Will, James y Francesca estaban delante de ella. Ricardo estaba a su derecha, sujetándole la mano.

—Hemos llegado —la informó el hombre soltándole la mano y dirigiéndose hacia su amigo para darle un abrazo y dejar un beso en la frente sudorosa de Ciara.

—¿Cómo ha...? —murmuró Edith sin poder apartar la mirada de Ricardo.

—Bueno, Ciara. Has dilatado ocho centímetros. Ya queda muy poco para poder ver a tu preciosa hija —le dijo James quitándose los guantes y levantándose del borde de la cama.

—Estaremos en el salón si necesitáis algo —Ricardo se acercó a Edith que seguía boquiabierta sin poder hablar, la agarró de los hombros, le dio la vuelta y la guio hasta la puerta para salir de la habitación y dirigirse hacia el salón.

La estancia estaba abarrotada y parecía diminuta con la presencia de todos aquellos titanes.

—¿Hace mucho que está con los dolores? —le preguntó Ricardo a Volker sentándose en el brazo del sofá, al lado de su amigo.

—Una hora. James es el que lleva más tiempo aquí —respondió Volker cerrando los ojos con cansancio.

—Será una noche larga.

Edith seguía dándole vueltas al asunto de Ricardo. Se había convertido en electricidad. ¿Cómo había podido hacerlo? No conocía a nadie que pudiera hacerlo. Era cierto que todos los días veía cosas que ningún otro ser humano podía hacer, pero nunca que se convirtiera en electricidad y viajara por los cables eléctricos como si eso fuera lo más normal del mundo. Pero no lo era.

Solo ella y sus hermanas podían llegar a hacer cosas extrañas y, en muchas ocasiones, aterradoras.

El sonido estridente del timbre la hizo bajar de las nubes. Kenneth se levantó de la silla y caminó hacia la puerta sin dejar de mirar la pantalla del móvil. Abrió la puerta, levantó la mirada casi sin ganas y se quedó con los ojos abiertos de par en par, pasando la mirada de una a otra de las cinco chicas que se encontraban delante de él.

—Buenas noches —lo saludó Larisa con una sonrisa en sus labios—. ¿Podemos pasar?

Kenneth no dijo nada. No podía. Por primera vez en su vida se había quedado sin palabras ante tantas mujeres hermosas.

—¿Está bien? —le preguntó Ylva meneando la mano delante de la cara del hombre.

El gigante delante de ellas parpadeó varias veces saliendo de su ensueño y se echó a un lado para dejarlas pasar.

La primera en entrar fue Larisa que sonrió al hombre con agradecimiento. La segunda fue Ylva, seguida de Yolanda. Detrás de ésta entró una chica pelirroja con la piel clara, los ojos marrones e igual de alta que Ciara. Y, por último, una chica asiática.

Las cinco chicas entraron en el salón. Las miradas de los chicos recayeron sobre ellas, sorprendidos de verlas.

—Buenas noches —saludaron las chicas a coro.

—Por fin habéis llegado. ¿Os habéis asegurado de que no os siguieran? —les inquirió Edith levantándose del suelo para abrazarlas y dejarles un beso en la mejilla.

—Tranquila, está todo controlado —le respondió la chica asiática con una voz casi infantil—. ¿Quiénes son? —quiso saber señalando a los hombres que no dejaban de observarlas con bastante detenimiento.

—Os presentaré —Edith se dirigió al centro de la estancia—. Él es Miguel, Frederick, Volker, Kenneth y Chispitas —dijo señalando a Ricardo.

—¿Chispitas? —preguntaron al unísono confundidas.

—Soy Ricardo. No le hagáis caso a la princesa de las sombras —se presentó el hombre echándole una mirada asesina a la chica.

—Bueno, a mí me gusta más Chispitas. Te queda mejor —Ricardo estaba a punto de protestar cuando Edith continuó—. Chicos, ellas son Larisa, Ylva, Yolanda, Julia —señaló a la chica pelirroja—, y Yurika —finalizó señalando a la chica asiática.

—Un placer conocerlos —Larisa les dedicó una sonrisa coqueta—. ¿Cómo está Ciara?

—Bien si no contamos con los dolores de parto —respondió una voz sensual detrás de ellas.

El corazón de Yolanda se desbocó al escucharla. Dio media vuelta junto a sus compañeras y se encontró con la mirada leonina de James.

—Doctor Peterson, ¿usted va a asistir a Ciara? —le preguntó Yolanda agarrando la mano de Ylva con fuerza, estrujándola entre las suyas.

—Sí. ¿Desde cuándo me llamas de usted?

—Perdón.

—Necesito a alguien que me ayude. Alguien que no se maree con la sangre, a ser posible —dijo James descartando a sus amigos.

—Yo puedo ayudarte si me dices lo que tengo que hacer —Yolanda dio un paso hacia él, alejando a Julia y Yurika de un pequeño empujón.

—Por supuesto. Necesito agua caliente y toallas.

—Enseguida, doctor.

Julia y Yurika se miraron divertidas y curiosas. ¿Desde cuándo Yolanda era tan servicial?

—Y, ¿de qué conocéis a Ciara? —quiso saber Ricardo levantándose del sofá junto a Volker para que ellas se sentaran.

Las chicas se miraron unas a otras sin saber qué responder.

<<**Decid la verdad**>>, les dijo Francesca en sus mentes. “¿*La verdad?*”, se preguntaron al unísono. <<**Sí. Ciara no quiere que haya más mentiras u ocultamientos de la verdad**>>, añadió sabiendo que pensaban ocultar algunas cosas.

—Somos sus hermanas —respondió Edith soportando las miradas incrédulas y asombradas de los hombres.

—¿Hermanas? —preguntaron al unísono desconcertados con aquella

respuesta.

Capítulo 14

—¿Sois hermanas? —Ricardo no daba crédito a lo que oía.

—Sólo de padre pero, aun así, hermanas —respondió Edith sentada en el suelo con la espalda apoyada en el sofá, al lado de Larisa.

—¿Y por qué Ciara no nos ha dicho que tenía hermanas? O, al menos, a Will —quiso saber Volker sin entender por qué ocultarlo.

—Que Ciara y Will se conocieran no fue precisamente una coincidencia —explicó Larisa—. Nosotras, incluida Ciara, Francesca y nuestras madres, no somos simples mujeres.

—No, no lo somos. Pero, después de ver lo que vi, tengo la impresión de que ellos tampoco son simples hombres —dijo Edith recordando lo que Ricardo había hecho unas horas antes.

—Tienes razón, no lo somos, pero no porque nosotros lo eligiéramos —arremetió Ricardo con la rabia contenida recordando aquella terrorífica época.

—¿Qué os pasó? —inquirió Ylva. Tenía curiosidad por oír la historia de aquellos hombres.

—Nada bueno —respondió Volker con el semblante serio y en tensión. Tenía los dientes apretados.

—Lo nuestro tampoco fue como un paseo por el parque y tampoco lo elegimos —añadió Julia.

—Más bien fue como un continuo paseo por la casa del terror —corrigió Yurika con su voz infantil.

Los gritos de Ciara resonaron por el pasillo llegando hasta el salón, sobresaltándolos a todos.

—Empuja, Ciara. Ya casi está —le dijo el doctor.

Sin previo aviso, el llanto de la niña se adueñó de todo el apartamento. Los labios de todos formaron una sonrisa de oreja a oreja al escuchar ese sonido tan inocente y cautivador.

La puerta de la habitación se abrió y Yolanda salió con un bulto de toallas

blancas teñidas de rojo en los brazos. Entró en el baño cerrando la puerta con el pie y unos minutos después salió con el bebé en brazos, bañadita y vestidita con un bonito pijama amarillo con un osito marrón bordado en el pecho.

Yolanda se paró en el hueco de la puerta del salón con una gran sonrisa en los labios y los ojos celestes brillándoles como dos estrellas.

—Os presento a Antonella Carmichael, nuestra sobrina —estaba feliz, muy feliz.

—Es una hermosura —contestaron a coro todos los presentes.

—Adiós, titas. Adiós, titos. Voy a ver a mis papás —dijo Yolanda poniendo una ridícula voz cantarina.

Sin poder remediarlo, todos levantaron las manos, moviéndolas de lado a lado, despidiéndose de la pequeña.

Yolanda regresó a la habitación, dejándolos sonriendo como bobos.

—Es preciosa —comentó Edith volviéndose a sentar en el suelo con su cara de ángel iluminada por la alegría y la felicidad.

El día había pasado rapidísimo. La niña había estado en brazos de todos durante un ratito mientras Ciara y Will se echaban un sueñecito. Ambos estaban cansados, aunque de formas distintas.

Francesca no se movía del lado de su hija ni de su nieta. Tenía un mal presentimiento.

—Déjala ya en la cuna. Vas a malacostumbrarla —le riñó Francesca a Edith que ya volvía a tener a la niña en brazos.

—Es que es tan pequeñita —susurró la chica meciendo a la bebé con suavidad.

—Tú serás la responsable de que se acostumbre a estar en brazos.

—Me da igual.

El apartamento se sacudió con fuerza, como un terremoto. Edith le dio la niña a Francesca y desapareció. Eso no había sido un terremoto. Francesca dejó a la niña en la cuna y se acercó a su hija que se había despertado asustada y un poco desorientada.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Ciara incorporándose y apoyando la

espalda en el cabecero de la cama.

—Edith ha ido a ver. Seguro que no ha sido nada. Vuelve a dormir —su madre la ayudó a tumbarse y le acarició el pelo.

Will se levantó de la cama del dormitorio pequeño y entró en la habitación principal. Observó a su esposa y a su hija y se dirigió al salón. Sus compañeros estaban en alerta, al igual que las chicas.

Edith apareció en el salón con premura y preocupación.

—Están aquí. Han derribado tu ilusión —le dijo a Yurika que se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo lo han hecho? —preguntó asombrada.

—No lo sé. Son muchos. Os llevaré a otro piso franco —le informó al comisario que ya se ponía en marcha hacia la habitación.

—Nos vamos —les dijo el comisario a las mujeres mientras recogía algo de ropa para la niña—. Francesca, coge a Antonella.

Edith entró en la habitación a toda prisa.

—Vámonos.

Will destapó a su esposa después de colgarse en el hombro una maletita con las cosas de la niña y la cogió en brazos.

—Puedo caminar —le dijo Ciara agarrándose a su cuello con cansancio.

Edith cogió a la niña para dársela a Francesca, puso las manos encima de los hombros del comisario y la mujer y desapareció con ellos rumbo hacia la nueva casa franca.

—¿Se han ido ya? —quiso saber Ricardo vigilando por la ventana del salón.

—Sí —contestó Larisa—. Chicas, tenemos trabajo. Yurika, quédate con ellos.

Ylva abrió las puertas cristaleras del balcón y se echó a un lado para dejarles paso a sus hermanas. Todas, excepto Yurika, se pusieron en posición, de frente al balcón. Los chicos se quedaron mirándolas sin entender lo que iban a hacer. Yolanda corrió hacia el balcón y saltó en el último momento.

—¡No! —gritó James corriendo hacia ella para pararla, pero llegó tarde.

Yolanda ya se había ido, seguida de Larisa, Ylva y Julia, saltando desde el balcón hacia la carretera. Las cuatro chicas cayeron acuclilladas en el suelo, delante de todos los asesinos que se preparaban para entrar en el edificio y atacarlas. En menos de un segundo se levantaron y derribaron a los ocho hombres armados delante de ellas. Dos todoterrenos más llegaban por cada flanco.

Larisa se movió a su derecha mientras Julia se movía a la izquierda, levantaron las manos formando una cruz y se concentraron.

El todoterreno negro de la derecha, donde Larisa esperaba impassible, salió disparado hacia el cielo impulsado por un tornado salido de la nada.

El de la izquierda, donde esperaba Julia, sin previo aviso, se envolvió en llamas. Unas llamas enormes que se alzaron hasta el cielo.

Dos vehículos más reemplazaron a los caídos. Larisa y Julia apoyaron una rodilla en el asfalto un poco exhaustas. Yolanda alzó un brazo desde el centro, extendiéndolo hacia los árboles que bordeaban la carretera y las ramas de éstos se alargaron hasta los vehículos que se aproximaban por los flancos. Las ramas agarraron los coches, sacudiéndolos para que los viajeros salieran de ellos como si fueran de juguetes. No tardaron mucho. En menos de un segundo los diez hombres salieron a rastras de los vehículos, acercándose a las chicas con furia y rabia reflejadas en sus semblantes serios y cuadrados. Yolanda miró a su hermana Ylva y le asintió levemente con la cabeza. Había llegado su turno.

La chica le dedicó una sonrisa doblada a su hermana y volvió su atención a los hombres que se acercaban con cautela. Las manos de la chica se alzaron en dos puños hasta la altura de su cintura donde las abrió dejando salir de ellas un humo grisáceo que no presagiaba nada bueno.

El avance de los atacantes disminuyó. El humo se acercó a ellos amenazante. El jefe del equipo movió la mano libre hacia atrás para que retrocedieran, pero el humo llegó a él rápidamente. La grisácea nube lo rodeó en un segundo haciéndolo caer al suelo. El gas siguió su camino hacia los demás atacantes que reculaban a mayor velocidad después de ver caer a su jefe. Pero fue inútil. El vapor gris los atrapó. Los nueve hombres armados hasta los dientes cayeron a plomo al suelo.

Ricardo, James, Volker, Frederick, Kenneth y Miguel no dejaban de observar la escena que se desarrollaba bajo sus pies. Se quedaron atónitos

ante aquél despliegue de poder. ¿De dónde habían salido aquellas mujeres?

Ricardo volvió la mirada hacia Yurika, sentada en el sofá observándolos con atención y con las piernas tranquilamente cruzadas.

—¿Qué les hace ese gas? —le preguntó con un hilo de voz.

—¿Quieres la verdad? —la cabeza de Ricardo se movió de arriba abajo, asintiendo—. En resumen... —esperó tres latidos de corazón—, te mata.

—¿Todos esos hombres están muertos? —quiso saber Volker sin poder creérselo—. Los ha matado de un solo golpe —añadió sin apartar la mirada de Ylva.

—Sí.

Edith apareció en el porche de una pequeña casita construida en un pueblo llamado Bosque Alto. Éste singular pueblo estaba construido dentro de un bosque, haciendo que sus cabañas fueran invisibles al satélite y desde las carreteras que pasaban cerca.

Edith cogió la llave del bolsillo trasero de su pantalón y abrió la puerta de madera de roble de la pequeña cabaña con la fachada revestida de madera de pino. Entró en la casita dándole al interruptor al lado de la puerta y dejó paso para que los demás entraran.

Will cruzó la puerta con Ciara en brazos y Francesca con Antonella, meciéndola para que se durmiera. Ciara abrió los ojos y levantó la cabeza para mirar a su alrededor.

El salón, a la derecha, estaba iluminado por la luz de las bombillas incrustadas en el techo. Las paredes estaban pintadas de gris perla y blanco. Un sofá negro de tres plazas estaba enfrente del mueble de madera que iba de pared a pared con dos cajones a cada lado y dos huecos en medio, y donde descansaba el televisor. A un lado del sofá, debajo de la doble ventana había un sillón negro. Entre el sofá y el televisor había una mesita cuadrada blanca con cristal y, debajo de ésta, una alfombra gris. Hacia la izquierda se extendía la cocina. Sus muebles eran blancos con la encimera de granito gris formando una L. En medio de la estancia había una mesa cuadrada de madera con cuatro sillas blancas.

En frente de la puerta de entrada estaba el baño con azulejos blancos y el suelo de baldosas azul-grisáceo. A los lados de éste se encontraban las dos

habitaciones de las que disponía la cabaña. La de la izquierda era la principal, decorada con las paredes gris perla y pegatinas que hacían intrincados dibujos en negro. La cama de matrimonio presidía el dormitorio junto a una mesita de noche de madera a cada flanco. Enfrente de la cama había un armario empotrado de pared a pared con las puertas correderas blancas.

La habitación de la derecha era un poco más pequeña. Estaba pintada de un rosa pálido y amueblada con una cama individual y una cuna blanca.

—No es muy grande, pero es una casa —les dijo Edith cogiendo el bolso colgado del hombro de Will y llevándolo hacia la pequeña habitación.

—Es muy bonita —la voz de Ciara sonaba cansada.

El comisario se dirigió hacia la habitación principal con ella y la dejó en la cama, ayudándola a tumbarse.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le preguntó suavemente, acariciando el cabello de su esposa con ternura.

—Solo estoy cansada —respondió la chica rozando la mandíbula de su esposo con una sonrisa en los labios—. *Ti amo*.

—Y yo a ti —le dejó un beso en los labios—. Descansa.

Edith regresó al piso de Francesca donde había dejado a sus hermanas a cargo de los asesinos que la organización había mandado para matar a Will y Ciara.

—¿Cómo podéis hacer esas cosas? —les preguntó Ricardo a las chicas, mirándolas asombrado y aterrado a la vez.

—¿Y tú cómo puedes hacer que tu cuerpo cree electricidad? —inquirió Edith apareciendo delante del hombre, con la cabeza alzada para poder mirarle a los ojos verde esmeralda.

—Yo he preguntado primero —respondió con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Lo nuestro es genético —contestó Yolanda. No tenía ganas de que empezara otra batalla en aquel piso.

—También lo nuestro —Volker se sentó en una silla apoyando el codo en la mesa.

—¿Nacisteis así? —preguntaron las chicas sorprendidas.

—No. Somos un... —la explicación quedó interrumpida con el ruido de la puerta de entrada cayendo al suelo con una pequeña explosión.

Todos se levantaron de un salto y corrieron hacia la entrada con las armas preparadas. Varios hombres con los rostros ocultos por pasamontañas entraron en el piso ataviados con pistolas. Las armas no sirvieron de nada. Ricardo, que iba primero, golpeó a los hombres que entraban. Edith, a su lado, hizo lo mismo. Eran demasiados. Regresaron al salón para tener más espacio y poder acabar con todos, pero los atacantes se quedaron parados en el marco de la puerta doble abierta de par en par. Miraban con atención a su alrededor, asombrados.

Miguel miró a sus compañeros sin entender nada de lo que estaba pasando. Las chicas dieron un paso hacia los atacantes, excepto Yurika, quedándose cada una delante de un hombre. Levantaron un brazo formando un puño con la mano y golpearon los rostros de los asesinos dejándolos aturridos.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Miguel. No entendía nada. Volvió la mirada hacia Yurika—. ¿Qué le pasa? —la chica parecía estar petrificada, con la mirada fija en el hueco de la puerta.

—Está concentrada —respondió Ylva acercándose a ella y agarrándola de los brazos—. Hermana, vuelve —le susurró.

El pequeño cuerpo de la chica se sacudió y sus ojos rasgados parpadearon con rapidez. Ylva la agarró con más fuerza y la ayudó a sentarse en el sofá.

—¿Por qué esos hombres no nos han visto? —Miguel estaba alucinado.

—Les he hecho creer que no había nadie en el piso —contestó Yurika llevándose las manos a las sienes para masajearlas.

—¿Cómo?

—Con una ilusión.

—Tenemos que irnos ya —les dijo Edith.

Capítulo 15

Los días pasaron con rapidez. Los intentos de la organización de matarlos habían cesado, al menos, durante el mes que habían pasado en aquel pueblo escondido.

Ciara abrió sus ojos verdes jade con una sonrisa en los labios y sintió que Will se movía detrás de ella. Se dio la vuelta para contemplar el rostro sereno de su esposo mientras dormía plácidamente, le acarició la mandíbula pinchándose con la incipiente barba y le dejó un tierno beso en los labios.

Los ojos del comisario se abrieron lentamente y sus comisuras se elevaron formando una sonrisa. Abrazó a su esposa, pegándola más a él y atrapando sus deliciosos labios.

—Buenos días, señor Carmichael —lo saludó Ciara con su voz sensual.

—Buenos días, señora Carmichael. ¿Ha dormido bien? —los labios de Will dejaron un beso en la punta de la nariz de su esposa, abrazándola con más fuerza.

—Estupendamente. ¿Sabes qué me apetece? —las manos de la chica danzaron por el cuerpo de su marido, calentándolo al instante.

—Puedo hacerme una idea —le dijo el comisario empezando a levantar el camisón de seda blanca.

Ciara rodó para quedar encima de su marido y se quitó el camisón. Will se incorporó, enmarcó el rostro de su mujer entre sus manos y la besó, devorándola. Hacía meses que no le hacía el amor y estaba desesperado.

Ciara bajó las manos hacia la cintura del pantalón del pijama del comisario. Se lo quitó de un tirón y sonrió cuando vio la sorpresa en el atractivo rostro del comisario.

—¿Hay algo que aún no sepa de ti? —quiso saber Will.

—Algo.

—¿El qué?

—¿De verdad quieres que te lo diga o prefieres que terminemos con lo que hemos empezado?

Will se quedó pensando durante unos segundos, formó una sonrisa en su boca y atrapó la de su mujer con el deseo, el anhelo, la lujuria y la pasión reflejada en su beso.

Francesca se despertó cuando escuchó el llanto de su nieta. Se levantó de la cama y caminó hacia la cuna. Cogió a la niña en sus brazos y se dirigió hacia la cocina. Abrió la nevera, sacó un biberón y lo metió en el microondas para calentarlo un poco.

La puerta de la habitación de su hija se abrió dejando paso a la pareja que salían abrazados y riendo. Se dirigieron a la cocina y Ciara cogió a su hija dejándole un beso en la frente.

—Buenos días, mamá —la saludó la chica agarrando el biberón que Francesca le ofrecía.

—Os habéis despertado juguetones, ¿no? —preguntó la mujer con una sonrisa traviesa en su bello rostro.

—Un poco —contestó el comisario bebiendo un vaso de agua.

—Mamá, ¿puedes vestir a la niña mientras nos vestimos nosotros?

—Claro. ¿A dónde vais a ir?

—Al lago.

—Me parece muy bien. Dame a esta *piccola* que la voy a poner bellísima —Francesca cogió a la niña con cuidado y se dirigió a su habitación.

—Recuerda que tenemos una conversación pendiente —Will se acercó a su esposa agarrándola de la cintura y atrayéndola hacia él.

—Lo sé —le dejó un pequeño beso en los labios y se dirigió hacia el dormitorio agarrada a la mano de su esposo.

Francesca salió de la habitación con la niña ya vestidita, se sentó en el sofá esperando que su hija saliera y, mientras tanto, no dejó de hacerle carantoñas a su nieta.

Ciara y Will salieron de la cabaña. Los dos respiraron hondo, despejando los pulmones. El comisario empujó el carrito de la niña, caminando por el sendero para salir a la calle principal, giraron a la derecha y se dirigieron

hacia el cristalino lago.

Éste se encontraba en una pequeña explanada. Una catarata caía desde una enorme montaña que rodeaba media circunferencia del estanque.

—Esto es precioso —dijo Ciara admirando la belleza de aquel paraíso escondido.

—Sí. Allí hay un banco. Vamos a sentarnos —Will empujó el carrito hacia el asiento de hierro negro cerca del linde del bosque.

Ciara cogió a su hija antes de sentarse en el banco. Sabía lo que su marido le iba a preguntar, pero no sabía si decirle la verdad. La auténtica verdad o maquillarla un poco.

<<La auténtica verdad, *amore*>>, le dijo Francesca suavemente. Ciara asintió abrazando a su hija para coger fuerzas.

—Bien, ¿qué es lo que no me has contado aún? —le preguntó el comisario acariciando con suavidad la pequeña cabecita de Antonella.

—Bueno, yo también tengo un... un... no sé cómo llamarlo. Tengo un... ¿don? ¿Poder?

—Lo llamaremos don —concluyó Will mirando a su hija con una sonrisa embelesada en los labios.

—Está bien, pues tengo un don.

—¿Cuál es?

Ciara movió una mano en dirección al carrito de la niña, al otro lado del banco, junto a Will. El carrito se movió hacia la mujer despacio. El hombre lo siguió con su mirada turquesa hasta que se paró delante de su esposa, sin que nadie lo tocara.

—¿Lo has movido tú? —preguntó estupefacto.

—Mi don es la telequinesis.

—Y tu madre tiene el don de la telepatía —le afirmó el hombre recordando el tacto de la mujer cuando se había metido en su mente.

—Sí.

Los ojos del comisario recorrieron el rostro ovalado de su preciosa hija. Estaba dudando. Debería sincerarse con ella. Si ella lo había hecho, él debería hacer lo mismo.

—Cariño, yo también tengo algo que contarte.

—¿El qué? —Ciara lo miró asustada.

—Yo... Bueno, hay algo que no te he dicho.

La chica empezó a preocuparse. ¿Qué era lo que no sabía sobre él? Creía que lo había recordado todo en los últimos meses.

—¿Hay algo que no he recordado aún? —quiso saber, inquieta mientras mecía a Antonella.

—No, lo has recordado todo. Lo que voy a decirte no te lo dije antes. Tú has sido sincera conmigo y yo quiero serlo contigo.

—Me estás empezando a asustar.

—Tengo un don.

—¿Tú? ¿Cuál? —sus ojos y boca se abrieron de par en par.

—¿Te acuerdas de los sueños que tenías conmigo en la casa franca?

—¿Cuándo Piero y yo éramos testigos protegidos?

—Sí. En realidad, los creé yo o, más bien, los maquillé un poquito.

—¿Tú los creaste? —La noticia la había dejado en shock—. ¿Cómo?

—Soy un creador y caminante de sueños.

Con cada respuesta de su marido, la chica se quedaba más estupefacta.

—¿Por qué me creaste esos sueños?

—En un principio era la única forma de tenerte, después, me hirieron. Me cuidaste, me besaste. Así que ya no me hizo falta usar mi don para poder estar contigo.

—Vaya.

<<**Amore, ellos lo saben**>>, la voz de su madre resonó en la mente de Ciara. El rostro de la chica cambió de inmediato. Se había quedado seria, apretando los dientes por la tensión. “¿*Qué es lo que saben, mamma?*”, pensó la muchacha para que su madre la escuchara.

<<**Todo**>>. Un escalofrío recorrió la columna de la chica al escuchar esa palabra. Se levantó de un salto del banco y tumbó a la niña en su carrito.

—Volvamos a la casa —estaba tensa, inquieta, preocupada.

—¿Qué pasa? —Will se levantó en alerta, observando a su alrededor.

—Aún nada. Vamos.

Ciara empujó el carrito hacia el sendero, regresando a la cabaña junto a su madre. En cuanto Ciara entró en la casa, Francesca se acercó a ellos dejándoles un beso en la frente a su hija y su nieta.

—¿Qué has escuchado, mamá? —Ciara y Francesca se sentaron en el sofá mientras Will dejaba a la niña en la cuna.

—Están casi seguros de que la niña tiene algún don.

—¿Mi hija? —el comisario apareció en el salón aún más en alerta que antes.

Francesca asintió con los ojos verdes jade vidriosos y cogiendo las manos de su hija con fuerza.

—¿Cómo saben que tenemos una hija? —Ciara no conseguía entenderlo.

—Por el médico del hospital. Lo han interrogado después de que os marcharais. Les contó todo lo que querían saber y más.

—¿Han averiguado dónde estamos? —la preocupación dejó paso al miedo en la voz de Ciara.

—No.

—Haré guardia desde ahora mismo —sentenció el comisario entrando de nuevo en la habitación de su hija.

Antonella estaba tranquilamente dormida en su cuna sin ser consciente de lo que pasaba a su alrededor.

Will la arropó con cuidado de no despertarla, le dejó un beso en su cabecita morena y acercó la mecedora de madera hasta la cuna. No iba a apartarse de ella ni un solo segundo.

La noche cayó en el pueblo, aunque tampoco había mucha diferencia entre el día y la noche. Los árboles no dejaban paso a los rayos del sol gracias a sus enormes copas cubiertas de hermosas hojas verdes, rosadas, amarillas y anaranjadas.

Ciara cogió una bandeja con un vaso de zumo y un sándwich de la cocina y se dirigió a la habitación donde su hija descansaba custodiada por su marido.

Abrió la puerta sujetando la bandeja en el aire, sin tocarla, y entró.

—Te traigo algo de comida —le dijo a su esposo ofreciéndole la bandeja flotante.

—Gracias —Will apoyó la bandeja en su regazo y le dio un sorbo al zumo.

—Puedo relevarte en la guardia si quieres —se acercó a la cuna para acariciar la suave mejilla de Antonella.

—No te preocupes. Descansa tú por mí —el comisario se levantó y dejó la bandeja encima de la cama.

Agarró a su mujer por la cintura, atrayéndola hacia él y dejándole un beso en los labios.

—No quiero que le hagan daño —le confesó Ciara con la frente apoyada en la de él, con los ojos cerrados, saboreando aún su beso. Le rodeó el cuello con sus brazos pegándolo aún más a ella.

—No lo harán.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la chica mientras se aferraba a su marido para encontrar la fuerza que se le escapaba cada vez que pensaba en su infancia. No podía dejar que su hija pasara por lo mismo.

Will sintió la respiración acelerada de su esposa y la alejó un poco para poder mirar su hermoso rostro empapado de lágrimas.

—Tranquila. No dejaré que le hagan daño —le secó las lágrimas con los pulgares y después la abrazó con más fuerza dejándole un beso en la frente—. Ve a descansar. Te amo.

Ciara atrapó la boca de su marido y le dio un beso antes de irse. Le dedicó una sonrisa para que supiera que se había calmado y se dirigió a su habitación. Miró a la cama y se le antojó enorme. No estaba acostumbrada a dormir sin él. Se tumbó tapándose con la sábana y cerró los ojos.

—¡No! —Gritó el enorme hombre moreno que se cernía sobre una pequeña niña tirada en el tatami—. ¡Tienes que ser más fuerte! ¡No debes dejar que te golpeen! ¡Levántate!

La asustada niña se levantó despacio y alzó las manos en dos puños para defenderse de los letales golpes que el hombre le asestaba sin tregua.

La respiración de la niña se aceleró cada vez más, subió el brazo izquierdo parando el fuerte golpe del hombre y con el puño derecho le asestó un puñetazo en la mandíbula. El gigante reculó un poco cuando la pierna de la niña se movió asestándole una patada en el estómago. Antes de que pudiera reaccionar, un palo largo y delgado aterrizó en la nuca del hombre dejándolo inconsciente en el tatami.

La niña se inclinó hacia delante, apoyando las manos en sus rodillas y respirando con dificultad.

—Fantástico —la felicitó un hombre moreno con los ojos marrones, menudo, delgaducho y ataviado con una bata blanca de médico—. Mejoras cada día.

La niña levantó la mirada verde jade con una mueca de asco en su rostro. Él era el culpable de que ella estuviera en aquella continua pesadilla. Los hermosos y claros ojos de la niña se oscurecieron mirando al médico. Se incorporó poco a poco, movió una mano y el palo se estrelló contra la cabeza del hombre haciendo que cayera como un saco de patatas al suelo. La niña corrió hacia la puerta abierta, pero ésta se cerró antes de que pudiera llegar.

La enorme puerta de acero y hormigón se cerró con un ruido sordo. Las manos y piernas de la niña golpearon la pesada puerta con furia, pero ésta no cedió. Se mantuvo firme bajo el fuerte ataque de la chiquilla.

—¡No! ¡Abran la puerta! —gritó entre sollozos.

La respiración de Ciara se aceleró casi llegando a la hiperventilación y despertándose gritando. En menos de un segundo su marido estaba a su lado, abrazándola y acariciándole el pelo.

—Tranquila. Estoy aquí —le dijo el comisario en un susurro.

Los ojos de Ciara se llenaron de lágrimas y agarró con fuerza el brazo de Will.

—No dejes que se la lleven —sollozó la mujer con la voz acongojada.

—Nunca se la llevarán —sentenció el comisario con decisión.

—Prométemelo.

—Te lo prometo —Will enmarcó el ovalado y hermoso rostro de su esposa entre sus manos y le dejó un cálido beso en los labios.

La tensión de la chica desapareció un poco al sentir el corazón de su

esposo latir con fuerza. Estaba segura de que podía confiar en él. No dejaría que se la llevaran, al menos, mientras siguiera vivo. Y ella no dejaría que se llevaran o mataran ni a su marido ni a su hija.

Will la tumbó lentamente en la cama, sin dejar de abrazarla.

—Vuelve a dormir —le dijo suavemente con la boca pegada en la sien de su esposa, dejándole pequeños besos para tranquilizarla.

Los párpados de Ciara se cerraron poco a poco escuchando y sintiendo la respiración y el latido del corazón del comisario. Parecía estar sereno, pero ella sabía que estaba en alerta. Una alerta constante, con los sentidos agudizados.

Capítulo 16

Ciara se movió en la cama, alargó el brazo hacia su izquierda y abrió los ojos cuando sólo sintió la suave sábana de satén bajo su tacto. Will no estaba, pero sabía dónde encontrarlo. Se levantó de la cama y caminó hacia la habitación de Antonella. Se asomó por el hueco de la puerta y lo vio. El comisario estaba sentado en la mecedora sin apartar la vista de su hija hasta que Ciara apareció. Las comisuras de sus labios se elevaron formando una leve sonrisa.

La chica caminó hacia él, le dejó un beso a Antonella en la frente y se sentó en el regazo de su esposo que la abrazó y besó con suavidad.

—¿Has podido dormir? —le preguntó el comisario en un susurro.

—Sí. ¿Por qué no descansas un poco? Yo me quedo con ella —Ciara miró el reloj de su muñeca—. Ya mismo se va a despertar para comer.

Will volvió a besarla, esta vez más apasionado.

Estaban sumergidos en el beso cuando Ciara sintió una presencia en la habitación. Abrió los ojos de golpe, se levantó en un abrir y cerrar de ojos del regazo del comisario y agarró con fuerza el cuello de la sombra que se materializaba delante de ella.

—Cálmate, soy yo —le dijo Edith con la voz apagada e intentando poner los pies en el suelo.

La mano de Ciara se abrió dejando que su hermana respirara con normalidad.

—Perdona. Estoy un poco nerviosa —se disculpó Ciara abrazándola.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber la chica mirando a Will.

—Francesca ha podido escuchar los pensamientos de los que nos siguen. Saben de la existencia de Antonella —le respondió éste cogiendo a su hija en brazos cuando empezó a removerse inquieta.

—¿Cómo se han enterado? —quiso saber Edith.

—Han interrogado al médico del hospital.

—¿Saben dónde estáis?

—No, aún no.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —preguntó la voz de Ricardo proveniente del salón.

—Ya vamos —contestó Will saliendo de la habitación con rapidez.

Se dirigió hacia sus compañeros. Estaban todos allí, de pie, junto a las hermanas de su esposa.

—Buenos días —saludaron todos al unísono acercándose para ver a la pequeña en brazos de su padre.

—Hola, preciosa —le dijo Yolanda quitándosela al comisario.

—Yoli, no la acapares. Yo también quiero cogerla —la regañó Larisa siguiéndola hasta el sofá con los labios fruncidos.

Los compañeros de Will lo observaron con detenimiento. Tenía la mandíbula apretada, la espalda tensa y sus ojos no dejaban de mirar a cada una de las ventanas. Los seis dieron un paso más hacia él y lo rodearon.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Ricardo.

—Siguen buscándonos y saben que Antonella existe.

—¿Cómo lo han averiguado? —James no podía creerlo.

—Interrogaron al médico de Ciara —contestó el comisario llevándose la mano a la cabeza.

—Nos quedaremos contigo. Nos turnaremos para hacer guardia —le dijo Volker posando una mano en el hombro de su amigo.

—Gracias. No sé qué haría sin vosotros.

Todos se fueron de la cabaña cuando el sol se ocultó en el horizonte y la luna salió blanca, redonda y brillante en lo más alto del firmamento. James y Yolanda se quedaron para hacer la primera noche de guardia. Entraron en la habitación cuando Ciara y Will se fueron a su dormitorio. Yolanda se tumbó en la cama, de lado, mirando hacia la mecedora donde James se había sentado.

El hombre le echó un vistazo a la niña y después se recostó en la mecedora ladeando su mirada leonina hacia la cama para mirar a Yolanda.

—Duerme un poco —le dijo James meciéndose.

—No tengo sueño —Yolanda se incorporó quedándose sentada con la

espalda apoyada en el cabecero—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—La que quieras.

—¿Cómo os conocisteis?

—Estábamos en una malísima situación.

—¿En la isla?

—No —los ojos de James se cerraron al recordar aquellos días oscuros y fríos.

Yolanda entendió lo que aquel gesto significaba. No quería hablar del tema. Le hacía daño hablar de ello. Se levantó de la cama, caminó hacia él y se acuclilló a su lado acariciándole el brazo.

—Lo siento. No quería hacerte recordar —se disculpó la chica suavizando su voz hasta casi un susurro.

—No te preocupes. No solemos hablar de ello. Nos duele demasiado al recordarlo.

—Lo entiendo. No volveré a preguntar. Duerme tú, yo estaré despierta.

—No quiero dejarte sola.

—No lo harás. Duerme, te hace falta. Tienes ojeras.

—Gracias por el piropo.

—En serio, duérmete. No me importa hacer la primera guardia —le dijo ella con una leve sonrisa en sus labios.

—¿Segura?

—Absolutamente. Échate en la cama. Estarás más cómodo.

La verdad era que estaba cansado. La noche anterior se la había pasado en vela haciendo una autopsia urgente.

—Está bien —claudicó—. Pero cuando tengas sueño me despiertas —le advirtió con un dedo levantado hacia el rostro de la chica.

—De acuerdo.

James se levantó de la mecedora y Yolanda la ocupó segundos después. El hombre se tumbó en la cama, cerró los ojos y se quedó dormido al instante. La chica lo contempló durante unos minutos con una sonrisa en la boca. “*¿Cuál sería esa situación tan mala?*”, se preguntó con curiosidad. No podía

imaginar una situación peor a la que ella y sus hermanas habían vivido desde que nacieron.

Las siguientes diez noches pasaron sin ningún incidente, al contrario, fue una gran oportunidad para que todos se conocieran mejor; excepto Edith y Ricardo.

El sol estaba en su punto más alto cuando Edith, ataviada con un vestido rojo y ceñido que no dejaba nada a la imaginación, se sentó en la silla de la terraza de una cafetería y cruzó las piernas sensualmente mientras se atusaba su largo cabello ondulado y castaño.

Un joven camarero se acercó a ella con una sonrisa coqueta y un poco tímida.

—¿Qué desea tomar, señorita? —tartamudeó el joven con las mejillas sonrosadas.

—Un frappé de café con nata y chocolate líquido, por favor —la voz dulce y sexi de la chica hizo que el labio inferior del joven temblara nervioso.

—En... enseguida.

El joven entró en la cafetería tropezando con el escalón. Las comisuras de Edith se elevaron en una sonrisa. Cuando se lo proponía podía poner muy nervioso a cualquier hombre y, si era sincera, le encantaba esa sensación. La autoestima subía hasta límites insospechados.

Ricardo bajó los escalones de cemento del juzgado mirando el mensaje que su secretaria le había mandado al móvil, levantó la mirada ataviándose con las gafas de sol y caminó hacia su coche. Apretó el botón del mando y el vehículo le respondió abriendo los pestillos de las puertas. Se sentó delante del volante y miró por los retrovisores para incorporarse a la carretera. Sin embargo, su mirada se detuvo en la persona que se reflejaba en el espejo. La conocía. Estaba distinta, más maquillada y mucho más arreglada, pero era ella. Salió del coche con una sonrisa en los labios mientras se acercaba con pasos firmes y acelerados hacia la chica sentada en la terraza de aquella cafetería, llegó hasta ella en silencio y le tapó los ojos con las manos.

—¿Quién eres? —preguntó la muchacha con una sonrisa y palpando las manos del desconocido.

El hombre se inclinó hacia el oído de la chica y le susurró:

—Estás muy guapa, princesa de las sombras.

Edith se levantó de un salto apartando las manos de Ricardo. Sus ojos marrones se volvieron rojos de furia al verlo allí de pie con una sonrisa arrogante en su boca.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber la chica con los brazos en la cintura.

—He venido a un juicio. Cosas del trabajo —su mirada verde esmeralda recorrió de arriba abajo el atlético y perfecto cuerpo de la chica—. Ya veo que tú has venido por placer.

Edith siguió la mirada del hombre hasta su escote en V, quitó las manos de su cintura y cruzó los brazos a la altura del pecho para tapar un poco el escote. Otra sonrisita apareció en la cara de Ricardo mientras metía las manos en los bolsillos del pantalón gris.

—Pues sí, he venido por placer. Y ahora, si no te importa, quiero disfrutar de este maravilloso sol yo sola.

—¿Y para disfrutar del sol te pones tan provocativa? —la interrogó el hombre sin poder apartar la vista de sus piernas bronceadas.

—Deja de mirarme así. Pareces un perverso —lo regañó sintiéndose muy incómoda.

Estaba acostumbrada a que los hombres la miraran con lascivia, lujuria, deseo; todo reflejado en sus ojos, pero Ricardo la estaba poniendo nerviosa. Por alguna razón, no quería que la viera de esa manera.

El joven camarero llegó con la bebida que la chica le había pedido. Su sonrisa se esfumó en cuanto vio a Ricardo hablando con la muchacha. Dejó la bebida en la mesa y se alejó. Edith se dio media vuelta recuperando su seguridad, se sentó en la silla y le dio un sorbo a la bebida llenándose el labio superior con la nata.

Un hombre moreno de pelo y piel, con los ojos negros y tan alto como Ricardo le dio un golpecito en el hombro de éste, acercándose después a la chica. Se inclinó hacia ella y le dejó un beso en los labios quitándole la nata.

—Hola otra vez, Ricardo —el hombre dejó su maletín de cuero negro en la

silla de al lado y se sentó enfrente de la chica.

—¿Reinaldo?

—¿Os conocéis? —les preguntó Edith mirando a uno y otro.

—Sí, nos hemos visto alguna que otra vez en los juzgados —contestó el recién llegado. La sonrisa de Ricardo se borró. No soportaba a ese hombre—. ¿Qué te parece mi novia? —inquirió el hombre cogiendo con delicadeza las manos de Edith.

—Muy guapa. Tengo que irme —le dijo Ricardo inclinándose para dejarle un beso en la cabeza a la chica—. Nos vemos más tarde.

Se alejó de la cafetería, se montó en su coche y se marchó. Los ojos negros del hombre sentado enfrente de Edith se abrieron de par en par, frunciendo el ceño poco después.

—¿De qué lo conoces? —quiso saber Reinaldo.

—Mi hermana está casada con uno de sus amigos. Pero, no he venido para hablar de él. ¿Qué tienes que hacer mañana por la noche? —le preguntó con una sonrisa seductora mientras le invitaba a mirar un poco su escote.

La noche cayó sobre la isla. Edith llegó a la cabaña para cuidar a Antonella y, para desgracia de ella, allí estaba Ricardo. Apareció en el salón donde estaban todos excepto Francesca. Will, Ricardo y Ciara la miraron con una sonrisa en sus rostros.

—¿Qué pasa? —quiso saber la chica mirando a uno y otro.

—¿Por qué no me has dicho nada? —le preguntó su hermana acercándose a ella para abrazarla.

—¿Sobre qué?

—Tu novio. No sabía que tenías.

—Bueno, no hace mucho que estamos juntos —la mirada de Edith se dirigió hacia Ricardo que estaba sentado en el sofá con una estúpida sonrisa en los labios.

—Es tarde. Vamos a dormir. Mañana podrá contárnoslo todo —dijo Will llevándose a su esposo al dormitorio al percibir la furia que crecía en los ojos de la chica.

La mirada de Edith se tornó a la de una asesina cuando Ricardo se dirigió a la habitación de Antonella. La chica lo siguió con pasos fuertes y firmes, dejó salir a Francesca y cerró la puerta detrás de ella.

—Imbécil —le atacó Edith—. No te metas en mi vida —le advirtió señalándolo a la cara con un dedo y los ojos rojos de la ira.

—No me he metido. Creía que Ciara lo sabía y se me escapó —Ricardo bajó el dedo de la chica con tranquilidad.

—No vuelvas a meterte donde no te llaman.

—Pues no te besuques en medio de la calle donde cualquiera puede verte, sobre todo con tu famoso novio, el abogado defensor de todos los delincuentes de esta isla —le reprendió el hombre alzando un poco más la voz y quedándose a unos pocos centímetros del rostro ensombrecido de la joven.

Las comisuras de la chica se elevaron.

—Pareces celoso.

—¿Celoso yo? Por favor, antes de salir contigo dejaría que me sacasen los ojos con una cuchara.

—En algo estamos de acuerdo, Chispitas.

Edith dio media vuelta y salió de la habitación dejando al hombre con la palabra en la boca. Estaba enfadada. No podía con él. La sacaba de sus casillas. A él no tenía por qué importarle lo que ella hacía o dejaba de hacer. Esa era su vida y, de momento, no podía dejarla. Se sentó en el sillón, puso las piernas encima de la mesita auxiliar y cerró los ojos con fuerza para acabar con el dolor de cabeza que empezaba a metérsele en el cerebro.

Ricardo estaba sentado en la mecedora junto a la cuna. Miraba fijamente al techo sin dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿Por qué aparecía Edith, ataviada con el vestido rojo delante de él cada vez que cerraba los ojos? Aquella imagen no podía borrarla de la mente. Cerró los ojos refregándoselos con la mano. “*Se me está escapando de las manos*”, se dijo volviendo a ver la imagen de la chica con aquel vestido tan provocativo.

Los ojos de Ricardo empezaron a cerrarse poco a poco, adormecido. Con los ojos entrecerrados vio como un humo blanco que ascendía desde el suelo. Frunció el ceño e intentó ponerse en pie. Su cuerpo estaba entumecido, parecía

que estuviera dormido, no tenía control sobre él.

—¿Qué... está...? —no pudo terminar la pregunta. Las piernas le cedieron y cayó al suelo dormido cuando intentó levantarse de la mecedora para atacar a la amenaza.

La ventana de la habitación se abrió poco a poco. Un hombre vestido de negro y la cara tapada por una máscara de oxígeno entró en el dormitorio. Caminó despacio hacia la cuna, esquivando el cuerpo de Ricardo de un salto y cogiendo a la niña con cuidado de no despertarla. Salió por la ventana y corrió hacia el río que cruzaba al norte del pueblo.

Francesca se despertó de madrugada sobresaltada. Tenía un mal presentimiento. Se levantó del sofá y se dirigió a la habitación de Antonella. Abrió la puerta despacio y encontró a Ricardo tirado en el suelo y la cuna vacía.

—¡Will! ¡Ciara! ¡Edith! —los llamó la mujer a voz en grito acercándose al hombre y dándole unas palmaditas en la cara para espabilarlo.

Los tres aparecieron en la puerta en menos de un segundo con la respiración y el corazón acelerados. Will y Ciara se acercaron a la cuna y las lágrimas resbalaron por las mejillas de la mujer.

—¡Ricardo! ¡Despierta! —le dijo Edith sacudiéndolo con energía.

Los ojos del hombre parpadearon varias veces y se levantó mirando a su alrededor desorientado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó llevándose una mano a la dolorida cabeza.

—Se han llevado a mi hija —contestó el comisario abrazando a su esposa.

—Mierda —blasfemó su amigo furioso.

—¿Cómo has podido dormirte? —le acusó Edith dándole un puñetazo en el brazo.

—No se ha dormido, lo han dormido —la corrigió Francesca cogiendo una pequeña lata a un lado de la ventana.

Edith miró a Ciara y ambas asintieron. Edith abrió la ventana de la habitación y salió. Dio media vuelta para mirar a su hermana que le daba un beso a un comisario aturdido y la seguía.

—¿A dónde vais? —quiso saber su marido agarrándole la mano para no dejarla ir.

—A por nuestra hija —respondió Ciara.

—Vamos con vosotras. No voy a dejarte sola —le dejó un beso en los labios.

—No vais a seguir nuestro ritmo —les dijo Edith desde la ventana.

—Eso ya lo veremos —Ricardo dio un salto saliendo de la habitación por la ventana y empezó a correr.

En menos de un segundo las tres mujeres desaparecieron ante los ojos abiertos de par en par de los hombres.

Capítulo 17

Las tres mujeres llegaron al borde del río. Ciara se acuclilló en la orilla observando la tierra mojada. Había unas huellas que acababan en el río. Levantó la mirada hacia la orilla opuesta.

—La lleva al laboratorio —les informó Ciara con la lágrima resbalando por su mejilla.

Will y Ricardo llegaron unos segundos más tarde respirando con dificultad. Se inclinaron apoyando las manos en sus rodillas. Edith dio unos pasos hacia atrás, quedándose al lado de un exhausto Ricardo.

—Voy a seguirlo. Te mantendré informada —le dijo a Francesca.

—No entres sola —le advirtió su hermana.

—No lo haré —la chica corrió hacia la orilla del río y saltó cayendo al otro lado sin perder la velocidad.

Los ojos de Will y Ricardo se abrieron como platos ante tal agilidad. Estaban asombrados. ¿Cómo había podido saltar esa distancia? ¿Cómo podían correr tan rápido? Y lo más asombroso de todo, ¿cómo podían tener esos dones? ¿De dónde los habían sacado? ¿De dónde habían salido esas mujeres? El comisario tenía tantas preguntas para hacerle a su esposa que no sabía por dónde empezar. Sin embargo, la vida de su hija estaba en peligro. En ese instante, la vida de Antonella era lo más importante.

Edith llegó al final del pueblo, donde terminaba la isla y el océano se extendía delante de sus ojos. Entrecerró los ojos observando hacia el horizonte la estela de espuma que la lancha motora dejaba a su paso. “*Ciara tiene razón. Va hacia el laboratorio*”, pensó Edith para informar a Francesca.

Ya no podía seguirlo. No podía correr por el agua. <<**Vuelve para acá. Vamos a por él**>>, le respondió la mujer.

—Necesitamos un avión —dijo Francesca mirando a los dos hombres.

El comisario miró a su amigo que le asintió entendiéndolo. Ricardo cogió su móvil del bolsillo y marcó un número. No tardó ni un segundo cuando la voz de Kenneth se escuchó por el auricular.

—Dime —le dijo Kenneth con la voz preocupada. No era bueno que uno de sus compañeros lo llamara al teléfono de emergencia. Si lo hacían era porque había un problema.

—Tienen a la hija de Will. Necesitamos un avión —la voz de Ricardo se entrecortaba por la carrera hacia la cabaña.

—Id al helipuerto. Helicóptero L10.

—Gracias —Ricardo colgó el móvil guardándolo de nuevo en el bolsillo y se sentó en el asiento del copiloto de su propio coche. Will arrancó y salió derrapando hacia la calle principal del pueblo para salir a la autovía—. Al helipuerto. Helicóptero L10.

El rostro del comisario estaba tallado en piedra. No tenía expresión, excepto su furia y su rabia.

Will condujo hasta el helipuerto a unos veinte kilómetros del pueblo y metió el coche en el enorme recinto. Los cuatro bajaron de inmediato y corrieron hacia el helicóptero que Kenneth les había dicho. En cuanto llegaron, todos los compañeros del comisario y las hermanas de su esposa estaban esperándolos en la pista para partir en busca de Antonella.

—Gracias, compañero. Vámonos —le agradeció el comisario a Kenneth dándole un abrazo y ayudando a su esposa y a su suegra a subir en el gran helicóptero de metal.

El aparato gris se puso en marcha cuando Kenneth le dio al contacto y poco a poco las hélices cogieron velocidad. Ylva repartió abrigos para estar preparados cuando llegaran y se sentó abrochándose el cinturón. El aparato metálico alzó el vuelo cuando Kenneth movió el mando y aumentó la velocidad siguiendo la dirección que Edith le indicaba sentada a su lado como copiloto.

En nueve horas y media, las aguas heladas del Polo Norte aparecieron delante de ellos. Kenneth disminuyó la velocidad y Edith le señaló una buena explanada de nieve para que pudiera aterrizar.

Bajaron del helicóptero y siguieron hacia delante hasta llegar a una gran montaña de hielo y nieve que se alzaba delante de ellos.

—Hay que subir esta montaña —le dijo la chica señalando hacia la cima.

Kenneth echó un vistazo a la montaña blanca, entrecerró los ojos y miró a sus compañeros. Ellos también se habían quedado observando el enorme montículo.

Los ojos de los siete hombres se abrieron de par en par. Recordaban ese lugar.

—¿Qué hacemos aquí? —quiso saber Will mientras su esposa y las demás mujeres se acercaban.

—Aquí es donde nacimos —contestó Ciara cerrándose mejor la cremallera del abrigo negro.

Los hombres se miraron entre ellos sorprendidos. ¿Cómo era posible? Ninguno podía dejar de mirar a las chicas y a la montaña de nieve con la boca y los ojos abiertos como platos.

—¿Qué ocurre? —le inquirió la chica dando un paso hacia su marido.

La mirada del comisario sostuvo la de su mujer, pero con mucha dificultad. Habían pasado muchos años, pero aún le dolía recordar su pasado. A él y a sus compañeros. Todos habían pasado por el mismo tormento.

—*Amore*, me estás asustando. ¿Qué te ocurre? —le pidió Ciara agarrando sus manos enguantadas con fuerza.

—Nosotros... —le costaba mucho contarlo—. No importa.

—Tenemos que ponernos a cubierto. Se está acercando una tormenta de nieve —les informó Larisa sintiendo el frío en su cuerpo.

—Debemos recuperar a la niña —le dijo Frederick.

—No la recuperaremos si morimos congelados. La nieve pasará en pocas horas, después podremos ir a por ella.

—Si no recuerdo mal, por aquí tiene que haber un iglú —anunció Miguel caminando hacia una pequeña ladera, a la derecha de donde se encontraban.

Lo siguieron sin comprender nada. Subieron la ladera y entre unas dunas de nieve había un iglú.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —le preguntó Yurika entrando detrás del hombre en el iglú.

—Deberíamos encender la estufa o nos congelaremos cuando llegue la

tormenta —continuó Miguel evitando la pregunta.

—Yo me ocupo —Julia se acercó a la estufa, frotándose las manos como si se las calentara y las acercó a la leña. Unas chispas salieron de sus manos y la encendió.

—Necesitamos un plan para entrar —propuso James intentando entrar en calor enfrente de las llamas.

—Cierto. El laboratorio es como una fortaleza llena de alarmas y guardias —añadió Yolanda abrazándose a sí misma para entrar en calor.

—A ver —Julia llevó un dedo a la nieve del suelo, derritiéndola al tiempo que dibujaba un mapa—. Aquí está la entrada principal. A la derecha, al fondo, están las habitaciones de los experimentos y, antes, el laboratorio. A la izquierda están las habitaciones de los científicos. Hay un pasillo enfrente de la puerta principal que lleva hasta un gran octógono, esa es la sala de entrenamiento. A la derecha e izquierda, anexo a la sala octogonal, están la sala de tiro y la sala de interrogatorios, respectivamente.

>>Al norte, hacia la izquierda, hay un pasillo que lleva a la sala de ordenadores y a los despachos y archivos. En esa estancia hay una salida de emergencia. A la derecha de la sala de tiro está la sala de recuperación, y si seguimos por el pasillo llegamos a la enfermería.

>>Creo que esto es todo. Las alarmas están en todas partes, a cada centímetro de cada pasillo, de cada habitación.

—¿Dónde tendrían a Antonella? —quiso saber Will mirando con atención el mapa de Julia dibujado en la nieve.

—Seguramente en el laboratorio. Le harán pruebas, muchas pruebas —Ciara estaba angustiada, impaciente y desesperada por poder ver, abrazar y besar a su hija.

—¿Cuánto queda para que llegue la tormenta? —preguntó Frederick haciendo cálculos.

—Unos minutos, ¿por qué? —respondió Larisa sintiendo la humedad y el frío en su cuerpo.

—¿Cuánto nos llevará llegar al laboratorio?

—Menos de lo que tarda la tormenta, pero estaríamos dentro del territorio enemigo —contestó Edith.

—Sigamos pensando, entonces.

La tormenta de nieve se acercó mientras intentaban planear cómo entrar en aquella fortaleza.

—Podríamos entrar por la salida de emergencia —sugirió Ricardo—. Aunque seguramente también estará vigilada.

—Por supuesto. Sin embargo, a mí no me verán, entre por donde entre —apuntó Edith mirándolo con una sonrisa arrogante.

—¿Y entonces para qué estamos trazando un plan? —inquirió Frederick sin entender esa pérdida de tiempo.

—Hay un pequeño problema. No puedo llevaros a todos a la vez.

—Eso no lo sabes con seguridad. Nunca lo has intentado —le dijo Francesca.

—Edith, inténtalo, por favor —le suplicó Ciara.

La chica miró los ojos verdes jade de su hermana. Los tenía vidriosos, llenos de lágrimas retenidas. No podía, no quería decepcionarla. Pero no sabía si era capaz de llevar a tantas personas a la vez y no quedarse sin energía en el momento menos oportuno. Aunque, debía intentarlo. La vida de su sobrina estaba en peligro.

—Lo intentaré, pero necesito practicar un poco —claudicó la mujer sin poder apartar la mirada de los ojos de su hermana.

—Gracias —Ciara la abrazó con fuerza, dejándola casi sin respiración.

La tormenta seguía la dirección que el gélido y veloz viento le indicaba. Edith estaba en el centro del iglú, rodeada por todos. La observaban con detenimiento mientras se convertía en sombra y volvía a aparecer. Una y otra vez los llevaba con ella, haciéndolos desaparecer.

—¿Estás bien? —le preguntó Ciara cuando Edith cerró los ojos y se tambaleó un poco.

—Sí. Solo estoy un poco cansada.

—Descansa.

Ciara la acompañó hasta el banco tallado y la ayudó a sentarse.

—Tenemos que pensar en otra manera de entrar. Edith está agotada — informó acariciando el pelo castaño de su hermana.

—No. Ya estoy bien. Vamos —Edith se levantó despacio para no marearse, caminó hasta el centro de la estancia, cerró los ojos y se concentró.

Su sombra se dividió y alargó hasta cada uno de los hombres y mujeres que la rodeaban, se deslizó por sus cuerpos y los hizo desaparecer uno a uno. Ella fue la última. Una vez que estaban en las sombras, la chica los guio fuera del iglú mientras la nieve caía. Respiró hondo y pasó el montículo de nieve que la separaba del laboratorio. Rodeó la siguiente montaña en la que se encontraba el laboratorio, escondido ante cualquier persona que no supiera su ubicación, y paró enfrente de la puerta de salida de emergencia. Estaba agotada, pero no podía dejarlos allí, debía entrar. Continuó hacia delante, entrando por la diminuta rendija que había en la parte baja de la puerta de acero. Entró en las instalaciones y caminó hacia el punto donde la cámara de vigilancia tenía su punto ciego. Dejó que su sombra volviera a ella con rapidez y cayó al suelo de rodillas. Su respiración estaba entrecortada.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Yolanda agarrándola del codo.

Edith no podía hablar. Asintió con la cabeza e intentó coger aire.

—Id a por Antonella —les dijo la chica con dificultad.

—No podemos dejarte aquí sola.

—Yo me quedo con ella —propuso Ricardo dando un paso hacia ella y relevando a Yolanda.

Los ojos marrones de Edith se cerraron poco a poco, inclinándose hacia el suelo. Sintió que una mano fuerte y grande la sostenía, ayudándola a tumbarse en el suelo de baldosas grises con cuidado.

Ricardo apoyó la cabeza de la chica en su regazo sentándose en el suelo con la espalda pegada a la pared.

—Tranquilos, estaremos bien. Os esperaremos aquí —le dijo el hombre a sus compañeros.

—No tardaremos —Will cogió la mano de su esposa y se dirigió a la izquierda, pegado a la pared para estar fuera de visión de las cámaras.

—Deberíamos dividirnos en parejas —planteó Ylva.

—No. Es mejor que vayamos todos juntos —susurró Volker.

—¿Por qué? Si nos separamos abarcaremos más.

—Sí, pero no podré protegeros.

—No te preocupes por nosotras. Sabemos protegernos muy bien —le dijo Yurika un poco molesta por el comentario.

—No lo dudo, pero si seguimos juntos no habrá necesidad de pelear —le explicó Volker.

—Con ellos hay que pelear siempre —Ylva soltó un bufido. Él no sabía con quién estaba tratando, pero ella sí. Los conocía perfectamente.

—¿Estás segura? —Volker dio un paso hacia ella y alargó el brazo hasta su hombro.

La chica observó con los ojos desorbitados cómo su ropa y, después su cuerpo, desaparecían.

—¿Qué está pasando? —quiso saber la chica intentando no entrar en pánico.

—Volker tiene el don de la invisibilidad —le respondió el comisario sin dejar de mirar a su alrededor, vigilando que nadie se acercara.

—Está bien, vamos todos juntos —apuntó Ylva—. ¿Podrías devolverme mi cuerpo?

Volker le dedicó una leve sonrisa y apartó su mano. El cuerpo de la chica ataviado con unas mallas, un chaleco de cuello alto y el abrigo negro aparecieron a la vista de todos.

—Movámonos —ordenó el comisario—. ¿Hacia dónde está el laboratorio? —le preguntó a su esposa.

—A la derecha —Ciara señaló hacia el pasillo—. Estamos en las habitaciones de los científicos.

—Bien, vamos.

Siguieron a Will por el pasillo, pegados aún a la pared, fuera del alcance de las cámaras y llegaron hasta el amplio pasillo que llevaba a la entrada principal de las instalaciones.

El comisario estaba a punto de dar un paso hacia la estancia enfrente de él, el laboratorio, cuando la mano de Ciara lo paró. Las puertas dobles de la sala de entrenamiento se abrieron dejando paso a un gigante con el pelo negro, la

mandíbula cuadrada y una cicatriz que le cruzaba el ojo derecho desde la frente hasta la nariz. El gigante se quitó los guantes de boxeo mientras se encaminaba por el pasillo hacia las habitaciones de los experimentos.

El comisario esperó hasta que el hombre desapareció y las puertas dobles automáticas de la sala se cerraron. Continuó hacia la estancia de enfrente, el laboratorio, y llegaron hasta las puertas de cristales automáticas. Miró hacia atrás, hacia Volker, que le asintió entendiendo lo que quería.

El hombre se hizo invisible ante los ojos de todos los presentes y se acercó hasta a un lado de la puerta para echar un vistazo. La estancia blanca y llena de máquinas de todo tipo, estaba repleta de científicos alrededor de lo que parecía una incubadora. Uno de los científicos se alejó de la incubadora dejando un hueco por el que Volker pudo ver a Antonella pataleando y llorando. Volvió a aparecer delante de Will y asintió.

—Ve a por ella —le dijo el comisario con los ojos brillándoles de emoción.

Volker desapareció, las puertas automáticas se abrieron, pero los científicos no levantaron la mirada, estaban demasiado ocupados en investigar al bebé de su compañero. Se acercó despacio y con mucho cuidado llegó hasta la incubadora. Esperó pacientemente hasta que uno de los médicos se alejó dejando un hueco por el que podía meterse para coger a la niña. Quitó los cables dispuestos por todo el cuerpecito de la pequeña poco a poco, sin que ninguno de los presentes se diera ni cuenta, pasó las manos por las axilas de la bebé, la hizo desaparecer y la cogió entre sus brazos.

Una de las científicas miró hacia la cuna de cristal, los ojos se le abrieron de par en par al no ver a la niña y apretó el botón de la alarma que había a un lado de la mesa blanca.

—¡La niña no está! —gritó para informar a los demás que miraban a su alrededor al escuchar el estridente ruido de la alarma.

Volker se pegó a la pared blanca del laboratorio, alejándose del ajeteo. Siguió hasta la puerta y salió cuando todos los médicos estaban ocupados buscando a la niña, como si un bebé de un mes pudiera escaparse andando.

Apareció delante del comisario y le entregó a la pequeña.

—Tenemos un problema —les dijo Francesca mirando a un lado y otro del pasillo que se llenaba a cada segundo de varios hombres armados.

El comisario le dio un beso a su hija en la frente y se la entregó a Ciara.

—Sácalas de aquí —le dijo a Volker dejándole un beso en los labios a su esposa.

Ciara abrió los ojos sorprendida, mirándolo fijamente.

—No voy a irme sin ti.

—Cariño, Volker no puede hacer que desaparezcamos todos. Por favor, vete con él y cuida de nuestra hija —parecía que se estuviera despidiendo.

—No —concluyó Ciara.

—No es momento de discutir. Llévatelas.

Volker cogió a Ciara en brazos, obligándola a irse con él. Desapareció delante de los ojos de los guardias armados, se pegó a la pared de enfrente de las puertas del laboratorio y esperó a que sus compañeros le abrieran paso.

Capítulo 18

Los cinco hombres se dividieron en dos grupos de dos. James y Will se dirigieron a la izquierda; y Miguel y Frederick a la derecha. Kenneth se quedó en el centro rodeado de las chicas que se habían puesto en posición de ataque.

—Tranquilas, no hace falta que atacéis —les dijo Kenneth con una sonrisa pícaro en su boca.

—¿Por qué? —respondió Julia frotándose las manos para hacer aparecer una pequeña hoguera.

Los guardias amartillaron las armas, apuntaron y dispararon. Las balas chocaron contra un muro invisible. Los guardias y las chicas se quedaron atónitos y mirando a su alrededor sin poder creerlo. James, Will, Miguel y Frederick sacaron sus armas, apuntaron y dispararon. Cuatro de los atacantes cayeron al suelo con una bala entre las cejas. El jefe de cada equipo dio la orden de apuntar de nuevo y disparar. Las balas volvieron a chocar contra un muro transparente.

—¿De dónde ha salido ese muro? —preguntó Larisa asombrada.

Julia abrió sus ojos castaños entendiéndolo. Miró de reojo a su espalda y vio a Kenneth con los brazos extendidos a cada lado del pasillo y una sonrisa arrogante en la cara.

—Es Kenneth —susurró para que solo sus hermanas pudieran oírla.

Las chicas asintieron sin apartar la mirada de los atacantes.

—¿Podemos salir? —quiso saber Yolanda.

—Sí, pero si salís del perímetro establecido no podré protegeros —contestó Kenneth sin perder la concentración.

—No te preocupes por eso. Volker, vamos a abrirte un camino —le susurró Ylva.

Las seis mujeres saltaron por encima de las cabezas de James, Will, Miguel y Frederick, y atacaron a los guardias con golpes fuertes, ágiles y certeros, incluso Francesca tenía una extraordinaria agilidad. Yolanda, Francesca y Julia acabaron con todos los de la izquierda, dejando el camino despejado para que Volker pudiera salir junto a Ciara y a la niña. Éste no perdió el

tiempo y se encaminó hacia donde se había quedado Ricardo con Edith.

Yurika, Larisa e Ylva terminaron también con los guardias de la derecha y todos corrieron hacia la salida de emergencia.

—Volved al helicóptero —ordenó Will desde el último puesto y disparando a los hombres que, después de todos aquellos golpes, tenían la valentía de levantarse.

—Ricardo, vámonos —le anunció Volker abriendo la puerta aún invisible.

Ricardo cogió a Edith, echándosela al hombro, y salió de las instalaciones corriendo detrás de las huellas que Volker dejaba en la nieve.

Ciara estaba agarrada con un brazo al cuello de Volker mientras con el otro sostenía a su hija pegada a su pecho. Miró hacia atrás. Sus hermanas y los compañeros de Will corrían detrás de ellos, pero... Sus ojos se movían de un lado a otro, buscando con impaciencia, nerviosismo y preocupación a su marido.

—¿Dónde está Will? —preguntó esperando una respuesta.

—Va detrás —contestó Volker sin aminorar la velocidad.

—No, no está. Para.

—Irás el último.

—Volker, para. ¡Qué pares! —le gritó zafándose de sus brazos y cayendo de pie en la nieve al ver que la ignoraba.

El hombre paró en seco y apareció delante de los demás, a unos metros de distancia del helicóptero. Ciara le entregó a Antonella a su madre que llegaba en ese momento hasta ella.

—*Amore*, ¿a dónde vas? —le preguntó su madre desconcertada.

—A por mi marido —Ciara no le dio tiempo a su madre para que protestara.

Corrió hacia las instalaciones y empujó la pesada puerta de la salida de emergencia. Se dirigió al pasillo y se pegó a la pared de la sala de interrogatorios cuando escuchó los pasos de unos hombres. Continuó hacia delante cuando los hombres entraron en la sala de entrenamiento, pegó la oreja a la puerta doble y escuchó cómo la carne chocaba contra la carne. Estaban pegándole a alguien. “*Will*”, pensó Ciara abriendo la puerta despacio.

La sala octogonal estaba enmoquetada con colchonetas negras y ataviadas con siete sacos de boxeo y varias máquinas de hacer ejercicio. Agudizó el oído y escuchó unas voces provenientes de la sala de interrogatorios, a la izquierda de la sala octogonal. Se acercó despacio a la puerta y la abrió con cuidado. Diez hombres estaban dispersados por la rectangular y gris sala. En el centro había una silla de metal ocupada por Will. Tenía las manos y los pies atados a la silla y el rostro ensangrentado.

—Bueno, bueno, bueno. Mirad quién ha vuelto —dijo un hombre moreno, alto, delgado, la mandíbula cuadrada y ataviado con un bata blanca de médico. Era el mismo hombre que había visitado a Ciara en la pastelería. Le asestó un golpe al rostro del comisario y cogió la jeringuilla que uno de sus hombres le ofrecía—. Bienvenido a casa, William.

Ciara apretó los dientes cuando sintió el puñetazo que le había dado a su marido y después le clavaba la jeringuilla en el brazo. La rabia y la furia brotaron de ella. Entró en la sala como un tornado y arremetió contra los nueve guardias que respaldaban al médico.

La mujer era un borrón que arrasaba con cualquiera que se pusiera en su camino.

El hombre delgado con la bata de médico cogió un arma de uno de los guardias que había caído cerca de él y apuntó a Will con ella.

—¡Detente! —le gritó el hombre a la mujer.

Ciara paró, asestándole un último golpe al único hombre que quedaba de pie. Volvió la mirada hacia el científico y después a su esposo.

—Buenas noches, *tochter* —le dijo el hombre con su acento alemán.

—Suéltalo —le advirtió la chica con los puños cerrados.

—No. Debe morir.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho para que merezca morir?

—Al parecer tu marido no te lo ha contado todo —una sonrisa prepotente se formó en los labios del hombre.

—¿Qué tiene que contarme?

—Vaya, vaya, vaya. Tu marido, *tochter*, es un experimento fallido desertor.

Ciara se quedó en shock. Miró a Will y éste se lo confirmó con una disculpa reflejada en sus ojos turquesa.

—Por esa razón debe morir —el hombre amartilló la pistola y apuntó al comisario.

La chica cogió el arma de uno de los guardias que había caído a su lado y disparó al médico. La bala se dirigió hacia el hombre a gran velocidad, pero uno de los guardias se interpuso en la trayectoria del proyectil impactando en su pecho.

El médico chocó contra la pared y ésta se abrió dejando a la luz un pasadizo secreto. El hombre echó una última mirada a Ciara con una maquiavélica sonrisa y se marchó.

La chica dejó caer la pistola y corrió hacia su marido quitándole la jeringuilla vacía que aún tenía clavada en el brazo. Enmarcó su rostro con las manos y le examinó las heridas.

—*Amore*, ¿me oyes? —Lo llamó la chica dejándole un beso en los labios—. *Amore*.

Ciara desató al comisario y lo ayudó a levantarse.

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó su marido en un susurro casi imperceptible y tosiendo mientras se agarraba el costado con una mano.

—Porque eres mi marido, el padre de mi hija y te amo.

Salieron de la sala de entrenamiento, Ciara miró a un lado y a otro, asegurándose de que no había ningún enemigo, y se encaminaron a la salida.

La mujer abrió la puerta y salió al frío aire del exterior. Corrió sujetando a Will con fuerza y se dirigió hacia donde habían dejado el helicóptero. Los compañeros del comisario estaban esperándolos, preparados para salir de aquél lugar cuánto antes.

—Ahí vienen —les informó Miguel.

Kenneth puso el motor en marcha y Ciara subió como un torbellino. Dejó a Will en el suelo metálico del aparato y pidió el botiquín.

Las heridas eran superficiales, pero aun así la chica las curó con delicadeza y a conciencia. No quería que se le infectara.

—¿Cómo está? —se interesó Yolanda.

—No lo sé —la voz se le quedó atascada en la garganta—. Le ha inyectado algo.

Capítulo 19

Estaba amaneciendo cuando el helicóptero de Kenneth llegó al helipuerto. Edith ya había recuperado la energía y Will había caído en la inconsciencia. Ciara ayudó a James a bajar a su marido del helicóptero mientras su madre se encargaba de Antonella. Se dirigieron hacia un hotel cerca del helipuerto y pidieron varias habitaciones. Querían descansar, averiguar lo que le habían inyectado al comisario y pensar en lo que debían hacer.

Ciara y James tumbaron a Will en la cama de la habitación y el doctor cogió las herramientas necesarias que había pedido a Edith y que ésta había cogido prestadas para sacarle sangre al comisario y examinarlo. El doctor tenía un mal presentimiento y estaba casi seguro de que, lo que le habían inyectado, no era nada bueno.

—¡Edith! —la llamó James haciendo que todos los presentes se sobresaltaran—. Necesito que me lleves.

—¿A dónde? —le preguntó la chica cogiendo la mano del doctor.

—A mi laboratorio de la Interpol.

Edith le asintió y desapareció en un abrir y cerrar de ojos de la habitación. Corrió a toda velocidad y en menos de diez minutos llegó al destino que James le había dicho.

El doctor se tambaleó un poco cuando apareció en el laboratorio y corrió hacia el analizador. Metió los tubos en la máquina y le dio a inicio. James comenzó a caminar de un lado a otro de la sala llena de máquinas. Estaba nervioso y preocupado. No sabía lo que le habían inyectado a su compañero y eso no le gustaba nada.

La máquina paró después de lo que había parecido una eternidad y aparecieron los resultados en el ordenador. James se acercó y observó con detenimiento todas las cifras delante de sus ojos.

—Mierda —blasfemó apagando el ordenador y la máquina, y corriendo hacia la sala de autopsias donde se había quedado Edith—. Vámonos —la apuró con los tubos en la mano.

La chica se bajó de la camilla metálica en la que se había sentado y cogió la mano del hombre. Cuando aparecieron en la habitación, Ciara intentaba

sostener a su marido que se convulsionaba en la cama.

—¿Qué le pasa? —le inquirió la chica a James en cuanto lo vio.

—Lo han envenenado —el doctor cogió su maletín que Volker le había ido a recoger a su piso y sacó todo lo necesario para hacerle una transfusión de sangre a su amigo—. Necesito que lo sujetéis. Mantenedlo lo más quieto posible —les dijo a sus compañeros que tomaron el relevo de Ciara.

James clavó la aguja en la parte interior del brazo de Will y después en la de él. La roja sangre del doctor circuló por la fina goma transparente y entró en el torrente sanguíneo del comisario.

Mientras la sangre de James recorría las venas y arterias de su compañero, las convulsiones del comisario disminuyeron hasta que desaparecieron por completo. Los ojos del doctor se cerraron durante unos segundos y se volvieron a abrir con dificultad mirando a Ricardo que sostenía aún la pierna de su amigo.

—Sácalas —le susurró el doctor casi sin poder pronunciarlo con claridad.

Ricardo asintió, dejó la pierna de su compañero, sacó las agujas de los brazos de sus amigos tapándoles el microscópico agujero con un poco de algodón y esparadrapo, y lo guardó todo en el maletín.

El exhausto cuerpo de James se inclinó precariamente hacia delante, pero Yolanda lo sostuvo y lo ayudó a sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la cama.

—¿Estás bien? —le preguntó con suavidad mientras lo mantenía en aquella posición.

—Con un poco de descanso se recuperará. No te preocupes —le respondió Frederick soltando el brazo de Will.

—¿Por qué ha hecho eso? —quiso saber Julia mirando el rostro apagado del doctor.

—Porque ese es su don. Su sangre cura. Acaba de salvar la vida de Will —contestó Kenneth soltando el otro brazo del comisario y acercándose al doctor.

Las bocas de las chicas se abrieron de par en par con asombro. Nunca habían oído hablar de un don así.

—Creo que es mejor que lo dejemos descansar. Vayámonos cada uno a nuestras respectivas habitaciones —opinó Miguel abriendo la puerta del

dormitorio y saliendo hacia el pasillo seguido de los demás.

Ciara dejó a Antonella en la cuna cuando se durmió y se tumbó en la cama junto a su marido, abrazándolo. Apoyó la cabeza en su pecho y se quedó dormida escuchando los acompasados latidos del corazón de su esposo.

La mañana llegó rápidamente haciendo que la ciudad volviera a cobrar vida. Los rayos del sol se colaron por la ventana de la habitación del hotel donde Ciara dormía abrazada a su marido. Se levantó apoyando el codo en el colchón para poder observar el rostro del comisario mientras dormía. Los ojos de éste parpadearon y se abrieron de golpe con la respiración entrecortada. Ciara apoyó su fina y suave mano en el pecho de Will, sintiendo los rápidos latidos del corazón de éste.

—Tranquilo ¿Cómo te encuentras? —le susurró Ciara para no despertar a Antonella que dormitaba en la cuna.

—Como si me hubiese atropellado un camión ¿Qué ha pasado? —preguntó desorientado. No recordaba cómo había llegado hasta esa habitación y, mucho menos, a esa cama.

—Te inyectaron un veneno. James te hizo una transfusión para limpiarte la sangre.

—Ese hombre... —el rostro cuadrado de aquél hombre apareció en sus recuerdos—. Ciara, el hombre que casi me mata es el mismo que fue a la tienda, ¿verdad? —la chica asintió con los ojos vidriosos—. ¿A qué fue?

—A advertirme de las consecuencias que mi renuncia conllevaría —la chica se levantó de la cama para echarle un vistazo a Antonella y arroparla.

—¿Ya habías renunciado en aquél entonces? —el comisario se acercó a ella, abrazándola por detrás.

—Sí. Ya había decidido que me quedaría contigo —Ciara se dio la vuelta entre sus brazos para poder observar el rostro de su esposo.

—Ese día fue cuando te pedí matrimonio —la cabeza de la mujer se movió de arriba abajo, asintiendo mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. Will atrapó la pequeña gota de agua salada con su pulgar y atrajo la boca de su esposa hasta él—. Gracias.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Por no matarme y por hacerme tan feliz. Nunca hubiera llegado a este nivel de felicidad, desconocida para mí, si tú no hubieses aparecido en mi vida.

—Irónicamente fue gracias a tus enemigos —ella le dedicó una sonrisa y le dejó un beso en los labios—. *Ti amo*.

Ciara guio a su marido hasta el borde de la cama y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Cuándo ibas a contármelo? —quiso saber la chica con un tono de voz apagado. Al parecer, su marido aún no confiaba completamente en ella.

Y no le culpaba. Después de saber que ella había llegado a su vida para matarlo, era lógico que no confiara en ella. Quería saberlo todo sobre él y preguntándole era la única forma.

—No es algo fácil de contar. Es una etapa de mi vida que me gustaría poder borrar de mi memoria.

—Por eso te quieren muerto. Sabes demasiado de todo lo que se cocía entre esas paredes —Ciara se levantó de la cama nerviosa—. Pero no saben sobre tu don.

—No.

La chica se sentó en el regazo de su marido y rodeó su cuello con los brazos para darle fuerzas y, de alguna forma, que se sintiera protegido.

—¿Cómo fue?

—¿El qué? —inquirió Will sin entenderla del todo.

—La historia. ¿Cómo llegaste al laboratorio?

—Me capturaron durante la Segunda Guerra Mundial —respondió el comisario sin dejar de mirar el rostro de su esposa.

—¿La Segunda Guerra Mundial? —interrogó sorprendida—. ¿Cuántos años tienes?

—Para el mundo treinta y nueve. Confidencialmente, ciento cuatro años.

La boca de la chica se abrió de par en par.

—No eres un experimento del todo fallido —le dijo su mujer llevándose la mano a la cabeza. El cerebro parecía palpitarle como si fuera a estallarle.

—En cierta manera sí. No soy como ellos esperaban. No soy como

vosotras.

—¿Cuál es la diferencia?

—No tengo vuestra velocidad ni agilidad y, según ellos, no tengo ningún don adicional.

—Pero sí lo tienes. ¿Por qué se lo ocultaste?

—Aunque lo hubiese dicho no me hubieran dejado seguir vivo por mucho tiempo más. Mi don no es ni de ataque ni de defensa.

—Te aseguro que ellos le habrían dado algún uso.

La cuna de Antonella se movió cuando la niña se despertó y empezó a jugar con el móvil de pececitos que quedaba encima de su cabecita.

—Se ha despertado. Es raro que no se haya despertado para tomar el biberón —le dijo la chica intentando levantarse del regazo de su marido.

El comisario la agarró por la cintura con fuerza para no dejarla escapar y se tumbó con ella en la cama, rodando para quedar encima de su mujer y atraparla bajo su cuerpo.

—Déjala, no está llorando —le dejó besos por cada rincón de su hermoso rostro.

No pasaron ni cinco segundos cuando Antonella comenzó a llorar. Las comisuras de Ciara se elevaron para formar una gran sonrisa cuando Will suspiró rodando para dejar salir a su esposa. La chica se levantó de la cama y se acercó a la cuna. El llanto de la niña cesó cuando vio a su madre delante, extendiendo las manos hacia ella para cogerla y acurrucarla contra su cuerpo mientras le acariciaba el fino y corto pelo moreno de su redonda cabecita. La muchacha se acercó a la mini nevera, cogió el biberón de leche y lo metió en el microondas que habían pedido en recepción. Lo calentó unos segundos, se sentó en el sillón, a un lado del ventanal que daba al balcón, y le dio el biberón a la niña mientras ésta no le soltaba el dedo meñique de entre su manita.

Will ladeó la cabeza hacia su derecha para observar a su esposa sonriendo a su hija, y a su hija devolviéndole la sonrisa a su madre mientras bebía la leche del biberón. “*Ahora comprendo el significado de la felicidad*”, pensó el comisario sin poder reprimir la enorme sonrisa que se formó en su boca.

Francesca salió de la habitación anexa y se acercó al fregadero de la

diminuta cocina. Cogió un vaso y lo llenó de agua para, después, bebérselo de un trago y volver a llenarlo. Se acercó hasta la cama y se sentó en el borde mirando a su hija y su nieta con los ojos medio cerrados aún.

—Buenos días —saludó con la voz ronca.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Ciara sin apartar la mirada de Antonella.

—Muy bien.

—Tenemos que hablar con los demás. No podemos seguir escondiéndonos durante el resto de nuestras vidas —les dijo la chica.

—Y nuestras vidas son muy largas —añadió Francesca dando un sorbo de agua.

—Deberíamos cortar la cabeza de la serpiente. Si le cortamos la cabeza el cuerpo morirá y tendremos nuestra libertad —las informó Will con determinación. No consentiría que volvieran a hacer daño a su familia.

—El problema es que no sabemos en qué agujero se ha escondido la serpiente —apuntó su suegra dando otro sorbo de agua.

—Pero lo que la serpiente no sabe es que tenemos a alguien que puede encontrarla. Es posible que le lleve tiempo, pero acabará encontrándola —Will cogió su móvil de la mesita de noche y mandó un mensaje.

Las caras de Ciara y Francesca eran de no entender nada. ¿Qué era lo que aún no sabían? ¿Qué se les estaba escapando de las manos y de su entendimiento?

No habían pasado ni dos minutos desde que el comisario había mandado el mensaje cuando alguien llamó a la puerta de la habitación. Will se levantó de la cama y abrió la puerta. Sus compañeros entraron en el dormitorio seguidos de las chicas.

—¿Qué ocurre? —preguntó con preocupación Larisa.

—Tengo una idea para acabar con todo esto —le contestó el comisario acercándose a Miguel y apoyando su mano en el hombro de éste—. Necesito tu ayuda.

—Por supuesto. ¿A quién hay que matar? —quiso saber Miguel cruzándose de brazos a la altura del pecho.

—De momento a nadie. Quiero que encuentres a la serpiente.

La boca de Miguel se abrió sin comprender nada.

—¿Para qué quieres que encuentre a una serpiente? —inquirió sorprendido.

—La serpiente es el hombre que intenta matarnos.

—Ah, vale. ¿Tienes algo de él?

—No.

—Sí —respondieron todas las chicas a la vez.

Los hombres desviaron sus miradas hacia ellas asombrados.

—¿Vosotras tenéis algo de él? —interrogó Miguel.

—Sí.

Las chicas se llevaron las manos al cuello y se desabrocharon una cadena de oro con una medalla rectangular como colgante. Se lo ofrecieron a Miguel y éste los cogió todos juntos, mirándolos con atención y leyendo el grabado en la medalla.

—*Meine Liebe Tochter*. ¿Qué significa? —quiso saber el hombre sin saber siquiera cómo pronunciarlo.

—Mi querida hija —respondió Volker entendiendo el alemán con claridad.

—¿Mi querida hija? —preguntaron todos al unísono.

—Sí. Nosotras también tenemos un padre y, desgraciadamente, no ha sido ni un padre cariñoso ni amable —les dijo Larisa sentándose al lado de Yurika para abrazarla al ver su cara de decepción.

—¿El hombre que intenta matarnos es vuestro padre? —el comisario no podía creerlo.

El hombre que tanto daño le había hecho a él, a sus amigos y a su familia, era el padre de su esposa. El mismo hombre que había ido a la tienda de Ciara a advertirle. El mismo hombre que había llevado a cabo todas aquellas dolorosas pruebas desde que lo capturaron en aquella ciudad deshabitada y derruida. “*Acabaré con él*”, se dijo a sí mismo con una determinación absoluta.

Capítulo 20

—¿Lo encuentras? —le preguntó Will con impaciencia a su compañero que se había sentado en el centro de la habitación, en el suelo.

Miguel negó con la cabeza, los ojos aún cerrados, concentrado en su objetivo.

Ricardo salió del ascensor del hotel y caminó hasta el bar alojado a la derecha del elevador, enfrente del recibidor y la puerta de entrada acristalada. Entró en el lujoso bar y buscó con su mirada verde esmeralda a su visita. Lo divisó sentado en la barra y con una copa de vino en la mano. Se acercó a él, se sentó a su lado y le pidió una copa al barman que se encaminó hacia él.

La sombra de Edith pasó por el recibidor y se encaminó hacia el ascensor. Miró a un lado y otro mientras esperaba que el cubículo bajara. Sus ojos marrones se quedaron parados al ver el perfil de dos personas conocidas. “¿Reinaldo? ¿Qué hace aquí?”, se preguntó mientras observaba a su acompañante con desconfianza. La sombra en la que estaba convertida se dirigió hacia los hombres con curiosidad. ¿Por qué estaban esos dos juntos en un bar si no podían ni verse? ¿Había pasado algo mientras ella estaba fuera?

Se acercó a ellos con sumo cuidado y se quedó en la sombra que el taburete de Ricardo reflejaba en el suelo detrás de él.

—¿Para qué querías verme? —le preguntó Reinaldo a Ricardo que le daba un sorbo a su bebida en ese momento.

—¿Por qué estás con ella? —Ricardo soltó la pregunta mirando las botellas de licores que tenían expuestas en el bar, en unas estanterías de cristales delante de él.

—¿Desde cuándo te preocupas por mis relaciones sentimentales? —quiso saber Reinaldo con ironía.

—No te equivoques. No eres tú el que me preocupa —el hombre dio un nuevo sorbo a la copa de vino, respirando hondo para coger fuerzas y preguntar lo que realmente quería saber—. ¿La quieres?

—Creo que eso no te incumbe. A no ser que... no estarás interesado en ella, ¿verdad? —una carcajada salió de la garganta de Reinaldo resonando en toda la estancia.

Ricardo apretó los dientes con fuerza, resistiendo las ganas de arrancarle la cabeza a aquél gilipollas. Su mano aferró el vaso en vez del cuello de aquella basura humana, haciendo que la copa se hiciera añicos, derramando el vino y su sangre.

Ricardo se levantó de la silla alta y levantó la mano agarrando el cuello de Reinaldo con fuerza, conteniendo la electricidad que amenazaba por salir de su cuerpo y apagando las carcajadas del hombre. Se acercó a su rostro, quedándose a unos pocos centímetros de él.

—Déjala o acabarás en el fondo del mar con unos nuevos zapatos de cemento. Creo que tus clientes tienen mucha experiencia en ese tipo de calzado —le susurró Ricardo antes de soltar el cuello del desgraciado y salir del bar a grandes zancadas.

La tos del abogado se escuchó en todo el establecimiento mientras intentaba que sus pulmones se volvieran a llenar de aire.

La boca de Edith estaba abierta de par en par. Se había quedado confundida, sorprendida y, muy en el fondo, contenta. Siguió a Ricardo cuando se marchó del bar furioso y, ahora, no podía dejar de mirarlo mientras él esperaba a que el ascensor bajara. No podía dejar de pensar en lo que había pasado segundos antes. ¿Por qué había hecho eso? ¿Qué se traía entre manos?

El ascensor llegó a la planta baja y Ricardo, seguido de la sombra de Edith entró en él pulsando el botón con el número cuatro. Cuando el elevador llegó a su destino, el hombre giró a la izquierda y llamó a la puerta de la habitación del comisario.

El comisario abrió la puerta dejando paso a su compañero.

—¿Alguna novedad? —inquirió Ricardo cerrando la puerta detrás de él y acercándose a la diminuta cocina para coger un trapo. Se enrolló la mano ensangrentada en el trapo y se sentó en el borde de la cama después.

—No. ¿Dónde estabas?

—Haciendo una llamada. Tranquilos, he tenido cuidado —contestó al ver las caras de preocupación de sus compañeros.

—¿Has visto a Edith? —quiso saber Ciara mirando el reloj de su muñeca.

—No. ¿Se ha ido? —la miró con el ceño fruncido. ¿Por qué no le habían avisado?—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Una hora. ¿Le habrá pasado algo?

—No lo creo. Es la princesa de las sombras —le respondió Ricardo para tranquilizarla.

—Ya te he dicho que no soy la princesa —la voz de Edith se escuchó detrás del hombre, apareciendo de rodillas, encima de la cama y detrás de él—, soy la reina —le susurró al oído con una voz muy sensual.

El cálido aliento de la chica se metió dentro del oído del hombre recorriéndole todo el cuerpo y sintiendo un escalofrío de la cabeza a los pies. La sangre que circulaba por sus venas se convirtió en ríos de lava ardiente que lo calentaron hasta límites insospechados. Los latidos de su corazón aumentaron, amenazando con salirse del pecho.

Los ojos de Ricardo se abrieron como platos, llenos de miedo por lo que estaba sintiendo. Se levantó de un salto, alejándose de ella y saliendo de la habitación rápidamente.

—Miguel, ¿cómo vas? —le preguntó el comisario impaciente.

—No tengo nada —contestó el aludido decepcionado consigo mismo.

—Sigue intentándolo.

La sombra de Edith salió por la pequeña rendija que quedaba entre la puerta y el suelo de la habitación de su hermana Ciara y entró en la de Ricardo.

El hombre estaba apoyado en la ventana, contemplando el exterior, aunque sin verlo realmente. Sus pensamientos estaban invadiendo su mente, sus recuerdos, volviendo a dejarle un mal sabor de boca y el estómago revuelto.

—¿Puedo pasar? —preguntó la sombra de la chica detrás de Ricardo.

—Ya estás dentro —Edith se hizo visible y dio un paso más hacia él—. ¿Qué quieres?

—¿Estás bien? —el rostro del hombre estaba pálido y compungido. Nunca lo había visto así, al menos, desde los meses que lo conocía.

—Perfectamente.

—No lo parece —el hombre no dijo nada. Tenía la mirada perdida en el horizonte mientras rozaba con su pulgar la palma vendada de su mano. Edith se sentó en el borde de la cama—. He oído la conversación que has tenido con Reinaldo —la expresión de él no cambió—. ¿Por qué le has dicho eso?

Los ojos de Ricardo se cerraron ante el dolor creciente en su corazón. Respiró hondo intentando alejarlo inútilmente.

La chica lo observó en el reflejo del cristal de la ventana. Una lágrima resbaló por la mejilla del hombre dejando a la muchacha estupefacta. Al parecer, él también era humano.

Edith se levantó de la cama y se acercó a él apoyándole una delicada mano en el hombro. Ricardo la miró fijamente, con las lágrimas surcando sus mejillas sin control. No aguantaba más. No podía dejarlo guardado dentro de él por más tiempo. Agarró la cintura de la chica pegándola a él, abrazándola con fuerza mientras sus ojos se negaban a dejar de llorar.

La chica se quedó en shock. No sabía qué hacer. Podía sentir el calor corporal del hombre traspasando su camisa de algodón, los tensos músculos de la espalda masculina en las palmas de sus manos y la humedad en su cuello por las lágrimas derramadas.

—Desahógate. Tranquilo —le susurró al sentir la fuerza con la que la tenía atrapada entre sus brazos.

Los minutos pasaban y Ricardo no podía dejar de llorar abrazado a Edith. La chica se movió lentamente con él hasta quedar sentados en el borde de la cama. El hombre al fin reaccionó un poco, se sorbió la nariz y dejó a la muchacha libre de su abrazo. Apoyó los codos en los muslos tapándose la cara con las manos y se enjugó las lágrimas.

—Lo siento —se disculpó con la chica avergonzado ante tal demostración de debilidad.

—¿Por qué? Sólo me has dejado ver que tú también eres humano.

—Gracias por no irte —susurró con la cara aún tapada por las manos.

—¿Qué has dicho? No te he oído bien —le preguntó Edith con una pequeña sonrisa burlona en los labios.

—No voy a repetirlo —le advirtió mirándola. Sabía que se había enterado

y su orgullo recién recuperado se lo impedía.

—Da igual. Lo he oído —la sonrisa de la chica se ensanchó mientras, inconscientemente, se tumbaba con lentitud y sensualidad en la cama.

Ricardo tragó saliva con dificultad. Los recuerdos del pasado se agolpaban en su mente. Se levantó de un salto y entró en el baño. Abrió la ducha, se desprendió de los vaqueros y la camisa, y dejó que el agua fría recorriera su torneado y bronceado cuerpo, apagando el incendio que se había propagado por él sin quererlo. La imagen de Edith ataviada con el diminuto vestido se estaba haciendo eco en sus pensamientos. No podía caer de nuevo en aquella tela de araña que se tejía a su alrededor para atraparlo. Cerró el grifo de la ducha, abrió la mampara de cristal cogiendo la toalla y se la amarró alrededor de su cintura.

—¿No podías esperar a que me fuera para darte una ducha? —le inquirió la muchacha sentada en la tapa del inodoro con las piernas cruzadas y sin apartar la vista de él.

—Creía que habías pillado la indirecta.

—Lo siento, no soy una mujer de indirectas. Prefiero las directas, son menos confusas.

Ricardo pasó por delante de ella, salió del baño y se acercó al armario para coger un pantalón, una camiseta y unos calzoncillos.

Edith lo siguió sin apartar la mirada de él y se sentó otra vez en la cama, apoyando la espalda en el cabecero acolchado. Cruzó los brazos y las piernas mientras él se vestía.

—Mira para otro lado, voy a vestirme —le dijo el hombre cogiendo el borde de la toalla para sostenerla en su sitio.

—Adelante. No te preocupes por mí. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Cuál? —Ricardo cogió los calzoncillos y se los puso sin quitarse la toalla.

—¿Qué pasó entre Reinaldo y tú? Y no me digas que solo es por el trabajo. Tú coges a los delincuentes y él los deja libres, pero tengo la impresión de que eso no es lo único que te lleva a odiarle —le advirtió señalándolo con el dedo.

—Pues siento desilusionarte. Sólo es cuestión de trabajo.

—No me mientas, Chispitas.

Ricardo se puso los pantalones dedicándole una sonrisa sarcástica.

—No es asunto tuyo, princesa de las sombras.

—Yo creo que sí, sobre todo después de que hayas llorado en mi hombro, literalmente.

—Sabía que me costaría caro —el hombre se quitó la toalla y se abrochó el botón del pantalón.

—Cuéntamelo. Lo estás deseando.

El hombre bufó mirándola de arriba abajo. “*Eso no es precisamente lo que deseo*”, pensó cogiendo la camiseta azul marino y poniéndosela.

—Deberíamos volver con los demás. Seguro que Miguel ya tiene una pista de vuestro padre.

—Quieres escapar —Edith le sonrió, se levantó de la cama quedándose de pie, delante de él, y levantó la cabeza para poder mirarle a los ojos—. Está bien. No quieres contármelo. No confías en mí. Tranquilo, lo entiendo. Yo tampoco confiaría en mí. Volvamos con los demás.

La chica caminó hacia la puerta lentamente, cogió el pomo y lo giró despacio.

—Espera —la llamó Ricardo antes de que llegara a abrir.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la chica. Conocía a los hombres muy bien. Borró la sonrisa de su boca cuando se dio la vuelta con la inocencia reflejada en su cara de ángel y apoyó la espalda en la puerta esperando a que él le diera permiso para regresar a su lado.

Ricardo se sentó en la cama cogiendo aire para poder contar lo que tenía que decir. Levantó la mirada hacia ella y la invitó a sentarse a su lado dando unos toquitos en el colchón con la mano.

Edith caminó hacia él despacio, dándole tiempo a que reorganizara sus ideas, y se sentó.

—Conozco a Reinaldo desde hace diez años. Yo estaba... estaba saliendo con una chica. Un día, llegué a mi casa antes y los vi juntos —la boca de Edith se abrió de par en par—. Cuando los vi no supe qué hacer o decir. Me quedé petrificado. Reaccioné unos minutos después y me fui antes de desgraciarme la vida matándolos a los dos. No cogí nada, me fui con lo que tenía puesto.

—¿Qué hizo ella? —quiso saber Edith apoyando su delicada y fina mano en la de él.

—Irse con Reinaldo.

—Continúa.

—Unos meses después fui a la escena de un crimen, en el puerto. Reinaldo estaba allí, “llorando” —dijo Ricardo con una dolorosa sonrisa en sus labios.

—¿Quién... quién era la víctima? —la chica sabía quién era, lo había leído en su cara, pero quería que él se lo dijera. Quería que confiara en ella.

—Era ella. Salieron a dar un paseo en yate y unos “piratas” los asaltaron. Después de robarles les dispararon. A ella en la cabeza y a él en el brazo.

—Qué suerte —murmuró Edith cogiendo la mano de Ricardo con más fuerza.

—Fue un milagro, según él. Ninguno de mis compañeros ni yo nos lo tragamos, pero en el yate no había ninguna prueba que lo desmintiera.

—Por eso le dijiste que me dejara —afirmó entendiéndolo todo.

—Sí. Bueno, no eres santo de mi devoción, pero no me gustaría encontrarte muerta en cualquier parte, Sombrita.

—¿Ahora solo soy Sombrita? —inquirió sorprendida.

—Princesa de las sombras es muy largo.

—¿Te cuento un secreto? —Ricardo miró los ojos marrones de la chica fijamente, movió la cabeza de arriba abajo, asintiendo sin soltar la mano de ella—. Reinaldo es mi misión.

—¿Tu misión? —su rostro estaba asombrado.

—Sí. No puedo contártelo con detalles, pero sí puedo decirte que Reinaldo pagará por todo lo que ha hecho.

—¿Sigues siendo parte de la organización de tu padre?

—No. Hace mucho que no formo parte de ella.

—¿Eres una espía doble? —con cada palabra que ella pronunciaba se quedaba más impresionado.

—Lo era.

—¿Y estás en el bando de los buenos o en el de los malos?

—De los buenos. Y mucho más cerca de ti de lo que te imaginas.

Esa última frase lo dejó desconcertado, confundido e intrigado. ¿A qué se refería con eso?

Edith se levantó de la cama para encaminarse hacia la puerta, pero la mano de Ricardo no dejó de aferrar la suya, quedándose parada de pie, enfrente de él.

—¿Qué...? —la chica no pudo acabar la pregunta.

El hombre la atrajo hacia él, sentándola en su regazo, cogiéndola de la nuca y besándola.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par. Se había quedado petrificada.

La boca del hombre atrapó la de ella mientras su lengua paseaba por sus labios invitándola a abrirlos para él.

La sangre de la muchacha encendió un fuego que creía extinguido desde hacía muchos años atrás. El miedo llegó a su corazón haciendo que se alejara de Ricardo de un salto.

—Tenemos que... tenemos que volver con los demás —la respiración de la mujer se aceleró empezando a llegar a la hiperventilación.

—Pero... —Ricardo se quedó con las palabras en la boca.

Edith desapareció en un abrir y cerrar de ojos, dejándolo solo en la habitación, desconcertado. El hombre se tumbó en la cama con las manos en la cabeza. “*No debería haberlo hecho*”, pensó sin poder llegar a arrepentirse de ello. Lo había estado deseando desde que la vio ese día en aquella cafetería ataviada con ese diminuto vestido que no dejaba nada a la imaginación.

Edith apareció en el pasillo, apoyada en la puerta de la habitación de Ricardo con las lágrimas resbalando por sus mejillas y volviendo a recordar lo que muchos, muchísimos años antes había pasado. No podía olvidar del todo aquella feliz época.

—Lo siento —susurró entre sollozos, quedándose aovillada en el suelo.

Capítulo 21

Los días pasaban y Miguel no lograba encontrar al científico por ningún lado. Se habían cambiado de hotel cada día que habían pasado sin noticias ni rastro del científico.

Ricardo se había quedado en la habitación de Will el más tiempo posible, sin embargo, Edith hacía todo lo que tenía en sus manos para estar alejada de él. Si no tenían más remedio que estar juntos en la misma habitación, Edith ni siquiera lo miraba. Y, si era sincero, no entendía por qué. Al parecer, ella no sentía lo mismo que él.

Miguel abrió los ojos y miró a sus compañeros.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó el comisario observando el rostro cansado de su amigo.

—No, pero debemos hacer guardia día y noche. Sé que está cerca, pero no lo puedo ver con claridad.

—Nunca vamos a librarnos de él —les dijo Ciara acunando a Antonella entre sus brazos.

—No digas eso, cariño. Acabaremos con él y todos viviremos tranquilos y felices —Will la abrazó dejándole un beso en la frente y acariciando la cabecita de su hija.

—¿Y si no acabamos con él? Nos estaremos escondiendo toda la vida —las esperanzas de su esposa disminuían a cada segundo que pasaba.

—Yo haré la primera guardia —contestaron Edith y Ricardo al unísono.

El hombre la miró con una leve sonrisa casi imperceptible en los labios. Edith, por el contrario, se levantó del suelo donde estaba sentada, se acercó a Ciara y cogió a Antonella.

—Que la haga él. Yo haré la última —respondió por fin mientras le daba pequeños besos en la manita a la niña.

Ricardo puso los ojos en blanco con un suspiro y miró a Will. El comisario entendió la mirada de su amigo.

—Es mejor que hagamos guardia en pareja.

—Yo también pienso que es lo mejor —añadió Francesca escuchando los pensamientos de Ricardo.

—Deberíais hacer la guardia juntos —apuntó James pasando la mirada de su amigo a la chica.

Edith le echó una mirada asesina. No quería hacer guardia con él. No quería estar a solas con él. Sabía de lo que hablarían si se quedaban solos y no estaba preparada aún para ello.

—No voy a hacer guardia con él. No tengo ganas de insultar a nadie. No estoy de humor —Edith volvió a poner sus ojos en Antonella.

—Hermana, por favor —le pidió Ciara.

Edith levantó la mirada hacia los ojos verdes jade de su hermana. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser con él?

—Pero... —susurró Edith.

—Por favor.

—Está bien —claudicó la chica a regañadientes. Le entregó a Antonella a su hermana y se acercó a la puerta de la habitación.

—¿A dónde vas? —le preguntó Francesca al sentir el bloqueo de la chica en su mente.

—Tengo que hacer un recado. Llegaré para hacer la guardia —y sin más salió de la habitación convertida en sombra.

Edith salió del hotel y se dirigió hacia el apartamento de Reinaldo. Tenía que acabar con su misión lo antes posible o el hombre podría sospechar. Subió a la quinta planta del lujoso edificio de cristales y llamó a la puerta con una D dorada encima de la mirilla. Se arregló el cabello castaño que se había dejado suelto y alisó una pequeña arruga de la blusa de seda roja que llevaba puesto junto a un pantalón negro de pinzas y los zapatos de tacón negro.

La puerta del apartamento se abrió y Reinaldo le dedicó una gran sonrisa de oreja a oreja mientras se echaba a un lado para dejar paso a la chica.

La pareja se dirigió hacia el salón y el hombre la atrapó pegándola a él para besarla con deseo.

—Te he echado de menos —le confesó él dejándole besos por todo el rostro y el cuello.

La chica cerró los ojos intentando disimular el asco que aquellos besos y esas caricias le daban. Aun así se las ingenió para que el hombre no sospechara y le dijo:

—Y yo a ti. Las horas me han parecido eternas.

Reinaldo estaba emocionado con aquella respuesta y no tardó mucho en desabrocharle la blusa y besarle los pechos, estrujándolos como si fueran unas naranjas y quisiera hacer zumo con ellos.

Edith se dejó hacer pensando en la misión que tenía por delante. Debía sacar todo lo que pudiera de aquél ordenador que descansaba en una mesa de escritorio en una esquina del salón. Puso en marcha su cerebro y pensó en cómo hacerlo e irse de allí cuanto antes.

—¿Por qué no vamos a tu habitación? —le inquirió al hombre con la voz más sensual que pudo.

Una sonrisa traviesa se dibujó en los labios del hombre, la agarró del trasero acoplándola en su cuerpo cuando la chica le rodeó la cintura con las piernas y caminó hacia la habitación, al fondo del pasillo. La tumbó en la cama y la ropa voló por la estancia a toda velocidad. El hombre no aguantaba más. Necesitaba estar entre sus piernas y dentro de ella lo antes posible o creía que estallaría.

Mientras Reinaldo la embestía una y otra vez con fuerza, el subconsciente de la chica la traicionó haciéndole llegar hasta su memoria el beso que Ricardo le había dado en la habitación del hotel cuando él le había contado la historia de porqué odiaba al abogado.

Edith abrió los ojos de golpe y dejó que aquella imagen se borrara de su mente para concentrarse de nuevo en la misión. No podía cometer ningún error. Y no iba a echar casi dos meses de trabajo para descubrir a Reinaldo por un simple beso. Dejó la mente en blanco, o en todo lo blanco que pudo, y siguió acariciando la espalda del hombre hasta que sintió que él había llegado al clímax. Arañó la espalda del abogado y gritó para que él creyera que ella también había llegado a fin.

Reinaldo cayó sobre ella agotado, le dejó un beso en los labios y rodó para quedar tumbado bocarriba en la cama. Le dedicó una sonrisa a la chica y cerró los ojos quedándose dormido dos minutos después.

La muchacha se aseguró de que estuviera dormido, se lo quedó mirando

unos segundos con cara de asco y murmuró:

—Menuda mierda de amante estás hecho, chaval.

Se levantó de la cama con cuidado de no despertarlo, entró al baño para lavarse un poco y quitarse el olor del hombre del cuerpo, y se vistió. Se dirigió al salón, cogió el pendrive que tenía guardado en el bolsillo del pantalón y lo metió en la ranura del ordenador para conseguir todos los expedientes, vídeos, imágenes y datos que pudiera reunir para meterle a él y a la mayoría de sus clientes en la cárcel.

Estaba curioseando algunas fotos cuando una llamó su atención. Ricardo y una chica rubia estaban sentados en la terraza de un bar, bebiendo y riendo mientras se miraban con el amor reflejado en sus ojos. Edith leyó la nota que acompañaba a la foto y sus ojos se abrieron de par en par.

—La chica debe morir. Es testigo y nunca dejamos testigos. Encárgate de ella.

Edith vio el remitente y su boca se abrió por la sorpresa. Uno de los grandes mafiosos de la isla era el responsable de que la novia de Ricardo fuera asesinada. Reinaldo solo había sido el encargado de llevarla hacia su muerte.

La joven miró hacia la puerta de la habitación de Reinaldo, se levantó y su sombra se acercó a la cama. La sombra de la mano de la chica agarró el cuello del abogado y apretó hasta que los ojos del hombre se abrieron estupefactos y desorientados.

La mirada marrón del abogado se clavó con miedo en el rostro serio de la chica.

—¿Quién eres tú? —consiguió preguntar el hombre.

—Tu verdugo —contestó la muchacha apretando el agarre.

El oxígeno dejó de entrar en los pulmones del abogado y unos minutos más tarde su corazón dejó de latir.

Las manos de Edith agarraron la cabeza del hombre y rompió su cuello para estar segura de que aquel monstruo había desaparecido por completo. La chica regresó al salón, cogió el pendrive con la información y se marchó sin ser vista hacia la agencia para entregar el dispositivo a su superior.

La noche cayó sobre la isla haciendo que los establecimientos cerraran y las calles se sumergieran en el silencio.

Edith estaba tumbada en la cama de su habitación aovillada mientras lloraba desconsolada. Alguien llamó a la puerta haciéndola que se enjugara las lágrimas rápidamente y se incorporara, apoyando la espalda en el cabecero.

—¿Quién es? —preguntó intentando sacar la voz más calmada que podía.

—Vamos a hacer la guardia —le contestó Ricardo desde el otro lado de la puerta.

—Voy.

La chica se levantó de la cama y entró al baño para lavarse la cara. Se miró al espejo y el llanto volvió a ella. Las ojeras se habían hecho visibles en su rostro pálido. Se dejó caer hasta el suelo rodeándose la cintura con los brazos y llorando sin consuelo.

Volvieron a llamar a la puerta, sin embargo, esta vez la chica no respondió.

—Sombrita, tenemos que hacer la guardia —la llamó Ricardo desde el pasillo.

Edith se tapó la boca con la mano para ahogar el llanto. No podía parar.

—¡Sombrita! ¡Sal ya! —volvió a gritar Ricardo empezando a preocuparse—. ¡Edith, abre la puerta!

No hubo ninguna respuesta por parte de la mujer. El hombre miró a un lado y otro del pasillo, asegurándose de que no había nadie, puso la mano en la cerradura electrónica, envió una corriente eléctrica desde sus dedos y la abrió. Entró en la habitación buscando a la chica hasta que la encontró en el suelo del baño. Se arrodilló a su lado y la levantó para abrazarla.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó preocupado, meciéndola mientras le acariciaba el largo y castaño cabello con suavidad.

Edith no podía hablar. Las palabras se le quedaban atascadas en la garganta.

Ricardo se llevó una mano al oído, accionando el botón de la radio-auricular que llevaba.

—Will, Edith y yo necesitamos reemplazo por esta noche —le comunicó al comisario.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Estamos... indispuestos.

—¿Es algo grave? Puedo decirle a James que os eche un vistazo.

—No, tranquilo. Solo nos ha sentado algo mal de la cena.

—Está bien. Avísame si os ponéis peor.

—De acuerdo —Ricardo volvió su atención hacia la chica, pasó un brazo por debajo de las piernas y el otro debajo de los brazos, la levantó del suelo y se la llevó hacia la cama.

La tumbó con cuidado tapándola con la colcha y se recostó junto a ella.

—¿Por qué no quieres contármelo? —le inquirió en un susurro dejándole una caricia cuando le quitó un mechón de pelo de la cara.

La chica lo miró con los ojos entrecerrados, viéndose reflejada en los de él. Estaba mal, muy mal. No había dormido bien los últimos cuatro días y tampoco había comido. Pensar, eso es lo que hacía cada noche, a cada hora del día.

—Som... Edith, por favor. Confía en mí. Yo lo hice contigo —le suplicó Ricardo.

Una leve sonrisa se formó en los labios secos y cortados de la chica de tanto llorar. Levantó la mano para coger la del hombre y la agarró con la poca fuerza de la que disponía.

—Descansa. Desahógate. Tómate el tiempo que necesites —le aconsejó el hombre.

Ricardo estaba a punto de levantarse cuando Edith se lo impidió.

—Quédate —su voz solo había sido un murmullo.

El hombre se acostó de lado, admirando su rostro y mirando sus ojos que se cerraban poco a poco cansados.

La marcha nupcial empezó a sonar en la iglesia cuando las puertas dobles de roble se abrieron dejando paso a la radiante novia. La mujer se encaminó hacia el altar donde el hombre de su vida la esperaba engalanado con el uniforme militar.

Cuando la novia llegó hasta el hombre, las manos de él se elevaron junto al

velo que tapaba la cara de la muchacha. Una enorme sonrisa estaba dibujada en la cara de ángel de Edith.

—Estás preciosa —le susurró el hombre sonriente.

El cura comenzó la ceremonia con todos los amigos del novio presentes.

—Robert, ¿aceptas a Edith como esposa? —le preguntó el cura al novio.

—Sí...

La frase no pudo ser terminada. Un leve silbido llegó a los oídos de Edith, pero fue demasiado tarde. La bala atravesó la piel y el corazón del novio. Robert cayó al suelo, delante de la chica y todos sus compañeros.

La muchacha atrapó la cabeza del novio, dejándola caer en su regazo y observó los ojos azules ya sin vida de su prometido. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de la chica. Lo había perdido. Se lo habían quitado para siempre.

—Bobby, no me dejes —sollozó la muchacha removiéndose en la cama del hotel.

Ricardo se despertó cuando la mano de Edith fue a parar a su nariz haciéndole que las lágrimas se le saltaran por el dolor. Se tumbó de lado y la llamó con suavidad, acariciándole el brazo.

—Edith, despierta.

La chica se incorporó sobresaltada, agarrando el cuello de Ricardo con fuerza, dejándolo sin respiración.

—Edith... soy yo —le recordó intentando coger aire para llenar sus pulmones.

Al escuchar su apagada voz, los ojos de la mujer se despejaron. La niebla roja de venganza se disipó poco a poco.

El hombre cogió la muñeca de ella, solo era un roce, y despacio, el agarre de ella se aflojó. La respiración de la chica se calmó mientras Ricardo tosía.

—Lo siento. He... he tenido una pesadilla —se disculpó la chica cogiendo el vaso de agua que había encima de su mesita de noche y ofreciéndoselo al hombre.

Ricardo le dio un sorbo al agua, dejó el vaso en la mesita y la miró.

—Puedes contármela —no había sido una pregunta.

Estaba decidido a averiguar el por qué Edith estaba así y no iba a desistir hasta conseguirlo.

La chica se tumbó en la cama bocarriba, mirando al blanco techo y conteniendo las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. No podía contarlos aún. No estaba preparada para revivir aquél gran dolor que había sentido muchos años atrás. Cerró los ojos para no tener que mirar al hombre y, después de unos minutos, se quedó dormida.

Ricardo se quedó con ella, tumbado a su lado y dejándole caricias desde el hombro hasta la mano. Estaba convencido de que tarde o temprano confiaría en él y le contaría todos sus miedos.

Los rayos del sol entraron por el ventanal de la habitación donde Edith dormitaba entre los brazos de Ricardo. La chica abrió los ojos despacio, observando el rostro del hombre cuando su vista se aclaró y adaptó a la claridad. Se incorporó con cuidado de no despertarlo, se dirigió al baño y se miró al espejo con detenimiento después de lavarse la cara. Las ojeras habían desaparecido un poco y su rostro parecía tener mejor color. Abrió la puerta del baño y se encaminó hacia la cama. Se quedó parada a los pies de la cama cuando vio a Ricardo despierto con la espalda apoyada en el cabecero.

—Buenos días —la saludó con una sonrisa deslumbrante—. ¿Cómo has dormido?

—Bien. Gracias por... por quedarte conmigo —tartamudeó Edith. Estaba nerviosa.

—No hay de qué, Sombrita. ¿Has tenido alguna otra pesadilla?

—No —la chica rodeó la cama y se sentó al lado de él.

—Sé que es complicado confiar en alguien, pero sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? —el hombre atrapó la mano de la chica entre las suyas para que supiera que podía contar con él para lo que quisiera.

—Lo sé, pero me duele cada vez que lo recuerdo.

—Te entiendo, pero si no lo sacas de tu corazón, sufrirás toda la vida.

Los ojos marrones de Edith se empañaron por las nuevas lágrimas que amenazaban por salir. Ricardo la atrajo hacia él, abrazándola para consolarla.

—Tranquila. No tienes por qué contármelo ahora. Date tiempo.

—Ese es el problema —sollozó alejándose un poco de él para poder mirarlo a la cara—. Me he dado demasiado tiempo y aún me sigue doliendo, sigue presente.

—¿Nunca has hablado de ello con tus hermanas? —le interrogó Ricardo con suavidad.

—No. Ellas ni siquiera saben lo que pasó.

—¿Por qué? Creía que os lo contabais todo.

—Sí, bueno... en aquél entonces estábamos ocupadas y no teníamos tiempo ni de hablar. Y, después de que pasara, no quería hablar de ello con nadie.

Los ojos verdes esmeralda de Ricardo recorrieron el rostro angelical de la chica, lo enmarcó con sus manos y se acercó a su boca, atrapéndola con la suya.

Los labios de Edith se abrieron dejándole espacio libre para que su lengua se sumergiera dentro, jugueteando con la de ella.

El fuego que había sentido hacía cinco días había vuelto a ella, encendiendo su cuerpo como si de un incendio se tratara. Le rodeó el cuello con los brazos pegándolo más a ella, sintiendo la pasión y el calor que el cuerpo masculino emanaba.

Las manos de Ricardo surcaron por la piel de la chica dejando una estela de calor que la abrasaba, aferrándola aún más a él. El deseo se hizo paso entre ellos.

En ese mismo instante, alguien llamó a la puerta de la habitación interrumpiéndolos. Edith alejó su boca de la del hombre a regañadientes y le dedicó una pequeña sonrisa.

—¿Quién es? —preguntó conteniendo las ganas de matar al inoportuno.

—¡Nosotras! —contestaron sus hermanas al unísono.

Ricardo suspiró por la inoportuna visita de las chicas, rodó para quitarse de encima de Edith y se levantó dirigiéndose hacia el baño.

La chica se acercó a la puerta de la habitación y la abrió encontrándose con todas sus hermanas delante de ella y con cara de preocupación.

—Hola —la abrazaron aliviadas de encontrarla bien—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. No me sentó bien algo de lo que comí —explicó antes de que le preguntaran—Esta noche hago yo la guardia.

—No, no. Tú descansa y no te preocupes por la guardia. Nosotras podemos apañarnos —le dijo Larisa abrazándola de nuevo.

—De acuerdo. ¿Miguel lo ha encontrado? —le inquirió Edith a Ciara.

—Aún no, pero está seguro de que está cerca.

—Si está aquí, no llegará hasta Antonella —le aseguró Ylva. Si tenía la suerte de encontrarlos, ese sería el último día que el hombre, el que se hacía llamar su padre, vería la luz del sol.

—Bueno, deberíamos dejar solos a los tortolitos —anunció Yolanda con una sonrisa pícara en sus labios.

—Cierto. Sentimos haberos cortado el rollo —se disculpó Yurika sin poder dejar de contagiarse de la sonrisa de Yolanda.

—Ricardo, Will quiere hablar contigo —le dijo Ciara dando un pequeño golpe con los nudillos en la puerta cerrada del baño.

La puerta se abrió dejando paso al hombre con cara de sorpresa.

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí? —quiso saber saliendo del baño y apoyando el hombro en el marco de la puerta.

—Tu colonia huele muy bien —contestó Yurika guiñándole un ojo.

—Tengo que cambiar de desodorante —murmuró dirigiéndose a la cama para ponerse los zapatos.

Cuando se hubo ataviado con ellos se acercó a Edith, la agarró de la cintura, se inclinó hacia ella y le dejó un beso en los labios.

—Guau. Acabas de matarme —le confesó Larisa abanicándose con la mano dramáticamente.

Ricardo se abrió camino entre las seis chicas y se dirigió a la habitación del comisario.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Ylva con curiosidad.

—Nada, gracias a vosotras —se quejó Edith molesta.

—Ups. Perdón, no lo sabíamos hasta que no has abierto y lo hemos oído —se disculpó Yurika.

—No os preocupéis. Creo que ha sido lo mejor. Así puedo pensar.

—¿Pensar? ¿Qué tienes que pensar cuándo tienes a ese bombón loquito por ti? —inquirió Larisa sin comprender a su hermana.

—Pues, en mis cosas. Así que, hasta luego —Edith cerró la puerta con rapidez. No quería contarles nada. No tenía ganas y tampoco estaba de humor después de que la interrumpieran.

Se sentó en la cama y su móvil sonó.

Ricardo entró en la habitación del comisario cuando éste le abrió. Todos sus compañeros, excepto Volker, estaban allí reunidos alrededor de Miguel que seguía intentando encontrar al hombre que los quería ver muertos y hacerle pruebas muy dolorosas a Antonella, la hija de Will y Ciara.

—¿Me llamabas? —le preguntó al comisario acercándose a él.

—¿Cómo estáis Edith y tú?

—Mejor. Mañana podremos hacer guardia —respondió Ricardo observando a Miguel—. ¿Ha encontrado algo?

—No. Sabe que está cerca, pero no dónde exactamente. Es muy extraño. Nunca le había pasado eso —contestó el comisario en un susurro para no desconcentrar a su amigo.

—¿Quieres que haga un reconocimiento?

—No. Volker está en ello y no tardaremos mucho en irnos a otro hotel. Vuelve con Edith.

—Estaré atento a las órdenes —Ricardo le dejó una palmada en la espalda a su amigo y se marchó.

La puerta de la habitación de Edith estaba cerrada y las chicas seguían en el pasillo hablando. Ricardo se dirigió a la habitación, estaba a punto de llamar cuando Ciara le habló.

—No está. Hace diez minutos que se fue.

—¿A dónde?

—No lo sé. No nos ha dicho nada.

La preocupación creció en el cuerpo del hombre y le recorrió todo el torrente sanguíneo. “¿A dónde se habrá ido? ¿Con Reinaldo?”, se preguntó a sí mismo.

<<Tranquilízate, Ricardo. Edith está bien>>, le respondió Francesca para aliviar su nerviosismo.

“¿A dónde ha ido, Francesca?”, le preguntó esperando impaciente una respuesta que no tuviera el nombre de Reinaldo.

<<En unas horas lo sabrás. Y, para que te quedes más tranquilo, te diré que no, no está con Reinaldo>>, le contestó dibujando en su mente una sonrisa.

El hombre soltó el aire que había estado conteniendo casi sin darse cuenta. Aunque no pareciera mucho, aquella afirmación por parte de Francesca le había aliviado más de lo que ella creía.

La sombra de Edith entró en el edificio de ladrillos blancos con las ventanas grises, subió las escaleras hasta la sexta planta y pasó por debajo de la rendija de la puerta que tenía una B dorada y grande encima de la mirilla. Giró a la izquierda y se encontró con la cocina del pequeño apartamento y con una mujer menuda, castaña con ojos azules que la esperaba con los brazos cruzados a la altura del pecho y el ceño fruncido.

—Has tardado mucho —la riñó la mujer mirando la sombra del suelo.

Edith apareció delante de ella poniendo los ojos en blanco.

—Yo también me alegro de verte, mamá —le contestó en sueco.

—¿Por qué no me has contado lo que estaba pasando con ese hombre? —estaba enfadada.

—¿Qué hombre? —le preguntó su hija sentándose en el sofá rojo.

—El que se hace llamar tu padre —la mujer la siguió.

—Pues... no sé. Han pasado tantas cosas y tan rápido que no he tenido tiempo. ¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho Francesca. No te pongas cómoda. Tienes que llevarme con ellos.

—¿Con ellos?

—Con tus hermanas, con Francesca y con los hombres que os están ayudando.

—¿Y por qué no te quedas aquí escondida del hombre que puso la semilla

para que yo naciera, sólo unos minutos más? —le inquirió con cansancio.

—Si vais a ir a por él, yo también. No solo os hizo daño a vosotras —la mujer cogió un macuto negro del dormitorio, se lo colgó en el hombro y se quedó de pie mirando a su hija con las cejas arqueadas—. ¿A qué estás esperando?

—Está bien —Edith suspiró dándose por vencida, se levantó, cogió la mano de su madre y desapareció.

Ricardo estaba tumbado en la cama de Will jugando con Antonella y pensando en Edith cuando ésta apareció en la habitación con una mujer que tenía el mismo rostro angelical que la chica.

—Aina, bienvenida —la saludó Francesca con un gran abrazo.

—Perdona por la tardanza, pero mi hija está hoy floja —se excusó la mujer con una sonrisa al mirar a su hija que se tumbaba en la cama al lado de Antonella y Ricardo.

—Chicos, ella es Aina, la madre de Edith. Ellos son Will —la presentó Francesca acercándose a su yerno—, el marido de mi hija. El que está en la cama es Ricardo, presupongo que tu futuro yerno —le susurró—. Él es James, nuestro médico particular. Y ellos son Volker, Frederick, Kenneth y, el que está concentrado en el centro de la habitación, es Miguel. Está intentando encontrar a la serpiente.

—¿Serpiente? —preguntó Aina sin entenderla.

—Es el nombre en clave de mi padre —le contestó Ciara con una sonrisa y abrazando a la recién llegada con fuerza.

—De acuerdo. Lo cierto es que ese nombre le va mejor. Así que, ¡eres madre!

—Sí —Ciara cogió la mano de la mujer y la guio hasta la cama donde cogió a su hija—. Ella es Antonella Carmichael Marazzi.

—Es preciosa. Se parece mucho a ti, aunque los ojos son de él. ¿Y cómo va la búsqueda?

—Atascada —respondió Miguel levantándose del suelo.

—Deberíamos cambiar de hotel. La serpiente tiene que estar muy cerca si Miguel no consigue ubicarla —dijo el comisario cogiendo los macutos que

había llenado de ropa para él, Ciara y la niña.

—¿Podemos cambiarle el nombre en clave? —se quejó James mientras un escalofrío le recorría el cuerpo de la cabeza a los pies.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? —quiso saber Yolanda agarrada a su brazo.

—Le dan pánico las serpientes —contestó Kenneth enfatizando la última palabra.

—Eres muy gracioso —le dijo su amigo con una mueca de burla.

—Bueno, ya vale. ¿Cómo quieres que le llamemos? —le inquirió Will.

—No sé, pero ese reptil no.

—Bien, ahora será el reptil. Vámonos.

Ya había anochecido cuando llegaron al nuevo hotel, al otro lado de la isla, muy lejos del puerto. Mientras Volker preparaba la documentación con la recepcionista, los demás subieron a la última planta. Se acomodaron en sus habitaciones y Miguel se preparó para concentrarse y encontrar de una vez por todas al reptil.

Las horas pasaban y el hombre seguía sin ver dónde se encontraba el científico. Era frustrante. Siempre había conseguido encontrar a cualquier persona en cualquier situación, pero no comprendía por qué no podía dar con ese hombre. ¿Qué diferencia había?

Yolanda se levantó de un salto del sofá de la pequeña sala de la suite y salió al pasillo. James la siguió. No parecía estar de buen humor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el doctor con las manos en los bolsillos.

—Sí. Solo estoy un poco cansada.

—Ve a descansar, nosotros nos ocuparemos de la vigilancia esta noche.

—No. No puedo dormir.

—¿Quieres una pastilla?

—No me sientan bien.

Un camarero pasó por delante de ellos con un carrito de metal lleno de bandejas repletas de comidas deliciosas. El muchacho llamó a la puerta de la

última suite de la planta y esperó a que le abrieran.

—Te puedo pedir una infusión para que te ayude a relajarte —le ofreció el doctor observando al camarero que entraba en la habitación. El huésped no se había asomado y eso había hecho que la alarma dentro de él saltara como un resorte y empezara a pitar descontrolada. Sin embargo, se contuvo de ir a tirar la puerta de una patada y cogió a Yolanda que se inclinaba precariamente para darse de bruces contra el suelo—. ¿Cuánto hace que no duermes?

—Tres días.

—Es lógico que ahora te caigas de sueño, literalmente —la agarró con fuerza, sosteniéndola en pie, pero era inútil, las piernas se le doblaban como si fueran de goma.

El doctor la apoyó en la pared, se agachó y la dejó caer sobre su hombro. La llevó a la habitación, abrió la puerta con la tarjeta que le había cogido del bolsillo trasero del vaquero y la tumbó en la cama. Le quitó las botas de media caña y la tapó con la manta celeste que reposaba en el sillón blanco al lado del balcón. Se arrodilló delante de ella, apartándole el pelo rubio de la cara y observando su hermoso rostro. Le dejó un tierno beso en la frente y se levantó para irse.

La mano de la chica se movió con rapidez cogiendo la de él.

—No te vayas —murmuró con los ojos medio abiertos.

Una sonrisa se formó en la boca de James, rodeó la cama, se tumbó al lado de ella y la abrazó. Vigilaría mientras ella recuperaba las horas de sueño que se había perdido.

Una sensación de hogar, alegría y felicidad lo inundó. El corazón le latió tan rápido que creyó que se le salía del pecho. Los recuerdos de su niñez junto a sus padres en el jardín de su casa en Miami invadieron su mente. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Feliz, vivo.

Ylva paseaba de un lado a otro del pasillo, vigilando por si a la serpiente se le ocurría asomar su mugrosa y viscosa cabeza por allí. Llegó hasta el final del pasillo y dio media vuelta para regresar al punto de partida.

De repente, escuchó el sonido de unas pisadas que se acercaban a ella, pero no veía a nadie. Cerró la mano en un puño, controlando el humo gris dentro, dispuesta para dejarlo salir si era necesario.

Los pasos cesaron quedándose el pasillo en un silencio sepulcral, aunque Ylva no se relajó. Sin previo aviso, el rostro de Volker se hizo visible delante de ella, a solo unos escasos centímetros, sobresaltándola.

—Buh —dijo el hombre con una sonrisa.

—No vuelvas a hacer eso —lo regañó Ylva con los dientes apretados, enfadada—. Podrías estar muerto ahora mismo.

Volker echó un vistazo al puño cerrado de ella. Un fino hilo de humo gris salía de entre los dedos blancos de la fuerza con la que intentaba retenerlo.

—Perdona, ha sido una mala idea —acarició con suavidad el brazo de la chica cuando ésta cerró los ojos luchando por controlar el mortal humo gris dentro de ella.

La tensión en el cuerpo de Ylva desapareció al sentir el roce de él, abrió los ojos y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Se ha pasado? —le preguntó el hombre enmarcando su rostro y enjugándole la escurridiza lágrima que resbalaba por su mejilla.

La chica asintió. No podía hacer nada más. Se había quedado sin palabras y sin saber qué hacer.

—Te acompaño para hacer la guardia —se ofreció el hombre alejándose un poco y sentándose en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

Los sentimientos de la chica se habían vuelto un caos en su interior. “¿Desde cuándo no siento esta sensación de felicidad?”, se preguntó sorprendida. Lo cierto era que habían pasado muchos años desde la última vez.

La imagen de su madre apareció en sus recuerdos. No había tenido una niñez normal pero, después de todo, su madre había hecho que aquella época fuera una experiencia a tomar en cuenta y le había enseñado lo que era querer a un ser humano. Le había hecho saber que había amores diferentes, distintas formas de amar y que todas ellas merecían la pena.

Por alguna razón, aquellos sentimientos se habían ido quedando olvidados, enterrados en su corazón desde que su madre había tenido que huir y esconderse de aquellos que la habían torturado. Llevaba demasiado tiempo sin verla, temiendo que si lo hacía, ellos la encontrarían y se la arrebatarían.

Las piernas de Ylva fallaron y cayó de rodillas en el suelo enmoquetado

del pasillo. Apoyó las manos delante de ella, inclinándose para poder respirar. Las lágrimas brotaban de sus ojos como dos cataratas.

Los ojos de Volker se abrieron de par en par al verla caer, derrumbada. Se acercó a ella a gatas y le apoyó la mano en la espalda. Estaba tensa.

—Tranquila. Sácalo todo —le susurró al oído apartándole un mechón de pelo rubio para verle el rostro.

Ylva se desahogó como nunca lo había hecho, ni siquiera con su madre, y se sentó respirando hondo.

—¿Mejor? —le preguntó él sentándose enfrente de ella y agarrando sus manos.

—*Tak* —contestó la chica asintiendo.

—¿Qué significa? —quiso saber el hombre.

—Gracias en danés.

—¿Sabes hablar danés? —preguntó sorprendido.

—Mi madre es danesa. ¿Me dejas tu móvil? Tengo que hacer una llamada.

—Claro —Volker le entregó el aparato y se levantó para dejarle un poco de intimidad.

Ylva tecleó el número y esperó a que le contestaran.

—¿Quién es? —le inquirió una voz femenina en danés.

—*Mon*, soy yo —contestó Ylva sorbiéndose la nariz.

—*Min Pige*, ¿estás llorando?

—¿Cómo estás? —las comisuras de la boca de la chica se elevaron formando una gran sonrisa de oreja a oreja mientras escuchaba la voz de su madre por el auricular del móvil.

Volker la observó con curiosidad. En el tiempo que la conocía no recordaba haberla visto sonreír con tanta felicidad que hacía brillar sus ojos grises como el mercurio.

Capítulo 22

Los rayos del sol traspasaron los cristales del balcón de la habitación de Yolanda deslumbrándola. Se tapó los ojos con la mano y los abrió. Estaba un poco desorientada. Sus ojos inspeccionaron a su alrededor, se incorporó y sintió que alguien se movía detrás de ella. Miró de reojo y vio a James dormido bocarriba. Empezaba a recordar lo que había ocurrido. Él la había traído hasta su habitación para que durmiera y ella sin saber por qué le había pedido que se quedara. Se movió despacio, dándose la vuelta para apoyar la cabeza en su mano y contemplar al doctor mientras dormía plácidamente. Su rostro estaba sereno y relajado. Rozó con la yema de los dedos el perfil de su mandíbula, pinchándose con la incipiente barba que ya le crecía. Continuó su recorrido por la barbilla, demorándose en el diminuto hoyuelo que tenía en medio de ésta. Una sonrisa se formó en los labios de la chica. Entendía por qué le había dicho que se quedara con ella. Aquél sentimiento, aquella sensación que invadía su corazón llenándolo de gozo, de felicidad; aquello era lo que su madre le había explicado millones de veces cuando era pequeña. El AMOR. Sabía lo que era querer, admirar, sentirse deseada y comprendía el cariño, pero nunca, en toda su larga vida, había vivido el amor, la alegría, el placer de sentirse amada por alguien que no fuera su madre o sus hermanas.

Los ojos de James se abrieron parpadeando varias veces, adaptándose a la luz. Vio a Yolanda y le dedicó una sonrisa.

—Buenos días. ¿Has podido dormir? —le preguntó apartándole el pelo que le caía delante de la cara.

—Sí. Deberíamos levantarnos.

James la atrapó entre sus brazos antes de que ella se alejara, atrajo su boca a la de él y la besó. Un beso tierno al principio pero, poco a poco, fue creciendo la intensidad y la pasión. El doctor rodó para quedar encima de ella mientras sus manos exploraban, memorizaban cada centímetro de la suave piel de la chica.

La ropa de ambos voló por la habitación cayendo en el suelo, al otro lado de la habitación. Yolanda rodeó la cintura del doctor y, con un rápido movimiento, se puso encima de él tomando el control de la situación. A horcajadas sobre el médico se quitó el sujetador negro de encaje dejando a la

vista sus pechos bien proporcionados y turgentes.

James la contempló con una sonrisa pícaro y los ojos entornados, se incorporó atrayéndola hacia él, cogiéndola de la nuca y besándola apasionadamente. Las manos del hombre acariciaban el cuerpo de la chica. Llegó hasta el encaje de las bragas negras y tiró de ellas rompiéndolas.

La chica no fue menos. Tocó con los dedos la cinturilla de los calzoncillos y, con un solo tirón, la tela se desgarró.

El cuerpo de ambos amantes estaba caliente y dispuesto para el siguiente paso. Yolanda se movió con lentitud sobre la erección del doctor, atormentándolo. Con un movimiento sutil y efectivo, la punta del pene quedó en la húmeda abertura de la chica, sin llegar aún a la penetración. Ella le dedicó una sonrisa al hombre enredando sus largos dedos entre el pelo corto de él y, sin previo aviso, se empaló.

Ambos jadearon ante tal placer y la chica empezó un suave contoneo llevándolo a la locura y llenándose de aquél sentimiento de plenitud. El contoneo se fue acelerando mientras Yolanda cabalgaba a James. Estaba radiante. Se sentía llena, anhelante, deseada. Sentía placer cada vez que bajaba y subía para ser penetrada una y otra vez. Se sentía embriagada por todos aquellos sentimientos al mismo tiempo.

James soltó un gruñido cuando llegó al clímax y, unos segundos después, Yolanda se unió a él. El doctor se tumbó en la cama llevándose con él a la chica, exhausta entre sus brazos. Sus respiraciones estaban aceleradas y el doctor podía sentir el cálido aliento de ella en su pecho. Las comisuras de sus labios se elevaron formando una sonrisa para dejar paso a una gran carcajada.

Yolanda levantó la cabeza para mirarlo extrañada.

—¿De qué te ríes?

—De lo feliz que soy —le respondió apretándola contra él.

El móvil de Edith pitó dos veces haciendo que se sobresaltase junto a Ricardo. Alargó el brazo hacia la mesita de noche para coger el aparato y miró los mensajes. Los leyó con los ojos entrecerrados y resopló dejándolo de nuevo en el mueble. Se movió entre los brazos de Ricardo para poder mirarlo a la cara y le dejó un beso en la punta de la nariz.

—¿Qué hora es? —quiso saber él con la voz ronca.

—Temprano. Sigue durmiendo —le susurró dejándole un pequeño beso en los labios.

Volvió a moverse, pero esta vez para levantarse de la cama. Sin embargo, Ricardo la abrazó con más fuerza, dejándola casi sin respiración.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó él rodando para atraparla entre su cuerpo y el colchón.

—Tengo que hacer unos recados —respondió besándole el cuello.

—¿Tiene que ser ahora? —se quejó frunciendo los labios.

—Es un poco lejos. Cuanto más temprano me vaya antes regresaré —la voz de la chica era casi un susurro.

—¿Puedo ir contigo? —levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Quieres venir conmigo? —estaba sorprendida.

—Sí. A menos que vayas a reunirte con algún amante secreto.

—Vaya, me has pillado.

El ceño de Ricardo se frunció molesto. Una sonrisa traviesa se dibujó en la boca de la chica.

—No te rías de mí —la riñó mientras le hacía cosquillas.

—Vale, vale. He aprendido la lección —le dijo intentando zafarse de él.

—¿A dónde tienes que ir? —inquirió Ricardo sin darle tregua.

—¡Tengo... tengo que recoger a una persona! —le gritó entre risas.

—¿Qué persona?

—No puedo decírtelo, pero... —le contestó antes de que volviera a arremeter con las cosquillas—, ven conmigo y lo sabrás.

—Eso me gusta más. Está bien, pongámonos en marcha.

El hombre se levantó contento con la respuesta y entró en el baño.

Edith lo siguió con la mirada y una gran sonrisa de oreja a oreja. Estaba feliz, muy feliz. “¿*Quién lo iba a decir?*”, se preguntó ataviándose con unos vaqueros negros, una camisa de mangas largas y unas botas de media caña negras. Cogió el cepillo de pelo que tenía en su neceser y se hizo una cola alta.

Ricardo salió del baño con el pelo mojado y una toalla enrollada a su cintura, dejando ver sus músculos definidos. Se vistió en dos segundos, agarró

la mano que Edith le ofreció y desaparecieron.

James estaba tumbado en la cama bocabajo medio dormido con las caricias que Yolanda le dejaba por toda la espalda. En sueños, escuchó la voz suave de la chica.

—Uno, dos, tres... —contaba dejando un beso donde le había rozado con la punta de los dedos.

—¿Qué estás contando? —le inquirió levantando un poco la cabeza de la almohada y mirándola de reojo.

—Las pecas de tu espalda —respondió la chica dejándole otro beso en la espalda—. Cuatro, cinco...

—¿Por qué?

—Porque quiero saber cuántas tienes. ¿Siete? —se preguntó pensativa—. Vaya, ahora tengo que empezar de nuevo. Me estás desconcentrando.

—¿Yo?

—Sí, tú. No me hables mientras cuento.

—Vale, no hablaré —se dio la vuelta para mirarla y atraparla entre sus brazos—. Entonces, te besaré.

La besó amortiguando la protesta de ella y rodó para dejarla inmovilizada bajo su cuerpo. Se besaban con pasión, acelerándoseles el pulso y las respiraciones cuando alguien llamó a la puerta.

—Más le vale que sea importante —gruñó James.

—¿Quién es? —preguntó Yolanda.

—¡Yoli, sal! ¡Te tengo una sorpresa! —le gritó Edith desde el otro lado de la puerta, ilusionada.

—¿No puede dártela más tarde? —le susurró el doctor con cara de pena.

—¡Voy! No parará hasta que abra —la chica le dedicó una sonrisa y se levantó cuando él rodó para un lado, dejándola libre—. Vístete —le dijo lanzándole un albornoz del baño y ataviándose ella con otro.

—Si no hay más remedio —se quejó el doctor.

Yolanda se ató la cuerda del albornoz a la cintura, se hizo una cola en el pelo y abrió la puerta quedándose sin habla al ver a la mujer delante de ella.

La mujer era rubia, con los ojos celestes, el rostro ovalado, un poco más baja que Yolanda y tenía una gran sonrisa en sus llenos y carnosos labios tan parecidos a los de ella.

—¿Mamá? —preguntó la chica en español, sin poder creer lo que veía.

—Hola, mi niña —contestó la mujer con la voz acongojada por la alegría. Abrió los brazos con los ojos brillándoles y Yolanda la abrazó con fuerza mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¿Qué haces aquí? Podrían verte —le dijo la chica sin soltar a su madre.

—He venido a ayudaros. No voy a perderme la oportunidad de vengarme. ¿Sabes cuánto tiempo he pasado pensando en ello? —respondió la mujer sin poder dejar de sonreír.

Después de estar tantos años, tantos largos años sin poder verla ni tocarla, sólo con llamadas, sólo escuchando su voz, en ese momento estaba en la gloria.

Yolanda estaba en una nube. Aún no podía creer que su madre estuviera allí, hablando con ella cara a cara, abrazándola como cuando era pequeña. Estaba sumergida en sus pensamientos cuando escuchó un carraspeo a su espalda. Levantó la mirada hacia Edith y Ricardo que estaban detrás de su madre y vio sus caras desconcertadas que se les había quedado al ver a su compañía. Se alejó de su madre, cogió la mano de James para acercarlo a ella y los presentó.

—Mami, él es James. James, ella es mi madre, Virginia.

Virginia le dio un abrazo y un beso en cada mejilla al hombre sonriendo con picardía.

—¿Debo suponer que eres mi yerno? —le preguntó al doctor.

—Debería —contestó él rodeando la cintura de Yolanda, atrayéndola hacia él y dejándole un beso en la cabeza.

Edith y Ricardo seguían detrás de Virginia con la boca y los ojos abiertos por la sorpresa. Un camarero pasó por detrás de ellos con un carrito metálico, con una cubitera llena de hielo y una botella de champán. Se paró en la última habitación del pasillo y llamó.

—Servicio de habitaciones —anunció el camarero llamando aún más la atención de Ricardo.

La puerta se abrió dejando paso al joven. Los ojos de Ricardo se entrecerraron desconfiados. Algo en ese joven no llegaba a gustarle, pero no sabía qué. Se llevó la mano a la parte de atrás del pantalón, tocando la pistola cuando la puerta de la habitación se abrió para que el camarero saliera de nuevo con el carrito metálico. Esta vez la cubitera había sido sustituida por una bandeja tapada. El joven cerró la puerta a su espalda y, con un rápido movimiento, levantó la tapa de la bandeja, cogió la pistola que descansaba en el frío metal y disparó. La bala voló hacia el corazón de Ricardo que cayó al suelo por el impacto.

Los ojos de Edith se abrieron como platos al ver la sangre que emanaba del pecho del hombre. La furia se apoderó de ella, miró al camarero cegada por la ira y corrió hacia él antes de que pudiera saltar por la ventana. En milésimas de segundos había llegado hasta el joven, le había arrebatado el arma con un solo movimiento, había trepado por el debilucho y largo cuerpo del camarero y le había roto el cuello. Cogió el arma que había tirado, se la entregó a Virginia y volvió junto a Ricardo.

Yolanda lo cogió en brazos y lo tumbó en la cama con cuidado.

—Tráeme el maletín de mi habitación, ¡rápido! —le dijo James a Edith que se había quedado petrificada mirando la mancha oscura que la sangre le había dejado en la camiseta verde—. ¡Edith, corre!

La chica parpadeó varias veces volviendo en sí y corrió hacia la habitación contigua. Se convirtió en sombra al instante y pasó por debajo de la puerta. Cogió el maletín que descansaba en la cómoda y regresó al cuarto de su hermana.

Ya estaban todos allí reunidos entre el dormitorio y el pasillo, preguntando lo que había ocurrido. Edith le dio el maletín a James cuando éste desgarraba la camiseta de Ricardo. El doctor abrió la maleta, cogió unas pinzas y hurgó en la herida en busca de la bala. Debía sacarla para poder cerrar bien la herida después.

—Yolanda, prepárame las gomas y las agujas, necesita una transfusión —le ordenó sacando despacio la bala.

Edith se sentó en el borde de la cama cogiendo la mano de Ricardo entre las suyas.

—¿Se pondrá bien? —le preguntó a James con un hilo de voz y sin apartar la vista del hombre que se desangraba ante sus ojos. Las lágrimas brotaron de

sus ojos marrones como dos cataratas mientras vivía por segunda vez aquella escena terrorífica—. ¿Por qué? ¿Por qué otra vez? —preguntó con la voz apagada.

Todos se miraron sin comprender a lo que se refería. Francesca entró en la habitación, buscó a Edith con la mirada y se acercó a ella para consolarla.

—Tranquila. Estoy segura de que James lo salvará —le dijo escuchando con claridad los pensamientos de la chica que tantas veces había encontrado bloqueados.

Edith se sorbió la nariz asintiendo esperanzada. Francesca tenía razón. James salvaría a Ricardo, no dejaría que se marchase.

El doctor ató las gomas un poco más arriba de los codos en su brazo y en el de su amigo, clavó las agujas con el tubo y su sangre circuló hasta el cuerpo de su compañero, mezclándose con su torrente sanguíneo. Se sentó en el suelo con el brazo derecho apoyado en la cama.

—Esto va a durar unos minutos —anunció apoyando la espalda en la mesita de noche y cruzando las piernas a la altura de los tobillos.

Yolanda se acuclilló a su lado, agarrándole la mano con ternura.

—¿Necesitas algo? —le inquirió con suavidad.

—No, aún no. Te necesitaré cuando acabe.

—De acuerdo —le dejó un beso en los labios y se acercó a su madre—. Dejémoslos a solas.

—¿Vienes, cielo? —le preguntó Francesca a Edith dándole un beso en la cabeza.

—Quiero quedarme con él —contestó la chica negando con la cabeza.

—Está bien. Llamarnos si necesitáis algo.

Francesca salió al pasillo cerrando la puerta de la habitación detrás de ella. Edith se movió para tumbarse en la cama, al lado de Ricardo, acariciándole el antebrazo.

—Ni se te ocurra dejarme —le advirtió al oído en un susurro que James no pudo percibir.

Los minutos pasaban con lentitud y Edith se había quedado dormida,

tumbada al lado de Ricardo cuando Yolanda entró en la habitación. Se acercó a James, arrodillándose junto a él y dejándole un beso en los labios.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le preguntó en un susurro para no molestar a su hermana.

—Quita ya las agujas y guárdalo todo en el maletín —la voz del doctor estaba apagada. Su blanquecino rostro pedía un descanso a gritos—. ¿Sabes cómo quitarlas?

—Sí, no te preocupes. Descansa.

James cerró los ojos recibiendo un beso en la frente y Yolanda comenzó a quitar las agujas con cuidado, taponando el diminuto agujero con un poco de algodón y esparadrapo. Tiró las agujas a la basura y guardó todos los bártulos en el maletín. Salió de la habitación y entró en la de Ciara. Todos estaban allí reunidos para averiguar cómo había podido ese joven dar con ellos.

En cuanto habían visto el cadáver de aquél camarero, Kenneth lo había cargado hasta la habitación y había revisado sus bolsillos en busca de alguna identificación mientras los demás se quitaban al personal del hotel de encima. El cadáver seguía siendo un desconocido. En sus bolsillos no había nada. Necesitaba hablar con Ricardo y Edith, pero su compañero aún no se había despertado y la chica no quería hablar con nadie hasta que Ricardo no se despertara.

Muchas preguntas pasaban por su cabeza, y ninguna podría ser respondida si su amigo no se recuperaba.

—¿Has descubierto algo? —le preguntó Julia sacándolo de sus pensamientos.

—No. Estoy totalmente en blanco. Necesito las respuestas de Ricardo y Edith a todas mis preguntas.

—No creo que Ricardo tarde mucho en recuperarse —le dijo Yolanda sentándose en el sofá para coger a Antonella de los brazos de Virginia.

—Supongo que podré esperar un poco más, aunque deberíamos irnos a otro hotel —comentó Kenneth irguiéndose en toda su altura al lado de Julia.

—Tienes razón, pero hay que esperar a que Ricardo y James se recuperen. No están en condiciones de viajar —añadió Will desde la cocina mientras calentaba el biberón de su hija.

—Me voy a la habitación por si alguien más da con nosotros —les informó Yolanda devolviéndole la niña a Virginia después de dejarle un beso en su cabecita.

—Avísame si necesitas un relevo —le dijo Julia antes de que saliera su hermana.

Yolanda le dedicó una sonrisa agradecida, cerró la puerta a su espalda y volvió a su habitación para cuidar de James, Ricardo y Edith.

La noche ya había caído cuando los ojos de Ricardo parpadearon antes de abrirlos poco a poco. Miró a su alrededor, intentando aclarar las imágenes que volaban por su cabeza. Sentía una quemazón en el lado izquierdo del pecho. Se llevó la mano con una mueca de dolor hacia donde debería haber una herida.

—Buenas noches —lo saludó el susurro de la voz de Yolanda desde el sillón al lado de la puerta del balcón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó desconcertado.

—Te han disparado. Has estado a punto de morir. ¿No recuerdas nada? —quiso saber Yolanda.

—No mucho.

—Sigue descansando. Por la mañana lo verás todo más claro —le aconsejó la chica cruzando las piernas y cogiendo una revista de encima de la cómoda.

Los ojos del hombre se volvieron a cerrar con cansancio, quedándose dormido al instante.

Por la mañana, Ricardo se despertó rodeado por el brazo de Edith que dormitaba a su lado en la cama. Recorrió la habitación, mirándola con atención. Yolanda estaba sentada en el sillón mientras observaba el amanecer, cautivada por su belleza.

—Hola —la saludó Ricardo levantando un poco la cabeza de la almohada.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó la chica mirando fijamente al sol.

—Mejor, gracias.

—¿Recuerdas lo que pasó?

—Creo que sí.

—Kenneth quiere hacerte unas preguntas. Quiere averiguar lo que pasó.

—De acuerdo.

Capítulo 23

Kenneth llamó a la puerta de la habitación de Yolanda y entró antes de que la chica pudiera contestar. Se acercó a la cama, miró a Ricardo que ya tenía mejor color y se apoyó en la cómoda.

—Buenos días. ¿Cómo te sientes? —le preguntó a su amigo cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Mucho mejor. Puedes empezar con las preguntas —contestó Ricardo incorporándose para apoyar la espalda en el cabecero de la cama con un poco de ayuda de Edith.

—Yolanda me ha contado que vio cuando te llevabas la mano al arma. ¿Por qué? ¿Qué hizo el camarero para que tú sospecharas? —quiso saber Kenneth.

—No lo sé. Me llamó la atención que llevara solo una cubitera. Cuando salió de la habitación llevaba solo una bandeja tapada, lo que hizo que desconfiara más.

—¿Estás seguro que esa bandeja no la llevaba antes?

—Seguro. Cuando se dio cuenta de que lo había visto, destapó la bandeja y sacó el arma.

—¿El arma estaba en la bandeja?

—Sí. El huésped de esa habitación se la daría.

Los ojos de Kenneth se abrieron de par en par. Miró a James y a las dos chicas. Unos segundos después, los cinco estaban en el pasillo, delante de la última puerta. Los tres hombres sacaron las armas y Edith se convirtió en sombra para pasar al otro lado. Hizo un rápido reconocimiento del lugar y abrió la puerta cuando comprobó que no había nadie.

—Quien quiera que estuviese aquí se ha ido —les informó dejándolos entrar.

Kenneth echó un vistazo a cada una de las estancias, recopilando pruebas para averiguar quién se había hospedado allí. Algo brillante en la silla de la terraza llamó su atención. Abrió la cristalera, se inclinó hacia la silla de mimbre y cogió el anillo de oro que se había caído en el cojín. El anillo tenía una esvástica dibujada con rubíes. Entró en la habitación y les preguntó a las

chicas mientras se lo enseñaba:

—¿Lo reconocéis?

Yolanda y Edith asintieron con los ojos como platos. ¿Cómo era posible que ese anillo estuviera allí? ¿Cómo era posible que supiera dónde encontrarlos?

—Voy a dárselo a Miguel —les informó antes de salir de la habitación.

El móvil de Edith pitó sobresaltándolos a todos. La chica leyó el mensaje y dijo:

—Tengo que irme.

—Te acompaño —apuntó Ricardo cogiéndole la mano.

—No estás en condiciones de viajar. No tardaré. Tres horas como mucho.

—Eso es demasiado tiempo. Voy contigo. Estoy bien. James siempre hace un buen trabajo.

—¿Estás seguro? —le inquirió la chica preocupada.

—Seguro.

—Si no te sientes bien... —le advirtió señalándolo con el dedo.

—Te lo diré —la cortó dejándole un tierno beso en la punta del dedo.

—Agárrate —le aconsejó la chica agarrándolo por la cintura con fuerza y desapareciendo.

—Con lo mal que se llevaban esos dos —dijo Yolanda acercándose a James.

—Los que se pelean, se desean —escucharon la voz de Julia desde el pasillo.

—¿Y los que no? —quiso saber James.

—Se morrean —Julia le guiñó un ojo a su hermana con complicidad antes de dejarlos a solas.

—Mm... me gusta ese refrán —comentó James agarrando a Yolanda por la cintura, pegándola a él y besándola.

Kenneth entró en la habitación de Will, se acercó a Miguel que estaba descansando en el sofá y le entregó el anillo que había encontrado.

—Es de la serpiente —le informó.

—¿Dónde lo has encontrado? —quiso saber el comisario acercándose a ellos sorprendido.

—En la última habitación. Al parecer ha estado al lado de nosotros, delante de nuestras narices, sin que nos diéramos cuenta.

—¿Cómo sabía dónde estábamos? —preguntó Will sin entenderlo. Habían tomado tantas medidas para que no los siguieran que, al final, iba un paso por delante de ellos.

—No lo sé —contestó Kenneth—. A ver si puedes encontrarlo ahora —le dijo a Miguel.

Su amigo asintió esperanzado, se sentó en el suelo apoyando la espalda en el sofá, cerró los ojos y empezó a buscarlo.

Völker entró en el hall del hotel donde aún seguían hospedados. Invisible a los ojos de todos se acercó al ascensor y lo llamó. Mientras esperaba a que el aparato llegara, echó un vistazo a su alrededor en busca de algún sospechoso. Alguien sentado en la barra del bar del hotel llamó su atención. Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa y se encaminó hacia ella. Se sentó en el taburete de al lado y pidió una copa para acompañarla.

—Hola, ¿qué haces aquí? —le preguntó a la chica que lo miró con los ojos enrojecidos e hinchados—. ¿Qué te ocurre?

—Nada que te importe —respondió Ylva trabándosele la lengua al hablar.

—¿Estás borracha? —la sorpresa se reflejó en su cara.

—Pues sí. ¿Y qué? ¿No puedo emborracharme o qué? ¿Lo tengo prohibido? —inquirió terminándose el whisky que le quedaba en el vaso de un trago y levantándose.

Las piernas le fallaron. Estaba a punto de caer al suelo cuando sintió unas fuertes manos que la sujetaban.

—¿Estás bien? —quiso saber Völker. Estaba preocupado por ella.

—Estupendamente —contestó la chica zafándose de sus manos que la agarraban para sostenerla de pie.

Ylva alzó la cabeza con dignidad, dio un paso hacia la salida, pero chocó

con una silla y cayó al suelo.

Volker la ayudó a levantarse, pasó el brazo de la chica por su cuello mientras le rodeaba la cintura y la agarraba con fuerza.

—Vamos —se hizo invisible, salió del bar y se dirigió al ascensor.

Entró en el elevador cuando paró en la planta baja dejando pasar a la gente que salía y le dio al botón de la última planta.

Cuando el cubículo llegó a su destino, Volker llevó a Ylva a la habitación asignada a ella. La chica levantó la mirada con los ojos medio cerrados, deslumbrada por la luz del sol que se reflejaba en el suelo de baldosas blancas.

—¿Por qué me has traído a mi habitación? —preguntó desconcertada mientras apoyaba la mano en la pared para sostenerse.

—Porque tienes que dormir la borrachera que llevas —el hombre cerró las cortinas haciendo que los ojos de la muchacha se abrieran casi con normalidad. Aún seguían hinchados y enrojecidos.

—Yo no estoy borracha. Reconozco que he bebido un poquito más de la cuenta, pero no estoy borracha. Solo estoy... contenta —le dijo con una media sonrisa. Apoyó la espalda en la pared y resbaló despacio hasta quedar sentada en el suelo.

—Como tú digas —murmuró el hombre acercándose a ella. Se inclinó delante de ella cogiéndole las manos y tirando hacia él para levantarla.

—¿Por qué se mueve tanto la habitación? —se quejó la chica llevándose una mano a la boca cuando le vino una arcada.

—No se está moviendo —respondió el hombre con paciencia caminando hacia la cama.

—Sí, lo hace. Dile que pare, me estoy mareando —le ordenó la chica conteniendo otra arcada.

—Está bien. Espera aquí mientras te preparo un baño —la dejó tumbada en la cama y le quitó las pesadas botas negras militares.

Volker se dirigió al baño y abrió el grifo de la bañera tapando el desagüe para que se llenara. Regresó junto a ella, le desabrochó el pantalón y se lo deslizó por las piernas hasta quitárselo. La agarró de las manos tirando hacia él para incorporarla y poder quitarle la chaqueta de cuero ajustada y el fino

chaleco de seda azul.

—Ylva, pon algo de tu parte —le dijo con la respiración entrecortada por el esfuerzo.

La única respuesta de ella fue un bufido y un chillido cuando sintió las frías manos de él en contacto con su piel caliente.

—Quiero dormir. ¿No íbamos a dormir? —se quejó ella rodeando el cuello de Volker con sus brazos y acercando su boca a la de él.

—Después del baño —contestó intentando controlar el equilibrio.

El hombre aprovechó el agarre de ella en su cuello para levantarla. Una vez estuvo de pie, Volker se agachó y se la echó al hombro. Se encaminó hacia el baño mientras le quitaba los calcetines, cerró el grifo de la bañera y, con cuidado, la metió en el agua.

Los ojos de Ylva se abrieron de par en par cuando sintió el agua helada en su cuerpo. Abrió la boca para protestar, pero las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta, congeladas como cubitos de hielo.

—¿Cómo te sientes? —se interesó él con una sonrisa mientras mantenía el cuerpo de la chica bajo el agua.

—Está... está helada —respondió con los dientes castañeteándole.

—Lo sé.

—Te... te voy a matar. En cuanto salga de aquí... te mato —le amenazó sin poder moverse. Los músculos, nervios y tendones se le habían congelado dejándola inmóvil.

—Por supuesto, no esperaba menos de ti —Volker empujó la cabeza de la chica hacia abajo, metiéndola debajo del agua.

La chica tosió el agua que se le había metido por la nariz y clavó la mirada en el rostro del hombre. Estaba disfrutando con aquello y se la iba a pagar muy caro.

—Creo que ya es suficiente —murmuró él levantándose para coger un albornoz colgado en la puerta del baño. Se acercó a Ylva, la ayudó a salir y la tapó con el albornoz.

El cuerpo de la chica estaba temblando. Los dientes no dejaban de escucharse al chocar unos contra otros. Tenía los dedos de las manos y los pies entumecidos.

El hombre la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, dejándola tumbada en ella con suavidad.

—Deberías quitarte la ropa interior. La tienes empapada de agua fría —le comentó él tapándola con la colcha negra estampada con flores de lis plateadas.

—Vete... a la... mierda —respondió Ylva temblando y con los dientes apretados.

—Tampoco ha sido para tanto —si las miradas matasen, Volker estaría en el suelo muerto—. Mira el lado bueno —dijo sentándose en el borde de la cama, cerca de ella—, ya se te ha pasado la borrachera.

—Idiota —lo insultó la mujer entrando un poco en calor bajo la colcha. Ya podía mover los dedos y las extremidades.

Los minutos pasaban y el cuerpo de Ylva recuperaba su temperatura. Los ojos de la chica se abrieron lentamente. Miró a su alrededor, incorporándose en la cama y vio a Volker sentado en el suelo con la espalda apoyada en la cama, los brazos y las piernas cruzadas y dormitando con la cabeza en el colchón, mirando al techo. Parecía relajado.

La chica se movió con cuidado por la cama para no despertarlo, se dirigió hacia el baño, se quitó el albornoz, desprendiéndose de la aún mojada ropa interior y se metió en la ducha. Abrió el agua caliente y dejó que resbalara por su frío cuerpo, calentándolo poco a poco.

Diez minutos después, salió ataviándose con un albornoz seco y volvió a la cama.

Volker ya no estaba en el suelo, sino tumbado en la cama bocarriba. Ylva se acercó a la mesita de noche, miró la hora en su móvil y vio que tenía una llamada perdida de un número desconocido. Abrió el cajón cogiendo un móvil desechable, marcó el número y apretó el botón de llamada. Un toque, dos toques... no llegó al tercero cuando la voz de una mujer se escuchó por el otro lado de la línea.

—Dígame.

—*¿Mon?* —preguntó Ylva con sorpresa, reconociendo la voz de su madre.

—*Min Pige*, te he llamado, pero no lo has cogido. ¿Estás bien? —le dijo preocupada.

—Sí, *mon*. No te preocupes. ¿Desde dónde me estás hablando? —la escuchaba entrecortada.

—Desde un móvil desechable. Tengo que colgar, *min Himmel*.

Los pitidos sonaron al otro lado de la línea cuando la madre de Ylva colgó dejándola con ganas de seguir escuchando su dulce voz. La necesitaba a su lado. Necesitaba que la abrazara y consolara entre sus brazos.

—¿Era tu madre? —la interrogó Volker sobresaltándola.

Ella asintió conteniendo las ganas de llorar. El hombre se incorporó en la cama, estirándose.

—Ya puedes contármelo —le dijo él acomodándose en la cama.

—¿El qué? —lo miró extrañada. No sabía de qué le estaba hablando. ¿Qué tenía que contarle?

—¿Por qué estabas borracha?

—Porque he querido —la chica se levantó, tiró el móvil a la basura y se dirigió al baño.

Volker la siguió y la observó apoyado en el marco de la puerta.

—Algo te ha tenido que pasar para que te encontrara como te encontré hace unas horas.

—¿Y por qué me ha tenido que pasar algo? ¿No puedo simplemente pasarme de copas como cualquier otra persona? —le inquirió cogiendo el cepillo de dientes y el dentífrico del neceser que descansaba a un lado del lavabo.

—Después de ver lo que puedes hacer con ese gas estando sobria, no quiero pensar que seas tan imprudente como para emborracharte porque sí. Podrías matar a un inocente si no tienes todos tus sentidos al cien por cien para controlar lo que vive dentro de ti —respondió el hombre tensándose. No quería enfadarla, pero no le quedaba otra que decirle toda la verdad, todo lo que pensaba sobre su imprudencia.

—No te preocupes. Puedo controlar lo que vive dentro de mí aunque esté inconsciente —contestó la chica molesta. ¿Quién se creía que era?

Se cepilló los dientes con ímpetu, bajo la atenta mirada escrutadora del hombre.

—No te creo —dijo Volker después de unos segundos—. Te ha pasado algo, pero no me lo quieres contar. No confías en mí. De acuerdo. ¿Hacemos un trato? —le preguntó dando un paso hacia ella con la mano extendida para que se la estrechara.

—¿Qué trato? —por supuesto que no confiaba en él como para contarle su vida y, mucho menos, sus traumas.

—Yo te cuento mi historia y tú me cuentas la tuya.

—¿Y cómo voy a saber que me cuentas la verdad? —inquirió Ylva guardando el cepillo de dientes.

—Lo sabrás —la agarró de la mano y tiró de ella llevándola hasta la cama.

—Empieza —lo apuró ella sentada en el borde de la cama, a su lado.

—Nací en 1915 en Alemania. Desde ese mismo día, mi padre me pegó cada vez que le apeteció y mi madre no hizo nada para pararlo.

—¿Por qué? —quiso saber Ylva anonadada por aquella reacción tan cobarde por parte de aquella mujer.

—Déjame terminar, después ya me preguntas todo lo que quieras —le respondió él. Ylva asintió y Volker prosiguió—. Días antes de mi decimoquinto cumpleaños me escapé de mi casa. Me escondí en el bosque durante dos días, hasta que decidí seguir mi camino. Anduve durante una semana sin rumbo fijo y sin comida para llenarme el estómago. Llegué hasta el cuartel del ejército dónde me dieron de comer y un sitio donde dormir, al menos, por tres días.

>>Les mentí diciéndoles que mis padres habían muerto, con lo que conseguí que no me volvieran a llevar con ellos. Una noche, mientras dormía en uno de los camastros, sentí un pinchazo en el cuello. Mis ojos se cerraron inmediatamente y, cuando los volví a abrir, estaba tumbado en una camilla de lo que parecía un hospital. Tenía cables por todos lados y había muchas personas con gorros, mascarillas, guantes y batas de médicos. Un hombre me dijo que no me preocupara, que todo estaba saliendo bien. No entendía a lo que se refería. Me llevaron a una habitación que parecía una jaula y me encerraron allí mientras no me hacían alguna prueba.

>>Los días pasaban lentamente y, cuando me quise dar cuenta, habían pasado casi tres décadas encerrado en aquél extraño lugar. En todos aquellos años había conseguido hacer algún amigo, pero ninguno duraba más de diez

días a mi lado. Allí también conocí a mis compañeros, con los que escapé encantado en cuanto tuvimos la ocasión —Volker miró los ojos grises de Ylva que se habían abierto de par en par al escuchar todo lo que había pasado—. Ya puedes hacer preguntas.

—¿Por qué te pegaba tu padre y tu madre se lo permitía?

—No entendían cómo un hombre y una mujer rubios con los ojos azules y piel blanca habían podido engendrar a un niño moreno con ojos verdes grisáceos y la piel un poco más morena. Mi padre acusó a mi madre de haberlo engañado, pero ella siempre lo negaba. No quería que le pegara a ella, así que, me echaba la culpa a mí —añadió cuando la chica cogió aire para preguntarle algo.

—¿Estuviste en el laboratorio desde los quince años? —le interrogó sorprendida y pensativa. El vago recuerdo de un muchacho moreno, delgaducho y con muchas cicatrices en los brazos llegó a su mente—. ¿Fuiste tú? —le dijo ella señalándolo con el dedo.

—¿Me viste alguna vez?

—Me toca contarte mi historia —ignoró la pregunta del hombre, se levantó de la cama y paseó de un lado a otro de la habitación nerviosa—. Como ya sabes, nací en aquél laboratorio en 1920. Creo que me hicieron pruebas desde el mismo día en que llegué al mundo y no pararon hasta, relativamente, poco tiempo. Me entrenaron en todas las artes marciales, me enseñaron a comunicarme en diferentes idiomas y me instruyeron en técnicas para matar a una persona sin dejar ni rastro.

>>Cuando tenía diez años, un científico me sacó de mi habitación con el pretexto de que necesitaba un poco más de sangre para analizarla. Obviamente, era mentira. Me llevó al almacén de la cocina y abusó de mí. Yo gritaba pidiendo ayuda, pero nadie me escuchaba —la respiración de Ylva se aceleró al recordar aquél instante—. El científico ya me había penetrado cuando cayó al suelo inconsciente por el golpe de una bandeja de metal en su cabeza —la chica observó la expresión de sorpresa de Volker—. Un muchacho moreno, enclenque y con la ropa rota le había asestado el golpe. Me preguntó si me encontraba bien, me acunó en sus delgados brazos hasta que me tranquilicé y me ayudó a salir de allí para volver a mi habitación.

—¿Tú eras aquella niña? —preguntó el hombre desconcertado y con el rostro de la niña en la mente. No la había podido olvidar desde aquél mismo

instante. Ella asintió dedicándole una leve sonrisa—. Te busqué al día siguiente, pero no te encontré.

—Me llevaron a las habitaciones del sótano y, al científico, lo despidieron.

—¿Ha sido ese recuerdo el que te ha llevado a tomarte unas copas de más? —quiso saber sin poder quitarse el rostro lleno de miedo de la inocente niña.

—En parte sí. Esta mañana he salido para hacer un reconocimiento y he recordado qué día era. En un día como hoy lo encontré en un mercado de Suiza, comprando con tranquilidad con una mujer de su mano y una niña pequeña en la otra. No pude evitar acercarme a él. En cuanto me vio, me sonrió con coquetería. Le seguí el juego, lo llevé a un callejón y... —la voz de la chica se apagó quedándosele las palabras atascadas en la garganta. Paró su paseo por la habitación apoyándose en la pared y resbaló hasta el suelo.

—Lo mataste —afirmó Volker levantándose para llegar hasta ella. Se acuclilló delante de la chica y le levantó la cabeza para que lo mirara—. No te atormentes por su culpa. Te hizo daño. Cualquiera hubiese reaccionado igual —la consoló. Tenía ganas de abrazarla contra él, pero se contuvo. No quería espantarla o enfadarla.

—Sólo pensé en lo que me había hecho. La sed de venganza me nubló la visión y se apoderó de mí. No pude controlarlo —le confesó derrumbándose. Las lágrimas brotaron de sus ojos como cataratas, empapándose las manos al taparse la cara para que él no la viera.

—No hagas eso, por favor —le suplicó con un nudo en el estómago—. No llores.

—Lo siento. Llevo mucho tiempo viviendo con esa culpa y ahora he podido desahogarme —sollozó la chica levantando la mirada.

—¿Necesitas desahogarte más? Puedes hacerlo conmigo —la mano de Volker se movió involuntariamente, llegando hasta el rostro de la chica para rozarlo con la punta de los dedos y enjugar las lágrimas de las mejillas.

—Gracias —titubeó Ylva sintiendo la calidez de la piel del hombre.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la mujer de los pies a la cabeza. Recordaba el contacto que hacía tanto tiempo atrás había recibido cuando más lo necesitaba. La sensación de protección, de seguridad, volvió a ella. Esa sensación que, aunque su madre había intentado sustituirlo con su amor, ella siempre había anhelado sentir otra vez. Sus intentos se quedaban en unas

simples migajas que no la llenaban.

Volker agarró las manos de Ylva con delicadeza, se levantó y tiró de ella para ayudarla. La pegó a él despacio, dejándole tiempo para que pudiera escapar si quería. No lo hizo. Al contrario, se pegó más a él rodeándole la cintura con los brazos y apoyando la cabeza en su pecho.

—Ya no estás enclenque —apuntó ella con una sonrisa dibujada en sus labios y sorbiéndose la nariz.

—No —rio apretándola aún más.

Habían pasado varios minutos y ambos seguían en la misma posición. Ninguno quería apartarse del otro por miedo a no volver a poder estar tan cerca.

—¿Estás mejor? —le preguntó él casi en un susurro.

Ella movió la cabeza de arriba abajo, asintiendo, pero sin apartarla del pecho de él.

Alguien llamó a la puerta, sobresaltándolos.

—¿Quién es? —inquirió la chica sin alejarse del hombre.

—Soy Edith. ¿Puedes salir un momento? Tengo que enseñarte una cosa —le contestó su hermana desde el otro lado de la puerta.

Ylva suspiró. No quería soltar a Volker. Había estado esperándolo demasiado tiempo para ahora soltarlo como si nada.

—Ábrele —le susurró el hombre al oído.

—Voy —le dijo a su hermana con poco entusiasmo.

Soltó a al hombre a regañadientes, dio un paso hacia la puerta, cogió el pomo y miró hacia atrás. Sus ojos grises encontraron los de él, que la miraba con una sonrisa. Ylva cogió aire, tapándose con el albornoz un poco más y abrió la puerta. Vio a Edith y Ricardo de pie, delante de ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué quieres? —quiso saber la chica observando con desconfianza a la pareja.

—¿Podrías encargarte de una persona? —le preguntó su hermana.

—¿Qué persona?

—De ella —la pareja se separó para que la chica pudiera ver a la mujer

que se escondía detrás de ellos.

Una mujer muy parecida a Ylva estaba delante de ella con una sonrisa en sus delgados labios y los ojos plateados brillándoles.

—¿*Mon*? —los ojos de la chica se volvieron vidriosos al ver a su madre.

—*Min Pige* —la mujer abrió los brazos para recibir a su hija entre ellos.

—¿Por qué no me has dicho que venías? —sollozó Ylva en el hombro de su madre.

—No quería que nadie lo supiera. Y no podía decírtelo por teléfono por si nos escuchaba quien tú sabes —le explicó la mujer achuchando a su hija como hacía años que no lo hacía.

Ylva levantó la mirada buscando a Edith y Ricardo.

—Gracias —les dijo moviendo los labios. No podía articular palabra de la alegría que sentía en aquél preciso momento.

Edith y Ricardo le dedicaron una enorme sonrisa y se fueron dejándolas solas, abrazadas en el pasillo.

—Entra, *Mon* —Ylva agarró la mano de su madre y la guio hasta el interior de la habitación, cerrando detrás de ella y olvidándose de todo.

Edith y Ricardo entraron en la habitación de éste. Él se fue directo hacia la cama y se tumbó mirando al techo.

—¿Estás muy cansado? —quiso saber Edith sentándose a su lado y tocándole la frente. “*No tiene fiebre*”, suspiró aliviada.

—Un poco. Se me cierran los ojos.

—Descansa. Voy a mi habitación a por el pijama y vuelvo en menos de diez segundos, ¿vale?

Los ojos de Ricardo ya estaban cerrados y su respuesta solo fue un susurro.

Edith le dejó un beso en la frente y se marchó a su habitación. Estaba abriendo la puerta cuando se encontró con Will en el pasillo.

—Recoge tus cosas. Nos cambiamos de hotel —le anunció el comisario dirigiéndose a su habitación.

—¿No podemos esperar unas horas? Ricardo está cansado. Se acaba de dormir —le dijo ella acercándose a él.

—Hablaré con James. Si da el visto bueno para que viaje nos vamos, si dice que no, pues esperaremos.

—De acuerdo. De todas formas voy a preparar mis cosas y las de él.

La chica entró en su habitación y recogió todo lo que había tenido que comprar: ropa, zapatos, neceser completo y ropa interior. Lo metió todo en una maleta y se fue al cuarto de Ricardo para preparar las cosas de él mientras esperaba la respuesta de James. Estaba recogiendo el neceser cuando llamaron a la puerta. La abrió y se encontró con el doctor.

—¿Puedo pasar? —le preguntó el hombre.

—Claro. Está en la cama.

Edith se echó a un lado para dejarle paso y lo siguió. El doctor se sentó en la cama, cogió la muñeca de su amigo y examinó su pulso.

—Le daremos unos minutos para que descanse y después nos iremos —le informó a la chica dirigiéndose a la puerta.

Edith cerró la puerta cuando el doctor salió y siguió recogiendo las cosas de Ricardo.

Cuando llegaron al nuevo hotel ya había caído la noche en la isla. Todos se fueron a dormir, excepto Miguel y Yurika que hicieron guardia para no volver a caer en una trampa.

Capítulo 24

La mañana llegó en lo que a Larisa le pareció un suspiro. La alarma del móvil sonó con su habitual pitido estridente. Alargó el brazo hacia la mesita de noche, cogió el móvil con un gruñido, abrió un ojo y lo paró. La luz del sol se colaba débilmente por la cortina lila que tapaba los cristales del balcón.

La chica se destapó, se levantó y se dirigió arrastrando los pies hacia el baño. Se mojó la cara con agua fría para despertarse del todo y se cepilló los dientes y el pelo. Se quitó el diminuto camión de seda blanca y se vistió.

Unos minutos después salió de la habitación ataviada con unas mallas, un polar, las botas de media caña negra y el pelo cobrizo recogido en una cola alta. Se dirigió al ascensor y subió a la azotea del hotel donde se encontró con Miguel, Yurika y Frederick. Los saludó con un movimiento de la mano y apoyó los codos en la media pared que separaba la azotea de caer hacia una muerte segura.

—La noche ha sido tranquila. No hemos visto nada sospechoso —informó Yurika cogiendo una bolsa con botellas de agua vacías—. Que os sea leve —les deseó antes de entrar en el hotel.

—Gracias —contestaron al unísono Larisa y Frederick.

Miguel y Yurika se marcharon dejándolos solos para hacer el turno de guardia.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Frederick observando con detenimiento las azoteas de los edificios que los rodeaban con las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero marrón que llevaba entreabierta.

—No —le dijo con rotundidad—. Mi vecino de arriba ha tenido fiesta esta noche.

—¿Música muy alta?

—Más bien chica chillona. Al parecer, el chico es muy bueno en la cama —respondió Larisa bostezando.

El hombre se rio sin apartar la mirada de su alrededor.

—No te rías. Por un momento pensé en varias opciones.

—¿Cuáles? —se interesó curioso.

—Opción una: subo y mato a la chillona. Opción dos: subo y los mato a los dos. Opción tres: subo y me uno a ellos.

Frederick soltó una carcajada y dijo:

—Al chico seguro que no le hubiese importado que te unieses a ellos.

—Supongo. Al final opté por la opción cuatro: taparme los oídos con las almohadas. Estaba tan cansada que no tenía ni ganas de subir.

El hombre volvió a soltar una carcajada, pero sin apartar la mirada de una azotea. Un pequeño destello había llamado su atención en la que quedaba a unos cincuenta metros de ellos.

Larisa cerró los ojos dándose un masaje en las sienes. Frederick vio otro destello y un fino haz de luz roja. Miró a la chica y abrió los ojos de par en par al verle un puntito rojo en el pecho. La placó unos segundos antes de que la bala se incrustara en la pared al lado de la puerta de acero que daba al interior del hotel.

—¿Qué estás haciendo?! —le gritó ella sintiendo el peso de él mientras la aplastaba contra la grava del suelo.

—Acaban de dispararte —contestó sacando su arma y señalándole el agujero de la bala en la pared.

La chica reconoció el calibre de la bala y los ojos se le abrieron como platos.

—*Yebat'* —blasfemó en ruso y gateó hasta apoyar la espalda en la media pared, al lado de Frederick—. Sé quiénes son.

—Ilumíname —le dijo él asomándose por encima de la media pared y volviéndose a esconder cuando otro disparo dio en su lado.

—Son asesinos a sueldo de la mafia rusa.

—¿Mafia rusa? —preguntó sorprendido—. ¿Qué coño les has hecho?

—Nada bueno, sino no querían matarme, ¿no crees?

—Está bien, iremos por partes. Primero nos libramos de ellos y después me cuentas lo que hiciste.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Sabes dónde están?

—Uno a cincuenta metros al este; el otro al oeste. ¿Por qué?

Larisa se sentó en la grava de la azotea y cerró los ojos alzando los brazos

en cruz. De repente, el despejado cielo se llenó de nubes negras y el viento sopló con más intensidad.

Frederick se asomó por encima de la media pared y sus ojos se abrieron asombrados. A cincuenta metros al oeste y al este, dos tornados giraban a gran velocidad encima de las azoteas, levantando la grava del suelo, a cuatro hombres y a sus armas.

Los dos tornados se movieron hasta quedar fuera de las azoteas. Sin previo aviso, los dos remolinos de aire se desvanecieron dejando caer a los hombres, las armas, la munición y la grava a la carretera.

Los cuatro asesinos cayeron al asfalto a gran velocidad y, poco después, fueron golpeados por las pequeñas piedras como si fuera la metralla de una bomba que acababa de estallar. Volvieron a alzarse segundos después con otro tornado, esta vez con menor intensidad. El remolino se alejó hacia el mar y desapareció al tocar el agua.

—¿Y ahora qué? —le preguntó el hombre mirando a la chica que se había levantado para guiar el remolino de aire.

—La corriente se los llevará a mar abierto —respondió con cansancio e inclinándose peligrosamente hacia el suelo.

Él se levantó de un salto para llegar a ella, pero un hombre la cogió entre sus brazos poniéndole un cuchillo en la garganta.

Frederick lo apuntó con el arma, clavando sus ojos azules en los negros del hombre.

—¡Suéltala! —le ordenó sin apartar la vista del cuchillo.

Larisa parecía una muñeca, dejándose manejar por aquel asesino, sin fuerzas para pelear contra él.

—¡Suéltala! —repitió.

La puntiaguda punta del cuchillo se hundió unos centímetros en el cuello de la chica, haciendo que la sangre brotara y el estómago de Frederick se revolviera.

Los ojos del experto en interrogatorios se entrecerraron furiosos, clavando la mirada en los ojos del asesino. Sin previo aviso, el asesino borró la sonrisa malévolamente de sus labios, tensándosele el rostro. Soltó el cuchillo y a la chica, llevándose las manos a la cabeza gritando y retorciéndose de dolor en el

suelo. Frederick dio dos zancadas para coger a Larisa antes de que tocara el suelo y la alejó del asesino. La dejó sentada con la espalda apoyada en la media pared, desmayada.

Frederick se acercó al hombre arrodillado con las manos agarrándose la cabeza como si aquel gesto fuera a liberarlo del dolor y se acuclilló delante de él con el arma preparada.

—¿Quién te ha enviado? —le preguntó al asesino con la voz ronca llena de furia.

—¡Ahhh! —fue la contestación que recibió.

—Más te va a doler si no me respondes.

Una y otra vez Frederick intentó conseguir alguna respuesta, pero el asesino solo abría la boca para quejarse del dolor. Aumentó un poco más la intensidad del dolor haciendo que el asesino se desmayara inconsciente, lo dejó allí tumbado y se acercó a Larisa mientras se llevaba la mano al oído para presionar el botón de la radio.

—Necesito relevo para mí y Larisa —informó a sus compañeros.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el comisario preocupado.

—Nos han atacado. Necesito una habitación insonorizada para un interrogatorio —se acuclilló delante de la chica tomándole el pulso con dos dedos en el cuello.

—¿Has atrapado a alguien? —preguntó Kenneth con sorpresa.

—Me siento ofendido por ese tono de sorpresa. Sí, he atrapado a uno, pero creo que solo iban a por Larisa —respondió Frederick aliviado al sentir el palpitar del corazón de la chica en los dedos.

—Vamos para allá —le dijo Will poniéndose en marcha seguido por James, Volker, Ricardo y Kenneth.

Los cuatro hombres salieron a la azotea y se acercaron a su compañero y a la chica que estaban sentados en el suelo. Larisa estaba dormida apoyada en el hombro de Frederick.

—¿Está bien? —le inquirió el comisario señalando a la muchacha.

—Sí. Está dormida. Ha gastado mucha energía —contestó Frederick agarrando la cabeza de la chica con cuidado para poder levantarse.

—¿Dónde está la captura?

—Allí, inconsciente. No sé cuánto tardará en despertar —cogió a Larisa en brazos.

—¿Quieres interrogarlo? —quiso saber Will mientras James se acercaba al asesino para tomarle el pulso.

—Por supuesto —contestó con rotundidad.

—¿Crees que podrás conseguir alguna habitación insonorizada? —le preguntó el comisario a Volker.

—Lo intentaré.

—Yo haré el relevo —informó Kenneth.

—Ricardo, ayúdame —le dijo James a su amigo cogiendo al asesino inconsciente por las axilas.

—Llevarlo a mi habitación hasta que Volker consiga una mejor —les propuso Frederick dirigiéndose hacia la puerta para llevar a Larisa a la habitación de ella.

Will abrió la puerta del dormitorio de la chica y le dejó espacio a su amigo para que pasara con ella en brazos.

El hombre la dejó tumbada en la cama y la tapó con una manta lila de hilo que descansaba en el respaldo de una butaca cerca del balcón.

—Quédate con ella. Te avisaré cuando él se despierte —le dijo Will dejando la tarjeta que abría la puerta encima de la mesita de noche y saliendo segundos después.

Frederick le quitó las botas a la joven, le echó un vistazo a la herida del cuello, le puso una tirita que cogió del botiquín del baño y se sentó en la butaca al lado del balcón sin dejar de observar ni un instante el hermoso y sereno rostro de ella.

“¿Qué le habrá hecho a los rusos?”, se preguntó intrigado.

Habían pasado diez minutos y Frederick no había apartado la mirada del rostro de Larisa mientras ésta dormitaba. De pronto, el grito de una mujer y el gruñido de un hombre se escucharon en la habitación, sobresaltándolo. Miró hacia el techo, se le dibujó una sonrisa y regresó la mirada a la chica.

Las pestañas de Larisa se movieron cuando sus ojos parpadearon abriéndose poco a poco con cansancio.

—Son unos conejos —protestó la chica con la boca seca.

Frederick se levantó de la butaca, se acercó a ella con una sonrisa y se sentó en el borde de la cama.

—No les hagas caso. Tú sólo descansa —le dijo con suavidad, agarrando la gomilla del pelo y quitándosela cuando ella rodó hacia el otro lado de la cama, dándole la espalda.

—Lo haría si esa tipa no gritara tanto. Parece que la está matando —protestó alzando un poco la voz.

—¿Quieres que suba a quejarme? —le preguntó él con un dulce susurro en el oído mientras le acariciaba el pelo cobrizo esparcido por la almohada.

Los vellos de la chica se erizaron con ese contacto tan íntimo. Lo miró de reojo acurrucada debajo de la manta lila.

—No. Intentaré hacerme la sorda —le respondió ella cerrando los ojos y sintiendo el calor de la piel de él en el cuello.

Frederick rozó con la yema de los dedos el contorno de la tirita que ocultaba la pequeña herida que la punta del cuchillo del asesino le había hecho y después el lunar que tenía unos milímetros más abajo.

—Descansa —le susurró el hombre sin apartarse de ella.

Larisa cerró los ojos intentando calmar los sentimientos que se aturullaban en su corazón que latía desbocado. Sin embargo, los gritos de la chica de la habitación de arriba no la ayudaban. No dejaba que pudiera concentrarse para pensar con claridad, sino todo lo contrario, estaba empezando a excitarla y aún más sintiendo las suaves caricias que Frederick le estaba dejando en el cuello, en el pelo, en el hombro. Aún con el polar y la manta puestos podía sentir la estela de calor que él le dejaba a su paso.

Los minutos pasaban y los jadeos y gritos de la pareja de arriba se intensificaban, desquiciando a Larisa.

—*Yebat'*. ¿Cómo puede gritar tanto? —Preguntó la chica blasfemando en ruso e incorporándose en la cama para sentarse con la espalda apoyada en el cabecero—. Ojalá se quede afónica.

Frederick soltó una carcajada tumbado en la cama mirando hacia el techo y

con las manos detrás de la cabeza.

—Sólo se están divirtiendo —le dijo él con suavidad.

—A mí no me parece mal que se diviertan, más quisiera yo divertirme así, pero calladita también se divierte una —se quejó ella cruzando los brazos a la altura del pecho excitada y furiosa a la vez.

—Ahora entiendo cuál es el problema.

—El problema es que no se callan ni debajo del agua —protestó la chica.

—No. El problema es que te excita escucharlos, por eso no puedes dormir —los ojos de Frederick se movieron para mirar el rostro de Larisa.

La joven se había quedado con la boca y los ojos abiertos como platos, sorprendida por aquel comentario que tan acertado habían sido. ¿Cómo se había dado cuenta?

—No es verdad. ¿Cómo voy a excitarme escuchando a esa chillona? Parece que la está matando —se defendió ella gesticulando más de lo normal.

—La está matando, pero de placer. No te preocupes. No es malo excitarse al escuchar o ver a otros haciendo el amor o follando, depende de si son pareja o solo unos desconocidos pasando un buen rato —la voz del hombre sonó tranquila.

—¿A ti te excita? —inquirió ella.

La verdad era que lo había preguntado sin haberlo pensado antes. Pero ya era tarde.

Frederick se incorporó adoptando la misma posición que ella en la cama. Sus comisuras se elevaron en una sonrisa pícaro, miró un momento al techo y clavó sus penetrantes ojos azules en los de ella.

—Sí —le dijo con sinceridad y la voz más sensual que había escuchado nunca—. Y si mi compañía es una hermosa mujer, más aún.

Un calor abrasador recorrió el cuerpo de la chica de la cabeza a los pies. Los latidos de su corazón se aceleraron con peligrosidad, casi como si se le fuera a salir del pecho. La mirada de deseo del hombre la puso nerviosa a la vez que excitada, mucho más de lo que ya estaba. Larisa se levantó de un salto de la cama, huyendo de él, y se encerró en el baño. Apoyó la frente en la puerta y cerró los ojos con la respiración acelerada.

—¿Qué crees que estás haciendo, Larisa? —se preguntó en un susurro

intentando calmarse.

Frederick se acercó a la puerta cerrada del baño y dio unos toquitos con los nudillos.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber preocupado.

La chica se apartó de la puerta como si quemara, apoyó una mano en el lavabo y contestó aclarándose la voz.

—Perfectamente.

Se quedó de frente, mirándose en el espejo. No tenía muy buena cara. Estaba pálida, sudando y con ojeras. Abrió el grifo de la ducha, se desnudó en décimas de segundo y se metió debajo del agua fría, silenciando un grito de sorpresa con su mano al sentir el agua helada en su piel ardiente.

—¿Segura que estás bien? —le volvió a preguntar el hombre desde el otro lado de la puerta blanca.

—Se... segura —tembló la chica. Los vellos se le habían puesto de punta y los dedos de los pies empezaban a entumecerse con el charquito que se quedaba acumulado en la placa.

Larisa cerró el grifo, salió de la ducha y se acercó hasta la puerta temblando para coger un albornoz. Se lo puso lo más rápido que pudo y se abrazó, restregándose las manos por los brazos para entrar en calor. Cogió el cepillo de pelo del neceser y se desenredó el rebelde cabello cobrizo lentamente. Una vez terminó, se dirigió a la puerta, quitó el cerrojo y la abrió dándose de bruces con Frederick.

Los brazos de él la sujetaron contra su pecho mientras mantenía el equilibrio para no caer hacia atrás. Instintivamente la apretó contra él.

—¿Te has hecho daño? —le inquirió con un tono de voz sensual.

La chica no pudo articular palabra alguna. Se le quedaban atascadas en la garganta. Movi6 la cabeza de un lado a otro pegada al pecho de él, oliendo su aroma a café. Su olor entró por sus fosas nasales recorriendo y calentando cada mililitro de sangre que había en su cuerpo.

Larisa cerró los ojos y levantó los brazos para rodear la cintura de Frederick y pegarlo más a ella. Sentía su calor y podía oír los latidos de su corazón que se aceleraban cada vez más cuando ella movía las manos por su espalda, rozándolo con los dedos.

Frederick contuvo el aire dentro de sus pulmones. No quería moverse ni un milímetro por miedo a que ella volviera a alejarse, pero no se lo estaba poniendo fácil. Inclino la cabeza hacia la de la chica, aspiró su aroma a fresas y le dejó un tierno y suave beso en la cabeza.

El cuerpo de Larisa tembló cuando ese beso recorrió todas sus terminaciones nerviosas como una corriente eléctrica, abrasándola al mismo tiempo.

La respiración de ambos se aceleró junto a las palpitaciones de sus corazones. La chica se movió para alejarse de él, pero él apretó el abrazo para retenerla.

—Déjame disfrutar un poco más —le suplicó el hombre en un ronco susurro.

La joven llevó las manos hasta los definidos abdominales que podía notar incluso por encima del polo azul marino, lo empujó con cuidado para apartarlo, pero él se aferró a ella con fuerza.

—Frederick —lo llamó Larisa.

El abrazo de él se rompió, pero para enmarcar el rostro de la chica con sus manos y acercar su boca a la de ella con rapidez, aunque también con suavidad. Un pequeño beso que la hizo volar y sentir el deseo, el amor, la lujuria, el anhelo. Todo lo que él quería transmitir.

Un gemido salió de la garganta de Larisa cuando él apoyó su frente en la de ella. Aún tenía su sabor en la boca. Quería más.

Las manos de la chica regresaron a la espalda de él, por debajo del polo, sintiendo el estremecimiento del hombre. Larisa abrió los ojos para encontrarse con la mirada azul de él. Se puso de puntillas y atrapó su boca, esta vez con pasión y urgencia.

La temperatura de ambos se elevó con cada movimiento de sus lenguas, batallando por conseguir el control. Larisa movió las manos por encima de los hombros de él quitándole la chaqueta. Después, subió las manos quitándole el polo azul que le estorbaba para tocarlo y acariciarlo.

Las manos de Frederick bajaron hasta los muslos y ascendió hasta el trasero de ella apartando el albornoz. La levantó del suelo sin muchos problemas, ella rodeó su cintura con las piernas y él caminó hacia la cama. La tumbó dejando caer el albornoz al suelo, sin apartarse de ella ni un milímetro.

Los labios del hombre recorrieron cada rincón, cada recoveco del cuerpo desnudo de la chica. Desde los pies a la cabeza, pasando por los muslos, el vientre y los pechos. Sus grandes manos revoloteaban con maestría, acariciando y haciendo que ardiera sin tregua la suave y sabrosa piel de la muchacha.

De repente, los gritos y jadeos de una mujer los sobresaltó haciéndoles mirar hacia el techo.

—*Yebat'*, ya están otra vez —se quejó Larisa poniendo los ojos en blanco.

Frederick la miró con una sonrisa traviesa y le susurró:

—¿Les damos una lección?

La chica se lo quedó mirando unos segundos asombrada, hasta que sus comisuras se elevaron para formar una sonrisa pícaro.

—Por supuesto —contestó con la voz ronca y rodeando el cuello de él con los brazos para atrapar su boca y pegarlo a ella.

Frederick volvió a atrapar su boca, quitó un poco su peso de ella para que las manos de Larisa volaran con rapidez hasta el botón del pantalón para quitárselo, deslizándolo por sus muslos con ayuda de los pies.

Los jadeos de la joven de arriba se intensificaron y gritó de puro placer cuando el clímax se apoderó de su cuerpo.

Frederick miró hacia el techo mientras la boca de Larisa le dejaba ardientes besos por el cuello y los hombros, y sus manos no dejaban de acariciarle la espalda. Volvió la vista hacia la chica, le dedicó una sonrisa y le susurró:

—Te toca.

El hombre se deslizó por el cuerpo desnudo de ella, dejando un beso en cada rincón, tomándose su tiempo para besar, chupar, lamer y succionar los erectos pezones de Larisa que le daban la bienvenida con gusto. Siguió su recorrido por el vientre, besando su redondo ombligo. Continuó hacia abajo, llegando a los muslos y el interior de ellos. Frederick quedó de rodillas entre las piernas de la joven, embelesado durante unos segundos por las vistas que ésta le proporcionaba. Le subió un poco el trasero con una mano y llevó la boca hasta el clítoris.

Larisa se agarró a la colcha mientras el placer circulaba por su cuerpo y la

lengua, la boca y los dientes de Frederick la volvían loca y la excitaban aún más.

La respiración de la chica se aceleró junto a los latidos de su corazón. Jadeó agarrándose con más fuerza a la colcha. Intentaba moverse, pero las manos de él la retenían en el colchón mientras su lengua no daba tregua alguna.

—Madre mía —jadeó Larisa cerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior.

Las comisuras de la boca del hombre se elevaron al apartarse para observarla. Apartó la mano que alzaba el trasero de ella, terminó de quitarse los pantalones y la cubrió con su cuerpo. Entrelazó sus dedos con los de ella, le levantó las manos por encima de la cabeza y la sostuvo con una mano mientras la otra descendía hacia la húmeda cueva entre sus piernas. La penetró con un dedo, despacio. La besó cuando su dedo entró por completo en ella, atrapando su jadeo. Continuó introduciendo otro dedo más, con lentitud. Las caderas de Larisa se elevaron para que siguiera con su intrusión, pero él los sacó.

—No hagas eso, *bébé* —le susurró Frederick al oído, controlándose para no acabar tan rápido. Quería ir despacio y que ella le exigiera más.

—Te necesito dentro de mí, *lyubov* —contestó ella con la respiración entrecortada.

Una sonrisa de oreja a oreja se formó en la boca de Frederick. Eso era lo que quería. Dirigió su erección a la humedad de ella, dejándola en la entrada. Llevó la mano hasta las de ella para volver a entrelazar los dedos y la embistió. Fuerte. Feroz. Profundo.

Un grito de placer salió de la garganta de Larisa mientras el hombre seguía penetrándola con fuerza y aceleraba poco a poco el ritmo. Las piernas de la chica rodearon de nuevo la cintura de él, apretándolo aún más contra ella con los talones en el trasero de él que se encogía con cada nueva embestida.

Los jadeos se intensificaron acompañados de gritos llenos de placer y gruñidos masculinos. Ambos aumentaron un poco más el ritmo, moviéndose juntos para llegar a ese punto sin retorno tan placentero.

Unos minutos después, el cuerpo de Larisa se sacudió debajo de Frederick al llegar al clímax. Unos segundos más tarde, un gruñido masculino se escuchó en la estancia. El hombre se quedó quieto encima de la chica, sosteniéndole

aún los dedos entrelazados, dejándole pequeños besos en el cuello y mordiéndole con suavidad el lóbulo de la oreja.

Unos fuertes golpeteos provenientes de la habitación de arriba captaron la atención de Larisa que miró al techo con una gran sonrisa.

—Creo que están enfadados —le dijo a Frederick dejándole un beso en el hombro.

El hombre levantó la mirada hacia ella, atrapó su boca dejándole un suave y tierno beso y le sonrió.

—Ellos se lo han buscado —le contestó sin poder apartar sus labios de los de ella—. ¿Qué significa *lyubov*? —le preguntó besando el lunar que ella tenía en el cuello.

—Es cariño en ruso.

—Mm. Suena bien. Dímelo otra vez —respondió mirándola a los ojos.

—*Lyubov* —le susurró con una hermosa y sensual voz.

—Suena muy bien —afirmó volviendo a besar el lunar de su cuello—. Me encanta tu lunar —le dio un pequeño mordisquito y otro beso.

—A mí me encantas tú.

Larisa usó toda la fuerza que había recuperado, y con un simple y rápido movimiento, quedó encima de Frederick.

—Por lo que veo ya estás recuperada —comentó el hombre con una sonrisa.

—Totalmente recuperada, y, ¿sabes qué voy a hacer ahora? —le preguntó moviéndose encima de la entrepierna de él que aún seguía dentro de ella. El hombre negó con la cabeza cerrando los ojos ante tanta excitación. Ella lo observó con detenimiento hasta que, sin previo aviso, se levantó alejándose de él.

—Voy a darme una ducha —le anunció corriendo divertida hacia el baño.

Frederick se levantó de un salto y corrió detrás de ella.

—Me la vas a pagar —le advirtió agarrándola de la cintura y levantándola como si fuera una pluma para llevarla hasta la ducha.

Larisa se reía a carcajadas mientras él la atrapaba entre la pared de la ducha y su fuerte cuerpo para abrir el grifo y meterla debajo del agua que al

principio caía helada.

Un grito de sorpresa salió de la garganta de la chica. Aun así, no podía dejar de reír.

Después de una larga, relajante y placentera ducha, Larisa se puso el albornoz que Frederick le había quitado y él cogió uno de detrás de la puerta del baño.

—Creo que ya es hora —le dijo Frederick sentándose en el borde de la cama.

La agarró por la cintura y la sentó en su regazo.

—¿Hora para qué? —preguntó rodeando el cuello de él con sus brazos y pegándose a su cuerpo mimosa.

—Para que me cuentes porqué la mafia rusa quiere matarte —contestó agarrándola firmemente por la cintura cuando ella hizo ademán de escapar—. Quiero saberlo, *bébé*. Confía en mí.

Larisa se llevó una mano a la nuca, haciéndose un pequeño masaje mientras pensaba si se lo decía o no.

—No quiero ponerte en peligro. Ya tengo suficiente trabajo cuidándome a mí misma como para tener que ocuparme también de tu seguridad —le confesó ella apoyando una mano en la mejilla de él y acariciándole suavemente la mandíbula con el pulgar—. No quiero que te hagan daño.

—Larisa, ya estamos todos en peligro. ¿Qué más da uno más? Yo tampoco quiero que te hagan daño, pero no puedo protegerte si no me cuentas porqué te quieren muerta y sin saber a qué me enfrento.

La chica se sumergió en sus ojos azules. Nunca había necesitado la ayuda de nadie para solucionar sus problemas pero, ahora, sin poder entender cómo, había alguien más a quien quería proteger incluso con su vida. Bajó la mirada hacia los labios de Frederick, se inclinó hacia su boca y lo besó, saboreándolo. Era posible que ese fuera su último beso. Apoyó la frente en la de él con los ojos cerrados y respiró hondo.

—Tengo... tengo miedo de que te asustes y... —la voz se le apagó.

—Te prometo que digas lo que digas no voy a asustarme.

Larisa cogió aire y habló con rapidez antes de que pudiera arrepentirse.

—Tuve que hacerme pasar por uno de los guardaespaldas de Nikolai

Petrov. Uno de sus hijos se enamoró de mí y lo utilicé a mi favor. Conseguí todos los documentos que lo incriminaban por todos los delitos de robo y venta de armas militares, de extorsión, de tráfico de drogas y personas. Lo envié a la agencia y me mandaron otra misión —volvió a coger aire—. Tenía que matarlo a él y a sus hijos. Lo hice, pero Nikolai llegó a salvarse milagrosamente. Desde ese día, me sentenció a muerte.

—Mataste al hijo que se había enamorado de ti —no había sido una pregunta y su voz no parecía tener ningún matiz que pudiera darle una señal de lo que él estaba pensando.

—Sí. Lo utilicé para llegar hasta mi objetivo y lo maté. No lo amaba —se levantó del regazo de Frederick, que tampoco hizo nada para retenerla—. Supongo que esa no es ninguna excusa, pero yo solo cumplía órdenes. Era consciente de que en esa familia no había ningún santo, había que acabar con todas sus fechorías y negocios sucios —intentaba excusar su comportamiento, el porqué de sus acciones, pero la verdad era que había matado a casi una familia entera a sangre fría, sin ningún remordimiento.

Levantó la mirada azul zafiro hacia Frederick que se acercaba a ella con rostro serio, sin expresión alguna. El hombre enmarcó el rostro de la chica entre sus manos, se inclinó hacia su boca y la besó. Un beso apasionado en el que reflejaba que no le importaba lo que hubiera hecho años atrás. Después de todo, él tampoco había sido un santo.

—No me importa lo que hicieras. ¿Cómo pudo tu padre haceros tanto daño? —le confesó sin apartar su mirada de la de ella.

Una lágrima escurridiza resbaló por la mejilla de Larisa que él enjugó con su pulgar. No la juzgaba a ella.

Alguien llamó a la puerta de la habitación, estropeando ese gran momento.

—Frederick, se está despertando —le informó James desde el otro lado de la puerta.

El hombre le dejó un pequeño beso a la chica y se alejó para coger su ropa y vestirse.

—¿Quién se ha despertado? —quiso saber la muchacha observando cómo se movían los músculos de él mientras se vestía.

—Uno de los sicarios que ha intentado matarte. Voy a hacerle unas preguntas —se puso el polo azul marino y cogió la chaqueta de cuero al lado

de la puerta de la habitación.

—¿Has atrapado a uno? —preguntó sorprendida. Estaba convencida de que los había matado a todos.

—Sí —resopló, un poco harto de que todo el mundo se sorprendiera porque había atrapado a un asesino—. Te cogió cuando te desmayabas —se puso la chaqueta y se peinó un poco el pelo castaño con los dedos.

—Voy contigo.

—No hace falta. Quédate... —no le dio tiempo a terminar la frase cuando Larisa ya estaba vestida delante de él—, aquí. ¿Cómo te has vestido tan rápido? —estaba asombrado. “*¿Las mujeres no tardan una eternidad en estar preparadas para ir a algún sitio?*”, se preguntó.

—Vamos —le contestó ella con una sonrisa, caminando hacia la puerta mientras se cogía el pelo en una cola.

Frederick abrió la puerta encontrándose con James que los esperaba con las manos dentro de los bolsillos y una sonrisa traviesa en su sensual y carnosa boca.

—Habéis tardado, ¿no? —les dijo con picardía.

—Estábamos ocupados cuando has llamado —le siguió el juego Larisa agarrándose a la cintura de Frederick mientras caminaban hacia el fondo del pasillo, a la última habitación de la planta.

—Volker no ha encontrado una habitación insonorizada, pero ha podido crear una —le informó el doctor cogiendo la tarjeta que abría la habitación—. Espero que te guste.

La puerta de la habitación se abrió dejando ver a un hombre atado a una silla en el centro de la estancia iluminada por la luz de las bombillas mientras Volker lo vigilaba sentado en el borde de la cama.

Frederick repasó la habitación con la mirada. No parecía diferente a las demás, excepto por las mantas que tapaban la ventana y la que James puso en la puerta.

—¿Cómo se supone que la has insonorizado? —le preguntó a su amigo que se levantaba en ese momento para acercarse a él.

—Con las mantas. Perdona que no sea tan sofisticado y elegante, pero era lo único que tenía a mano y que se me ha ocurrido para no llamar la atención

—se excusó Volker.

—¿Estás seguro de que funcionará? —quiso saber Frederick no muy convencido de que aquella improvisada chapuza resultara.

—Sí —contestó molesto ante tal pregunta.

—De acuerdo.

El hombre se alejó de Larisa y clavó su penetrante mirada azul en el hombre sentado y atado en la silla. Se sentó a horcajadas en la silla vacía enfrente del asesino, sin apartar la vista de él y le preguntó en francés:

—¿Hablas francés?

El rostro del hombre parecía estar tallado en piedra. Ni un solo movimiento por su parte pudo hacer que Frederick pudiera leer su expresión.

Cambió de idioma y le preguntó en inglés:

—¿Tal vez inglés?

La voz de Frederick era profunda, pero a la vez, serena. Eso hizo que los vellos de Larisa se erizaran al presentir el peligro.

—Yo diría que solo entiende ruso —le dijo Volker a su amigo apoyado en la pared con los brazos cruzados a la altura del pecho.

La chica dio un paso hacia Frederick, abrió la boca para hablar en ruso, pero el grito de dolor que salió de la garganta del asesino la frenó.

No entendía qué le pasaba. Nadie lo estaba tocando o torturando para que gritara de aquella manera tan horripilante. Miró hacia su flanco y a su espalda. Volker seguía en la misma posición y James continuaba apoyado en la puerta con las manos en los bolsillos. “¿*Qué está ocurriendo?*”, se preguntó desconcertada.

Los gritos del asesino cesaron inmediatamente dejándole respirar con dificultad.

—En inglés, entonces —dijo Frederick sin apartar su mirada del hombre atado—. ¿Quién te ha enviado?

Las comisuras del asesino se elevaron para formar una sonrisa arrogante mientras sus ojos negros y fríos miraban fijamente a Larisa.

—¿Podrías mirarme cuando te hablo? —le inquirió Frederick antes de que otro grito tomara la habitación sobresaltando a la chica.

La muchacha miró de nuevo a su derecha y a su espalda. Volker y James seguían en la misma condición, sin apenas mover un músculo. Se acercó al primero y le susurró:

—¿Qué pasa? ¿Por qué grita?

—Porque le duele —respondió el hombre con tranquilidad.

—¿Qué le duele? No le está haciendo nada.

—Le está haciendo muchas cosas, solo que tú no lo ves.

—¿Tú lo ves? —le preguntó confundida.

—No. Nadie lo ve, excepto él —contestó Volker señalando con el dedo a Frederick.

Larisa observó la espalda del hombre. No se le movía ningún músculo. ¿Qué era lo que él veía y ellos no?

Los gritos cesaron de nuevo y Frederick habló:

—Te envía Nikolai Petrov —aseguró al ver la expresión de sorpresa en los ojos del asesino—. Te ha pagado para que la mates.

Los ojos negros del asesino dejaban entrever lo que el hombre le aseguraba.

Las comisuras de Frederick se elevaron en una leve sonrisa que daba miedo y no presagiaba nada bueno.

—¿Qué te ha contado Nikolai sobre ella? —quiso saber para averiguar lo que el mafioso les prometía a cambio de la cabeza de Larisa.

—No te diré nada —contestó el asesino en ruso.

—Me parece que eso ha sido una negativa —le dijo Volker.

—A mí también me lo ha parecido —apuntó James.

Los ojos de Frederick se entrecerraron, observando con detenimiento al asesino.

—Está bien. No quería llegar a este extremo, pero no me estás dando más opción.

Los gritos del asesino se intensificaron. Cerró los ojos con fuerza mientras se retorció atado a la silla, intentando soltarse. Un fino hilo de sangre salió de cada una de sus fosas nasales unos segundos antes de que los gritos y pataleos cesaran. La cabeza del asesino cayó hacia delante, con la barbilla apoyada en

su pecho.

Frederick se levantó de la silla, se acercó a Larisa cogiéndola de la mano y salió de la habitación cuando James le abrió la puerta.

La chica estaba estupefacta. ¿Qué era lo que había pasado?

Frederick entró en la habitación de ella y la besó cuando la puerta se cerró.

Ella se quedó quieta, sin devolverle el beso, lo que hizo que él se apartara y la mirara extrañado.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó preocupado al ver el pálido rostro de ella.

—¿Qué... qué le has hecho? —tartamudeó la joven asustada como hacía muchos años que no estaba.

Frederick se alejó de ella al sentir cómo su cuerpo temblaba. Se llevó las manos a la cabeza al ver el miedo reflejado en los ojos azul zafiro de ella, se sentó en el borde de la cama, apoyó los codos en los muslos y se tapó la cara con las manos.

—No tendría que haberte dejado ir conmigo —le dijo con la voz apagada.

Larisa lo observó durante unos minutos casi sin pestañear. Parecía abatido y decepcionado. Recordó la conversación que habían tenido antes de que James lo llamara. Él había escuchado su pasado y la había entendido. Había sido comprensivo. Se acercó a él, le quitó las manos de la cara haciendo que se incorporara y se sentó en su regazo rodeando su cuello con los brazos.

—Explícamelo —le susurró.

Frederick rodeó la cintura de ella, pegándola a él con fuerza. Hacía muchos años que no sentía esa sensación de miedo que le oprimía el corazón. Respiró hondo y comenzó a hablar.

—Mis padres murieron cuando yo tenía dieciséis años. Mis tres hermanos mayores y yo decidimos alistarnos al ejército. En aquél entonces les daba igual la edad que tuvieras siempre que estuvieras dispuesto a ayudar a atacar al enemigo, así que no pusieron muchas objeciones conmigo.

>>Unos años más tarde, cuando creíamos que el enemigo se había replegado, caímos en una emboscada. Toda mi unidad fue capturada. Nos taparon la cabeza y nos esposaron llevándonos a un lugar muy frío que no llegué a reconocer. Nos encerraron en unas jaulas y, uno a uno, nos llevaron a lo que parecía un laboratorio. Nos hicieron múltiples pruebas, todas y cada

una de ellas más dolorosa que la anterior. Poco a poco, los hombres de mi unidad, incluidos mis hermanos, fallecieron. Me quedé solo.

>>En esos años conocí a mis compañeros y decidimos que ya era hora de escapar de aquella pesadilla. Los que nos capturaron no sabían nada de nuestros dones, así que los utilizamos para nuestro beneficio.

—¿Cuál es el tuyo? —quiso saber Larisa intrigada.

—Lo llaman explosión positrónica. Hago que la mente del otro se sobrecargue causándole dolor, pérdida de memoria, dejarle inconsciente, en estado vegetativo o la muerte —le explicó Frederick mirándola a los ojos.

—¿Cómo pudisteis ocultarles vuestros dones?

—No es algo que salga en un análisis de sangre.

—Gracias —le dijo Larisa dejándole un beso en los labios.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí. Aunque si llego a saber que estabas tan cerca de mí en aquél infierno, es posible que no te hubiera dejado escapar.

—Habría vuelto a por ti —respondió con una sonrisa y recostándose en la cama llevándola con él.

Capítulo 25

Edith se despertó envuelta por los brazos de Ricardo. Se dio media vuelta para poder mirar su rostro con una sonrisa de oreja a oreja, y se sorprendió cuando los ojos verde esmeralda del hombre se abrieron, observándola.

—¿Estabas despierto? —le preguntó la chica dejándole un beso en la punta de la nariz, acoplándose al cuerpo de él para sentir su calor.

—Llevo despierto media hora. Parecías tan relajada que no he querido molestarte.

Un estridente pitido se escuchó en el silencio de la habitación, haciendo que se sobresaltaran y miraran hacia el móvil de ella que descansaba en la mesita de noche. Edith sacó el brazo del calorcito que el cuerpo de Ricardo irradiaba, lo alargó hasta la mesita cogiendo el aparato y leyó el mensaje que había recibido.

—Tengo que irme —le informó al hombre intentando levantarse de la cama.

—¿Por qué siempre dices tengo que irme cuando sabes que yo voy a ir contigo? —quiso saber él atrapándola entre sus brazos para que no se escabullera.

—No lo sé. Supongo que es la costumbre.

—Tienes que cambiar esa costumbre. Ya no estás sola —atrapó su boca devorándola con pasión y deseo.

—De acuerdo. Lo intentaré —le dio un último beso en los labios—. Tenemos que irnos.

—Eso me gusta más —dijo Ricardo con una sonrisa y dejando que se levantara para ir a vestirse.

Julia se arrodilló en la cama de matrimonio de la habitación de Will y Ciara, dejando encima a una muy despierta Antonella. La niña no se quedaba quieta mientras la mujer le cambiaba el pañal húmedo por uno seco.

—¿Quién es la niña más bonita del mundo? —Le preguntó Julia al bebé con una voz suave y aterciopelada, y una gran sonrisa en los labios—. ¡Tú! —le dijo haciéndole cosquillas en la barriguita mientras la niña se reía.

La chica le puso el pijama amarillo con un búho que le había comprado hacía solo unos días en un mercadillo y le dejó varios besos en las pequeñas manitas.

Kenneth entró en la habitación después de una larga noche de vigilancia junto a James, saludó a todos los que estaban en la pequeña salita de la habitación y le preguntó a Will si podía echarse un rato en su cama. El comisario no vio ningún impedimento para ello y Kenneth se encaminó hacia allí. Vio a Julia arrodillada a un lado de la cama mientras jugaba con Antonella y se tumbó al otro lado para no molestarla. Se tumbó bocarriba y cerró los ojos. Los sentía pesados por la falta de sueño. De repente, el sonido de una dulce y encantadora sonrisa llegó a sus oídos. Nunca había escuchado ese sonido tan bonito. Abrió el ojo izquierdo y miró a la joven arrodillada que jugaba con el bebé. Los labios de Julia formaban una gran sonrisa y sus ojos castaños brillaban al mirar a Antonella. “*Vaya, no sabía que supiera reír*”, pensó Kenneth sin apartar el ojo de la mujer. En todo aquél tiempo que la conocía, ni una sola vez la había visto reír o simplemente sonreír. Sin embargo, en aquél momento, la risa de la chica lo tenía cautivado.

—Tienes una sonrisa muy bonita —apuntó el hombre abriendo también el ojo derecho para observarla con más detenimiento.

Julia levantó la mirada hacia él borrando la sonrisa de su boca.

—Gracias —murmuró volviendo su atención hacia la niña.

Kenneth le dedicó una leve sonrisa cansada y cerró los ojos durmiéndose al instante.

Habían pasado dos horas desde que Kenneth se había quedado dormido en la habitación de Will y Ciara cuando un sonido, ahora conocido, lo despertó. Abrió los ojos y miró a su izquierda encontrándose con Julia que le hacía carantoñas a Antonella mientras la acunaba para dormirla. El hombre se incorporó un poco en la cama, apoyándose en sus codos y miró a su alrededor.

—¿A dónde han ido todos? —inquirió con la boca seca.

—Al pasillo hasta que esta niña traviesa se duerma —contestó Julia sin apartar la mirada de la pequeña.

Kenneth fijó su avellanada mirada en la mujer pelirroja que sonreía al bebé, se incorporó en la cama, apoyó la espalda en el cabecero y cruzó los

brazos a la altura de su fuerte pecho.

—¿Puedo hacerte una observación? —preguntó sin dejar de mirar a la chica.

—¿Cuál?

—¿Por qué sólo sonríes o te ríes cuando estás cuidando de Antonella?

Esa observación había sido como una jarra de agua fría. Levantó la mirada hacia el hombre borrando su sonrisa al instante.

—No hay nada por lo que tenga que sonreír, excepto ella —respondió la chica intentando que su voz sonara lo más tranquila que pudiera.

—¿Ni siquiera por tus hermanas?

—Que no sonría no significa que no me alegre por ellas. Las quiero, son mi familia y las protegeré incluso con mi vida si fuera necesario.

Los ojos del hombre se entrecerraron mirándola con atención e intentando escudriñar lo que su rostro no dejaba ver.

Su semblante estaba serio, como siempre, sin expresión alguna mientras sostenía la mirada de Kenneth.

—¿Qué es lo que ocultas? —quiso saber él intrigado por aquel comportamiento.

—Eso no es de tu incumbencia —Julia le dio la espalda y concentró toda su atención en Antonella.

Los ojos de la niña se cerraron poco a poco mientras Julia la mecía suavemente. La chica podía sentir la mirada del hombre clavada en su espalda con curiosidad. Esa mirada escrutadora empezaba a ponerla nerviosa y de mal humor. ¿Por qué tenía que meterse en su vida? No quería que él supiera nada de su pasado, es más, no quería que nadie lo supiera. No quería nada de él. Solo quería una cosa: que la dejaran tranquila rumiando sus penas en silencio. No era mucho lo que pedía, ¿o sí? No tenía ninguna obligación de contar nada a nadie y, mucho menos, a un desconocido. Ni siquiera Francesca había podido comprender el por qué había perdido su sonrisa. Había estado trabajando todos esos años en crear una barrera que la impidiera sentir o leer cualquier pensamiento o emoción en ella. Y lo había conseguido. No deseaba ni podía soportar la pena o la compasión de la gente hacia ella. No estaba dispuesta a aguantar aquellas miradas que la mataban lenta y dolorosamente.

Julia sintió la respiración acompasada de la niña mientras dormía. Se acercó hasta la cuna y la dejó tumbada de lado con cuidado. Notó que alguien se acercaba por detrás, pero se relajó cuando escuchó la voz de Ciara.

—Lo has logrado —le susurró asomándose a la cuna y acariciando la mejilla de su hija.

—No ha sido fácil, pero sí. ¿Hay alguna novedad?

—No. Tengo el presentimiento de que hay algo que se nos escapa de las manos.

—¿Por qué?

—No estoy segura. He estado pensando durante toda la noche y solo he llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—¿Nunca te has preguntado cómo es posible que nuestro padre y todas las personas que lo rodean no hayan envejecido en todos estos años?

Los ojos de Julia se abrieron como platos ante tal revelación. La verdad era que nunca se le había pasado por la cabeza. Lo había dado por hecho.

—Estoy segura de que también hicieron esos cambios genéticos en ellos mismos y que... —la voz de Ciara se quedó atascada en su garganta.

—¿Qué? —inquirió Julia para que continuara.

—Que es muy posible que ellos también tengan dones adicionales —concluyó levantando la mirada hacia su hermana.

—Puede que por eso Miguel no consiga localizarlo. Pero, ¿qué don puede tener?

—No lo sé. Estoy un ochenta por ciento segura de que es por eso.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Has hablado con Will de ello?

—No, aun no. Quiero tener un poco más ordenadas las ideas antes de comentárselo.

—Deberías decírselo. Así sabrá mejor a lo que nos enfrentamos —le aconsejó Julia apoyándole una mano en el hombro para darle fuerzas.

—Lo haré. Gracias por escucharme.

—Para eso están las hermanas, ¿no?

Ciara asintió dedicándole una candorosa sonrisa y la abrazó para sentir un poco de su calor.

Julia miró de reojo al hombre que estaba tumbado en la cama. Su respiración era lenta y firme, y tenía los ojos cerrados. Estaba totalmente relajado. Sabía que estaba dormido y no había escuchado la conversación.

—¿Te importa quedarte unos minutos más con ella? —le preguntó Ciara mirando a su hija con amor.

—Por supuesto que no.

Ciara les dio un beso en la mejilla a las dos, le dedicó una sonrisa a Julia y salió de la habitación dispuesta a hacerle saber a su marido sus sospechas.

Julia fijó su mirada durante unos segundos en el rostro de Kenneth. Repasó con detenimiento su contorno, como si quisiera memorizarlo, sacudió la cabeza asombrada por aquella sensación de calor abrasador que recorría sus venas y volvió su atención hacia la niña que dormitaba despreocupadamente en la cuna.

Ciara cerró la puerta de su habitación cuando salió de ella después de ver que su hija se había quedado dormida y miró a su alrededor buscando a su marido en el pasillo. Estaba hablando con Miguel en una esquina, con el hombro apoyado en la pared y los brazos cruzados a la altura de su pecho. Caminó hacia él reluciente a contarle lo que sospechaba cuando los ojos turquesa de su marido se clavaron en ella. Las comisuras de la boca de él se elevaron en una sonrisa cautivadora que hizo que las piernas le temblaran. La chica tragó saliva con dificultad, manteniendo el fuego que aquella mirada y sonrisa encendía en todas sus terminaciones nerviosas y siguió adelante concentrándose para no correr hacia su boca y devorarla. No era el momento ni el lugar adecuado.

—Hola, cariño —la saludó el comisario agarrándola de la cintura para pegarla a él.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le inquirió ella descansando su mano en el pecho de él.

—Claro.

—Intentaré encontrar al objetivo —se excusó Miguel alejándose de ellos para darle intimidad.

—Dime —el comisario la pegó aún más a él dejándole un beso en la punta de la nariz.

—He estado pensando toda la noche en ello y creo que sé cuál es la razón por la que Miguel no puede encontrar a la serpiente —le comentó mirándolo a los ojos y rodeando su cuello con los brazos.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido.

—Verás. En todos estos años que hemos estado bajo sus órdenes, he notado que ni nuestro padre ni nadie de su entorno laboral ha envejecido, al igual que nosotras y vosotros —respondió Ciara—. Si ellos no han envejecido es porque, seguramente, se sometieron al cambio genético y, por lo tanto, es muy probable...

—Que él tenga un don adicional —terminó Will pensando en aquella hipótesis que su mujer le formulaba.

—Exacto. Ahora la pregunta es: ¿qué don tiene? ¿Qué don es capaz de hacerte indetectable ante la clarividencia de Miguel?

Las neuronas del comisario se movían a gran velocidad para intentar responder a aquellas preguntas, pero no conseguía llegar a una conclusión final.

Afortunada o desgraciadamente, cada uno de sus compañeros, su mujer, las hermanas de ésta y las madres de todas ellas tenían dones. Todos y cada uno de esos dones eran diferentes y no había ningún indicio que permitiera descubrirlo a menos que ellos quisieran. Sabía que él tenía el don de crear y caminar en los sueños. Su mujer podía mover cualquier objeto con la mente. Francesca, su suegra, podía leer tu mente si no eras lo suficientemente rápido para levantar tus barreras. Ricardo podía convertirse y hacer que la electricidad fluyera por su cuerpo. Edith se transformaba en sombra, haciendo que nadie pudiera advertir su presencia hasta que ya era tarde. La sangre de James sanaba. Volker podía hacerse invisible para todos. Frederick podía freírte el cerebro con solo una mirada. Kenneth podía protegerlos a todos gracias al escudo que proyectaba fuera de su cuerpo. Y Miguel podía encontrar a cualquier persona, siempre y cuando tuviera un foco en el que concentrarse, como un cepillo de dientes, una foto o un anillo de la víctima.

—¿En qué piensas? —la voz de su esposa lo llevó de vuelta a la tierra.

—Dime cuáles son los dones de tus hermanas y sus madres —le dijo

mirándola a los ojos, aún pensativo.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó esperanzada.

—Puede que lleguemos a alguna pista si conocemos todos los dones posibles.

—Aina, la madre de Edith, puede controlar la luz. Yolanda tiene herboquinesis, puede controlar y hacer crecer a cualquier planta, árbol o arbusto. Virginia, la madre de Yolanda, puede controlar el agua. Ylva crea un humo que contiene unas toxinas mortales. Henriette, la madre de Ylva, puede manipular la memoria de cualquier persona. Larisa puede crear tormentas y tornados. Su madre puede controlar el viento. Julia puede crear fuego. Su madre puede controlar y crear la tierra. Yurika tiene el don de la ilusión y su madre puede congelarte solo con pensarlo.

—Esos son muchos dones y todos diferentes. No se me ocurre cuál podría tener la serpiente para bloquear a Miguel —confesó el comisario más confuso que antes.

Frederick abrió los ojos cuando sintió las caricias de unos dedos que recorrían su espalda desnuda. Delante de él, tumbada en la cama y abrazándolo, apareció Larisa. Las comisuras de la deliciosa y tentadora boca de ella se elevaron en una sonrisa para saludarlo.

—Buenas tardes, bello durmiente —le dijo ella dejándole un beso en los labios.

—¿Qué hora es? —preguntó un poco desorientado por la poca claridad de la habitación.

—Casi las cuatro de la tarde.

—Creo que es la primera vez que duermo hasta tan tarde —le confesó Frederick apretando su agarre para pegarla aún más a su cuerpo.

—Tenemos que levantarnos. Esta noche nos toca hacer guardia.

—Solo si me das un beso —una sonrisa seductora se formó en sus labios aprisionándola entre sus brazos para que no escapara.

Los labios llenos de la chica atraparon los de él. Con gran rapidez, el beso pasó de tierno a urgente, pasional. Las manos de él revolotearon por el cuerpo de la chica mientras rodaba para ponerla encima de él. La temperatura de sus

cuerpos y de la habitación aumentaba con cada caricia, con cada roce de sus dedos, con cada beso.

De repente, los besos se vieron interrumpidos por unos golpes en la puerta.

—¡Larisa! ¡Aquí hay una persona que pregunta por ti! —gritó Edith desde el pasillo.

Frederick y Larisa se miraron extrañados. ¿Quién iba a preguntar por ella en aquel hotel? Nadie sabía que estaban allí.

Ambos se levantaron de un salto. Frederick cogió el albornoz del suelo y su pistola mientras Larisa se vestía en un abrir y cerrar de ojos. El hombre se puso delante de ella con la pistola preparada, agarró el pomo de la puerta y abrió.

Edith y Ricardo estaban de pie, delante de la puerta y acompañados de una mujer joven, con muchas curvas, tan alta como Edith, con el cabello cobrizo y dorado, labios llenos y ojos de un azul zafiro tan brillantes como los de Larisa.

La cabeza de Larisa asomó por el flanco derecho de Frederick para poder ver a la persona que requería su presencia. Los ojos y la boca de la chica se abrieron de par en par al reconocer a aquella mujer. Echó a un lado al hombre que se interponía entre ellas y se abalanzó a los brazos de la mujer con los ojos vidriosos.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —le inquirió Larisa en ruso.

—No podía perderme esta oportunidad —contestó la mujer, llena de felicidad por poder volver a abrazar a su hija—. Hija, ¿hay algo que tengas que contarme?

La mirada azul de la mujer se deslizó por el cuerpo tapado del hombre armado detrás de su hija, hasta llegar a su rostro.

Larisa siguió la mirada de su madre, le dedicó una sonrisa y se acercó a Frederick para envolver su cintura con los brazos.

—Mamá, él es Frederick. *Lyubov*, ella es Darya, mi madre.

—Un placer conocerle, señora —le dijo el hombre con la cara roja como un tomate. No pensaba presentarse ante la madre de su novia con solo un albornoz como vestimenta, pero no había podido evitarlo.

La mirada de la mujer volvió a escanear el cuerpo del hombre. Una sonrisa

traviesa se dibujó en sus labios.

—El placer es mío, joven —respondió con una voz gutural y guiñándole un ojo a su hija.

—¡Elisabeth! ¡Kevin! —gritó Kenneth con las manos y la ropa ensangrentadas.

Una enorme nube negra de humo nublaba su visión haciéndole imposible encontrarlos. Se levantó de la carretera donde se había quedado tumbado, inconsciente tras la primera explosión tan cerca de él. La base militar delante de él estaba siendo atacada por cazas enemigos que aún sobrevolaban por encima de sus cabezas lanzando misiles y disparando contra toda persona que corría para salvar su vida. Miró a su alrededor con la visión nublada por algún líquido caliente y pegajoso que recorría su rostro desde la sien. Se dirigió hacia el hangar destrozado donde hacía solo unos minutos habían entrado su mujer y su hijo, pero tuvo que correr para ponerse a cubierto cuando un caza voló por encima de su cabeza lanzando balas a diestro y siniestro. Kenneth corrió lo más rápido que pudo hasta arrastrarse para quedar debajo de un jeep verde que aguantaba la lluvia de balas.

El avión pasó volando a toda velocidad, descargando en su camino las mortíferas balas. Kenneth se arrastró de nuevo para salir de debajo del jeep y corrió hacia el hangar destruido.

—¡Elisabeth! ¡Kevin! —los llamó apartando los paneles de aluminio amontonados en el lugar donde había estado erguido un enorme hangar.

La cabeza rubia de un niño pequeño apareció delante del hombre al retirar uno de los paneles. Las lágrimas surcaron por sus mejillas cuando vio los ojos cerrados del pequeño y su rostro angelical empapado de sangre. Kenneth retiró un trozo de metal para tener un mejor acceso al niño y se arrodilló a su lado apoyándole la cabeza en su regazo mientras le acariciaba el pelo teñido de rojo por la sangre.

—¡Kevin! Despierta, campeón. Tenemos que salir de aquí —le pidió el hombre con los ojos llenos de lágrimas—. Kevin —sollozó inclinándose para besar la frente del pequeño.

El sudor recorría el rostro del hombre mientras gritaba dos nombres que Julia no había escuchado mencionar nunca. La chica dejó a Antonella en la

cuna cuando se volvió a dormir y se acercó a la cama donde el hombre descansaba después de estar todo el día y la noche anterior haciendo guardia. Se subió a la cama, quedándose de rodillas a un lado de él, observándolo.

Kenneth tenía los ojos y los puños cerrados con fuerza. Su sereno rostro había sido sustituido por uno perturbado. Estaba teniendo una pesadilla.

La mano de Julia se movió involuntariamente hacia su mano para despertarlo, pero no llegó a hacer contacto. Los ojos color avellanas de Kenneth se abrieron de golpe y su mano agarró el cuello de la chica con fuerza.

Durante unos segundos que parecieron eternos, la respiración de Julia se detuvo, quedándose inmóvil ante el repentino ataque del hombre. Sus ojos castaños se clavaron en los de él, ahora rojos por la furia y la venganza. Julia no apartó su mirada calmada, esperando que el hombre recordara dónde estaba.

Poco a poco, la visión rojiza de Kenneth se desvaneció, dejando ver el rostro pálido y los ojos castaños y calmados de Julia. Desvió la mirada hacia la mano que aferraba el cuello de la chica y la apartó rápidamente, como si quemara.

—Perdona. ¿Te he hecho daño? —le preguntó él llevándose la mano hasta el pelo corto y castaño para alborotarlo a su paso.

—No. Has tenido una pesadilla —no había sido una pregunta. Kenneth asintió recostándose en la cama para quedar mirando el techo—. Al parecer no soy la única que tiene un pasado doloroso.

Julia se levantó de la cama, alejándose de él y saliendo por la puerta, dejando a Kenneth petrificado, sin saber qué decir o hacer.

La chica salió al pasillo, agradecida de que estuviera despejado. Resbaló por la puerta de la habitación hasta quedar sentada en el suelo enmoquetado con la cara enterrada en sus rodillas. Las lágrimas recorrieron su rostro. No podía parar de llorar. Necesitaba desahogarse aunque fuera en soledad. Necesitaba sacar toda aquella tristeza, toda aquella amargura, toda aquella impotencia que la iba matando poco a poco. La respiración de la chica se aceleró casi llegando a la hiperventilación. Tenía que salir de allí. Tenía que tomar el aire para poder volver a respirar.

Se levantó del suelo y corrió hacia la puerta de las escaleras de emergencia

en el momento en que Francesca salía de la habitación de Edith. La mujer solo vio un borrón rojo y negro que desaparecía por la puerta de las escaleras.

Julia subió los escalones de dos en dos hasta la puerta de acero que llevaba a la azotea del hotel. Abrió la puerta despacio, con cuidado de no hacer ruido y vio a Yurika e Ylva observando con detenimiento sus alrededores, haciendo guardia. Julia se deslizó silenciosamente al exterior de la azotea y rodeó la pared. Una vez fuera de la visión de sus hermanas, se quedó sentada en el suelo de grava enterrando su cara entre sus manos, rompiendo a llorar de nuevo y cogiendo aire para aliviar sus pulmones de la quemazón que no la dejaba respirar.

Francesca entró en la habitación de su hija para echarle un vistazo a su nieta Antonella. Se acercó a la cuna, consciente de que Kenneth estaba en la cama incorporado y pensando. “*¿Qué le habrá pasado?*”, se preguntó a sí mismo sin darse cuenta de que Francesca le observaba.

—¿Por qué estás pensando en Julia? —quiso saber la mujer arrojando a su nieta con la pequeña manta rosa.

Kenneth se sobresaltó al escuchar la voz de la mujer y la miró.

—No estoy seguro —contestó el hombre dubitativo. La verdad era que no sabía lo que había hecho para que ella saliera corriendo.

—Pues ve a arreglarlo —le aconsejó Francesca cuando fue bombardeada por las emociones encontradas del hombre.

—No sé dónde está —se excusó Kenneth intentando poner en orden todos aquellos sentimientos que alguna vez, en el pasado, sintió por una persona muy especial.

—En la azotea.

El hombre levantó la mirada para encontrarse con los ojos verde jade de Francesca. Ella sabía el caos de emociones y sentimientos que tenía en la mente y en el corazón. Y él sabía que ella tenía razón. Se levantó de la cama y corrió hacia la puerta de la habitación para dirigirse después a las escaleras de emergencia y subir a la azotea. Abrió la puerta de golpe, con la respiración entrecortada por la carrera. Yurika e Ylva le miraron sorprendidas y preocupadas.

—¿Qué ocurre? —le inquirió Yurika acercándose a él preocupada.

—¿Habéis visto a Julia?

—No. ¿Le ha pasado algo? —quiso saber Ylva mientras sus ojos grises se entrecerraban desconfiados.

—Espero que no.

En ese instante, el sonido de un disparo resonó en la azotea, por la parte de atrás. Kenneth y las dos mujeres corrieron hacia el lugar y abrieron los ojos de par en par al ver a Julia peleando con un tipo, pero sin querer llegar a herirle. Las lágrimas de Julia resbalaban por sus mejillas para volar lejos de su rostro.

—¡Emilio, detente! —le gritó la chica al hombre que la atacaba sin piedad y con mucha rabia.

—¡No! —contestó furioso por no poder alcanzarla con sus letales manos.

Kenneth y las dos chicas presentes en aquella escena se miraron con sorpresa. “¿*Conoce a ese hombre?*”, se preguntó él intentando apuntar al hombre con su arma y abatirlo, pero era imposible. Julia y el asesino eran dos borrones delante de él que nunca paraban en sus ataques o defensas.

Yurika e Ylva seguían los movimientos de ambos atacantes sin ninguna dificultad. El hombre consiguió esquivar uno de los puños de Julia y arremetió contra ella con más fuerza.

—Detenlo, Yurika —le susurró Ylva a su hermana.

La menuda chica morena de ojos negros y rasgados se adelantó un paso y se concentró en el hombre que no paraba de moverse para poder alcanzar a su hermana. Los movimientos del asesino se pararon en seco, mirando pero sin ver nada ni nadie a su alrededor.

—¿Dónde estás, maldita zorra? —escupió el hombre con la furia rezumando por cada poro de su piel morena.

Julia cayó de rodillas en la grava de la azotea, con la respiración agitada y los ojos llenos de lágrimas que recorrían su pálido rostro. Kenneth se acercó a ella, acuclillándose a su lado, apoyando una mano en su espalda y sin apartar el arma del asesino.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

Julia apoyó las manos en la grava, agachando la cabeza mientras la sacudía en una negativa. No podía hablar. La sorpresa, la alegría, la rabia, la furia, la frustración, la impotencia, se habían quedado atascadas en su garganta

impidiendo que pudiera pronunciar alguna palabra.

—Hermana, ¿quién es este hombre? —quiso saber Ylva, acuclillada al otro lado de la chica.

Julia sollozó sin poder evitarlo. ¿Cómo habían podido llegar a aquella situación?

—Hermana, mírame —le dijo Ylva levantándole la cabeza con dos dedos en la barbilla para que la mirara a los ojos—. ¿Quién es este hombre?

Julia cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir para observar el rostro preocupado de su hermana. Respiró hondo haciendo que la brisa que soplaba entrara en sus pulmones, despejándolos.

—Se llama... Emilio. Es mi... es mi marido —respondió la chica volviendo a llorar al pronunciar aquella última palabra que tanto daño le causaba. Abrazó a su hermana para encontrar algo de apoyo.

Los ojos de Kenneth e Ylva se abrieron de par en par al escuchar aquella confesión tan inesperada. “¿*Está casada?*”, se preguntó el hombre con auténtico asombro.

Ylva volvió su atención a su hermana que lloraba sin consuelo entre sus brazos.

—¿Tu marido? ¿Por qué no nos has contado nada? —la interrogó con suavidad. No quería que pensara que la estaba recriminando.

—Era un secreto, pero... —la voz se le quedó atascada en la garganta sin poder seguir contando su historia.

—¿Qué pasó?

—Nuestro padre se enteró y mandó a unos hombres para matarlo.

—Pero no lo hicieron. ¿Qué le hizo?

—Modificarlo. Le lavó el cerebro para que fuera detrás de mí y me matase —el abrazo de Julia se hizo más fuerte.

—¿Qué le dijo para que te tenga tanto odio? —quiso saber Kenneth. Su voz sonó suave como el terciopelo mientras su mano acariciaba la espalda de la chica.

—Que... que yo había matado a nuestro hijo —respondió en hipidos y volviendo a llorar sin control.

De nuevo, los ojos de Kenneth e Ylva se abrieron como platos.

—Hermana, ¿tienes un hijo? —la voz de la chica había sido solo un susurro.

—No. Nuestro padre se encargó de que no naciera.

—Ylva, no puedo retenerlo por más tiempo —la informó Yurika con la frente empapada de sudor.

—Yo me ocupo —dijo Kenneth expandiendo el escudo alrededor de los cuatro.

Yurika dejó libre al hombre de su ilusión cegadora y cayó al suelo de grava cansada por la energía que había perdido.

—Ahí estás, zorra —escupió el hombre corriendo hacia Julia con los puños apretados.

El cuerpo del asesino voló por los aires cuando una fuerza invisible lo paró antes de llegar a su objetivo. Sacudió la cabeza para quitarse el aturdimiento, se levantó de un salto y volvió a correr hacia ella.

—No volverás a escapar. Te mataré —gruñó el hombre asestándole puñetazos al escudo invisible.

Julia se levantó, alejándose de sus hermanas y del hombre, se quedó en el límite del escudo cuando la mano de Kenneth la paró y miró los ojos negros, ahora inyectados en sangre del hombre al que una vez amó con todo su corazón y toda su alma.

—Emilio, por favor, vuelve en ti. Yo no maté a nuestro hijo —sollozó Julia con una voz suave.

—¡Mientes! —vociferó el hombre sin dejar de lanzar puños contra el escudo.

—Julia, es mejor que lo dejes —le aconsejó Kenneth sin desatar su agarre al brazo de ella.

Ylva se acercó a ellos, miró al marido de su hermana y después a ella con pesar.

—Lo siento, hermana, pero no podemos dejarle ir.

La mano de Julia se levantó para tocar la cara de su marido una última vez, pero Kenneth volvió a detenerla. Con suavidad, cogió su mano y la urgió a que

caminara a su lado. Julia miró a su hermana con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar.

—No quiero que sufra —le pidió a Ylva con la mirada.

—Te lo prometo.

—Vamos —le dijo Kenneth guiándola hasta la puerta de acero.

—¿A dónde vas, zorra? ¡No he terminado contigo! —le gritó Emilio siguiéndola mientras lanzaba puñetazos y patadas hacia el escudo.

Yurika le asestó una patada al hombre en el costado para alejarlo de su hermana y que ésta se fuera de la azotea junto a Kenneth.

Emilio maldijo en un idioma ininteligible y corrió hacia la pequeña mujer que había osado atacarle. La puerta de acero se cerró detrás de Kenneth y Julia captando de nuevo la atención del asesino.

Sin embargo, Ylva fue más rápida. Se abalanzó hacia él, subiéndose en su espalda, le tapó la boca con la mano y dejó que el humo gris entrara en el cuerpo del hombre. Los ojos de Emilio se cerraron mientras su cuerpo se convulsionaba hasta quedar inerte en el suelo.

En cuanto la puerta de acero se cerró, la fuerza de Julia se desvaneció. Las rodillas se le doblaron mientras su cuerpo temblaba como una gelatina.

El brazo de Kenneth rodeó la cintura de la chica impidiendo que llegara a tocar el suelo.

—Tranquila —la consoló manteniéndola en pie—. Vamos.

—No puedo —sollozó Julia agarrándose con fuerza al brazo de él.

El hombre la levantó, acunándola contra la solidez de su pecho y bajó las escaleras. Recorrió el pasillo hasta la habitación de ella y esperó hasta que la chica abriera la puerta. Entró en la habitación y la dejó en la cama tumbada.

Julia se aovilló entre las sábanas, dándole la espalda al hombre y rompiendo a llorar.

El corazón de Kenneth aceleró sus latidos con urgencia. No soportaba verla tan vulnerable y frágil cuando sabía que era una guerrera, fuerte y letal. Se sentó al lado de ella, apoyando su peso en el codo mientras le acariciaba con suavidad el pelo rojo como el fuego.

—No llores más, por favor —le suplicó en un susurro cerca de su oído.

El cálido aliento de él recorrió el interior de Julia como una ola de fuego, calentándole la sangre.

—Déjame sola, por favor —le pidió ella revolviéndose bajo la caricia de él.

—No puedo dejarte sola.

—No voy a hacer ninguna locura, si es eso lo que te preocupa. Solo quiero llorar en soledad —le dijo ella sorbiéndose la nariz y enjugándose una lágrima que resbalaba por el puente de su nariz.

—No voy a dejarte sola. Puedes llorar todo lo que quieras, desahogarte, pero yo no me muevo de aquí.

—No quiero que me veas así —sollozó ella tapándose la cara con la sábana blanca.

Una leve sonrisa se dibujó en la boca de Kenneth e intentó quitarle la sábana de la cara, pero sin éxito.

—¿Por qué? Al menos ahora sé que tienes sentimientos. Que por tus venas corre sangre —le confesó Kenneth recordando la seriedad de ella cada vez que la veía.

—Pues claro que corre sangre por mis venas, ¿o crees que tengo horchata?

—Perdona. Es que siempre estabas seria y callada. ¿Qué iba a pensar, entonces? Ahora veo que estaba equivocado.

—Kenneth —lo llamó la chica sacando la cabeza de debajo de la sábana —. Te agradezco tu ayuda, pero por favor, déjame sola. Necesito estar sola.

—Ya te he dicho que no voy a dejarte sola. Sé cómo te sientes y créeme, dejarte sola en este momento es lo peor que puedo hacer.

Los ojos grandes y castaños de Julia se clavaron en el rostro cincelado de él, recorriendo cada línea y parándose en el músculo que se movía en su mandíbula.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la chica con curiosidad.

—¿El qué?

—Cómo me siento. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno... no lo sé exactamente, pero puedo hacerme una idea —le dijo

apartando la mirada de ella y sentándose en el borde de la cama para darle la espalda.

Julia observó con detenimiento la espalda de Kenneth. Tenía todos los músculos tensos. La chica se incorporó apoyando la espalda en el cabecero, enjugándose las lágrimas y cruzando los brazos a la altura del pecho.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió ella sin apartar su mirada del cogote del hombre. Éste asintió—. ¿Quiénes son Elisabeth y Kevin?

Los músculos de la espalda de Kenneth se tensaron aún más y la miró por encima del hombro con los ojos entrecerrados por la desconfianza.

—¿Cómo conoces esos nombres? —la interrogó con los dientes apretados.

—Tú los mencionaste mientras dormías. Supongo que estarías teniendo una pesadilla —respondió Julia encogiéndose de hombros—. Al parecer no soy la única desconfiada y reservada con respecto a mi pasado.

El hombre cerró los ojos suspirando con dolor. Tenía razón. No podía esperar que ella confiara en él cuando él no era totalmente sincero.

—Kenneth, no hace falta que me lo cuentes, pero no quieras hacer que me abra a ti cuando tú no lo haces. No es justo —le dijo ella levantándose de la cama y caminando hacia el baño—. Déjame sola, por favor.

Julia cerró la puerta del baño con el cerrojo, apoyó la frente en la puerta y dejó que las lágrimas volvieran a correr por sus mejillas como cataratas. No podía parar. Creía que nunca podría parar. ¿Qué razón tenía para vivir? Su marido había sido modificado genéticamente por su propio padre y le había lavado el cerebro de tal modo que su marido solo había querido matarla durante los últimos cuatro años. El hombre que decía ser su padre había hecho que varios de sus hombres le dieran una brutal paliza, haciendo que el bebé que crecía dentro de ella perdiera la vida incluso antes de que fuera consciente de ella.

Muchas mañanas se había despertado maldiciendo por seguir con vida, pero tenía la esperanza de poder salvar a su marido y volver a ser felices juntos. Sin embargo, ¿qué haría ahora que él ya no estaba?

Dio unos pasos hasta apoyar las manos en el lavabo y levantó la mirada hacia el reflejo del espejo. Podría hacer que Ylva la hiciera tragar su humo mortal, pero no quería que su hermana viviera con esa culpa. Podría coger prestada el arma de Kenneth o cualquiera de los hombres, pero era una

cobarde. No podría apretar el gatillo. ¿Qué otra forma le quedaba?

Bajó la mirada hacia el lavabo, donde sus manos se habían aferrado con fuerza. “*No, no lo harás*”, se regañó a sí misma. En ese momento no podía acabar con su insignificante vida. No iba a dejar el mundo sin antes acabar con el hombre que tanto daño le había hecho a ella, a su madre, a sus hermanas y, seguramente, a millones de personas más. Ese hombre, su padre, debía morir por el bien de todos, por el bien del planeta entero.

Volvió a levantar la mirada hacia su reflejo con relucencia, se alejó del lavabo mientras se desnudaba y se metió en la ducha. Debía alejar aquella idea de morir de su cabeza, al menos, hasta que su familia estuviera a salvo. Dejó que el agua templada recorriera su cuerpo despejándolo.

Veinte minutos después, sus ideas suicidas desaparecieron de su mente. Cerró el grifo, salió de la ducha y se envolvió en un albornoz. Abrió la puerta del baño y se dirigió hacia la cómoda para coger unas mallas y un polar negro. Se dio la vuelta para dejarlos encima de la cama y se sobresaltó cuando vio a Kenneth aún sentado en el borde de la cama con los codos apoyados en sus muslos.

—Creí haberte dicho que me dejaras sola —le dijo ella soltando la ropa en la cama y ajustándose la cuerda del albornoz alrededor de la cintura para que no se abriera.

El hombre levantó la cabeza para mirarla con sus ojos avellanas enrojecidos por llorar. Cogió aire y lo soltó lentamente mientras se pasaba las manos por su pelo castaño.

—Eran mi esposa y mi hijo —contestó él casi en un susurro.

—¿Qué? —preguntó Julia sin saber a lo que se refería.

Kenneth volvió a coger una bocanada de aire, esta vez durante unos segundos más.

—Elisabeth era mi esposa y Kevin nuestro hijo —respondió con las lágrimas recorriendo sus mejillas bronceadas—. Los asesinaron cuando a mí me invitaron a conocer la base militar de Pearl Harbor. Los japoneses atacaron la base y mi esposa murió junto a mi hijo mientras visitaban un hangar. Yo estaba a unos metros de allí, pero la onda expansiva me lanzó por los aires alejándome aún más de ellos. Intenté... —la voz se le quedó atascada. Tragó saliva con dificultad y continuó—. Intenté salvarles, pero

llegué tarde. El hangar y el metal de los aviones que habían explotado los sepultaron, aplastándolos contra el cemento del suelo.

Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas al escuchar aquella confesión. Se acercó a él, sentándose a su lado y apoyándole una mano en el antebrazo.

—Lo siento. Realmente sabes cómo me siento.

Kenneth asintió agachando la cabeza para que ella no viera las lágrimas resbalar por su rostro.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le preguntó Julia con suavidad. Kenneth volvió a asentir—. ¿Cómo acabaste en el laboratorio de mi... de la serpiente?

—La venganza por las muertes de mi esposa y mi hijo me cegaron. Regresé a la base militar de Canadá en cuanto pude, preparé mi caza con miles de proyectiles y algún que otro misil, dispuesto a matar a todos los japoneses. Sobrevolé Alemania y me abatieron. Me cogieron sin poder llegar a pelear y me llevaron al laboratorio. Supongo que no escogí la mejor ruta para llegar a Asia. Mi juicio estaba nublado, ciego por la sed de venganza.

>>Cuando me encerraron en el laboratorio tuve mucho tiempo para pensar y me avergoncé de mí mismo al pensar con claridad lo que había estado a punto de hacer en un país. Un país con los hombres que habían matado a Elisabeth y Kevin, pero también un país lleno de inocentes como ellos que nada tenían que ver con ese ataque.

Julia asintió en silencio acariciando con el pulgar el antebrazo de él para reconfortarlo.

—Gracias —le agradeció ella rompiendo el silencio que se había establecido entre ellos. El hombre levantó la vista hacia su rostro—. Por abrirte a mí. Sé que no ha sido fácil.

El hombre se sorbió la nariz levantándose de la cama y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—¿A dónde vas? —quiso saber Julia siguiéndole.

—A darme una ducha. Gracias por escucharme.

Julia abrió la boca para hablar, pero la puerta se cerró detrás de él rápidamente. Se quedó mirando la puerta durante unos desconcertantes segundos, después se dio media vuelta, se dirigió a la cama y se puso la ropa, sin poder dejar de pensar en todo lo que había dicho Kenneth.

El hombre abrió la puerta de su habitación y entró cerrando la puerta rápidamente. Se dirigió a la ducha desnudándose y abrió el grifo dejando que el agua recorriera su cuerpo de la cabeza a los pies. Cerró los ojos cuando apoyó la mano en la pared de la ducha y dejó que las lágrimas brotaran de sus ojos sin ningún control.

Había pasado muchos años desde la última vez que había tenido una pesadilla recordando aquella tragedia que le había roto el corazón en mil pedazos y que le había llevado hasta un enemigo mucho peor.

Capítulo 26

Pasaron los días y a nadie le pasó desapercibido el comportamiento de Kenneth y Julia. Ambos se intentaban evitar y casi no se miraban.

Julia se despertó, se vistió y salió de su bungalow rumbo hacia el que ocupaba su hermana Ciara con su marido y su hija. Llamó a la puerta y esperó a que le abrieran. Para desgracia de ella, en la habitación llena de gente sólo se le había ocurrido a Kenneth abrirle. Lo miró durante unos segundos esperando un saludo de su parte, pero el hombre sólo se alejó de la puerta sin decir palabra y se sentó en uno de los sillones de color crema que había debajo de una pequeña ventana del bungalow del nuevo hotel. Julia apretó los dientes siguiéndole con la mirada, dejó la protesta escondida en su garganta y entró cerrando la puerta detrás de ella.

—¿Alguna novedad? —preguntó la chica acercándose a la cama para coger de los brazos de Ciara a Antonella—. Hola, preciosa —saludó a la niña con una sonrisa.

—No. Seguimos igual. No entiendo por qué no le puedo ver —se quejó Miguel con frustración.

—Parece que su don es más fuerte que el tuyo —le dijo Frederick sentado en el suelo a su lado y delante de Larisa que estaba sentada en el sofá marrón claro.

—Pues no voy a darme por vencido —Miguel puso la espalda recta, cerró los ojos con la medalla en la palma de la mano y buscó al científico.

La mirada verde jade de Francesca no dejaba de moverse. Miraba a Kenneth y después a Julia. Su mente se movió hacia la de la chica, pero no pudo entrar. Hacía poco menos de cuatro años que Julia había bloqueado su mente a ella y no podía percibir tampoco sus emociones o sentimientos. Regresó hacia el hombre. Los pensamientos de éste eran más sencillos de encontrar. No había construido ninguna barrera contra la intromisión de ella y lo prefería. Las emociones y los sentimientos de Kenneth llegaron con claridad hasta Francesca dejándola un poco exhausta por tanta información. La mujer desvió la mirada hacia donde él la tenía clavada. Observaba a Julia mientras ésta jugaba con Antonella tumbada en la cama y con una sonrisa de oreja a oreja en sus labios. “*Vaya, vaya, vaya*”, pensó Francesca con una leve

sonrisa.

Kenneth no dejaba de mirar a Julia, escuchando el sonido de su risa como si fuera un canto celestial. El recuerdo de cómo se había confesado ante ella llegó a su mente. La chica le había acariciado el antebrazo con ternura para reconfortarlo, pero también había avivado un fuego que ya creía extinguido para él. Al sentir aquél incendio, se había alejado de ella rápidamente. Se había dado una ducha fría, aun así, no le había aliviado como él esperaba.

Desvió la mirada cuando ella echó un vistazo hacia él y volvió a posarla en ella, esta vez resguardado tras las gafas de sol que llevaba en la cabeza. Se las bajó como si la luz de la ventana que estaba frente a él le molestara y fijó la mirada en la chica. Recorrió su cuerpo de arriba abajo. Los pantalones negros se pegaban a sus estilizadas piernas como si fuera una segunda piel. La camiseta de tirantas negra dejaba ver su perfecta y blanca piel como la porcelana.

Involuntariamente, la lengua de Kenneth humedeció sus labios como si estuviera lamiendo la piel de Julia. El fuego volvió a propagarse por su cuerpo, alojándose peligrosamente en su entrepierna. Se levantó de un salto, llamando la atención de todos los presentes, dio dos zancadas hacia la puerta abriéndola con premura y corrió a su bungalow cuando la puerta se cerró detrás de él.

Todos se quedaron mirando la puerta cerrada con extrañeza y se miraron unos a otros para encontrar alguna explicación.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Will.

Todos se encogieron de hombros sin saber qué contestar. Francesca se tapó la boca con la mano para disimular una sonrisa. Ella sabía lo que había pasado, pero no iba a contar nada. No les interesaba aún.

Kenneth entró en su bungalow directo hacia el baño. Se fue desnudando de camino hasta la ducha y abrió el agua fría. El grito se quedó atascado en su garganta y dejó que el agua congelara su cuerpo ardiente. El incendio se había apagado un poco, pero no lo suficiente como para sentirse cómodo delante de tantas personas.

Julia seguía jugando con Antonella, haciéndole cosquillas en la barriga

mientras Ciara le cambiaba el pañal cuando Kenneth entró en la habitación.

—¿Estás bien? —se interesó Volker acercándose a él.

—Sí.

La contestación había sido escueta, pero Volker lo había entendido. No tenía ganas de hablar, por lo que se alejó de su amigo después de darle una palmadita en la espalda.

Kenneth se quedó de pie, delante de la puerta de la habitación como si fuera el portero de una discoteca, con los brazos cruzados a la altura del pecho, las piernas abiertas para mantenerse firme y las gafas de sol oscuras puestas para no apartar la mirada de Julia.

La chica sintió cómo un escalofrío recorría su columna vertebral y se extendía hacia los pies y la cabeza erizándole los vellos de la nuca. Miró a su alrededor y se quedó mirando a Kenneth. Su rostro estaba serio, como tallado en piedra. Sabía que él la estaba observando bajo las gafas de sol, pero no había sido el causante de su escalofrío. Todo lo contrario, la mirada de él, su boca, sus brazos fuertes, sus piernas bien musculadas; la hacía sentirse acalorada y le quitaba el aliento cuando se movía o sonreía. Julia volvió a sentir un escalofrío, como si algo que no pudiera ver la rozara sin querer. Sus ojos se entrecerraron, observando con mucho detenimiento cada milímetro de la habitación. Algo no iba bien, pero ¿qué?

—Coge a la niña y no la sueltes pase lo que pase —le susurró a Ciara levantándose de la cama.

—Julia, ¿qué ocurre? —Ciara dejó de sonreír, cogió a su hija entre sus brazos y se quedó al lado de su hermana.

—No estoy segura.

La mirada de Julia se movía con rapidez por la habitación. De repente, los ojos de Miguel se abrieron como platos y sus manos se levantaron hacia su garganta. Su boca se abrió intentando respirar o hablar.

—¡Yurika! —la llamó Julia corriendo hacia Miguel y llegando hasta él en un abrir y cerrar de ojos. Miró a Ciara que se dirigía a la cuna—. ¡No! ¡Ciara, no la sueltes!

Yurika se acercó a Miguel y su hermana. El hombre estaba tumbado en el suelo pataleando y el color de su rostro empezaba a ser azulado.

—Es una ilusión. Ayúdalo —le informó Julia levantando la mirada hacia todos los presentes—. Hay alguien más en esta habitación que no ha sido invitado —anunció buscando al intruso.

Will sacó su arma y se dirigió hacia su mujer y su hija, al igual que Francesca, Aina, Henriette, la madre de Ylva, y Darya, que los rodearon a los tres. Yolanda, Ylva y Larisa se prepararon para atacar en cuanto Julia diera la señal. Frederick se acuclilló al lado de Miguel agarrándolo con fuerza para que dejara de patear. Volker se quedó junto a Ylva. Y Kenneth sacó su arma, se quitó las gafas de sol y miró alrededor de la estancia con los ojos entrecerrados.

Julia hizo una bola de fuego en su mano y la lanzó a unos centímetros del cuerpo de Kenneth. La bola impactó sobre alguien que gimió al sentir la quemadura en su brazo.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par y alargó el brazo hacia donde había escuchado el gemido, pero no había nadie. Volvió la mirada hacia Julia con los ojos rojos de furia y dio dos zancadas hacia ella con los puños apretados.

—¿Te has vuelto loca? —vociferó fuera de control.

La puerta de la habitación se abrió a su espalda antes de que la chica pudiera protestar.

—Mierda —blasfemó la chica en español, rodeando a Kenneth y corriendo hacia el pasillo. Miró a cada lado del pasillo y lanzó otra bola de fuego hacia el ascensor—. Joder —miró hacia Kenneth que estaba detrás de ella—. ¿Por qué coño te has quitado de la puerta? ¡Se ha escapado! —le gritó empujándolo.

Kenneth movió una pierna hacia atrás para mantener el equilibrio. Vio una llamarada en los ojos castaños de la chica y se dio cuenta de lo que había hecho. Había dejado escapar al intruso solo porque no había podido controlar su ira cuando ella había lanzado la bola tan cerca de él. La verdad era que no se la había lanzado a él sino al intruso, pero en aquel momento no había podido quedarse quieto.

—Lo siento, no había pensado en ello.

—Pues deberías haberlo pensado, gorila de pacotilla.

—Oye, no hace falta que me insultes. Ya he dicho que lo siento —dijo

subiendo el tono de voz.

—¡Callaros! Intento concentrarme —les gritó Yurika arrodillada al lado de Miguel.

Julia y Kenneth se lanzaron cuchillos con la mirada durante unos segundos y, a continuación, volvieron su atención a la chica que intentaba que Miguel regresara a la realidad.

Yurika cerró los ojos posando una mano en el cuello de Miguel y se concentró. Entró en la ilusión que habían creado para él, se acercó a los dos hombres que peleaban en una azotea y se sorprendió cuando reconoció al asaltante. Miguel intentaba escapar del agarre que el científico hacía en su cuello, pero era inútil. Yurika se acercó hasta quedar al lado de Miguel y le susurró al oído suavemente:

—Miguel, esto no es real. Ven conmigo, te llevaré a un lugar seguro.

Los ojos grises del hombre se movieron hacia su derecha para encontrar el rostro casi infantil de la chica que le sonreía dulcemente. Su mano se alargó para coger la de ella y el agarre del científico se esfumó de su garganta.

Yurika abrió los ojos sosteniendo la mano de Miguel entre la suya.

—Tranquilo, ya ha pasado —lo calmó la chica mientras él tosía cogiendo aire para llenar sus pulmones.

—¿A qué nos estamos enfrentando? —quiso saber Frederick ayudando a su amigo a incorporarse para quedar sentado de nuevo en el suelo.

—Tenemos la sospecha de que ese intruso era la serpiente —respondió Will guardándose el arma y abrazando a su esposa e hija.

—Lo era —confirmó Yurika sin soltar la mano de Miguel.

—Puede hacerse invisible y, además, crear una ilusión —anunció Julia acercándose a Ciara para ver a Antonella.

—¿Por qué él tiene dos dones? —preguntó Kenneth.

—No lo sabemos. Supongo que habrá modificado aún más sus genes para conseguirlos —respondió Ciara entregándole la niña a Julia y rodeando la cintura de su marido para pegarlo más a ella.

Sin previo aviso, Edith y Ricardo aparecieron en el centro de la habitación con los rostros descompuestos.

—¿Qué ha pasado? —inquirió la chica con la preocupación reflejada en sus ojos marrones.

—Hemos tenido una visita inesperada —le dijo Ylva rodeando la cintura de Volker con sus brazos.

—¿De quién?

—Deberíamos irnos. Aquí ya no estamos seguros —propuso Francesca.

—Sé a dónde podemos ir —añadió Edith agarrando con fuerza la mano de Ricardo.

—Recoged vuestras cosas. Nos iremos en una hora —ordenó Will dejando un beso en la cabeza de su mujer.

—Avisaré a James y Virginia —le dijo Francesca, buscando la mente de ambos.

En menos de una hora, las doce mujeres, los siete hombres y la pequeña Antonella estaban alrededor de Ricardo y Edith, esperando a que ésta los llevara a ese lugar seguro que conocía.

—¿Preparados? —preguntó la chica cogiendo la mano de Ricardo.

Todos asintieron y la sombra de Edith se alargó y dividió en dieciocho sombras más, reptando por los cuerpos de las mujeres y hombres para hacerlos desaparecer al unísono y poner rumbo hacia el lugar donde, estaba segura, nadie les encontraría.

Las sombras se alejaron del hotel cercano a la playa y se dirigió hacia el interior de la isla, hasta llegar a las altas y empinadas montañas que se elevaban hasta más allá de las nubes, en el mismo centro del bosque.

Edith cruzó las alambradas que impedían el paso a las personas, ya que era una zona peligrosa, tanto por los animales que habitaban el bosque como por la probabilidad de derrumbamiento de las montañas, e incluso de la posibilidad de que el volcán, ahora inactivo, pudiera entrar en erupción en cualquier momento.

La chica escaló la montaña más alta hasta llegar a una abertura escondida entre el dosel de ramas de unos enormes árboles, entró en la oscura abertura y corrió por el estrecho túnel hasta una gran estancia iluminada por antorchas.

Las sombras tomaron forma de mujeres y hombres dejando ver poco a poco

sus rostros y cuerpos.

—¡Hemos llegado! —gritó Edith agarrándose con fuerza al brazo de Ricardo para no caerse.

Todos miraron a su alrededor sorprendidos.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Kenneth.

—En mi casa, joven —contestó una mujer pelirroja, menuda y con los ojos verdes amarillentos más bonitos que ninguno de aquellos hombres habían visto nunca.

La mujer salía de una estancia que parecía una cocina y los miraba con detenimiento.

Julia abrió los ojos de par en par al escuchar aquella voz que para ella era como un canto celestial, se dio media vuelta para poder mirar a la mujer y corrió hacia ella para abrazarla.

—Mamá.

—Hola, mi vida —la mujer abrió los brazos y apretó a su hija contra su cuerpo.

Julia abrazó a su madre con fuerza. Llevaban casi diez años sin poder verse y casi sin hablar por miedo a que la serpiente la encontrara y se la arrebatara. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de la chica mientras enterraba la cara en el cuello de su madre.

—Te he echado mucho de menos —le dijo Julia sollozando en español—. ¿Por qué no te fuiste a España?

—No pude, mi vida. Además, mi familia murió hace mucho tiempo, no tenía nada por lo que volver a mi país, pero sí para quedarme en esta montaña.

—Chicos, os presento a Carmen, la madre de Julia —los presentó Francesca.

—Encantada de conocerlos. Ponerlos cómodos. Estáis en vuestra casa.

—Gracias —respondieron al unísono dejando los macutos a un lado para que no molestaran.

Las chicas se acercaron a la mujer con una sonrisa en los labios, le dejaron dos besos en las mejillas y la abrazaron aplastándola entre todas.

Carmen sonreía mientras las lágrimas de alegría por verlas de nuevo

corrían por su rostro. Vio al bebé que Ciara llevaba entre sus brazos y la cogió.

—Supongo que esta belleza es Antonella, tu hija —le mencionó a Ciara haciéndole carantoñas a la pequeña que sonreía encantada.

Ciara asintió feliz y rodeó la cintura de su hermana Julia.

—Se parece mucho a ti, excepto los ojos... —empezó a decir Carmen.

—Son de su padre —afirmó Ciara. Todos le decían lo mismo cuando veían a la niña.

—Bueno, estaréis cansados por el viaje. Os enseñaré la casa —Carmen dio unos pasos hacia delante para quedar en el centro de la estancia—. Estamos en el salón. Al norte está la entrada a la cueva. Al noreste hay una habitación que he acondicionado para Ciara, su marido y su hija. Al noroeste está el comedor. Al sur hay una salita con algún que otro libro interesante y, detrás de ella, hay varias habitaciones más que os podéis repartir como mejor os convenga. Al suroeste está la cocina. Y, al sureste, está mi habitación.

>>Como podéis ver desde el centro de esta estancia, a derecha e izquierda hay un túnel. El de la derecha lleva a una habitación y, si camináis un poco más, hasta un pequeño lago con aguas termales. El de la izquierda os lleva a las habitaciones que he mencionado antes, todas ellas ataviadas con camas, armarios y cómodas para que estéis a gusto.

>>También podéis observar que aquí la electricidad, el agua o el gas no llegan. Hay cerillas en todos los armarios de los dormitorios, por si las antorchas y las velas se apagan. Creo que eso es todo. Si tenéis alguna duda, preguntádmela, no seáis tímidos.

—Para mí ha quedado todo claro —dijo Will cogiendo de nuevo el macuto—. Voy a dejar las cosas en la habitación.

—Para mí también está claro —añadió Frederick acercándose a Larisa y cogiendo su mano—. Vamos a elegir habitación, *bébé*.

—Nosotras también deberíamos elegir las ya —apuntó Yolanda mirando a Ylva y después a James.

—Me parece bien —Ylva se dirigió hacia Volker para rodearle la cintura y caminar bajo su hombro hacia el túnel.

Yolanda y James los siguieron y, después, Edith y Ricardo.

Carmen observó a cada pareja hasta que desaparecían en el interior del túnel. Sus ojos verdes estaban abiertos como platos por la sorpresa. Ladeó la cabeza hacia su hija, Ciara y Yurika. Las tres chicas se encogieron de hombros con una sonrisa.

—Supongo que tú y yo compartimos habitación —le observó Kenneth a Miguel cogiendo su maleta del suelo y echándosela al hombro.

—Supongo. Aunque esta no sería la primera vez —contestó Miguel dirigiéndose hacia el túnel con su compañero.

—Bueno, pues sólo quedáis vosotras dos —Carmen miró a su hija y a Yurika.

Las chicas se miraron, Yurika rodeó la cintura de su hermana y ambas se encaminaron hacia la habitación que estaba al lado de las aguas termales.

—Por suerte para nosotras se han olvidado de esta —puntualizó Yurika dejando su maleta encima de una de las camas.

—Estoy deseando probar esas aguas —le dijo Julia emocionada.

La cueva era enorme, espaciosa y cuidadosamente excavada en el interior de las montañas Luyian, en el mismo centro de la isla Nova.

Julia salió de la habitación junto a Yurika y caminaron hacia el salón observando con atención los intrincados recovecos excavados en las paredes del túnel. Eran una obra de arte en la misma montaña.

—Intenta saber dónde está. Lo que has estado viendo hasta ahora era donde él estaba —le alentó Will a Miguel que estaba sentado en el sofá dándole vueltas al anillo de la serpiente en la mano.

—No lo veías porque era invisible, pero sí en el sitio que estaba —añadió Frederick para darle ánimo a su amigo.

Miguel asintió. Tenían razón. Un movimiento a su derecha captó su atención. Yurika y Julia aparecieron en el salón.

Los ojos grises de Miguel se clavaron en el rostro casi infantil de Yurika. Las comisuras de sus labios se elevaron formando una sonrisa. El hombre se levantó del sofá y se sentó en el suelo con las piernas flexionadas como si fuera a meditar, agarró el anillo con fuerza en su mano, cerró los ojos y se concentró. Su mente viajó como un pájaro, atravesando el bosque y

dirigiéndose hacia el puerto sur de la isla.

—Está en el puerto sur, pero no puedo ver el número del amarre —informó Miguel aún con los ojos cerrados.

—¿Está viviendo en un barco? —inquirió Yurika sorprendida.

—Eso parece. ¿Cómo es el barco? —quiso saber el comisario dejando a Antonella en brazos de Ciara.

—Negro, muy grande y tiene un nombre en el casco: *Meine Liebe Tochter* —leyó Miguel sin saber cómo pronunciarlo.

—Mi querida hija —tradujo Volker sintiendo el escalofrío de Ylva sentada en su regazo.

—Esa serpiente no ha querido a nadie en toda su vida —escupió Carmen con desprecio.

—¿Puedes verle a él? —preguntó Will observando a su amigo.

—No.

—Voto por hacerle una visita —sugirió Kenneth.

—Hay guardias dentro y fuera del barco —informó Miguel abriendo los ojos.

—¿Cuántos has podido contar? —lo interrogó Kenneth incorporándose del sillón para apoyar los codos en los muslos.

—Al menos treinta. No he podido contar los del interior del barco.

—¿Treinta sólo en el exterior? —la voz de Ciara se quedó en un pequeño hilo.

—Teme por su vida —respondió Ylva.

—Y con mucha razón —añadió Julia con los puños apretados.

—No podemos atacarle ahora. Ni siquiera sé si está allí —dijo Miguel.

—Si has podido ver el barco es porque está allí —Will se acercó hasta su amigo que se levantaba en aquel momento.

—No tiene por qué. Ya no estoy seguro de si lo veo porque yo lo busco o porque él me lo impone —el hombre estaba inseguro y empezaba a desconfiar de su don.

—Está bien. No te preocupes. Ve a descansar, te vendrá bien.

—Es posible que sea una trampa —puntualizó Frederick acariciando la espalda de Larisa que se había sentado en su regazo.

—Es lo más probable —convino Kenneth. Ya no podían confiar en el don de Miguel tanto como antes.

—Deberíamos esperar, al menos, hasta que Miguel vuelva a confiar en él mismo —propuso el comisario sentándose en el brazo del sillón, al lado de Ciara que sostenía a Antonella.

—Will tiene razón. Démosle un poco de tiempo. Además, aquí estáis a salvo —afirmó Carmen—. Vamos a descansar todos. Mañana lo veremos todo más claro.

—Todos a dormir. Mañana pensaremos en qué hacer —ordenó el comisario ayudando a levantarse a su esposa y guiándola hasta la habitación.

Cada uno se dirigió a su habitación, excepto Kenneth que se quedó sentado en el sofá y Julia que se encaminó hacia el lago de aguas termales.

El lago era un círculo exacto en medio de la abovedada estancia. El agua era casi cristalina y unos hilos de humo blanco ascendían desde la superficie.

Julia se acuclilló en la orilla del lago y alargó el brazo para tocar el agua con los dedos. Estaba en la temperatura ideal para entrar y quedarse durante horas nadando o, simplemente, flotando en ella, mirando hacia el intrincado dibujo del techo. Una sonrisa se dibujó en los labios de la chica. Julia miró hacia la entrada. Estaba sola. Se levantó quitándose el chaleco de seda, los pantalones de cuero y las botas de media caña negra junto a los calcetines y la ropa interior. Quedó desnuda ante la orilla del lago. Dio un paso, dejando que sus pies se mojaran con aquella agua cálida y siguió caminando hasta que el líquido transparente le llegó a la cintura. Una nueva sonrisa, esta vez de alivio, curvó sus labios. Caminó un poco más, dejando que la calidez recorriera su cuerpo. Metió la cabeza en el agua, mojándose el pelo rojo como el fuego y saliendo unos segundos después. Se sentía bien, como si aquella agua le estuviera curando las heridas abiertas en su corazón y en su alma. Se sentía más liviana. Se quedó flotando en el agua, con los ojos cerrados y una sonrisa en su boca.

—Es la tercera vez que te veo sonreír —la voz de Kenneth resonó en la estancia abovedada.

Julia dejó de sonreír y se puso de pie, teniendo cuidado de que no se le

viera nada de su cuerpo desnudo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la chica tapándose los pechos con los brazos.

—Quería ver el lago.

—Ya lo has visto, ahora, vete.

—¿Está buena el agua? —quiso saber el hombre acercándose a la orilla donde estaba la ropa de Julia amontonada.

Kenneth se acuclilló al lado de la ropa, alargó la mano y cogió el montón de prendas. Las envolvió como si fueran una pelota y las tiró hacia la entrada de la cueva.

Las manos del hombre atraparon el borde de su camisa, sacándosela por la cabeza y dejando sus abdominales bien definidos al descubierto.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le inquirió Julia alarmada cuando los dedos del hombre desabrocharon el botón del pantalón vaquero mientras se quitaba los zapatos con los pies.

—Voy a darme un baño —respondió Kenneth sin apartar la mirada de los ojos castaños de la chica.

—¡¿Qué?! No. Ni se te ocurra —le advirtió con los ojos desorbitados al ver las largas y fuertes piernas de él cuando se quitó el pantalón, quedándose sólo con los calzoncillos.

Los dedos del hombre cogieron la cintura elástica de los calzoncillos. Una sonrisa se dibujó en sus labios al ver la cara de ella ante su cuerpo semidesnudo.

La sonrisa de Kenneth se desvaneció cuando vio en la mano de la chica una bola de fuego preparada para lanzársela.

—No te atreverás —le advirtió el hombre desafiándola con la mirada.

La mano de Julia se movió levantando el brazo por encima de su cabeza para lanzar la bola.

—Ponme a prueba.

Kenneth entrecerró los ojos sin apartar la mirada de ella. Sus dedos agarraron el elástico de los calzoncillos y los bajó hasta los tobillos.

La bola de fuego voló hasta la cabeza del hombre, pero no llegó a tocarle.

Kenneth había desplegado su escudo alrededor de todo su cuerpo, ahora desnudo.

—Te lo advertí —le dijo Julia con los ojos cerrados.

El hombre la observó durante unos segundos, caminó hacia la orilla y entró en el lago lo más sigilosamente que pudo. Cuando el agua le llegaba a la cintura, sus rodillas se doblaron para meter la cabeza en el agua y bucear hasta ella.

—¿Se te ha comido la lengua el gato o es que te has ido? —preguntó Julia con los ojos aún cerrados, esperando una respuesta por parte de él, pero no hubo nada. Abrió un ojo esperando verlo de pie, sin embargo, no estaba—. Se ha ido —murmuró con una pizca de desilusión.

Kenneth buceó hasta Julia, rodeándola para quedar a su espalda. Volvió a sumergirse en el agua, agarró las piernas largas y estilizadas de la chica y tiró de ella para sumergirla.

Un pequeño grito amortiguado salió de la garganta de Julia cuando alguien o algo la sumergieron con fuerza. La cabeza de Julia emergió unos segundos después. La chica tosió el agua que le había entrado por la boca y la nariz, miró a su alrededor y vio a Kenneth de pie, delante de ella, con una estúpida sonrisa en su sensual boca.

—Eso por tirarme la bola de fuego —le dijo quitándose el agua de la cara.

Los ojos castaños de la chica se clavaron en el rostro de él. Llameaban de rabia y furia.

—Eres... un... imbécil —una nueva bola de fuego voló hasta él. De nuevo, erró.

—No vuelvas a hacer eso o... —la frase de Kenneth quedó acallada tras un nuevo ataque.

—¿O qué? —le preguntó Julia divirtiéndose al ver su cara de enfado.

—O lo vas a lamentar —rugió el hombre con los dientes y los puños apretados.

—Uuhh... qué miedo —contestó la chica moviendo su cuerpo como si temblara.

La mirada de Kenneth captó el movimiento de los pequeños, pero turgentes senos que temblaron con provocación. La excitación recorrió su cuerpo de los

pies a la cabeza, quedándose con persistencia en su entrepierna. Con una velocidad sorprendente nadó hasta Julia, la agarró de la cintura pegándola a él y la cogió de la nuca para atrapar su boca.

Los ojos de Julia se abrieron desorbitados, asombrada por aquel beso. Un calor abrasador ascendió desde sus pies hasta la cabeza. Las manos de la chica intentaron apartarlo, empujarlo, pero fue inútil. Cuanto más intentaba zafarse de su agarre con más fuerza la apretaba para retenerla.

La lengua del hombre rozó los labios de ella, humedeciéndolos e invitándolos a que los abriera para darle acceso.

La lucha de Julia paró. Sus labios se abrieron permitiéndole la entrada a la inquieta lengua de Kenneth y sus manos rodearon el cuello de él, enterrando sus dedos en su pelo para atraerlo más a ella. Las piernas de la chica rodearon la cintura de él cuando las manos del hombre descendieron hasta su trasero, levantándola.

—Llevo días deseando hacer esto —le confesó Kenneth con la voz ronca mientras besaba el cuello de ella.

Las manos de Julia enmarcaron el atractivo rostro de Kenneth, haciendo que levantara la mirada para ver sus ojos avellanas.

—Yo también.

Esta vez fue ella la que atrapó la boca del hombre con urgencia, pasión, deseo, fogosidad.

La mano de Kenneth guio su pene hacia la húmeda y palpitante entrada de la chica, introduciéndose en ella despacio, deleitándose con su suavidad. Un jadeo salió de la garganta de ambos, casi como de alivio.

Julia apretó el agarre de sus piernas alrededor de la cintura del hombre y movió las caderas, cabalgándolo.

El ritmo se aceleró poco a poco. Los jadeos se intensificaron hasta que Julia clavó sus uñas en la espalda de Kenneth mientras un grito salía de su garganta y una sonrisa se instalaba en los labios que se apretaron con los del hombre, amortiguando el gruñido varonil cuando él llegó al clímax, derramándose dentro de ella.

Los cuerpos de ambos temblaron estremecidos. Kenneth oyó un sollozo en su oído. Cogió el pelo de la chica en su puño, levantándole la cabeza para ver su rostro plagado de lágrimas.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó con preocupación.

—No —respondió Julia con una leve sonrisa—. Estoy bien.

—No lo estás. ¿Por qué lloras?

—No estoy segura de que sea digna de tener felicidad —confesó la chica rozando los labios de él con la punta de los dedos.

Kenneth caminó hacia la orilla del lago y la tumbó en la fría piedra, dejando que sus piernas quedaran dentro del agua. Perfiló su mandíbula con la yema de su dedo índice y los labios con el pulgar.

—Te aseguro que eres digna.

Inclinó la cabeza hacia su boca, atrapándola, devorándola como hacía días deseaba hacer.

—No quiero que te hagan daño por mi culpa —le dijo Julia con los ojos vidriosos y reflejando en ellos su miedo.

—No me lo harán. Te lo prometo.

Capítulo 27

La espalda de Julia se arqueó bajo el cuerpo de Kenneth mientras sus uñas le arañaban la espalda cuando el hombre volvió a embestirla. Los gritos y gruñidos resonaron en la estancia abovedada. La respiración de ambos se aceleró.

Kenneth apoyó su peso en los codos para no aplastarla, le acarició el pelo rojo mientras la miraba a los ojos sin apartar la vista de ellos y culminaba llegando al clímax.

—¿Estás bien? —le preguntó a la chica dejándole pequeños besos en los párpados cerrados.

—Estupendamente —las manos de Julia se movían lentamente, de arriba abajo, por la espalda de él—. Deberíamos irnos a descansar.

Kenneth hizo una mueca pensativa, frunciendo los labios.

—No. Tengo que saciar varios días de deseo contenido. Creo que voy a necesitar toda la noche y todo el día de mañana —inclinó la cabeza hacia la boca de ella y la besó.

Un beso apasionado cargado de deseo y anhelo. La boca de Kenneth descendió hacia el cuello de la chica, después hacia los turgentes pechos, demorándose en los erectos pezones para lamerlos, succionarlos, chuparlos y mordisquearlos con deleite.

—Madre mía —murmuró Julia entre jadeos—. Creo que..., al menos..., deberíamos... comer algo... o beber.

La lengua y la boca de Kenneth la estaban volviendo loca. Sus manos se cerraron agarrando el pelo castaño de él. Tiró de él hacia arriba, atrapando su boca con urgencia mientras el hombre entraba dentro de ella embistiéndola con fuerza salvaje.

Había soñado y pensado en todo lo que estaban haciendo durante los últimos tres días. Había estado día y noche duro como una piedra. Ni siquiera las duchas de agua fría habían conseguido calmarle.

—Tú eres mi primer plato —la mano de Kenneth descendió por su cintura, acariciando su pierna hasta encontrar la entrepierna de ella para apretarla

contra su clítoris haciéndola jadear, gritar y vibrar bajo su cuerpo.

Las piernas de Julia rodearon la cintura del hombre con fuerza, pegándolo más a ella para que profundizara más en su interior. Con fuerza, velocidad y agilidad, Julia se puso encima de Kenneth a horcajadas.

—Tú eres mi postre —le dijo ella apoyando las manos en el fuerte pecho de él mientras movía las caderas para llevarlos al punto sin retorno.

Yurika estaba en la habitación, tumbada en su cama y alumbrada por la pequeña luz de una vela en la cómoda cerca de la puerta. No podía dormir. Un inexplicable sentimiento se había apoderado de ella. Su mente, su corazón, su alma y su cuerpo se revelaban para que ese sentimiento fuera saciado. “*Deseo*”, la informó una vocecita dentro de su cabeza.

Yurika se levantó de un salto y resopló al tiempo que se abanicaba con la mano. Abrió la puerta de la habitación y se encaminó por el túnel hacia el salón. Necesitaba beber un vaso de agua. Entró en el salón y se quedó clavada en el sitio al ver a Miguel sentado en el suelo con los ojos cerrados, sosteniendo el anillo en una mano y la medalla en otra.

La chica se llevó la mano a la garganta que se le había quedado aún más seca al contemplar el pecho desnudo del hombre. Se humedeció los labios y se mordió el labio inferior resistiéndose a lo que su cuerpo le gritaba. Involuntariamente, sus piernas se movieron, caminando hacia el hombre en silencio y se sentó con las piernas flexionadas delante de él. Estaba muy concentrado.

—¿No deberías estar descansando? —le preguntó Miguel sin abrir los ojos.

Yurika se sorprendió ante la pregunta. No esperaba que él se hubiese dado cuenta de su presencia.

—No puedo dormir —contestó la chica sin apartar la mirada del rostro de él.

—Ya somos dos —los ojos grises del hombre se clavaron en los rasgados de ella.

—No confías en tu don ni en ti mismo —no había sido una pregunta.

—No. Es posible que sólo vea lo que él quiere que vea.

—Creo que puedo ayudarte.

—¿Cómo? —quiso saber Miguel con curiosidad.

—Bueno, yo también tengo el don de la ilusión. Puedo acompañarte en tu viaje y asegurarme de que lo que ves es real y no una ilusión.

—¿Puedes hacer eso?

—Supongo que sí. Podemos intentarlo, si quieres.

—De acuerdo —Miguel alargó los brazos para coger las suaves manos de la chica entre las suyas. Respiró hondo, llenándosele los pulmones con el aroma a vainilla de ella—. Cierra los ojos y deja la mente en blanco.

Yurika obedeció conteniendo el aire. No debería haberse ofrecido a esto. No lo había pensado bien. El contacto con las manos de él la estaban acalorando y poniendo cardíaca, imaginando demasiadas situaciones eróticas. Dejó la mente en blanco, al menos, lo más en blanco que podía en aquel momento, y viajó por el cielo volando como un pájaro hasta el puerto sur de la isla. Sobrevoló un barco negro enorme atracado en un amarre y rodeado de hombres armados. El pájaro descendió hacia el barco entrando por una trampilla en el suelo, debajo de los controles de mando y bajó hasta entrar en el camarote principal.

Un hombre moreno, delgado y larguirucho estaba sentado en una silla delante de una mesa en la que descansaba un portátil. En la pantalla del ordenador podía verse un mapa de la isla. En el centro del mapa, donde se ubicaba la montaña rodeada por el bosque, podía verse siete puntitos rojos casi amontonados y muchos puntitos verdes que se acercaban a la entrada del bosque.

De pronto, la mente de Yurika volvió al presente. Miguel seguía sujetando sus manos y la mirada expectante.

—¿Has visto eso? —le preguntó intentando descifrar lo que aquella pantalla significaba.

—Sí. No era una ilusión.

Escucharon unos pasos que resonaban en el túnel de entrada a la cueva. Ambos se miraron sorprendidos. Miguel se llevó la mano hacia el oído para avisar a sus compañeros, pero Yurika lo detuvo.

—Espera —le susurró—. Echemos un vistazo antes.

La chica se dirigió hacia un flanco del agujero de la entrada mientras el hombre se encaminaba hacia el otro con la pistola preparada. Yurika sacó el cuchillo que llevaba escondido en la bota y esperó pacientemente hasta que la sombra del intruso se acercó hasta ellos.

La chica levantó el cuchillo y alargó el brazo con fuerza para asestarle el golpe al intruso, pero éste lo paró con destreza. Los ojos de Yurika se encontraron con los ojos del intruso, abriéndoseles de par en par al ver quién era.

—¿*Mama*? —inquirió la chica en japonés.

—*Musume* —contestó la menuda mujer tan parecida a Yurika—. ¿Podrías decirle a tu amigo que aparte la pistola de mi cabeza?

Miguel la estaba apuntando con el arma, pasando la mirada de una a otra asombrado.

—Miguel, te presento a mi madre, Tamako —le dijo Yurika guardando el cuchillo de nuevo en la bota y abrazando a la mujer.

—¿Cómo sabía dónde encontrarnos? —quiso saber el hombre desconfiado.

—Yo se lo dije —la voz de Francesca sonó en la estancia captando la atención de los tres—. Bienvenida, Tamako. Me alegra verte —las dos mujeres se fundieron en un abrazo familiar.

—Gracias por avisarme —contestó la recién llegada caminando agarrada a la cintura de su hija y de Francesca hasta el salón—. He visto a un escuadrón entrando en el bosque —los informó.

Francesca llevó su mente hasta uno de los hombres que esperaban órdenes fuera del bosque, siguió la conexión de la radio y llegó a la que quería.

<<**Entrad. No quiero testigos**>>, la voz del científico resonó en la cabeza de Francesca como si se tratara de un eco.

La mujer volvió al presente mirando a todos los que la rodeaban. Todos habían llegado para saludar a Tamako.

—Saben dónde estamos —dijo por fin Francesca captando de nuevo la atención de todos.

—¿Cómo lo saben? —le preguntó Will intentando pensar en cómo salir de allí para proteger a su familia.

—No lo sé.

Los pensamientos de Miguel seguían dando vueltas a los puntos rojos que había visto en la pantalla del portátil de la serpiente. Un pequeño resplandor captó su atención. Sus ojos se clavaron en el cuello de Yurika. Tenía la medalla colgada de una cadena. Miguel se acercó a ella con los ojos entrecerrados, alargó el brazo cogiendo la medalla entre sus dedos y tiró de la cadena rompiéndola.

—¿Qué haces? —se quejó la chica.

Miguel observó la medalla con detenimiento, se agachó para coger el cuchillo de ella y con la punta de éste abrió la rectangular medalla haciendo aparecer un chip en su interior.

—Un localizador GPS. Eso son los puntos rojos de la pantalla —le contestó a Yurika—. Destruid los vuestros —les dijo a las demás chicas.

Las seis chicas se quitaron las medallas con rabia. Estaban dispuestas a destruirlas cuando Edith las detuvo.

—Esperad. Tengo una idea. Dádmelas —cogió las medallas de sus hermanas y miró a Ricardo—. ¿Vienes?

—¿Lo dudabas? —agarró la mano de la chica y ambos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

—Supongo que tendremos que ocuparnos de ese escuadrón que se acerca —apuntó Carmen dirigiéndose hacia la salida.

—No te preocupes, tía. Yolanda y yo nos ocupamos de ellos —le dijo Ylva deteniéndola—. No tardaremos.

Ambas se encaminaron hacia el túnel de entrada y salida a la cueva, seguidas de James y Volker.

—¿A dónde creéis que vais? —les preguntó Yolanda parándose en seco cuando escuchó los pasos detrás de ellas.

—Con vosotras, por supuesto —respondió el doctor con tranquilidad.

—No. Quedaos aquí. No nos llevará mucho tiempo eliminarlos —añadió Ylva.

—No voy a dejar que vayáis solas. Es un escuadrón, lo que significa que muchos —continuó Volker.

—No nos va a pasar nada. Ni siquiera nos van a ver. Quedaos aquí, por favor —Yolanda se acercó a James, le enmarcó el rostro entre sus suaves

manos y le dejó un beso en los labios.

—A nosotros tampoco nos verán. Y, si os pasa algo, pues podremos ayudaros —dijo el doctor agarrando la cintura de Yolanda y pegándola más a su cuerpo.

—Sois unos cabezotas. Está bien, venid, pero cómo os pase algo, si ellos no os matan lo haremos nosotras —les advirtió Ylva rodeando el cuello de Volker con sus brazos, atrayéndolo hacia ella y dejándole un apasionado beso.

—De acuerdo —contestaron al unísono los hombres.

Los cuatro se dirigieron hacia la entrada de la cueva, tapada por el dosel de ramas de los árboles, haciéndola invisible ante los ojos de cualquiera siempre y cuando no la miraran con detenimiento o supieran su ubicación. Unos débiles rayos de sol se colaban por las ramas de los árboles. Estaba amaneciendo.

Las dos mujeres y los dos hombres se quedaron mirando hacia abajo, intentando ver el principio de la ladera de la montaña.

—¿Cómo vamos a bajar de aquí? —quiso saber James.

Yolanda lo miró con una sonrisa en sus labios, movió una mano por encima de una rama y ésta creció y se movió hacia ellos.

—Subid —les dijo la chica saltando hacia la enorme rama y corriendo hacia el interior del árbol.

Los dos hombres corrían detrás de ellas con dificultad. Eran muy rápidas y no podían seguirles el ritmo tan fácilmente como habían pensado en un principio. Las chicas se pararon en la copa de un roble, observando hacia la alambrada que se alzaba alrededor del bosque para mantenerlo aislado de los humanos. James y Volker miraron en la misma dirección y vieron al escuadrón de al menos treinta hombres armados que cortaban la valla metálica para poder entrar en el bosque.

—Haznos invisible, *mit liv* —le dijo Ylva a Volker que respiraba entrecortadamente.

El hombre los hizo invisibles sentándose en una gruesa rama del enorme árbol y contempló la escena mientras las gotas de sudor perlaban su frente.

Yolanda hizo que las raíces de los árboles salieran de la tierra para agarrar las piernas y brazos de todos los hombres armados. Una vez inmovilizados, Ylva dejó salir el humo gris de sus manos y lo condujo hasta las bocas de los

incautos. Uno a uno murió después de que las venenosas toxinas del humo recorrieran sus cuerpos.

—Ya está —les informó la chica volviendo la mirada hacia Volker y James.

—Está bien, teníais razón —concluyó James levantándose de la rama—. Ibais a tardar poco.

Edith bajó la montaña acompañada de Ricardo, la rodeó y se dirigió hacia el puerto norte de la isla. La sombra se quedó pegada a la pared del edificio de pisos y miró a su alrededor. Dos mujeres y dos hombres subían en ese instante a un velero.

—¿Te apetece dar un paseo en velero? —le preguntó a la sombra de Ricardo.

—Contigo, a dónde sea y cómo sea.

—Un paseo en velero, entonces.

Las dos sombras se encaminaron hacia el barco blanco que estaba a punto de salir del puerto y subieron sin ser vistos.

El motor del velero rugió y el barco empezó a despegarse lentamente del amarre en dirección a mar abierto.

—¿Tenéis listos los abrigo? En el polo norte hace mucho frío —preguntó el hombre que dirigía el timón.

Sus tres acompañantes rieron cogiendo las prendas de encima de un banco y levantándolas para enseñárselas.

Las sombras de Edith y Ricardo bajaron hasta el camarote. La chica apareció cerrando la puerta con el cerrojo.

—Aún nos queda bastante tiempo hasta llegar —le informó en un susurro a Ricardo.

—Bueno, en ese caso, tendremos que ponernos cómodos —el hombre se sentó en la cama mirándola con el deseo reflejado en sus ojos verde esmeralda.

Una sonrisa pícaro se dibujó en los labios de la chica, caminó hacia él meneando las caderas con provocación, lo empujó tumbándolo en la cama y se puso encima de él a horcajadas.

La ropa voló por la estancia y los besos se intensificaron haciendo que la temperatura de sus cuerpos y del camarote aumentara.

Ricardo la pegó a él y rodó para dejarla debajo de su cuerpo. Sus manos revolotearon por el cuerpo de ella haciéndola jadear y gritar cuando su dedo entró en su interior.

—Sh, no grites o te oirán, Sombrita —le susurró el hombre al oído sin apartar la mano de la entrepierna de ella.

—Tú... tú tienes la culpa —jadeó Edith intentando no gritar de nuevo.

El hombre dibujó una sonrisa complaciente en sus labios y cambió sus dedos por su pene. La embistió con lentitud, acoplándose a ella con facilidad. Con cada nueva estocada el ritmo se aceleraba junto a sus respiraciones y corazones.

El cuerpo de Edith tembló debajo de Ricardo, mordiéndose el labio inferior para contener el grito de placer cuando el clímax llegó hasta ella como un rayo. El hombre entró y salió del cuerpo de la chica un par de veces más, dejándose ir mientras ella lo besaba silenciando su gruñido.

—Ha estado mucho mejor que en mis sueños —comentó Edith entrecortadamente y dejándole pequeños besos en el hombro.

—¿Has soñado conmigo? —inquirió Ricardo con una gran sonrisa.

—Por supuesto. ¿Tú no?

—Sí. Desde que te vi con ese diminuto vestido rojo que no dejaba mucho a la imaginación. Deberías ponértelo más a menudo.

—No puedo. Lo quemé.

—¿Lo quemaste? ¿Por qué? —la interrogó sorprendido.

—Porque no quería tener ningún recuerdo de Reinaldo. Él me lo regaló.

—Está mejor quemado.

Edith y Ricardo se vistieron rápidamente cuando el motor del velero se paró. Se cogieron de la mano, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos y salieron hacia la proa del velero. El aire gélido del Polo Norte azotó sus rostros causándoles un escalofrío. La sombra de Edith corrió hacia la lancha que ronroneaba en la popa del velero. Las dos sombras saltaron a tiempo,

entrando en la lancha antes de que se dirigiera hacia un flanco de una gran montaña de nieve. En cuanto la lancha estaba a unos pocos centímetros de la montaña, Edith saltó hacia ella y corrió en dirección al norte, donde se ubicaba el laboratorio.

—¡Qué frío! Se me está congelando hasta las pestañas —se quejó Ricardo.

Edith se rio y siguió hasta una gran explanada con lo que parecía una duna de nieve en el centro. Se acercó hasta una trampilla escondida en la nieve, la abrió y bajó las escaleras metálicas haciéndose visible una vez llegó al suelo de hormigón.

—Bienvenido de nuevo al laboratorio —le dijo Edith mirando a su alrededor con angustia.

—Odio este lugar.

—Únete al club —la chica sacó las medallas del bolsillo del pantalón y se encaminó por el pasillo de la derecha.

La muchacha giró a la izquierda en el cuarto pasillo donde había cinco celdas a cada lado. Cada una de esas celdas estaba ataviada con un camastro y un retrete. Edith se quedó parada delante de la tercera celda a la derecha. Abrió la puerta de gruesos barrotes y dio un paso para entrar en ella.

—Ésta era mi “habitación” —le informó a Ricardo agarrando las medallas con fuerza en las manos.

El hombre se acercó a ella rodeándole la cintura y dejándole un beso en la cabeza.

—Tranquila. No volverá a hacerte daño.

—Mientras siga vivo nos hará daño a todos.

—Dejemos las medallas y volvamos con los demás. Mataremos a la serpiente y podremos vivir tranquilos y felices —le dijo abrazándola con fuerza.

La cabeza de la chica se movió de arriba abajo apoyada en el pecho de él y contuvo las lágrimas que amenazaban por salir de sus ojos. Abrió el puño, cogió una de las medallas y la dejó caer al suelo de hormigón. Se convirtió en sombra junto a Ricardo y corrió de regreso hacia la lancha.

Ciara dejó a Antonella en la cuna de madera que Carmen, la madre de

Julia, había comprado para la niña. La arropó con la mantita y le acarició la mejilla con suavidad para no despertarla.

La puerta de la habitación se abrió dejando paso a Will, que se acercó hasta su esposa y la abrazó con fuerza. Ciara levantó las manos para agarrarse al brazo de él que la retenía con la espalda pegada a su pecho.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el comisario en un susurro y le dejó un beso en el cuello.

—Tengo miedo. Hacía mucho tiempo que no tenía tanto miedo.

—Yo también. No dejaré que os aparten de mi lado —le confesó.

La chica se dio la vuelta entre los brazos de su marido, rodeó su cuello con los brazos y le dejó un beso en los labios.

—*Ti amo* —le dijo entre besos.

Los brazos del comisario rodearon la cintura de su mujer, la levantó del suelo y la llevó hasta la cama. Los besos se intensificaron apasionadamente, poco a poco, convirtiéndose en salvajes, anhelantes. La ropa desapareció de sus cuerpos dejándolos desnudos. Will acarició, besó y lamió todo el cuerpo de su esposa sin dejar ni un milímetro de su suave piel sin saborear.

Las manos de Ciara agarraron en un puño las sábanas de la cama, intentando contener el grito de placer en su garganta.

El comisario escaló por el cuerpo de su esposa dejando un reguero de fuego ardiente con cada beso y caricia. Entrelazó los dedos con su esposa y de un certero movimiento la embistió, empalándola despacio, volviéndola loca.

—Will —lo llamó en una súplica.

El ritmo del comisario aumentó, concediéndole el placer que le había rogado. Embestida tras embestida los jadeos aumentaban quedando engullidos por los besos. No podían hacer ruido o Antonella podría despertarse. Y eso no entraba en sus planes. Los envites del hombre disminuyeron el ritmo cuando el cuerpo de ambos tembló. Will rodó llevándose a Ciara con él para que descansara en su pecho.

La chica levantó la mirada hacia su esposo, sintiendo los acelerados latidos de su corazón. Perfiló su mandíbula con la punta de los dedos y rozó sus labios.

—No nos pasará nada. No se lo permitiré —le contestó el comisario sin

necesidad de oír la pregunta. No podía leer la mente como Francesca, pero sí conocía a su mujer. Sabía lo que estaba pensando.

Todas las noches había entrado en sus sueños. Siempre era el mismo. Podía sentir su miedo, su impotencia al ver lo que aquella serpiente podía llegar a hacerles y que ella no pudiera hacer nada. Había conseguido crear un nuevo sueño más relajado y mucho más bonito que aquella pesadilla, pero hacerle ver ese sueño le restaba energía. La energía que necesitaba para protegerlas.

—Duerme, *amore* —le dijo ella mientras acariciaba el pecho de su marido.

—En ello estoy.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Ciara.

Unos minutos después, Will estaba profundamente dormido. La chica se levantó con cuidado, se puso una bata de seda rosa pálido por encima, le echó un vistazo a su hija y salió de la habitación dirigiéndose hacia el salón.

Francesca, Aina, Virginia, Darya, Carmen, Henriette y Tamako estaban sentadas en el sofá y en los sillones, tomándose un café y hablando de dónde habían tenido que esconderse durante aquellos diez años después de escapar de las garras del científico y sus secuaces.

—Creía que estabas dormida, *amore* —le dijo Francesca haciéndole un hueco a su hija en el sofá para que se sentara.

—No puedo dormir. ¿Han llegado Edith y Ricardo?

—Aún no.

Yurika no dejaba de dar vueltas en la cama. Seguía sin poder dormir. Dio otra vuelta quedándose de espaldas a la puerta, cerró los ojos y volvió a intentarlo. Alguien llamó sobresaltándola.

—¿Quién es? —preguntó incorporándose.

—Miguel. ¿Puedo pasar? —contestó el hombre desde el otro lado de la puerta.

—Sí, claro.

La puerta se abrió dejando paso al hombre ataviado con solo el pantalón del pijama. La chica clavó su mirada en el pecho de él. Fuerte y definido.

—¿Qué te trae por aquí? —quiso saber la joven levantando la mirada hacia

el rostro del hombre.

—Necesito tu ayuda —respondió Miguel señalando el anillo que sostenía entre sus dedos—. Quiero comprobar algo.

—Siéntate. ¿Qué vas a comprobar?

—Ahora lo verás —cogió las manos de la chica y se concentró para mandarlos a ambos hasta el barco.

De nuevo, Yurika viajaba como un pájaro, volando hacia el barco negro de la serpiente. Entraron en el camarote y allí estaba el científico, sentado delante de la pantalla del portátil, observando un punto rojo que se había parado en la ubicación del laboratorio, mientras los otros seis volvían a la isla y con rapidez se dirigían hacia al aeropuerto.

Una sonrisa se dibujó en los finos labios del hombre y cogió la radio para llamar a sus hombres.

—Quiero un escuadrón en marcha hacia el laboratorio y otro hacia el aeropuerto ¡ya! —ordenó.

—Enseguida, jefe —contestó un hombre por la otra línea.

Miguel los empujó de vuelta a sus cuerpos y la miró fijamente.

—Ahora entiendo el plan de mi hermana —le dijo Yurika comprendiendo lo que Edith quería hacer.

—Deberíamos hablar con los demás —le aconsejó a la chica desviando la vista unos instantes hasta los cremosos y sensuales labios de ella.

La muchacha apartó las manos de las del hombre como si le quemara, se levantó de la cama alejándose de él cuando sintió un fuego abrasador que empezaba en sus labios y se extendía por su cuerpo sin control, abrió la puerta de la habitación y se encaminó hacia el salón con rapidez. No podía estar a solas con él y, mucho menos, en una habitación. Llegó al salón disminuyendo el paso cuando escuchó las voces femeninas. Se sentó en el brazo del sillón donde estaba sentada su madre y se echó un poco de café en una taza de la bandeja que descansaba en la mesa auxiliar del centro de la estancia.

—Miguel quiere decir algo —anunció la chica cuando el hombre entró en el salón.

—¿Qué pasa? —quiso saber Francesca con preocupación.

—Creo saber cuál es el plan de Edith. La serpiente acaba de enviar un

escuadrón al laboratorio y otro al aeropuerto —respondió Miguel sin apartar la mirada de Yurika.

—Si sigue mandando hombres a los puntos donde Edith deje las medallas, llegará un momento en que esté solo en el barco. Además, ahora no tiene forma de saber dónde estamos realmente —propuso Yurika dando un sorbo a su café.

—¿Dónde está Will? —le inquirió Miguel a Ciara.

—Durmiendo.

—En cuanto se despierte le contaré el plan —el hombre se dirigió hacia el túnel que llevaba hasta las habitaciones y desapareció seguido por la furtiva mirada de Yurika.

Francesca observó a la chica recogiendo sus pensamientos con total claridad. Sus comisuras se elevaron en una sonrisa oculta tras la taza humeante. “*Interesante*”, pensó la mujer dando un sorbo al líquido negro.

Capítulo 28

Los días pasaban y Edith y Ricardo seguían dejando cada medalla en un lugar diferente del planeta. La chica se sentó en una maleta de la bodega de carga del avión con las dos últimas medallas en sus manos.

—¿Crees que está funcionando? —le preguntó a Ricardo pensando en lo que estaría pasando en la isla.

—Francesca dijo que sí —el hombre se acuclilló delante de ella, agarrándole las manos y acariciándole las muñecas con los pulgares, calmándola—. Todo va a salir bien.

Francesca estaba en su habitación, sentada en su cama con las piernas flexionadas, las manos descansando en sus rodillas con las palmas hacia arriba y con los ojos cerrados. Mandó su mente a buscar la de Edith o Ricardo encontrándolos muy lejos de la cueva e, incluso, de la isla.

<<Edith, ¿cuántas medallas os quedan?>>, le preguntó.

“*Sólo dos. Cuando terminemos te aviso*”, contestó la chica mientras miraba las medallas de su mano con tristeza y rabia.

<<De acuerdo. Tened cuidado>>, la mente de Francesca volvió a su cuerpo. Abrió los ojos y vio a Aina sentada delante de ella.

—¿Están bien? —quiso saber la mujer. Estaba preocupada por su hija.

—Sí, no te preocupes. Les quedan solo dos.

Aina asintió dejando a un lado parte de la preocupación. Se levantaron de la cama y salieron hacia el salón.

—Edith y Ricardo casi han terminado. ¿Has visto algo? —le inquirió Francesca a Miguel que estaba sentado delante de la chimenea pensativo.

—No. No puedo ir sin Yurika. No distingo si es una ilusión o no.

—¿Y dónde está?

—Ha ido a comprar comida —respondió Carmen.

—La esperaré —le dijo Miguel mirando el fuego que crepitaba en el hogar.

Ylva corrió por el límite del bosque donde la alambrada impedía el paso y giró para llegar hasta el árbol en el que la esperaba Volker sentado con la espalda apoyada en el tronco.

—Despejado —le informó ella cogiendo aire.

—Yo he encontrado algo —le anunció levantándose y cogiendo la mano de la chica.

La guio hacia un enorme árbol centenario y lo rodeó hasta llegar a una gran piedra gris oculta por musgo, enredaderas y lianas de un color verde intenso. Volker apartó las lianas hacia un lado y un agujero en la piedra apareció delante de ellos. Atravesaron el agujero llegando a una cascada con un lago en una pequeña explanada oculta por un dosel de ramas. En medio de la explanada había un improvisado refugio hecho con troncos, ramas de palma y hojarasca.

—¿Cómo has encontrado este sitio? —le inquirió Ylva admirando la estructura del refugio y la cascada que bajaba hacia un lago.

—Paré a descansar y caí aquí —contestó Volker mirándola con una sonrisa.

—Es precioso —se acercó a la orilla del lago, se acuclilló y tocó el agua con los dedos—. Está caliente.

—Creo que es la que viene de la cueva —le dijo el hombre acercándose a ella.

La chica se incorporó, dio un paso hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y le dejó un beso en los labios.

—El refugio lo has hecho tú, ¿verdad?

Las comisuras de los labios de Volker se elevaron formando una sonrisa inocente.

—Me has pillado.

Ylva se rio, se alejó de él un paso y empezó a desnudarse sin apartar la mirada de los ojos verdes grisáceos del hombre.

—Voy a darme un baño. ¿Te unes? —le preguntó quitándose el botón del pantalón y las botas negras.

Las manos de Volker buscaron el borde de su camiseta y en menos de dos

segundos se desnudó.

La chica se quedó en la orilla, echó un vistazo a su espalda para ver la ropa del hombre volar, sonrió con picardía y se tiró de cabeza hacia el agua cristalina y cálida del lago. Sacó la cabeza del agua y dio media vuelta para ver al hombre. Sin embargo, él no estaba. La sonrisa de la joven desapareció y sus ojos grises recorrieron el lugar con detenimiento.

—¿Volker? —lo llamó empezando a preocuparse.

No había ningún rastro de él. La chica caminó hacia la orilla, pero algo la agarró con fuerza. Sentía una opresión en la cintura. De pronto, los brazos de él aparecieron alrededor de ella sujetándola pegada a su pecho.

Ylva levantó el codo para asestarle un golpe, pero Volker lo esquivó.

—Tranquila, soy yo —le dijo dándole la vuelta para ver sus maravillosos ojos.

—No hagas eso —le regañó ella rodeando el cuello de él—. La última vez casi te mato.

—Cierto. No volveré a hacerlo.

La agarró con más fuerza y la besó con pasión. Las piernas de Ylva rodearon la cintura de él. La boca de Volker recorrió el cuello de ella hasta los pechos y erectos pezones. Los chupó, lamió, succionó y mordisqueó hasta que un gritito salió de la garganta de la chica, agarrando la cabeza de él para que no parara.

—Mm, deliciosa —murmuró volviendo a atrapar la boca de ella.

Ylva se elevó un poco, sintiendo la erección de él en su húmeda entrada. Bajó haciendo que entrara en su interior, llenándola por completo. Los jadeos se intensificaron junto a las embestidas.

Sus respiraciones se entrecortaron y los latidos de sus corazones se aceleraron alarmantemente.

El ritmo aumentó llevando a la chica al cielo y, segundos después, haciendo que él volara hasta el espacio. Ylva se agarró con fuerza al cuello de él descansando la cabeza en su hombro. Las piernas le temblaban mientras las manos del hombre recorrían con delicadeza la espalda de ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó recordando sin querer a la pequeña niña que había ayudado hacía ya muchos años.

—Perfectamente —la cabeza de Ylva se levantó para poder mirar su rostro.

Volker le dedicó una sonrisa y atrapó de nuevo su boca.

El sol ya se ponía dejando que la luna tomara el relevo en lo más alto del cielo. El bosque se oscurecía. Ylva salió del lago escurriéndose el agua del pelo y encaminándose hacia el refugio que Volker había construido. Se sentó en las ramas de palma que improvisaban una cama y se tumbó de lado apoyando la mano en el pecho de él.

—Está anocheciendo —le informó atrayéndola aún más a él.

—¿Quieres irte ya? —le preguntó ella.

—No, pero no es buena idea pasear por el bosque de noche.

La mano de Ylva descendió lentamente por el pecho de Volker hasta rozar la entrepierna.

—Ningún animal o persona nos verá si utilizas tu don —le propuso Ylva con una sonrisa traviesa y la mirada llena de deseo.

—Vas a acabar conmigo.

—No lo creo.

Con rapidez, la chica se puso encima de él a horcajadas, llevando el pene ya dispuesto a su húmeda entrada que palpitaba con alarma. Bajó empalándose en él y movió las caderas a un ritmo lento, haciendo que el control y el juicio de Volker se desvaneciera volviéndolo loco.

El hombre se incorporó para poder besar, acariciar y estrujar los cremosos pechos de ella. Jadeante, la chica aceleró las acometidas para llegar, minutos después, al clímax.

El gruñido de él resonó en la explanada, aferrado al cuerpo desnudo de ella. No quería que se alejara de él, ni ahora ni nunca. No dejaría que nadie se la arrebatara.

—Te quiero —confesó Volker sin poder frenar las palabras mientras acariciaba la espalda de ella.

Ylva clavó su mirada en él y, poco a poco, una sonrisa se formó en sus labios, encantada de escuchar aquellas palabras que tanto significaban. Era la

primera vez que un hombre pronunciaba esas palabras sólo para ella. La felicidad inundó su cuerpo, su corazón y su alma, llevándola a conocer los límites insospechados del amor. El amor que siempre, según su padre, se le había negado. Ni ella ni sus hermanas se habían sentido dignas de ese sentimiento tan humano. Por suerte, sus madres la adoraban y no dejaban que solo hubiera sentimientos tristes en ellas.

—Te amo.

Yurika se sentó al lado de Miguel que seguía delante de la chimenea concentrado en el fuego.

—¿Es interesante lo que ves? —le preguntó la muchacha.

—No mucho —la mano del hombre se movió con rapidez para coger la de la chica—Ven.

El hombre la guio hacia la habitación que compartía con Kenneth, la última habitación del túnel, cerró la puerta rápidamente, tiró de la mano de Yurika atrapándola entre la puerta y su cuerpo, inclinó la cabeza y la besó con deseo.

Los rasgados ojos de la chica se abrieron de par en par ante la sorpresa mientras las manos de él enmarcaban su rostro y su lengua perfilaba los labios de ella humedeciéndolos y dejando un camino de fuego a su paso. La boca de Yurika se abrió y la lengua del hombre la invadió explorándola, saboreándola, devorándola mientras sus manos rodeaban la cintura de él, pegándolo aún más a ella.

—Miguel —lo llamó entre besos.

El hombre apoyó la frente en la de ella rozando con los pulgares los labios todavía hinchados por la necesidad que lo había llevado a besarla.

—Perdona, no he podido aguantar más —le confesó él con la voz ronca.

La chica le dedicó una sonrisa sin apartar la mirada de los sensuales y carnosos labios de él.

—No me he quejado —le dijo atrapando la boca de él y besándolo con avidez.

Tumbados en la cama, los besos caldearon el ambiente y sus cuerpos. Las respiraciones se entrecortaron y los corazones se aceleraron mientras sus

manos revolotearon por el suave y exquisito cuerpo de la chica, acalorándola. Las manos de Miguel agarraron el borde de la tela de la camiseta de Yurika y la sacó por la cabeza para tener ante su vista los erectos pezones de ella.

—No llevas ropa interior. Interesante —la voz de Miguel estaba aún más ronca después de conocer aquél fantástico detalle que lo estaba volviendo loco de deseo.

—Sin ella estoy más cómoda.

Los dedos de él bajaron hacia el botón del pantalón de ella, deseoso de saborearla, anhelante de poder sentir bajo su tacto la suave piel de la chica. Sus dedos se enroscaron en la cintura del pantalón y, estaba a punto de bajarlos por las estilizadas piernas de Yurika cuando alguien llamó a la puerta de la habitación.

—Chicos, a cenar —los interrumpió Tamako desde el pasillo.

—Ahora vamos, mamá —contestó la chica cerrando los ojos frustrada.

—No tardéis o se enfriará.

—Qué oportuna —murmuró Miguel cogiendo la camiseta de ella del suelo para entregársela después de darle un beso.

—Seguiremos en otro momento —la chica se puso la camiseta y se abrochó el pantalón.

Cogió la mano de Miguel y se encaminaron hacia el comedor.

“Francesca, estamos en Sevilla dejando la última medalla. Regresaremos mañana”, pensó Ricardo para que llegara hasta la mujer mientras Edith tiraba la medalla de Julia a las oscuras aguas del río Guadalquivir.

<<**De acuerdo, os estaremos esperando**>>, contestó Francesca dando un sorbo al café.

Ricardo apoyó los brazos en la valla del puente, al lado de Edith que miraba con detenimiento el agua del río.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro a la chica captando su atención.

—Estoy intentando encontrar algún recuerdo en el que mi padre nos declarara su cariño, si es que lo siente, pero no hay ninguno. Todos y cada uno de ellos son unos recuerdos que se convierten en pesadillas. Frías, amargas y

horripilantes pesadillas que se repetían una y otra vez —una lágrima esquiva recorrió la mejilla de la chica hasta la comisura de su boca.

—No pienses en él, nena. No me gusta verte llorar —Ricardo la abrazó dejándole un beso en la cabeza.

—Lo siento. Deberíamos ir al hotel a descansar —Edith se sorbió la nariz, cogió la mano de él y lo guio hasta el final del puente.

—¿Sabes dónde queda el hotel?

—Por supuesto. Mis hermanas y yo nos hemos recorrido estas calles al menos una vez al mes entre misión y misión.

Edith callejeó enseñándole los maravillosos edificios que encontraba a su paso. Paró delante de un enorme edificio con la fachada blanca y le informó señalándolo:

—Ahí está el hotel.

—Vaya. Por un momento he pensado que estábamos perdidos —se burló Ricardo rodeándole la cintura para dejarle un beso en los labios.

—Hombre de poca fe.

—Mañana regresarán Edith y Ricardo, así que debemos trazar un plan para cuando lleguen —anunció Francesca sentada ante la mesa del comedor.

—Miguel, ¿podrías echar un vistazo a los movimientos de la serpiente? —le preguntó Will.

—¿No le habíamos cambiado el nombre en clave por reptil? —se quejó James con un escalofrío que le había erizado el vello de la nuca.

—Lo siento, se me había olvidado.

—Echaré un pequeño vistazo —contestó Miguel mirando a Yurika para hacerle una leve señal con la cabeza.

La chica se levantó de la silla y lo siguió hasta el salón. Miguel la cogió de la cintura y la besó pegándola a él.

—La cena se me ha hecho eterna —le susurró el hombre al oído.

—A mí también.

—Echemos un vistazo y después volveremos a la habitación —Miguel se sentó en el suelo con ella, cogió sus manos y los llevó hasta la localización del

científico.

En la pantalla del portátil podían verse todos los puntos rojos por el mapa del mundo. Uno estaba en Roma. Otro en Moscú. Un tercero en Copenhague. El cuarto en Tokio. Y los dos últimos en Madrid y Sevilla. A cada una de esas ciudades se acercaban muchos puntos verdes que se movían con bastante rapidez, dirigiéndose a cada punto rojo.

Miguel los hizo regresar, miró a Yurika y se levantaron para volver al comedor.

—Ha mandado escuadrones a todos los puntos en los que están las medallas. No he podido ver cuántos hombres han quedado para su protección —anunció Miguel agarrando la mano de la chica.

—Esperaremos a Edith y Ricardo. No creo que le queden demasiados esbirros cerca de él —manifestó Will acariciando la manita de Antonella que estaba en los brazos de su esposa.

Capítulo 29

Edith y Ricardo salieron del hotel a primera hora de la mañana. En una estrecha calle, la chica los convirtió en sombra y corrió hacia el aeropuerto. Preguntaron por los vuelos que salían esa mañana y se sentaron en una cafetería a esperar a que el vuelo hacia Londres despegara.

Ricardo se sentó al lado de la chica dejando las tazas de café en la mesa. Su mirada verde esmeralda recorrió el rostro ceniciento de ella. Desde que habían empezado con esa vuelta al mundo dejando las medallas, Edith había estado callada, pensativa, casi deprimida y le daba un vuelco el corazón por no saber qué hacer para que su semblante cambiara de serio a sonriente. Cogió la mano de la chica entre las suyas, acariciándole el dorso con el pulgar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó por enésima vez.

—Estaré mejor cuando él esté muerto —contestó ella con frialdad.

—El avión está a punto de despegar. Vamos —Ricardo la guio hasta el servicio donde Edith los convirtió en sombra y corrió hacia la bodega de carga del avión.

Ella se sentó con la espalda apoyada en las maletas mientras él se tumbaba con la cabeza descansando en el regazo de la joven.

—¿Vas a dormir? —le preguntó el hombre sintiendo cómo los dedos de ella le masajearan la cabeza.

—No. Descansa tú —su mirada estaba perdida mirando con detenimiento una maleta enfrente de ella.

Ricardo levantó la mano para acariciar el rostro de la joven con suavidad. La mirada de Edith se clavó en los ojos de él. Le dedicó una leve sonrisa, inclinó la cabeza y le dejó un beso en los sensuales labios del hombre.

—Descansa —le aconsejó ella.

Los ojos del científico se entrecerraron mirando la pantalla del portátil y dejando su móvil a un lado de la mesa. Se levantó de un salto y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta de su camarote. La abrió con furia y gritó:

—¡Franz!

Un hombre moreno, regordete y con unas gafas redondas descansando en su aguiluña nariz entró en la estancia.

—Dígame, señor.

—Dime dónde está. Toma —el científico le entregó una camiseta negra que había cogido de Ciara cuando los asaltó en la habitación del hotel.

El hombre se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la cama, agarró la camiseta entre sus manos con fuerza, cerró los ojos y se concentró.

Su mente voló por el cielo como un pájaro dirigiéndose hacia las montañas Luyian y traspasó la montaña llegando hasta la habitación donde estaba Ciara meciendo a Antonella entre sus brazos. La mente del hombre volvió a su cuerpo y abrió los ojos clavándolos en los de su jefe.

—Están en la montaña, en una cueva.

La mandíbula del científico se tensó cuando apretó los dientes con fuerza. Era indignante. ¿Tan estúpido creían que era? Esas mocosas y esos bastardos experimentos fallidos se las pagaría. Pagarían con creces lo que estaban haciéndole. Le habían mentido. Sus propias hijas le habían mentido. Caminó como un tigre enjaulado por el camarote, pensando en un plan, pero teniendo cuidado de bloquear su mente. No iba a darle más pistas.

—Dile a Hans que venga —le dijo a su seguidor antes de que se fuera.

En menos de un minuto, un hombre alto, corpulento, rubio y con los ojos azules penetrantes entró en el camarote cuadrándose frente a su jefe.

—¿Me llamaba, señor? —le preguntó.

—Necesito que vayas a recoger a alguien —contestó con una sonrisa malévola en su boca. “*Estoy seguro de que esto no lo esperarán*”, pensó el científico sentándose en la silla.

—Partiré enseguida, señor.

Tras seis horas de viajar en aviones, Edith y Ricardo llegaron al aeropuerto de isla Nova. Las dos sombras corrieron ladera abajo, cruzaron el bosque y subieron hacia la cueva llegando al salón donde todos estaban sentados alrededor de Miguel y Yurika.

Will se llevó un dedo a los labios para que no hablaran, se levantó despacio y se acercó a ellos guiándolos hacia la entrada.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el comisario en un susurro.

—Bien. Ya están todas repartidas —contestó Ricardo con el brazo apoyado en los hombros de Edith.

—Miguel y Yurika están comprobando la seguridad del barco. Ya tenemos un plan trazado, en cuanto vuelvan, nos iremos.

La pareja asintió y regresaron al salón.

Miguel y Yurika volaron hacia el puerto sur, donde el barco de la serpiente seguía atracado en el amarre sin número. Cinco hombres armados hacían guardia fuera del barco y dos estaban apostados en la puerta del camarote. Recorrieron el barco de arriba abajo sin encontrar a nadie más. Miguel los hizo volver y abrió los ojos.

—Cinco hombres en el exterior y dos en el interior —le informó a Will sin soltar la mano de la chica.

—Bien. Coged las armas. Nos vamos —el comisario se encaminó hacia la habitación y cerró detrás de él.

Ciara mecía a Antonella entre sus brazos con una sonrisa en los labios mientras acariciaba la manita de la niña con el pulgar. Will se acercó a ellas abrazándolas y dejándole un beso en el cuello a su esposa.

—Edith y Ricardo ya han llegado —le susurró el comisario para no despertar a su hija—. En un minuto nos vamos al puerto.

La sonrisa de Ciara se esfumó. Sabía lo que aquello significaba. Se alejó de su marido para dejar a Antonella en la cuna, respiró hondo y se dio la vuelta para clavar su mirada verde jade en los ojos turquesa de él.

—No quiero que vayas —le susurró con los ojos vidriosos.

Will dio un paso hacia ella, la agarró por la cintura atrayéndola hacia él y la besó.

—Tengo que hacerlo, cariño. Tu madre y las demás se quedarán con vosotras mientras yo me ocupo de la serpiente. No me va a pasar nada, te lo prometo —la consoló sintiendo las manos de ella agarradas con fuerza a su camiseta.

—Tengo un mal presentimiento.

—No te preocupes. No voy a ir solo.

—Lo sé. *Ti amo* —le dejó un beso abrazándole, sin poder alejarse de él.

—Y yo a ti. No tardaré —inclinó la cabeza para volver a besarla y, a regañadientes, se separó de ella. Se despidió de Antonella y salió de la habitación antes de que cambiara de opinión.

Ciara se abrazó a sí misma dejando que las lágrimas resbalaran por sus mejillas sin ningún control.

El comisario cogió el arma que James le tendió y cogieron las manos de Edith que los llevaría hasta el puerto.

Las sombras corrieron hacia el puerto sur, recorriendo los astilleros en busca del barco negro donde se encontraba la serpiente escondida.

A lo lejos, en el último pasillo de madera, el enorme barco negro con letras blancas en la proa, se alzaba imponente. Los cinco hombres armados caminaban en alerta.

Edith se acercó a ellos dejando a cada una de sus hermanas detrás de cada hombre. Las cinco chicas agarraron las cabezas de los guardias y, con un rápido movimiento, rompieron los cuellos de aquellos desgraciados. Edith movió las sombras hacia el interior de la embarcación, quedando delante de los dos guardias de la puerta del camarote. Se hizo visible ante sus caras desconcertadas y les dedicó una fría sonrisa antes de que ambos cayeran inertes al suelo de madera. Julia y Yolanda quedaron a la vista ocupando el lugar de los guardias caídos. Se echaron a un lado y los hombres apuntaron a la puerta con las armas mientras Kenneth le daba una patada a la robusta puerta abriéndola de golpe.

El camarote apareció delante de ellos totalmente vacío. No había nada ni nadie en aquella habitación revestida de madera.

Los ojos turquesa de Will observaron la estancia con desconcierto.

—¿Dónde coño está? —preguntó el comisario sin comprender nada.

—No lo sé. Estaba aquí hace unos minutos —contestó Miguel sin poder creerlo.

Ciara se sentó en la cama, al lado de la cuna de Antonella y observó a la niña con el corazón oprimido por la angustia de no saber lo que estaba

pasando en el puerto.

La pequeña se removió en la cuna abriendo los ojos y dedicándole una sonrisa a su madre. Las comisuras de Ciara se elevaron formando una gran sonrisa de oreja a oreja. Extendió los brazos hacia su niña y la cogió dejándole un beso en sus mofletes regordetes y sonrosados.

—*La mia piccola principessa* —caminó por la habitación empezando a bailar mientras su hija se reía feliz.

De repente, sintió un pequeño pinchazo en el cuello y sus ojos se cerraron poco a poco, como si le pesaran. Su cuerpo se tambaleó para caer después entre los brazos fuertes de un desconocido. Las palabras se quedaron atascadas en su garganta y acalladas en su mente. Sus brazos y piernas se habían entumecido. Intentaba sostener a su hija, pero sus brazos no respondían a sus órdenes. Sus ojos se cerraron en contra de su voluntad dejándola inconsciente.

Hans cogió en brazos a la chica mientras Franz cogía a la niña meciéndola para que no llorara. La serpiente hizo una señal con la cabeza y los cinco desaparecieron de la habitación en un abrir y cerrar de ojos.

Francesca agarró la bandeja con una taza de café y un plato de galletas y se dirigió hacia la habitación de su hija. Llamó a la puerta con el pie y esperó a que le respondiera. Sin embargo, no hubo contestación alguna. Abrió la puerta con ayuda de su codo y entró en la estancia.

—*Amore*, te he traído un poco de... —miró la estancia y la recorrió con la mirada.

Su hija no estaba y tampoco su nieta. Dejó la bandeja encima de la cama y la buscó por toda la cueva con ayuda de Carmen, Darya, Aina, Henriette, Virginia y Tamako.

Las siete se encontraron en el salón con los rostros pálidos, casi translúcidos.

—No están —dijo Carmen respirando con dificultad.

—¿Cómo es posible? —preguntó Henriette, la madre de Ylva.

Francesca volvió a la habitación y la observó con detenimiento. Un papel amarillo encima de la almohada de la cuna llamó su atención. Se acercó corriendo, cogió el papel y lo leyó:

—Mi querida hija y mi nieta están conmigo —Francesca arrugó el papel entre sus manos con rabia—. Serpiente asquerosa —murmuró con los dientes apretados.

Buscó la mente de Will con rapidez, no había tiempo que perder. <<**Will, la serpiente tiene a Ciara y a la niña**>>, le informó controlando la furia que crecía en ella.

“¡¿Qué?!”, gritó el comisario quedándose petrificado en el astillero con los ojos abiertos de par en par.

<<**Se las ha llevado. No sé cómo...**>>, Francesca se arrodilló en el suelo de piedra dejando salir las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

“*Vamos para allá*”, la voz de Will había sido fría como un témpano de hielo.

Capítulo 30

El corazón de Will se había parado en el momento en que escuchó a su suegra en su mente diciéndole que su esposa y su hija estaban en manos de la serpiente. Su mundo se había derrumbado como un castillo de naipes. ¿Cómo había podido llevárselas?

En dos minutos, Edith los había llevado a todos de vuelta a la cueva. El comisario corrió a la habitación donde Francesca seguía de rodillas en el suelo con el papel arrugado en la mano y las lágrimas resbalando por sus mejillas. Levantó el puño y Will cogió el papel amarillo leyéndolo mientras se arrodillaba al lado de ella. El cuerpo del comisario temblaba, el corazón había dejado de latirle, sus pulmones se habían quedado sin aire y su alma se había resquebrajado. El miedo y la furia crecían dentro de él como nunca en su larga vida.

—Miguel, encuéntralas —le dijo a su amigo con los ojos turquesa vidriosos por las lágrimas acumuladas.

El hombre asintió dirigiéndose hacia el salón, sacó el anillo del bolsillo del pantalón, se sentó en el sofá junto a Yurika, le cogió la mano, cerró los ojos y se concentró.

La mente de Miguel voló por el cielo siguiendo el rastro de la serpiente hasta el barco negro del amarre. Miguel volvió a su cuerpo y miró a Yurika.

—Era una ilusión —le confirmó ella.

—¿Dónde están? —quiso saber Will con impaciencia.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Encuéntralas ya! —le gritó el comisario histérico, agarrando a su compañero por el cuello de la camiseta.

—Will, tranquilízate. No conseguirás nada amenazando —lo detuvo Kenneth.

—Tenemos que pensar con claridad. No nos dejemos llevar por la rabia —propuso Carmen rodeando la cintura de su hija temiendo que se la arrebataran.

—Tenéis razón. Lo siento, Miguel —se disculpó el comisario masajeándose las sienes con los dedos—. Encuéntralas, por favor —le suplicó

con la mirada.

Miguel asintió abrazándolo para calmarlo, aunque solo fuera un poco. Por supuesto que las iba a encontrar. Las encontraría aunque eso fuera lo último que hiciera en la vida.

Ciara abrió los ojos lentamente y miró a su alrededor. Estaba sentada y atada a una silla de metal en el centro de una fría y húmeda habitación con paredes, techo y suelo de hormigón. Una tenue luz iluminaba la estancia haciéndola aún más perturbadora. En la esquina derecha, delante de ella, una cámara de vigilancia se movió con la luz roja parpadeando. La chica miró hacia la cámara fijamente.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi hija? —quiso saber vociferando.

Estaba muy segura de que podían verla y oírla. La vigilaban con detenimiento. La puerta de acero blindada a su espalda se abrió dejando paso a una mujer con una bata blanca y media cara tapada por una mascarilla de médico. Se acercó a Ciara con una jeringuilla en la mano, limpió con un algodón empapado en alcohol el punto en el que el cuello se unía con la clavícula, introdujo la fina aguja y apretó el émbolo de la jeringuilla para que el líquido transparente entrara en su riego sanguíneo recorriendo todo su cuerpo.

—¿Qué me has inyectado? —le preguntó Ciara a la científica.

La mujer volvió a refregar el punto dónde había introducido la aguja con el algodón, se dio media vuelta y salió de la habitación sin decir ni una palabra. Los ojos de Ciara se clavaron en la cámara. Los entrecerró y la cámara empezó a vibrar hasta que cayó al suelo dejando los cables al descubierto.

—¿Dónde está mi hija?! —gritó a la habitación. Aún con la cámara fuera de juego sabía que la escuchaban.

Una sensación de sueño se apoderó de ella. Sus ojos se cerraron con pesadez. No podía abrirlos. Todos sus sentidos se nublaron dejándola desprotegida e inconsciente.

Miguel entró en su habitación seguido de Yurika y se tumbó en la cama con las manos en la cara. Estaba cansado. Había estado todo el día intentando encontrar a Ciara y Antonella, pero sin éxito. Algo se lo impedía y le quitaba

energía, mucha energía. Yurika se sentó en el borde de la cama, a su lado.

—Descansa —le dijo acariciándole el antebrazo.

Miguel le cogió la mano, tiró de ella tumbándola a su lado y la abrazó.

—Tú también tienes que descansar —le susurró con los ojos cerrados, cayendo en un profundo sueño unos segundos después.

Will se encaminó a la habitación que ocupaba con su esposa y su hija, la misma habitación que ahora estaba vacía, en silencio. Cerró la puerta detrás de él, apoyó la espalda en ella y resbaló hasta quedar sentado en el suelo y dejando libres las lágrimas que se le atascaban en los ojos. El corazón le dolía. La seguridad que había intentado aparentar durante tantos años se había esfumado en solo dos segundos. En esos dos segundos en los que Francesca le había dado aquella noticia que le había desgarrado por dentro. Lloró desconsoladamente sentado en el suelo, impotente ya que no podía hacer nada. Estaba atrapado en aquella cueva sin tener siquiera una idea de adónde ir o de dónde buscar. ¿Cómo iba a encontrarla si ni Miguel podía?

—Que sigan vivas, por favor —suplicó enjugándose las lágrimas.

Francesca estaba sentada en el sofá con una taza de café caliente entre sus manos. Su mirada verde jade estaba perdida, mirando con fijación el líquido marrón que humeaba. Unas escurridizas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Carmen y Virginia la abrazaron con cariño esperando reconfortarla.

—No pude hacer nada —murmuró Francesca—. Ni siquiera lo vi venir.

—No es culpa tuya, ni nuestra. Esa asquerosa serpiente tiene ases guardados en las mangas pero, tarde o temprano, acabaremos con él. Lo mataremos para que nuestras hijas, nuestros nietos y nosotras mismas podamos vivir en paz y felices —le dijo Virginia observando a su hija Yolanda sentada en el regazo de James, abrazada a él.

—Lo mataré con mis propias manos —sentenció Carmen.

Un nuevo día se alzaba y Will no había podido dormir en toda la noche. Estaba tumbado en la cama, mirando al techo marrón bajo la suave luz de una vela que descansaba en la mesita de noche cuando alguien llamó a la puerta. Francesca abrió la puerta con cuidado, despacio para darle tiempo a su yerno

para que la echara si quería.

—¿Puedo pasar? —preguntó la mujer casi en un susurro.

—Entra.

La mujer se acercó a la cama y se quedó a los pies del comisario.

—Lo siento —se disculpó la mujer con lágrimas en los ojos. No había dejado de llorar en toda la noche. Ni había dormido temiendo que su hija pudiera comunicarse con ella y no estuviera despierta para oírla.

—Francesca, no fue tu culpa —le intentó consolar Will sin apartar la mirada del techo.

—Pero debería...

—No. Te hubiera matado. Déjame solo, por favor.

La mujer asintió en silencio y salió de la habitación. Los ojos del comisario se llenaron de lágrimas y se desbordaron cuando la puerta se cerró detrás de su suegra.

Ciara se despertó atada a una silla de metal y miró a su alrededor con los ojos entrecerrados. No conocía ese lugar o, mejor dicho, aquella celda. Observó la cámara en la esquina derecha.

—¿Dónde estoy? —quiso saber sin apartar la mirada del objetivo de la cámara.

Unos segundos después, una mujer ataviada con una bata blanca, una mascarilla de médico y con una niña en los brazos apareció delante de los gruesos barrotes de hierro.

—¿Sabes quién es ese bebé? —le preguntó una voz masculina por un altavoz.

Ciara observó con detenimiento a la niña en brazos de aquella mujer. El bebé la miraba con una sonrisa en su pequeña boquita y sus ojos turquesa brillaban como dos estrellas.

—No sé quién es.

Los ojos marrones de la científica se abrieron de par en par al comprobar el éxito de su suero. Dos segundos después, la serpiente apareció delante de Ciara, con los gruesos barrotes entre ellos.

—¿Te acuerdas de mí? —le inquirió el hombre.

Ciara lo miró a los ojos marrones y asintió.

—Dagobert Weinmann, mi padre —respondió la chica con el semblante serio.

Las comisuras del hombre se elevaron formando una gran sonrisa de oreja a oreja, levantó los brazos en señal de victoria y se rio. ¡Había funcionado! Había funcionado muy bien. Se sacó una foto del bolsillo de su bata, se la enseñó a su hija a través de los barrotes y la interrogó:

—¿Conoces a este hombre?

La chica lo miró con detenimiento. Los ojos turquesa de aquél desconocido se parecían mucho a los del bebé.

—No —contestó la chica después de unos segundos.

La sonrisa de su padre se hizo aún más grande mientras se guardaba la foto en el bolsillo de la bata.

—Estupendo —la felicitó haciendo que la científica se marchara con la niña.

—¿Por qué estoy atada, padre? —quiso saber Ciara sintiendo cómo las bridas se le clavaban en las muñecas.

—Solo por precaución, pero ahora mando que te las quiten. Necesito enseñarte una cosa.

Hans entró en la celda con unas tijeras y cortó las bridas dejando libre a la chica.

—Acompáñame —le dijo su padre con gran felicidad.

“*Por fin la he recuperado*”, pensó Dagobert caminando hacia la puerta de acero blindada y saliendo de las mazmorras.

Cruzaron un estrecho pasillo hasta llegar a una sala de estar ataviada con sofás, sillones y estanterías que fluían de un lado a otro de todas las paredes de tierra y piedra.

—¿Dónde estamos? —preguntó la chica. No recordaba nada de aquél extraño y asfixiante lugar.

—En un laboratorio que construí hace unos años —el científico abrió la puerta saliendo a un espacioso pasillo, encaminándose hacia una puerta doble

de madera maciza a la izquierda de la sala de estar—. Siéntate.

Un lujoso comedor apareció delante de los ojos de Ciara. La estancia estaba iluminada por muchas velas que colgaban de unas lámparas en el techo y ataviada con una mesa ovalada de madera con intrincados dibujos tallados en ella y con ocho sillas alrededor.

Ciara se sentó en una silla mientras su padre se sentaba enfrente de ella y le acercaba una carpeta marrón repleta de papeles.

—Ábrela —le dijo Dagobert cruzando los brazos apoyados en la mesa.

La chica abrió la carpeta y volvió a ver la foto del hombre que le era desconocido.

—Se llama William Carmichael. Es el comisario de la Interpol en la isla Nova y un desertor.

—¿Desertor? —inquirió la chica sorprendida.

—Sí. Se ofreció voluntario para uno de mis experimentos, pero en cuanto supo lo doloroso que podría llegar a ser, se escapó llevándose con él a otros voluntarios y la información de mis experimentos. Que se llevara a los voluntarios no me importó, sin embargo, la información es muy valiosa. No puede caer en manos de cualquiera. Podría llegar a iniciar el caos en el mundo —le informó su padre con los puños apretados.

—Quieres que los recupere. ¿Qué hago con el hombre? —preguntó la chica leyendo los análisis de los experimentos.

—Si se mete en tu camino, matarlo.

Ciara movió la cabeza de arriba abajo, asintiendo. Se quedó observando el retrato del hombre con curiosidad. No lo conocía, pero tenía la sensación de que sí. Era una sensación extraña, un sentimiento desconocido.

—¿Hay algún problema? —quiso saber el científico atrayendo la atención de su hija.

Ciara levantó la fría y vacía mirada hacia él.

—Ninguno. ¿Cuándo parto?

—Dentro de tres días.

—De acuerdo. Me prepararé para ello.

Alguien llamó a la puerta del comedor y entró cuando Dagobert le dio paso.

La científica se acercó al hombre con decisión y le enseñó una jeringuilla.

—Está listo, señor —le informó la mujer.

—Muy bien. Guárdalo en un lugar seguro —la chica se dio media vuelta—. Lleva a mi hija a su habitación. Debe descansar.

—Sí, señor.

Ciara se levantó de la silla llevándose con ella la carpeta con toda la información sobre ese hombre y siguió a la científica por el espacioso pasillo hacia la puerta enfrente del comedor.

La habitación era grande, iluminada con velas encima de todos los muebles de madera. La cama ocupaba la parte central de la habitación entre dos mesitas de noche.

—Que descanse, señora —le deseó la científica antes de cerrar la puerta detrás de ella.

Ciara se sentó en la cama y abrió la carpeta para volver a ver el rostro de aquél hombre. ¿Por qué le resultaba tan familiar?

Capítulo 31

Habían pasado dos días desde que la serpiente les había arrebatado a Ciara y Antonella y Miguel seguía intentando dar con ellas, pero sin ningún éxito.

—¿Por qué no puedes verlas? —le preguntó Will a su compañero, caminando de un lado a otro del salón histórico.

—No lo sé. No hay ninguna ilusión y tampoco creo que se haga invisible durante tanto tiempo —contestó su amigo sin entender lo que estaba pasando. ¿Estaría perdiendo su don?

Edith y Ricardo entraron en la cueva y el comisario se acercó a ellos con la esperanza de escuchar una buena noticia.

—Ni rastro —le informó Ricardo apoyándole la mano en el hombro para reconfortarlo.

Will agachó la cabeza. Estaba abatido. Edith y Ricardo había sido su única esperanza. Desde hacía dos días habían estado recorriendo la isla, buscando en cada casa, en cada tienda, en cada rincón. No habían conseguido ningún rastro que les proporcionara una pista de adónde se las había llevado. Era como si se las hubiera tragado la tierra.

—No te preocupes, las encontraremos —le dijo Edith.

Will asintió levemente y se dirigió hacia su habitación. Cada hora que pasaba su futuro se tornaba más oscuro. ¿Cómo iba a encontrarlas? ¿Cómo iba a vivir sin ellas?

Ciara se movió en la cama quitándose los papeles de encima de su pecho, los guardó en la carpeta y miró el reloj de aguja que descansaba en la mesita de noche. Eran las doce de la mañana. Nunca se había despertado tan tarde en toda su vida. Se despertó, se levantó de la cama y salió de la habitación. Caminó por la izquierda del pasillo llegando hasta unas puertas de cristal. Miró en el interior de la estancia. Era un laboratorio muy bien equipado. Una mujer morena estaba sentada delante de la pantalla de un ordenador echándole un vistazo a unas fórmulas.

Las puertas de cristales se abrieron dejando paso a Ciara. La mujer morena

se dio la vuelta en cuanto escuchó las puertas abrirse y vio a la joven.

—Buenos días, señora —la saludó la mujer con una sonrisa.

Ciara le dedicó una sonrisa amable y miró a la chica con los ojos abiertos de par en par. El rostro de aquella mujer le era muy familiar. Tenía un gran parecido con su madre, pero con ojos marrones.

—Hola. Llámame Ciara, por favor. ¿Qué estás investigando? —le preguntó sentándose en una silla detrás de ella.

—Nada importante.

—Es confidencial, ¿no?

—Me temo que sí.

El llanto de un bebé atrajo la atención de ambas mujeres. La científica se levantó dirigiéndose hacia una improvisada habitación acristalada, marcó un código para abrir la cerradura y entró. Se acercó a la cuna de madera blanca y cogió a la niña meciéndola mientras calentaba un poco de leche en una pequeña hornilla que descansaba en una encimera de granito en una esquina de la habitación.

Ciara se quedó parada en la puerta, observando cómo la mujer, tan alta como ella, le daba de comer a la niña. Los ojitos turquesa del bebé se clavaron en el rostro de Ciara dedicándole una sonrisa encantadora e inocente.

—¿Es tu hija? —Le inquirió a la mujer que negó con la cabeza acariciando la manita de la niña—. ¿De quién entonces?

—De una de las científicas. Murió hace unos días —la mujer no podía apartar su mirada marrón del rostro de la niña.

—Lo siento. ¿Cómo se llama?

—Lindsay.

—¿Y tú?

—Frida.

—¿Puedo... cogerla? —Ciara se acercó hasta ellas dubitativa y extendió los brazos cuando la mujer se la tendió—. Es una preciosidad —besó el moflete de la niña con suavidad y la acunó.

La manita de Antonella tocó la mejilla de Ciara. Una luz brillante inundó la mente de Ciara, enseñándole imágenes de aquél bebé en sus brazos. Los ojos

de la joven se abrieron de par en par mirando al precioso rostro de su hija.

—Antonella —murmuró la chica atrayendo la atención de la científica.

—¿Estás bien, Ciara? —le preguntó Frida dando un paso hacia ella para coger a la niña.

La mano de Ciara se levantó con un rápido movimiento y agarró el cuello de Frida levantándola del suelo.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué le has hecho a mi hija? —quiso saber con los dientes apretados.

Frida agarró con fuerza el brazo de la mujer. Sabía que le estaba diciendo la verdad, aunque eso no era precisamente lo que su jefe le había dicho con respecto a la niña.

—No... no puedo... respirar —dijo la mujer entrecortadamente.

Ciara dejó que la punta de los pies de Frida tocaran el suelo y disminuyó la fuerza del agarre.

—Habla —la voz de la mujer parecía fantasmal.

—El señor te trajo aquí para separarte de tu marido y poder volver a tenerte como la asesina que fuiste hace tiempo. En cuanto a la niña, no tengo ni idea. Sólo me ha dicho que le haga pruebas para ver si tiene algún don —explicó la científica.

—Por tu bien espero que mi hija no tenga ningún rasguño.

Ciara hizo que una bandeja de metal al lado del fregadero se moviera hasta la cabeza de la chica y cayera sobre ella dejándola inconsciente en el suelo. Salió del laboratorio y corrió hacia la luz que veía a la derecha. Llegó hasta la entrada de la cueva en unas montañas cubiertas de nieve. Miró a su alrededor, intentando averiguar dónde se encontraban. No conocía ese lugar. Una estridente alarma se escuchó en el eco de la cueva haciendo que varios guardias salieran a su encuentro.

Ciara abrazó a su hija con más fuerza y saltó hacia el valle lleno de nieve que había bajo sus pies. En el momento en que sus pies tocaron la nieve, sintió cómo unos fuertes brazos la agarraban en una presa y, sin previo aviso, volvía a estar en el pasillo de la cueva. Uno de los guardias le inyectó algo en el brazo y Ciara cayó en un profundo sueño inducido.

—Llévosla a su habitación —le ordenó Dagobert a Hans mientras Franz

se llevaba a la niña de vuelta a la cuna.

Franz dejó a la niña en la cuna llorando y ayudó a levantarse a Frida que se tocaba la cabeza con la mano. Le dolía horrores. Se agarró con fuerza al brazo del regordete hombre para no caerse y le preguntó:

—¿Dónde está la chica?

—En su habitación.

—Tranquilo, ya estoy bien. Puedes irte —le dijo la joven deseando coger a la niña para calmarla.

Se acercó un poco tambaleante hacia la cuna, cogió a la niña y la meció con cuidado y cariño. Antonella se calló, levantó la manita hacia el rostro de Frida y los ojos de ésta se abrieron como platos. Una luz inundó su mente haciéndole recordar momentos de su vida olvidados por los años, pero que aún permanecían guardados en un recóndito rincón de su pensamiento. El rostro de una hermosa mujer con los ojos verde jade llenó su mente mientras le sonreía con lágrimas en los ojos. La mujer desconocida estaba sudando y llorando tumbada en un cochambroso camastro de una celda que le resultaba extrañamente familiar. La respiración de Frida se aceleró al igual que los latidos de su corazón.

—Mamá —susurró la chica con las lágrimas inundando sus ojos marrones y la voz quebrada.

Inclinó la cabeza para mirar a la niña y empezó a entender todo lo que había pasado con Ciara. Su hija había sido quien se lo había enseñado. Ella era la que había buscado en su cerebro aquellos recuerdos, aquellos momentos guardados en un cajón olvidados y los había hecho salir. Los había intensificado, resaltándolos con total claridad.

Los ojos turquesa de Antonella se cerraron y Frida la dejó en la cuna bien tapadita. Salió del laboratorio caminando despacio y cogió aire cuando llegó al pasillo.

—Frida, ven al comedor ahora —le ordenó Dagobert por los altavoces.

La chica miró al techo como si pudiera verlo y se encaminó hacia el comedor. Respiró hondo llamando a la puerta y la abrió cuando las fuerzas llegaron de nuevo a sus piernas.

—¿Me ha llamado, señor? —le preguntó al hombre mirando al suelo.

—Quiero saber qué ha pasado. ¿Cómo ha podido recordar? —su voz parecía tranquila, incluso su expresión, pero la chica sabía que por dentro estaba llameando de rabia y furia.

—No lo sé, señor. Es posible que tenga un tiempo limitado, al fin y al cabo, es una dosis mínima la que le ha inyectado.

—Tiempo limitado —repitió él cruzando los brazos a la altura del pecho—. Arréglalo.

—Sí, señor.

Frida levantó la mirada soltando el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta cuando cerró la puerta del comedor detrás de ella. Recorrió el pasillo hasta llegar a su habitación, se dirigió a la cama y se tumbó cerrando los ojos, quedándose dormida en décimas de segundos.

Will abrió los ojos sobresaltado cuando alguien llamó a la puerta de su dormitorio. La puerta se abrió dejando paso a Francesca con una taza en su mano.

—Te he traído un poco de café —le dijo la mujer dejando la taza en la mesita de noche.

—Gracias —la voz del comisario había sido un simple murmullo en el silencio de la habitación.

Francesca salió de la estancia y Will se incorporó para darle un sorbo al café. El café no era precisamente lo ideal para poder dormir, pero no quería dormir. No podía dormir sin Ciara a su lado. Dejó la taza en la mesita y se tumbó de nuevo. De repente, los ojos del hombre se cerraron sin él proponérselo, ladeó la cabeza mirando la taza con los ojos entrecerrados y blasfemó. Francesca le había echado algo en el café para hacerlo dormir. Los párpados cayeron oscureciéndolo todo.

—Ciara —susurró el comisario antes de dormirse.

Esa simple palabra hizo que la mente de Will llegara hasta el sueño de su esposa.

Ciara volaba por un bosque mientras una pareja paseaba por él con un carrito de bebé. El vuelo de la chica descendió hasta poder ver con claridad a

la pareja. Era ella junto a un hombre al que no conocía. Observaba con atención a la pareja cuando sintió cómo una mano la agarraba con fuerza y tiraba de ella. La chica volvió la mirada y vio a una copia exacta del hombre que paseaba por el bosque.

—¿Quién eres tú? —le preguntó la mujer haciendo que la sonrisa del hombre desapareciera de sus carnosos labios.

—Otra vez no, por favor —rogó el hombre atrayendo a Ciara hasta sus brazos—. Cariño, soy tu marido.

Los ojos verde jade de la chica se abrieron casi saliéndosele de las órbitas. “¿*Marido?*”, se preguntó con asombro.

—¿No me recuerdas? —Quiso saber el hombre—. Ciara, soy Will, tu marido y el padre de tu hija.

—¿Hija? —la sorpresa se reflejaba en el rostro de la chica.

—¿Qué está pasando? —inquirió el comisario sin poder creer que estuviera en aquella situación de nuevo.

—¿Cómo voy a saberlo yo? Ni siquiera sé quién es usted.

—Ciara, despierta —una voz lejana la llamaba alejándola de aquél extraño sueño.

La mano del comisario se aferró con fuerza al brazo de la chica que comenzaba a desvanecerse.

La chica podía sentir aún el agarre del hombre, pero no podía negarse a volver a la realidad. Era inevitable que se despertara.

—No, no te vayas. Ciara, no —la llamó Will. Pero el cuerpo de la chica ya había desaparecido por completo.

La chica abrió los ojos encontrándose con su padre. Miró a su alrededor, desorientada.

—Buenos días. Franz se pasó con la dosis de somnífero —murmuró Dagobert.

La cabeza y el brazo de Ciara palpitaban de dolor. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta aquella habitación.

—El desayuno está en el comedor. Tengo que salir a hacer unos recados. Llegaré a la hora de cenar —la informó Dagobert dejándole a la vista la

carpeta con la información de Will con una nota—. Léelo. Cuando regrese hablamos.

Ciara dirigió una furtiva mirada hacia la carpeta marrón y le asintió a su padre antes de que se marchara. La chica cogió la carpeta, se levantó de la cama y salió de la habitación. Miró hacia un lado y después al otro.

—Y, ¿dónde está el comedor? —le preguntó al silencioso pasillo.

Escuchó los pasos de alguien que se acercaba por el pasillo izquierdo y observó a la mujer morena que se acercaba a ella con una sonrisa en sus labios llenos. Aquella sonrisa se parecía mucho a la de su madre.

—Buenos días, Ciara. ¿Te encuentras bien? —la saludó la mujer con amabilidad.

—Hola. Estoy bien, gracias. ¿Podrías decirme dónde está el comedor?

—Es esa puerta de enfrente.

—Gracias...

—Frida. Mi nombre es Frida.

—Gracias, Frida —le agradeció Ciara con el desconcierto todavía reflejado en su rostro.

Caminó hacia la puerta que la mujer le había indicado, la abrió y entró en la estancia sentándose en una silla, delante de las tostadas, el café y el zumo de naranja. Le dio un sorbo al zumo, abrió la carpeta y leyó la nota y la información que su padre le había dado mientras seguía desayunando.

Will se despertó sobresaltado. Miró a su alrededor, palpando el lado izquierdo de la cama con la mano y maldiciendo cuando no tocó el cuerpo de su esposa. Había soñado con ella. Había podido entrar en el sueño de ella y, de nuevo, su mujer no lo recordaba. ¿Por qué? ¿Por qué no lo recordaba? ¿Qué le estaban haciendo? Se levantó de la cama y corrió hacia el salón. Necesitaba hablar con Miguel, saber si ya había podido encontrarlas. Cuando llegó al salón, todos estaban allí con las cabezas cabizbajas y los semblantes serios.

—¿Alguna novedad? —le preguntó el comisario a su amigo.

—No —contestó Miguel frustrado.

—He soñado con Ciara. He podido entrar en su sueño —les informó Will

sentándose en el sillón vacío al lado de su suegra—. Pero...

—¿Pero? —quiso saber Francesca con esperanzas.

—Pero no me ha reconocido. La serpiente le ha borrado la memoria.

Por unos segundos, los rostros de todos se habían iluminado, pero otra vez se habían oscurecido.

—Asquerosa serpiente —el odio se reflejaba en la voz de su suegra.

Dagobert llegó a la cueva y se acercó al comedor. Entró en la estancia donde Ciara lo esperaba para cenar, se sentó enfrente de su hija y le preguntó:

—¿Estás preparada?

—Siempre lo estoy —la voz de la chica era fría e impersonal, como si no tuviera alma o corazón.

—Hans te acompañará.

Ciara asintió mirando al hombre rubio a su lado, se levantó de la silla, cogió la mano de Hans y ambos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Las comisuras de Dagobert se elevaron formando una gran sonrisa malévola y satisfecha.

Capítulo 32

El sol se ponía en el horizonte cuando Ciara y Hans aparecieron en el linde del bosque vallado. Ambos observaron los hermosos y distintos tonos de verde con los últimos rayos de sol reflejados en ellos mientras se ponía lentamente por el horizonte.

Hans señaló hacia la montaña en el centro del bosque.

—Está allí. Tienes que encontrar la entrada de la cueva. Debes ser silenciosa, no está solo. La primera puerta a la izquierda es su habitación. Te esperaré aquí —le informó el hombre con todo detalle.

Ciara asintió sin apartar la mirada de la enorme montaña. Dio unos pasos hacia atrás, se preparó flexionando las rodillas y corrió con gran velocidad saltando la alambrada y siguiendo la carrera a través del bosque hacia el pie de la enorme montaña. Miró hacia arriba y a los lados, clavando la vista en un dosel de ramas demasiado cercano a la montaña. Entrecerró los ojos y movió un poco el dosel dejando ver una abertura ovalada.

La oscuridad ya se cernía sobre la isla cuando Ciara llegó a la ovalada abertura, después de escalar la ladera. Se asomó con cuidado por la entrada, se puso de pie y apoyó la espalda en la pared mientras se acercaba al recibidor de la cueva. Se quedó quieta, agudizando el oído. No escuchó nada. Asomó la cabeza y miró a su izquierda. Allí estaba la puerta que Hans le había comentado y allí dentro estaba su objetivo. Siguió con la espalda apoyada en la pared, llegó a la puerta, agarró el pomo y abrió despacio. La estancia estaba levemente alumbrada por la luz de una vela. Ciara observó la habitación, divisó al hombre tumbado en la cama, sacó el cuchillo de su bota y se acercó a él con sigilo. Se quedó parada al lado de la cama, mirando el rostro del hombre con detenimiento. Aquél hombre era con el que había soñado. Se inclinó hacia él y apoyó la afilada hoja del cuchillo en la garganta del hombre.

Los ojos de Will se abrieron de improviso, sorprendiendo a la chica.

—¿Cariño? —la llamó recorriendo el rostro de ella con la mirada. No podía creer que estuviera allí.

—No —Ciara apretó un poco más la hoja del cuchillo contra el cuello de Will.

El comisario sintió el frío contacto del arma, pero no apartó la mirada de ella y elevó las comisuras de sus labios en una sonrisa.

—Deja de sonreír —le dijo la chica intentando cortar la garganta del hombre, pero sin conseguirlo. Algo en la sonrisa, los ojos y la boca de él se lo impedían.

—Ciara, intenta recordar. Soy tu marido —susurró el comisario sin mover ni un solo músculo de su cuerpo cuando ella subió a la cama con una velocidad sorprendente y se sentó a horcajadas sobre él para tener un mejor acceso a su cuello.

—Yo no tengo marido —replicó ella con los dientes apretados.

—Y, ¿por qué llevas la alianza en el dedo? —le preguntó el comisario dirigiendo la mirada a la mano izquierda de ella que estaba apoyada en su pecho.

La chica desvió la mirada durante unas décimas de segundos y vio el círculo dorado en su dedo anular. La presión del cuchillo cedió mientras Ciara lo apartaba levantando la mano para ver con más detalle el anillo. Se lo quitó y miró en su interior para leer el grabado.

—22/11/2021 Will y Ciara, para siempre.

El comisario se quitó su anillo y se lo mostró.

—El mío es igual.

Ciara iba a quitarse de encima del comisario, pero él se incorporó agarrándola de la cintura para retenerla.

—¿Por qué no lo recuerdo? —quiso saber la chica mirando los ojos turquesa del hombre.

—No lo sé —la mano del comisario enmarcó el rostro de ella—. Tu padre ha debido de borrar tus recuerdos de alguna manera.

—¿Mi padre? —la sorpresa estaba instalada en la cara de la joven. Cuando ya creía que nada podía sorprenderla, Will le contaba otra cosa que la dejaba anonadada.

—Tu padre lleva desde que nos casamos intentando matarnos. A nosotros, a nuestros amigos, a tus hermanas y a sus madres y, por supuesto, a nuestra hija Antonella.

—¿Tenemos una hija?

—Sí. Tu padre la tiene retenida.

Esta vez Ciara pudo escapar del agarre del comisario y caminó por la habitación como una leona enjaulada.

—¿Por qué? ¿Por qué no nos deja en paz? —le preguntó al hombre que se acercaba a ella con pasos lentos y cautelosos.

—No estoy muy seguro de esa respuesta.

—¿Por qué nuestra hija?

—Porque quiere hacerle pruebas para saber si tiene algún don, como tú o como yo, aunque él no sepa el mío —respondió Will abrazándola cuando la sintió receptiva.

—¿Cómo se llama?

—Antonella Carmichael Marazzi. El nombre lo eligió tu madre, así se llamaba su abuela —le explicó Will acariciándole el pelo.

—Mi madre. ¿Dónde está? —quiso saber Ciara levantando la mirada hacia él. No le estaba mintiendo. Nadie conocía la información que aquél hombre le estaba dando.

—Está bien. Durmiendo en su habitación.

Ciara asintió con una leve sonrisa, aliviada porque ella estuviera bien. Miró hacia el reloj de la mesita y se deshizo del abrazo del hombre.

—Debo irme.

—No. ¿A dónde te ha llevado tu padre? ¿Dónde os esconde? —la interrogó agarrándola del brazo con delicadeza.

—No lo sé. Nunca he estado en ese laboratorio, o eso creo —le contestó confusa. Ya no sabía nada de su vida. Estaba totalmente en blanco.

—Espera un momento —el comisario se llevó la mano al oído y apretó el botón para encender el auricular—. Volker, ven a mi habitación. Solo, por favor.

Recibió la respuesta inmediatamente y llevó a Ciara hasta la cama para que se sentara. Llamaron a la puerta y Volker entró en la estancia con la cara iluminada al ver a Ciara. Abrió la boca para decir algo, pero Will le hizo un gesto con la mano para que callara. Volker cerró la puerta detrás de él y dio unos pasos hacia la pareja.

—Ciara, él es Volker. ¿Te acuerdas de él? —Le preguntó el comisario cogiendo la mano de ella cuando ésta negó con la cabeza—. Volker tiene el don de la invisibilidad. Quiero que él te acompañe y nos informe de dónde estás. Tranquila, no se dejará ver.

Ciara recorrió el cuerpo y el rostro del hombre de arriba abajo, analizando si podía confiar o no en él.

Volker le dedicó una sonrisa amable y le hizo una pequeña demostración de su don. Los ojos de Ciara se abrieron como platos. Nunca había visto ese don.

—De acuerdo —la chica se levantó de la cama, pero su marido no soltó su mano.

La atrajo hacia él y la besó con ternura. Los labios de Ciara se abrieron al sentir la húmeda lengua de él rozándolos y lo saboreó. Aquel beso le resultaba bastante familiar. Will apartó la boca de ella a regañadientes y le aseguró antes de dejarla marchar junto a Volker:

—Iré a por vosotras.

Ciara salió de la habitación seguida de Volker, se dirigió hacia la salida de la cueva y se quedó unos segundos parada ante la abertura.

—¿Estás bien? —le preguntó el hombre en un susurro.

La chica asintió despacio y saltó hacia el dosel de ramas para bajar por el tronco del enorme árbol. En cuanto sus botas aplastaron la hojarasca, Ciara corrió a través de la vegetación. Volker la siguió con un poco de dificultad. La chica paró oculta entre unos arbustos, a unos pocos metros de la alambrada. Esperó a que el hombre la alcanzara y le asintió dándole la señal para que desapareciera. La chica siguió su camino llegando hasta Hans, que la esperaba sentado en una roca cerca de la alambrada. Se levantó cuando la vio, le tendió una mano y le preguntó:

—¿Cómo ha ido?

—Perfectamente —Ciara cogió la mano del hombre sin que se diera cuenta de que Volker había cogido la de ella. Hans asintió y desapareció llegando hasta el comedor de donde habían desaparecido minutos antes.

Dagobert seguía sentado frente a la mesa leyendo un libro. Levantó la mirada cuando ambos aparecieron y les dedicó una leve sonrisa.

—¿Qué tal? —quiso saber mirando a su hija.

—Como la seda —contestó la chica intentando controlar las ganas de matar al hombre que se hacía llamar su padre.

—Puedes ir a descansar y... buen trabajo.

Ciara asintió solemnemente, se dio media vuelta y se encaminó hacia el laboratorio cuando el llanto de un bebé llegó a sus oídos. Entró en el laboratorio encontrándose con Frida que cogía a la niña que lloraba en la cuna. Ciara se acercó a ellas seguida por Volker, invisible a los ojos de todos.

—¿Puedo cogerla? —le inquirió a Frida que mecía a la niña con ternura y cariño.

La chica le sonrió y se la tendió encantada. Esperaba que la niña volviera a utilizar su don. Las observó con atención cuando la manita de Antonella se levantó para tocar el rostro de su madre.

Los ojos de Ciara se abrieron de par en par llenándosele de lágrimas mientras su hija la hacía recordar todo lo que su padre le había querido borrar.

—Se llama Antonella —la voz de Frida llegó hasta los oídos de Ciara atrayendo su atención.

La chica observó a la científica de arriba abajo. ¿Podía confiar en ella?

—Es tu hija —le susurró la mujer con una sonrisa—. Puedes confiar en mí. Tu hija acaba de hacer que recuerdes tu verdadera vida.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya lo ha utilizado tres veces, dos contigo y una conmigo.

—¿Contigo? Y, ¿no le has contado nada a mi padre? —no podía creer que le ocultara aquella información a su jefe.

—No se lo he contado. Estoy empezando a dudar de que estemos haciendo lo correcto para la humanidad.

—No creo que lo mejor para la humanidad sea matar a las personas que supongan un problema para llegar a tu objetivo —respondió Ciara acariciando la manita de Antonella y dejándole un beso en los deditos—. ¿Qué te ha hecho recordar mi hija?

—A mi madre. Murió al darme a luz, aunque ya no sé si es verdad o mentira. Al parecer, mi padre se inventa muchas historias —la voz de Frida sonaba triste.

—Lo siento. Es posible que tu padre solo estuviera protegiéndote.

—No lo creo —la mirada de la chica se quedó clavada a la espalda de Ciara, como si estuviera viendo algo—. Has vuelto acompañada —susurró Frida cerca de ella.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no puedo ver a tu amigo, pero sí sentirlo. No te preocupes. Quiero ayudarlos.

Ciara estaba desconcertada y desconfiaba un poco de la amabilidad de la chica. Nunca había confiado en un extraño pero, al parecer, su carácter había cambiado mucho en casi dos años.

—¿Ha cambio de qué? —le preguntó Ciara sabiendo que todos teníamos un precio.

—Que me ayudéis a encontrar a mi madre. Creo que podría estar viva.

Ciara observó los ojos marrones de la chica con atención. Sus ojos eran parecidos a los de su odiado padre y a los de su querido hermano Piero, incluso tenía las pequeñas motas ambarinas alrededor de la pupila.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo Ciara. Tenía curiosidad. Frida asintió acariciando el moflete de la niña—. ¿Quién es tu padre?

La boca de Frida se abrió para responder a la pregunta, pero la voz de Dagobert se escuchó por los altavoces.

—Frida, ven al comedor —le ordenó.

La chica suspiró, le dejó un pequeño beso en la frente a la niña y se dirigió al comedor.

—¿Por qué quieres saber quién es su padre? —quiso saber Volker en un susurro al lado de Ciara.

—Creo que tengo una corazonada de quién puede ser, aunque, espero que no lo sea. Tendría una nueva razón para matar a ese hombre —murmuró meciendo a su hija.

—¿Crees que es...?

—Sí, pero tengo que averiguarlo —lo cortó Ciara—. Deberías avisar a Will y decirle dónde estamos.

—Lo haría si supiera dónde estamos. Te recuerdo que ese tío se ha

transportado hasta aquí en un segundo.

—Pues ve a la entrada, a lo mejor reconoces el lugar —le propuso la muchacha.

—Si quieres quedarte sola con tu hija solo tienes que decírmelo, no echarme —le reprendió Volker caminando hacia la puerta del laboratorio.

Las comisuras de la boca de Ciara se elevaron en una sonrisa y acunó a Antonella, pegándola a su pecho para sentir el acelerado corazón de ambas.

Volker recorrió el pasillo hacia la entrada de la cueva y observó el exterior. Era un valle rodeado de montañas y cubierto de nieve. No conocía ese lugar. Volvió hacia el pasillo, apretó el botón del auricular de su oído y susurró:

—Will, no conozco el lugar.

—¿Están bien? —quiso saber el comisario tumbado en la cama con una sonrisa, pero nervioso.

—Estupendamente. Por cierto, tu hija tiene un don.

—¿Cuál?

—Hacer recordar. Ha curado a tu esposa.

—Mantenme informado y... Volker, dale un beso a mi hija de mi parte.

—Lo haré.

El hombre cortó la comunicación y regresó al laboratorio. Ciara mecía a Antonella mientras le cantaba una nana.

Frida entró en el comedor con la mirada clavada en el suelo.

—¿Has arreglado el suero? —le preguntó Dagobert sin levantar la mirada del libro que estaba leyendo.

—Sí, señor.

—Genial. Inyéctaselo a mi hija. No quiero que vuelva a recordar como la última vez —le advirtió el hombre.

—Sí, señor.

La chica dio media vuelta y salió de la estancia dirigiéndose hacia el laboratorio. No pensaba inyectarle nada a Ciara. La iba a ayudar y ella

comenzaría una nueva vida junto a su madre, si aún seguía viva y si se acordaba de ella.

Ciara dejó a Antonella en la cuna cuando Frida entró en el laboratorio.

—¿Se ha dormido? —le preguntó a Ciara echándole un vistazo a la niña dormidita en la cuna.

—Sí. Frida, ¿quién es tu padre? —seguía teniendo curiosidad y, además, quería aclarar sus sospechas.

—No creo que sea el mejor sitio para hablar de ello —se excusó la chica nerviosa.

Ciara asintió dándole la razón, cogió la mano de Frida y la guio hasta su habitación. Rebuscó por la habitación, de arriba abajo, por si había micrófonos o cámaras escondidas. No había nada. Se sentaron en el borde de la cama, Ciara cogió las manos de la científica entre las suyas para darle fuerzas y ésta inhaló llenando sus pulmones de aire y exhalando despacio.

—¿Quién es tu padre? —volvió a preguntarle.

—Dagobert Weinmann —respondió la científica con los ojos vidriosos.

Ciara asintió abrazándola. Otra hermana. Tenía otra hermana y no lo sabía. ¿Cómo ese hombre podía ser tan dañino? ¿Cómo podía ser tan tóxico? ¿Es que no tenía corazón? ¿No sentía amor? Por sus actos parecía que no.

—Somos hermanas —afirmó Ciara con una sonrisa en los labios.

—Sí.

—Ten por seguro que te ayudaré a encontrar a tu madre. ¿Tienes alguna foto u objeto que pueda ayudarnos?

—No. Tu hija me hizo recordar el día que nací. Pude ver el rostro, un poco desencajado, de ella. Era, o es, hermosa.

—Descríbemela.

Frida pensó un instante ese momento que Antonella le había recordado.

—Morena, ojos verde jade, labios llenos y rostro ovalado, por su acento yo diría que era italiana. Piel morena...

—Vaya. Se parece mucho a mi... —la frase de Ciara se quedó atascada en su garganta.

—¿Qué... qué ocurre? —la voz de Frida sonaba preocupada al ver el

desconcierto en el rostro de su hermana.

—Nada. No te preocupes. Voy... voy a ayudarte a encontrarla. Voy a... descansar.

—Claro, perdona. Que duermas bien. Hasta mañana —Frida se encaminó hacia la puerta, puso la mano en el pomo, pero dio media vuelta para mirarla —. Ciara, gracias. Si la encontramos te estaré eternamente agradecida.

La chica le dedicó una sonrisa y se tumbó en la cama cuando la científica salió de su habitación.

—Volker —lo llamó.

El hombre apareció saliendo del baño anexo.

—¿Lo has oído todo? —quiso saber la chica.

—Casi todo.

—¿Me harías un favor? —le preguntó Ciara mirándolo a través de las pestañas. Volker asintió—. Entra en la habitación de mi padre, recorre la cueva hasta que encuentres la información sobre el nacimiento de Frida. Estoy segura de que mi padre lo tiene guardado en algún lugar.

—De acuerdo, echaré un vistazo, aunque no te prometo nada.

Capítulo 33

Eran las cuatro de la madrugada cuando Ciara por fin se quedó dormida y Volker se puso en marcha. Salió de la habitación con cautela y recorrió la cueva de arriba abajo hasta que encontró la habitación del científico. Abrió la puerta con mucho cuidado y observó la estancia.

Era grande y estaba ataviada con una enorme cama de matrimonio, un armario, una mesa de escritorio y todas las paredes de piedra cubiertas por estanterías que iban desde el suelo hasta el techo. Las estanterías estaban repletas de libros, carpetas archivadoras y discos.

Volker caminó hacia los discos en silencio sin apartar su atención del hombre que dormía en la cama. Ojeó los nombres de los discos intentando encontrar la información que Ciara le había pedido. Leyó uno a uno. Habían muchos, cientos, y le llevaría tiempo encontrar el que buscaba. Echó un vistazo hacia su espalda. El científico seguía dormido en la cama.

Volker subió unos peldaños de la escalera que descansaba en una estantería y miró los discos de la parte alta.

—Parto de Carmen. De Virginia. De Francesca —leyó en silencio moviendo los labios.

“¿Y ahora qué?”, se preguntó. No podía cogerlo junto al archivo, el científico se daría cuenta. Miró a su alrededor y se le ocurrió una idea al ver el escritorio. Bajó de la escalera, se acercó al escritorio, cogió un disco nuevo y lo cambió por el que estaba grabada Francesca dando a luz. Los archivos, sin embargo, serían más difícil.

Un movimiento a su espalda lo hizo mirar a la cama. El científico se había movido, tumbándose mirando hacia las estanterías. Volker se quedó quieto, petrificado como una estatua y conteniendo el aire. Los ojos de Dagobert seguían cerrados, por lo que cogió la carpeta de Francesca, buscó el informe sobre el parto y la volvió a dejar en su sitio. Volker salió de la habitación sin ser visto ni oído y regresó con Ciara.

Ciara se despertó, miró la hora del reloj de aguja de la mesita de noche y se desperezó observando la habitación con detenimiento.

—¿Volker? —lo llamó en un susurro e incorporándose.

El hombre apareció sentado en un sillón cerca de una cómoda y leyendo unos papeles. Tenía el rostro pálido. La chica se levantó de la cama para acercarse a él y se acuclilló.

—¿Qué te ocurre? ¿Le ha pasado algo a Will? —le preguntó preocupada.

—Él está bien —respondió el hombre tragando con dificultad.

—Entonces, ¿qué pasa?

Volker miró los papeles de su regazo, los cogió y se los entregó a la chica.

—Deberías leerlo tú —le dijo su amigo levantándose del sillón y encaminándose hacia el baño.

Ciara se sentó en el borde de la cama y leyó los papeles. Era información sobre los partos de su madre escritos en alemán por la misma mano de su padre.

—Primer parto de Francesca Marazzi. Veintidós de Octubre de mil novecientos veinte. Todo ha ido muy bien, sin embargo, no esperaba que fuera múltiple. Para mi sorpresa, la mujer ha dado a luz a mellizas. Dos niñas, a simple vista, sanas.

>>Una de las niñas, a la que la madre ha querido llamar Ciara, muestra todas las mejoras que le he hecho a la progenitora y espero que dentro de poco dé a conocer su don. La otra niña, la mayor por unos minutos, la he llamado Frida, no ha dado ningún signo de mejora y me temo que tampoco de ningún don.

>>Lo cierto es que no sé qué es lo que ha podido ocurrir para que sólo una haya heredado la modificación. Frida, por lo tanto, será llevada al laboratorio para hacerle unas exhaustivas pruebas y poder corregir el error para fetos futuros —los ojos de Ciara se inundaron de lágrimas. Aquel escrito tan impersonal por parte de su padre la dejaba perpleja.

Alguien llamó a la puerta de la habitación, haciendo que Ciara bajara de las nubes hacia la realidad.

—¿Quién es? —inquirió aclarándose la voz.

—Frida. ¿Puedo pasar? —la voz de su hermana sonó como un susurro desde el otro lado de la puerta.

Ciara miró los papeles y el disco que descansaba encima de la cómoda, se

levantó de un salto para esconderlo en el primer cajón de la mesita de noche y se acercó a la puerta para abrirla. Le dejó paso a la mujer, cerró la puerta y la invitó a que se sentara en la cama.

—Buenos días —la saludó Frida con una sonrisa.

—Frida, necesito un portátil que sea seguro —le dijo Ciara cogiéndole las manos entre las suyas.

—¿Para qué?

—Tengo un disco con una información muy importante. Necesito verlo ahora mismo.

La científica sabía que le decía la verdad por lo que asintió y se marchó. Cogió el portátil que había en el laboratorio que únicamente utilizaba ella y volvió a la habitación teniendo cuidado de que nadie la viera.

—Toma. Éste es seguro —la informó sentándose en la cama junto a ella.

Ciara asintió cogiendo el disco del cajón e introduciéndolo en la ranura. Frida abrió el archivo y clicó en el primer video que había.

—Es mejor que le quites el sonido —le aconsejó Ciara antes de que le diera a reproducir.

Las imágenes en blanco y negro aparecieron en la pantalla dejando ver a una mujer tumbada en un camastro, con las piernas abiertas y el rostro sudoroso y desencajado. Los ojos de Frida se abrieron de par en par al ver aquel semblante y la imagen que Antonella le había hecho recordar.

—Es mi... —las palabras se quedaron atascadas en su garganta—. Es mi madre.

—Sí. Ese bebé que está cogiendo la enfermera eres tú —le afirmó Ciara.

—¿Cómo... cómo lo has encontrado? —quiso saber Frida. Aún no podía creer que lo estuviera viendo.

—Volker lo encontró —Ciara le dio un momento al pause para mirar los rasgos de la chica—. Frida, aún no ha terminado.

La chica volvió su atención hacia el silencioso video y observó cómo otro bebé salía del interior de su madre. Otra enfermera sostenía al segundo bebé entre sus brazos, envuelto en mantas.

—Tengo... una hermana o hermano —las lágrimas resbalaban por las

mejillas de la científica por la emoción.

—Es una hermana —confirmó Ciara—. Una hermana melliza.

El rostro de la chica estaba sorprendido, perplejo ante tanta nueva información que se le había sido negada durante tantísimos y larguísimos años.

—Frida, sé quién es tu hermana —añadió Ciara cogiendo la mano de la chica con fuerza.

—¿Está viva? —quiso saber la chica con los ojos enrojecidos por el llanto que no podía controlar.

—Está viva y muy cerca de ti —Ciara le enjugó la lágrima que resbalaba hasta su comisura—. Ese bebé, tu hermana melliza, soy yo.

Los ojos marrones de Frida se abrieron como platos. “*¿Ella es mi hermana melliza?*”

—Nuestro padre nos separó. Yo... bueno, nací con lo que él esperaba, pero tú... eras diferente. Te hizo pruebas y le dijo a nuestra madre que habías muerto para que no sospechara.

—¿Por qué? ¿Qué había de diferente en mí? —sollozó Frida mientras el odio hacia Dagobert crecía dentro de ella.

—Según él —Ciara sacó los papeles del cajón y se los entregó—, tu ADN seguía siendo vulgar como el de un humano y no tenías ningún don.

—Eso no es cierto. Ninguna de esas dos cosas es verdad. Mi ADN es diferente al de los humanos, como el tuyo o el de tu hija y... —Frida dudó unos segundos, pero estaba convencida de que podía confiar en ella, en su hermana—. Tengo un don, aunque él no lo ha llegado a saber. Supongo que algo en mi interior me advertía de que no dijera nada. Al parecer, mi subconsciente no me ha fallado.

—No, no te ha fallado. Has sido más lista que yo —Ciara le dedicó una leve sonrisa apretando la mano de Frida—. ¿Qué don tienes?

—Soy un polígrafo andante. Si te toco puedo saber si me mientes o no. Y, si me concentro mucho, lo puedo saber sin contacto físico, pero me deja sin energías, no lo suelo utilizar mucho de esa manera, creía que no era necesario —respondió Frida.

—¿Cómo no supiste que ese hombre te mentía?

—Nunca me tocó, ni siquiera cuando era solo un bebé. Crecí encerrada en

un sótano húmedo, frío y maloliente rodeado de libros y un camastro cochambroso. Toda mi vida la pasé estudiando hasta que me doctoré en genética y neurobiología.

>>Creí que estaría orgulloso de mí, pero nunca me dedicaba una sonrisa, un abrazo, casi ni me miraba. Yo fui quien hizo el suero con el que te ha quitado la memoria. Lo siento —se disculpó la chica mirando fijamente los ojos verde jade de su hermana.

—Tranquila. Tú solo creías que hacías lo correcto.

—Ciara, nuestra madre, ¿está bien? ¿Está a salvo? —le preguntó preocupada.

—Sí. Está escondida con mi marido, nuestras hermanas y sus madres.

—¿¡Nuestras hermanas?! —exclamó Frida con los ojos abiertos por la sorpresa.

—Seis, para ser exactos.

—Vaya. He estado encerrada mucho tiempo en la ignorancia —se quejó la científica con tristeza en la voz.

—Te pondré al día cuando tú quieras.

—¿Ahora?

—Claro. Pero, ¿podrías echarle un vistazo a Antonella antes? Se supone que yo no la recuerdo.

—Por supuesto —Frida dejó el disco encima de la mesa y salió de la habitación con el portátil entre sus brazos.

—Volker, intenta averiguar dónde estamos y avisa a Will —le pidió Ciara al hombre que salía del baño.

El hombre asintió, se hizo invisible y se marchó esperando que alguien dijera el nombre del país, ciudad o nación en la que se encontraban.

Will se tumbó en la cama con una gran sonrisa en los labios, pero atacado por lo nervios. No sabía aún dónde se encontraban su mujer y su hija, y la espera lo estaba matando. Volker tampoco se había puesto en contacto con él, a pesar de que le había dicho que le mantuviera informado. ¿Qué estaría pasando?

—Will —la voz de su amigo por fin se escuchó como un susurro en el oído del comisario—. Sé por qué Miguel no podía ver dónde estaban.

El comisario se llevó la mano al oído para apretar el botón y hablar con su compañero.

—¿Por qué? —preguntó incorporándose en la cama.

—Tiene una especie de inhibidor instalado en la cueva. Voy a ir a la salida. Dile que intente encontrarme —respondió Volker susurrando mientras se encaminaba a la abertura de la cueva.

—De acuerdo.

Will saltó de la cama y corrió por el túnel que llevaba a las habitaciones. Paró delante de la última habitación y llamó a la puerta con premura.

—Miguel.

La puerta se abrió dejando ver al hombre ataviado con los pantalones del pijama, el pelo castaño alborotado y los ojos medio cerrados.

—¿Qué ocurre? —preguntó refregándose los ojos con las manos.

—Volker se ha puesto en contacto. Quiere que lo busques.

El hombre abrió los ojos de golpe, despierto después de escuchar aquella noticia, asintió y, rápidamente, se sentó en el borde de la cama. Se concentró en busca de su amigo. No necesitaba ningún objeto o prenda para encontrarlo después de tantos años juntos.

Su mente despegó hacia el cielo y surcó el océano llegando a Escocia. La mente de Miguel siguió su camino a gran velocidad pasando por Holanda, Alemania y parando en Checoslovaquia, en las montañas de los Cárpatos. Subió la montaña hasta ver una abertura de arco a, por lo menos, tres mil metros del suelo. Miguel abrió los ojos y le dedicó una sonrisa a Will.

—Sé dónde están.

—Volker, te ha encontrado. Te avisaré cuando estemos cerca —le comunicó el comisario por el auricular.

Frida estaba cada vez más anonadada con todo lo que su hermana le contaba. No podía creer por todo lo que había tenido que pasar sólo por haberse enamorado. A cada segundo estaba más convencida de que ese

hombre, al que tenía prohibido llamar papá, era uno de los seres más malignos que había existido en el mundo.

—Nuestro padre es un tumor que debemos extirpar para poder vivir en paz —concluyó Frida sin apartar la mirada de los ojos de su hermana.

—Lo sé. Y eso es lo que vamos a hacer.

—Debería irme. No es prudente que nos vea juntas durante mucho tiempo o sospechará.

—Tienes razón. Frida —la llamó Ciara antes de que la chica abriera la puerta—, me alegro de haberte encontrado y, creo que, hablo en nombre de mamá cuando te digo que estoy muy orgullosa de ti y de que seas mi hermana.

El labio inferior de Frida tembló sin control al tiempo que las lágrimas brotaban de sus ojos como cataratas. La científica corrió hacia su hermana y la abrazó con fuerza mientras le empapaba el hombro de la camiseta con las lágrimas.

—Gracias —sollozó la chica.

Frida respiró hondo para calmar un poco todos los sentimientos que tenía a flor de piel y se marchó hacia el laboratorio para ver a Antonella, su sobrina.

—Ciara —la llamó Volker cerrando la puerta aún invisible—. He avisado a Will y Miguel ya sabe dónde estamos. Sigue con tu papel hasta que nos avisen que están aquí.

La chica no podía hablar. Asintió dedicándole una sonrisa. Esta vez no fallaría. Extirparía el tumor de una vez por todas.

Dagobert se sentó en la silla del comedor, enfrente de su hija Ciara con una sonrisa satisfecha en los labios.

—Pareces contento —advirtió la chica cortando un trozo de su filete.

—Lo estoy. Al fin puedo estar tranquilo de que mis experimentos no caerán en manos equivocadas y, de camino, me he resarcido de mi error al dejar que ese hombre entrara en el proyecto —contestó su padre dando un bocado a su filete.

La expresión del rostro de Ciara no cambió ni un ápice, aunque por dentro estaba revolviéndose. Quería saltar sobre el cuello de aquél reptil, sentir cómo se le partía entre sus manos. Pero no podía, debía ser paciente, esperar

el momento oportuno para matarlo como era debido, como se merecía aquella escoria.

El corazón le dolía al pensar en todo el daño que esa alimaña les había causado a todas ellas. A su madre, sus tías, sus hermanas, su marido, su hija y, por supuesto, a su hermano Piero. Él había sido su primera víctima mortal en toda aquella historia. Él, un inocente. Aunque, según diría su padre, sólo era un daño colateral.

Las tripas se le habían revuelto cuando la serpiente se lo había comentado como si nada. Estaba claro que a aquél hombre no le importaba nadie, sólo él mismo. Ciara se había quedado impasible mientras su padre le contaba las atrocidades que había hecho en todos aquellos años. Todo un siglo de malvados planes y experimentos llevados a cabo por ese psicópata que encontraba placentero el simple hecho de torturar a alguien.

La estridente risa de su padre atrajo a Ciara a la realidad. Le dedicó una sonrisa como si estuviera de acuerdo con él y terminó de cenar.

—¿Cuál será mi próxima misión? —le preguntó para cambiar un poco de tema.

—No tienes ninguna. Debemos dejar unos días antes de ir a por el siguiente. Hay que dejar que las aguas se calmen.

—Claro. Me voy a descansar. Hasta mañana, papá —esa palabra hacía que su garganta ardiera. No le gustaba nada pronunciarla, pero debía seguir con su papel. No podía dejar que sospechara.

—Hasta mañana, *tochter*.

Ciara salió del comedor y corrió hacia su habitación. Respiró hondo controlando la rabia, la furia y su instinto asesino para no matar a su padre en aquél preciso instante.

—¿Estás bien? —quiso saber Volker desde el sillón.

Ciara asintió tragándose el nudo que tenía atascado en la garganta y se dirigió a la cama para tumbarse.

—¿Has dormido algo? —le inquirió la chica llevándose las manos a la cara.

—Un poco.

—¿Crees que tardarán mucho en venir?

—Pues, la verdad, no lo sé. No he conseguido saber dónde estamos, pero sí que Miguel lo vea.

—Bien.

Los ojos de Ciara se cerraron poco a poco quedándose dormida en menos de dos minutos.

Volker se llevó la mano al oído apretando el botón del auricular.

—Will, ¿cuánto tardaréis en llegar?

—No lo sé, depende de los vuelos. Por desgracia, ninguno podemos volar. ¿Por qué? ¿Ocurre algo? ¿Mi esposa y mi hija están bien? —lo interrogó preocupado, sentado impotente en una cafetería del aeropuerto.

—Tranquilo, están bien. Ciara está impaciente por verte.

—No tanto como yo —respondió Will con una sonrisa y dejando que la tensión de su espalda desapareciera.

—¿Ylva está cerca de ti?

—Sí, a mi lado. ¿Quieres hablar con ella?

—¿Lo dudabas?

Will sonrió de nuevo quitándose el auricular para entregárselo a la chica.

—Hola, *Himmel* —le dijo Ylva con una sonrisa de oreja a oreja. Había estado intranquila al no poder escuchar su voz y casi no había podido dormir sin sentir su cuerpo contra ella.

—Estoy deseando verte. Me haces mucha falta —le confesó Volker enamorado.

—Yo también a ti, pero ya no queda mucho. No te expongas. No quiero encontrarte malherido cuando llegue —el estómago de la chica se revolvió al pensar en aquella posibilidad—. Te quiero.

—No más que yo a ti —contestó el hombre antes de cortar la comunicación.

Era la primera vez que echaba tanto de menos a alguien en toda su vida.

Capítulo 34

Ya eran las tres de la madrugada y Frida no podía dormir. Cada uno de sus pensamientos estaba dirigido para aumentar su odio hacia el padre que le había arrebatado todo, incluida su vida. Se levantó de la cama y salió de la habitación con mucho cuidado. Recorrió el pasillo hacia el laboratorio y se quedó observando a Antonella que dormía plácidamente en la cuna. Le acarició la mejilla con suavidad para no despertarla y le dedicó una sonrisa llena de lágrimas. Se las enjugó con las manos y se sentó enfrente de su ordenador.

Estaba inmersa en su lectura cuando sintió que alguien le inyectaba algo en el cuello. Pudo mirar hacia atrás para ver la cara de su padre que reflejaba rabia por cada poro de su piel.

—Estoy muy decepcionado contigo, *tochter* —le dijo Dagobert agarrándola cuando cayó dormida.

La levantó con dificultad, se hizo invisible y se la llevó hacia las mazmorras. La ató en las cadenas que colgaban del techo de piedra, se acercó hacia los cachivaches que estaban en un panel de metal y cogió un látigo de cuatro ganchos curvados en los extremos. Cortó la camiseta de algodón blanca que la chica llevaba puesta y comenzó a fustigarla con furia.

—Nadie me traiciona y sale impune —murmuró mientras lanzaba el látigo contra la espalda desnuda de su hija.

Frida despertó con un dolor y escozor horrible en la espalda y las muñecas. La cabeza le palpitaba. Intentó llevar su mano hacia su cabeza, pero no pudo. Algo se lo impedía. Miró hacia arriba y se quedó sin respiración cuando se vio atada a las cadenas del techo y la camiseta desgarrada y ensangrentada por la espalda. “¿*Qué ha pasado?*”, se preguntó conteniendo las lágrimas en sus ojos.

—¿Qué hago aquí?! —gritó con miedo. Esperó una respuesta, pero no hubo nada. Nadie podía oírla en aquella mazmorra que ella misma había ayudado a construir. ¿Por qué estaba allí?

La puerta de hierro de la mazmorra se abrió dejando paso a Dagobert vestido totalmente de negro y una sonrisa malévolamente en su delgado rostro. El

hombre se acercó hasta los cachivaches para coger una mordaza y tapar la boca de Frida cuando la chica abrió la boca para gritar.

—No, *tochter*. Has cumplido con tu cometido, por lo que te dejo en libertad... o casi —le explicó el científico con una gran sonrisa maquiavélica reflejada en su demacrado rostro.

Frida intentó gritar, que las palabras salieran de su garganta, pero sólo conseguía balbucear.

Dagobert salió de la mazmorra cerrando la pesada puerta con un candado y dejando a la joven sola y a oscuras en aquella fría y húmeda estancia.

Will no dejaba de moverse de un lado a otro de la sala de espera del aeropuerto. El avión salía con retraso y no parecía que se solucionase muy pronto. Llevaban allí horas esperando a que algún vuelo despegara hacia Checoslovaquia, pero no había ninguno directo. Debían hacer escala en Alemania y después coger otro hasta la capital. Desde allí, Edith podría llevarlos a toda velocidad sin ser vistos por nada ni nadie hasta la montaña, pero debían salir cuanto antes.

Los minutos pasaban y la paciencia se le esfumaba a cada segundo.

—¿Podrías sentarte? Me estás mareando —le pidió Francesca sentada en una de las incómodas sillas azules de la sala de espera del aeropuerto.

—Y a mí nerviosa —añadió Carmen leyendo una revista.

El comisario las miró con cara de pocos amigos, pero tenía razón. Caminando de un lado a otro no iba a hacer que el avión despegara antes. Se sentó en la silla, pero las piernas no dejaban de moverse.

Ciara se despertó casi entrado el mediodía. Se levantó de la cama de un salto y salió de su habitación directa hacia el laboratorio. Estaba segura de que Frida estaría allí junto a su hija, cuidándola mientras ella no podía. Entró en el laboratorio cuando las puertas se abrieron y se quedó parada. Frida no estaba allí y había un tubo de ensayo hecho añicos en el suelo. Se acuclilló delante de lo que quedaba del tubo, olió la sustancia y reconoció el amargo sabor del sedante.

—¿Qué ha pasado aquí? —se preguntó en un susurro.

Su mirada se volvió hacia la cuna de Antonella, se levantó con rapidez y corrió hacia ella. Suspiró aliviada cuando vio el pequeño cuerpecito de la niña en la cuna. Estaba despierta y movió los brazos y las piernas con energía y alegría cuando la vio. Ciara extendió los brazos hacia ella y la cogió mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Buenos días, *principessa* —murmuró besando la frente de su hija.

Escuchó unos pasos detrás de ella cuando la puerta se abrió, borró la sonrisa de su boca y se dio la vuelta despacio. Delante de ella estaba Dagobert junto a Hans que no dejaba de mirar a su alrededor como si buscara algo o alguien.

—¿Qué haces aquí y sosteniendo a esa niña? —le preguntó su padre con los ojos entrecerrados.

—Venía a ver a Frida. No la he encontrado y la niña estaba llorando, así que la he calmado —contestó Ciara sin perderse ningún detalle sobre Hans que parecía intranquilo.

—Señor, Frida no está por ninguna parte —le dijo Franz entrando en el laboratorio.

La expresión de Dagobert no cambió para nada, como si lo que le pasara a aquella mujer no le importara. Y, así era. No le importaba en absoluto.

—¿Qué más da dónde esté? Os quiero a los tres en el comedor. Tenéis trabajo —Dagobert se dio media vuelta y salió del laboratorio encaminándose hacia el comedor.

Franz lo siguió mientras Hans seguía observando, ahora con más detenimiento. Entrecerró los ojos cuando vio el tubo de ensayo roto en el suelo.

Ciara lo miró entendiendo aquella mirada. La conocía, la había visto muchas veces en los ojos de su marido. La chica dejó a la niña en la cuna, encendió el móvil enganchado a un flanco de la cuna y se dio la vuelta para ver al hombre acucillado delante de los trozos del tubo.

—Es un sedante —le dijo Ciara acercándose despacio a él.

El semblante serio del hombre estaba en tensión.

—La quieres —afirmó ella en alerta.

Hans agachó la mirada escondiendo la lágrima rezagada que bajaba por su

mejilla.

—¿Dónde está? —le preguntó la chica con cautela. No estaba segura de si él cooperaría o si podría confiar en él, pero debía intentarlo por su hermana.

—Están en la entrada —la avisó Volker susurrando en su oído.

—Hans, la matará si no la salvamos —continuó Ciara.

Volker agarró a la niña entre sus brazos, haciéndola desaparecer con él y llevándosela hacia la habitación de Ciara.

—Will, Antonella está en la primera puerta a la izquierda. La serpiente en la segunda puerta a la derecha —le informó Volker arrojando a la niña en la cama.

—¿Hay guardias? —preguntó el comisario por el auricular.

—Ya no. Sólo hay un hombre con él que podría ser una amenaza.

—De acuerdo.

Ciara se acercó un paso más hacia Hans. Parecía abatido.

—Debe de estar en las mazmorras —contestó al fin el hombre levantándose y echando a correr hacia la habitación de su señor.

Ciara lo siguió esperando que aquello no fuera una trampa y entró por el pasadizo detrás de una estantería que llevaba a un nivel más abajo. Bajaron por el pasadizo hasta llegar ante una puerta de hierro cerrada con candado. Hans la abrió de una patada, rompiendo el candado con el golpe y entraron en una estancia oscura ataviada con varias celdas. Al fondo, colgada de las muñecas por unas cadenas del techo, estaba el cuerpo de una mujer con la espalda al descubierto e inconsciente. El hombre la observó con la cara desencajada y corrió hacia ella agarrándola por la cintura con una mano para que su peso no le hiciera más daño en las muñecas. Ciara rompió las esposas con sus propias manos y dejó que Hans acunara a su hermana durante unos segundos. Las lágrimas empapaban el rostro del hombre al notar las heridas y la sangre de la espalda de Frida.

—Tranquilo, se recuperará —le dijo la chica pensando en James. Él podría curarle las heridas sin problemas.

Edith entró en la cueva dirigiéndose hacia la puerta que Volker le había indicado que estaba su padre. Cruzó hacia la estancia por debajo de la rendija y dejó a sus hermanas posicionadas a los flancos de ambos hombres.

Dagobert estaba sentado en la silla con la información de Ricardo, James, Volker, Frederick, Kenneth y Miguel encima de la mesa.

—¿Por qué tardan tanto? —le preguntó a Franz esperando a que Ciara y Hans aparecieran por la puerta.

—No lo sé, señor.

La sombra de Edith se desvaneció de sus hermanas dejándolas visibles, pero guio dos sombras hacia los dos hombres que la observaban sorprendidos. Ambos estaban paralizados por la chica y expuestos a que las otras cinco hicieran lo que quisieran con ellos.

—Buenas tardes, padre —saludaron todas al unísono.

—Hijas mías, os he echado de menos —contestó Dagobert con una sonrisa un poco nerviosa.

—Nosotras a ti también. Y hemos pensado mucho en ti —le dijo Julia con tranquilidad.

—Vaya. Me siento halagado. No soy merecedor de tanto amor.

—Tienes toda la razón —Ylva le puso la mano en la boca a Franz y éste cayó al suelo dos segundos después convulsionándose.

—¿A qué debo vuestra visita? —quiso saber el hombre intentando zafarse del agarre de la sombra.

—Hemos venido a matarte. Está visto que no viviremos en paz mientras tú sigas con vida —respondió Yurika sentándose en la silla, al lado de él.

—Eso no es necesario, *tochter*. Siempre he querido lo mejor para vosotras... —empezó a decir el hombre.

—¿Querido? Papá, tú nunca has querido a nadie —bufó Yolanda sentada al otro flanco de él.

—Os he querido. A mí manera, pero os he querido.

—Esa manera no nos vale.

—Intentaré cambiar. Lo prometo.

—No. Se acabaron tus oportunidades. Se acabaron tus fechorías, tus

maldades, tus asesinatos —Julia agarró el cuello de Dagobert haciéndole entrar un poco en calor mientras su fuego se extendía por él.

—Chicas, soy vuestro padre, el hombre que os dio la vida. ¿Tan insensibles os he hecho que no os importa matar a vuestro padre? Sangre de vuestra sangre —el científico ya casi no tenía argumentos para salir de aquella situación.

—En ese caso lo haremos nosotras —dijo Carmen entrando en el comedor seguida de Darya, Aina, Virginia, Henriette y Tamako.

—¡Qué sorpresa! Hacía años que no os veía, queridas —exclamó el hombre observándolas a todas. La voz comenzaba a temblarle a causa del miedo que crecía dentro de él.

—Desde que intentaste matarnos y tuvimos que escondernos sin poder ver a nuestras hijas —escupió Tamako con desprecio y odio.

—Qué exageradas. Podíais verlas cada vez que queríais, pero no quisisteis.

—Deja de hablar. Cada palabra que sale de tu boca es otra mentira más en tu larga lista —le ordenó Henriette dándole una colleja en la cabeza.

—Acabemos con esto de una vez, estamos perdiendo el tiempo —se quejó Ylva tapando la boca de su padre con la mano.

—La paciencia nunca ha sido su virtud —dijo su madre apoyando los brazos en la mesa.

—Espera, quiero que responda a una pregunta más —la detuvo Edith cruzando los brazos—. ¿Por qué? ¿Por qué todo esto?

—Porque me pagaban bien cuando mis padres eran pobres como una rata. Yo quería poder, quería vivir mejor que mis padres y el ejército me dio la oportunidad, sobre todo cuando Hitler llegó a gobernar Alemania. Él vio mi potencial y me llenó de oro —contestó Dagobert encogiéndose de hombros.

—Dinero. Todo por dinero. Hemos sufrido todos estos años, largos y horrorosos años por dinero, por tu codicia, por tu ambición —el odio de Edith se reflejaba en su voz.

Su padre asintió con una sonrisa, lo que hizo que la poca paciencia de Ylva desapareciera en un abrir y cerrar de ojos. La chica dejó que el letal humo saliera de su mano que entrara en el cuerpo de su padre haciéndolo convulsionar y morir en cinco segundos.

Todas suspiraron aliviadas quitándose un gran peso de encima. El tumor

por fin había sido extirpado.

Salieron del comedor para encontrarse con Ciara y un hombre que llevaba en brazos a una chica empapada en sangre. Todas abrazaron a Ciara y Edith preguntó:

—¿Quiénes son?

—Hans y Frida, mi hermana melliza. Después os lo cuento —señaló la chica al ver las caras de sorpresa de todas las mujeres—. ¿Dónde está James?

—En esa habitación —le dijo Yolanda señalando a la habitación de ella.

Ciara guio a Hans a la habitación y buscó a James con la mirada.

Will se levantó de la cama en cuanto su esposa entró en la estancia, la abrazó absorbiendo su aroma y besándola con pasión. Nunca se había sentido tan vacío en su vida.

—*Ti amo, amore*. Después te besaré, abrazaré, acariciaré y te haré el amor, pero ahora necesito a James —le espetó Ciara apartándose a regañadientes de él—. James, cúrala, por favor —le pidió al médico mientras Hans dejaba a Frida encima de la cama junto a Antonella.

—¿Quién es? Y, ¿qué le ha pasado? —quiso saber el médico sentándose para buscar el pulso de la chica.

—Es mi hermana melliza. Mi padre le ha fustigado con un látigo —respondió Ciara cogiendo a su hija y la mano de su hermana.

Los rostros de todos eran de asombro. “¿*Hermana melliza?*”, pensaron todos.

Francesca se acercó a Ciara con las lágrimas en los ojos. No podía ser cierto. ¿Cómo iba a ser posible?

—*Amore*, ¿cómo sabes que tuviste una melliza? —le preguntó con la garganta seca y atascada por la congoja.

—Lo he visto. Y no murió. Dagobert te dijo que murió porque no nació como él quería y le hizo pruebas. La encerró sola y la mantuvo cautiva todo este tiempo, sin que ninguna pudiéramos verla —le explicó Ciara sintiendo las manos de su madre en sus hombros mientras se agarraba con fuerza para no caerse redonda al suelo.

—Puedo curarla, pero necesito el material para una transfusión —informó James mirando a Ciara.

Hans salió de la habitación a toda velocidad, entró en el laboratorio y cogió agujas, gomas, algodón, alcohol y más cosas que ni siquiera conocía; y regresó junto a Frida. Dejó todas las cosas encima de la cama y le preguntó:

—¿Te falta algo?

James observó todos los artefactos y cogió lo que necesitaba.

—Está todo —contestó el médico preparándose para hacerle la transfusión a aquella chica.

Introdujo las agujas en el brazo de ella y en el de él, quitó las gomas que había anudado por encima de los codos y la sangre comenzó a fluir por el tubo hasta entrar en el riego sanguíneo de la chica.

La transfusión finalizó unos minutos más tarde y los ojos de Frida se abrieron poco a poco mirando a su alrededor desorientada.

Hans se sentó en el sitio que había estado ocupando James segundos antes, cogió la mano de la chica y le acarició el pelo negro azabache con delicadeza.

—¿Cómo te encuentras? —le inquirió Hans con una voz cálida y aterciopelada.

—Rara —contestó Frida con la boca seca.

Una sonrisa se dibujó en los labios del hombre, aliviado porque ella estuviera bien. Sin poder contenerse la pegó a su cuerpo y la abrazó con fuerza.

Los ojos de Frida se abrieron de par en par por aquel abrazo que no había esperado nunca, aunque sí soñado muchísimas veces. Miró a su izquierda y vio a Ciara con una gran sonrisa y con Antonella en sus brazos.

—Hola, hermana —la saludó la chica con algunas lágrimas resbalando por sus mejillas.

Frida observó todas las caras a su alrededor que la observaban con extrañeza y detenimiento, hasta que sus ojos marrones se posaron en la mujer de pie, detrás de su hermana. Tenía sus ojos verde jade rojos por el llanto.

—Hermana, ella es Francesca, nuestra madre —la informó Ciara levantándose de la cama para dejarle espacio a la mujer.

Francesca tomó asiento, cogió la mano de su hija que creía muerta y se abrazaron con los ojos anegados en lágrimas.

—Mamá —sollozó la chica sin poder dejar de llorar.

—Deberíamos dejarlas a solas —propuso Will agarrando a su esposa de la cintura y guiándola hacia el pasillo seguido de todos los demás—. No sabía que tenías una hermana melliza —le dijo el comisario a su mujer besando la cabecita de su hija que dormía en brazos de su esposa.

—Yo tampoco hasta ayer.

—¿Por qué no la conocías? —quiso saber Edith con curiosidad.

—Bueno, fue una mentira más de nuestro padre.

—Ya no nos podrá hacer más daño —informó Ylva agarrándose a la cintura de Volker.

Cuando Frida ya se sentía mejor y, ella y Francesca se habían puesto al corriente de todo, Edith los convirtió a casi todos en sombras y bajaron de la montaña hacia un prado verde en la falda de la montaña.

Hans se transportó, llegando en menos de un segundo con Frida entre sus brazos. Edith apareció delante de ellos estupefacta porque aquél hombre hubiese llegado antes que ella.

—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó la chica casi con indignación.

—Mi don es la transportación —contestó el hombre encogiéndose de hombros.

—Ya podrías haberlo dicho antes y hubiera ahorrado energía —se quejó Edith gesticulando con las manos exageradamente.

—Tranquila, Sombrita. Tendríamos que haber preguntado —la calmó Ricardo agarrándola de la cintura y dejándole un beso en los labios.

—Vale, ya estoy más calmada —la chica se relamió los labios y obligó a su corazón a latir más despacio—. ¿Puedes llevarnos a todos? —le inquirió a Hans.

El hombre asintió. Todos lo rodearon cogiéndose de las manos y Hans los llevó hasta el linde del bosque alambrado donde se alzaba la montaña Luyian.

—Vaya, ha sido interesante —dijo Yolanda impresionada.

—¿Os quedáis a cenar? —quiso saber Carmen mirando a todos los presentes.

—Sí. Mañana regresaremos a nuestras vidas. Supongo que tendremos que buscarnos una casa, ¿verdad, Sombrita? —Ricardo atrajo a Edith a su cuerpo y le dejó un beso en la punta de la nariz.

—¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo, Chispitas?

—No, te estoy pidiendo, a mí manera, que te cases conmigo.

Edith se lanzó a sus brazos rodeando su cintura con las piernas y besándole con pasión.

—Lo tomaré como un sí —pudo decir el hombre mientras la chica le dejaba besos por todo el rostro y el cuello.

—*Dotter*, espera a estar en una habitación para comértelo —le advirtió Aina a su hija mirando hacia la espesura del bosque con incomodidad.

Ricardo y Edith sonrieron y la dejó en el suelo de hojarasca sin soltar su cintura.

—Vamos a cenar con tranquilidad y a dormir a pierna suelta —propuso Carmen saltando la alambrada de tres metros de alto y corriendo hacia la montaña, adentrándose en el bosque.

—No sé por qué me sorprende de que pueda saltar esa altura sin problemas —dijo Will cogiendo a Antonella cuando Ciara se la entregó.

—Necesito estirar las piernas, *amore*. Nos vemos arriba —le dejó un beso a su marido en los labios, otro a su hija, les dedicó una sonrisa retadora a sus hermanas y saltó la alambrada con facilidad.

—Me parece que tiene ganas de una carrera —sonrió Ylva besando a Volker y siguiendo a su hermana a toda velocidad.

Yolanda, Larisa, Julia, Yurika y Edith las imitaron, desapareciendo en el frondoso follaje de tonos verdes seguidas por las miradas incrédulas de los hombres.

—¿Nos llevas? —le preguntó Kenneth a Hans que no había soltado a Frida.

—Apareceremos en su habitación —les anunció señalando con la cabeza a Will.

—Da igual, mientras estemos dentro de la cueva.

Agarraron los brazos y hombros del hombre, llegaron hasta la habitación en milésimas de segundos y Will dejó a Antonella en la cuna.

—Frida, ¿tienes fuerzas para caminar o prefieres descansar? —le preguntó el comisario arrojando a su hija.

—Puedo caminar.

Salieron de la habitación en el momento en que las siete hermanas entraban por la abertura ovalada de la cueva con las mejillas coloradas y la respiración un poco entrecortada.

—¿Has estirado las piernas, cariño? —el comisario atrajo a su esposa hacia él y la besó con dulzura, saboreando su aroma.

—Sí, *amore*.

La cena había sido exquisita y, aún más, cuando podían saborearla con deleite todo el tiempo que quisieran. Cada uno se había ido a descansar con total tranquilidad a sus respectivas habitaciones, excepto Darya, que se trasladó junto a Carmen para ceder su dormitorio a Frida y Hans.

Ciara se acercó a la cuna para echarle un vistazo a su hija que seguía dormida después de haberse tomado un biberón, la arrojó con cuidado y sintió las manos de su marido acariciando con suavidad, casi en un roce, su cintura y subiéndolo por sus costillas hacia sus pechos. La chica apoyó la cabeza en el hombro de su marido con los ojos cerrados y el cuerpo temblándole por la excitación.

—Me he vuelto loco al no saber dónde estabais —le susurró Will dejando que su cálido aliento recorriera el cuello de su esposa causándole un escalofrío que le erizó el pelo de la nuca.

—Lo siento, no lo vi venir —se disculpó Ciara lanzando un leve gemido cuando la punta de los dedos de Will rozaron su erecto pezón.

—Os he echado mucho de menos.

—Y nosotras a ti.

La chica se dio la vuelta entre los brazos del comisario, rodeó su cuello con los brazos mientras él la levantaba y las piernas de ella le apresaban la cintura pegándola a ella. Sintió la urgencia del comisario y posó sus labios llenos en los de él, demostrándole la misma necesidad.

El comisario caminó hacia la cama, la tumbó deshaciéndose de la ropa de ambos en segundos y la penetró lentamente, condenadamente lento. La espalda

de Ciara se arqueó con un jadeo cuando por fin él entró completamente en su interior, llenándola y volviéndola loca con su ritmo pausado.

—*Amore* —su voz era una súplica, un ruego.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Will al escuchar aquel apelativo en italiano con el que ella le llamaba. La había echado tantísimo de menos. La embistió con fuerza sin apartar la vista del rostro de su esposa. Era preciosa. Inclino la cabeza hacia sus labios y ahogó el jadeo de ella en su boca.

—Te amo —le dijo el comisario con una mirada enamorada en sus ojos turquesa.

Las manos de Ciara se aferraron a la espalda de su esposo cuando su cuerpo tembló al llegar al clímax, se mordió el labio inferior y clavó su mirada jade en los de él.

—Y yo a ti.

Capítulo 35

La noche pasó tan rápido como pasa un segundo en un reloj. Había sido placentera y Ciara y Will estaban, por el momento, saciados el uno del otro.

La chica rozaba el pecho desnudo de su marido con las puntas de los dedos, tumbada en la cama a su lado, mientras Antonella dormitaba tranquila en la cuna. Los labios de la chica se posaron en el pecho, dónde estaba el corazón de él, y le dejó un tierno y suave beso. Los latidos del corazón de Will se aceleraron al sentir el cálido aliento de ella. La pegó aún más a su cuerpo, temiendo que volvieran a arrebatársela de su lado en cualquier momento.

Alguien llamó a la puerta haciendo que los dos se sobresaltaran y que Antonella se despertara.

—El desayuno está listo —les informó Francesca con una sonrisa desde el otro lado de la puerta.

—Ya vamos, mamá —contestó Ciara levantándose de la cama, cogiendo una bata blanca de seda del armario y apoyando a su hija en su pecho mientras su marido se vestía.

La chica consoló a la niña que comenzaba a llorar, meciéndola entre sus brazos.

—¿Tienes hambre, *principessa*? —le preguntó haciéndole carantoñas y besándole la mejilla sonrosada.

—Dámela —le dijo Will cogiendo a Antonella—. Vístete. Te esperamos en el comedor.

Francesca dejó la bandeja con varias tazas más encima de la mesa del comedor cuando Will apareció con Antonella entre sus brazos. La mujer se la quitó para darle el biberón que tenía preparado y el comisario se sentó en una silla sirviéndose un poco de café.

—¿Qué tal habéis dormido? —quiso saber el comisario mirando a todos los presentes y dando un sorbo al líquido negro.

—Mejor que nunca —contestaron todos al unísono y con una gran sonrisa en los labios.

Ciara entró en el comedor ataviada con un pantalón vaquero y una camiseta rosa pálido, se acercó a su madre dejándole un beso en la mejilla y otro a su hermana Frida que estaba sentada a su lado.

—Buenos días a todos —saludó sentándose en el regazo de su marido.

Las tostadas, el café y el zumo no dejaron de entrar descansando sobre las bandejas y después sobre la mesa del comedor mientras las risas y charlas no cesaban.

Ciara dio un sorbo al zumo de naranja y se quedó observando por un momento aquella escena tan familiar. Nunca se había sentido tan feliz y dichosa como en aquel momento. Los ojos verde jade le brillaban emocionados y encantados por aquella sensación tan agradable.

Estaba inmersa en los rostros alegres de todos los presentes cuando vio que la expresión de Yurika cambiaba junto a la escena.

De repente, el fuego, la tierra, el agua y los objetos volaban por la estancia lanzándose hacia los otros, atacándose unos a otros sin piedad.

Los ojos de Yurika se entrecerraron. Lo sentía. Sentía aquella sensación de vacío que se instalaba en ella cada vez que se concentraba para crear una ilusión. Una ilusión. Eso era. Nada de aquella atrocidad estaba ocurriendo, excepto en sus mentes.

Julia se levantó del regazo de Kenneth con una bola de fuego en la palma de la mano. Sus ojos castaños recorrieron toda la sala y se abrieron de par en par cuando algo afilado se clavó en su abdomen con fuerza y salía desgarrándole.

Yurika se concentró y logró acabar con la ilusión creada por otra persona en el momento en que las piernas de Julia fallaban y ésta caía en los brazos de Kenneth que la miraba con el rostro desencajado y los ojos desorbitados. El hombre puso su mano sobre la herida abierta de la chica, apretándola para que la sangre dejara de brotar de ella tan rápidamente.

—Mi vida, ¿qué ha pasado? No se te ocurra dejarme, ¿me oyes? —le advirtió el hombre con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

James se acercó a ella y le taponó la herida con varias servilletas.

—¿Qué está ocurriendo? —quiso saber Yolanda interponiéndose entre James y lo que fuera que les estuviera atacando.

Volker se hizo invisible, observando con atención alrededor de la sala.

Dagobert se movía por el comedor con un cuchillo ensangrentado en la mano. Se quedó parado detrás de Francesca que sostenía a Antonella contra su pecho, protegiéndola. El hombre levantó el cuchillo hasta la cintura de la mujer con una sonrisa malévola en su despreciable rostro. Estaba a punto de asestarle el golpe cuando una fuerte mano lo detuvo.

Volker agarró la mano del científico antes de que lograra clavar el cuchillo en la cintura de Francesca y se hizo visible con él.

—¡Frederick! —le gritó a su amigo sosteniendo al agresor para que no escapara.

El aludido no tuvo que ser advertido una segunda vez. Clavó sus penetrantes ojos azules en los marrones del científico y le causó dolor. Un dolor profundo y constante que le hacía palpar el cerebro como si le fuese a estallar.

—No es posible. Nadie puede sobrevivir a mi toxina —Ylva estaba anonadada, alucinada por lo que veía delante de ella.

—Inventó un antídoto que lo hizo inmune a tus toxinas —le explicó Frida abrazada con fuerza y miedo a la cintura de Hans.

Los gritos de Dagobert resonaron en la estancia haciendo que Antonella comenzara a llorar desesperada. Francesca se alejó del científico llevando a su nieta hasta su hija que la cogió y salió del comedor inmediatamente.

—Kenneth —lo llamó James taponando aún la herida de Julia—. Llévala hasta el sofá. Tengo que hacerle una transfusión.

Kenneth observó el rostro de la chica con los ojos anegados en lágrimas.

—No voy a perderte —le susurró al oído cogiéndola en brazos y llevándola hacia el sofá con rapidez mientras James recogía su maletín de la habitación y regresaba para prepararlo todo.

La respiración de Julia se entrecortaba mientras su corazón se ralentizaba y sus ojos se cerraban con cansancio. Julia agarró la mano de Kenneth con la poca fuerza que le quedaba, clavó su mirada en él y las lágrimas recorrieron sus mejillas como cataratas cuando sentía que la vida se le escapaba.

—Te quiero —murmuró la joven con la garganta atascada por la congoja y la tristeza.

—Y yo a ti. No cierres los ojos, mi vida. Espera unos segundos, por favor.

James necesita hacer una transfusión y después podrás descansar, mi vida —le suplicó Kenneth desesperado.

James introdujo por fin la aguja en la vena de ella y luego en la de él haciendo que la sangre empezara a circular por el tubo hasta llegar al riego sanguíneo de la chica.

Kenneth acarició el pelo rojo como el fuego de ella, enjugándole las lágrimas con los dedos.

—Ya puedes descansar, mi vida. Cierra los ojos —le susurró dejándole un beso en la frente.

Los ojos de Julia se cerraron con alivio y cayó inconsciente. James se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el sofá.

—Cuida de ellos —le dijo Kenneth a Yolanda cuando ésta llegó hasta ellos.

Kenneth le dejó un beso en los labios a Julia, se levantó y se dirigió al comedor. Dagobert estaba atado a una silla con los ojos fuertemente cerrados como si así mitigara el dolor que Frederick le causaba, esta vez más leve, pero con el que no podría usar sus dones y escabullirse.

Todos observaron a Kenneth. Su semblante era serio, furioso, parecía un depredador enfadado. La venganza fluía por sus poros. Clavó sus ojos avellanas en la cara del hombre que podría haberle arrebatado a la mujer que amaba, que le podría haber arrebatado su vida y se acercó a él lentamente mientras sacaba de su bota un cuchillo militar. Acercó la hoja afilada y fría al cuello del hombre y, antes de que el científico pudiera siquiera pronunciar alguna palabra, la hoja del cuchillo cortó su garganta haciendo que la sangre brotara como una fuente.

—A ver si tienes antídoto para esto —le murmuró Kenneth en el oído mientras la agonía de Dagobert casi terminaba.

Kenneth se dio media vuelta entregándole el cuchillo a Will, salió del comedor y volvió junto a Julia. James ya había acabado con la transfusión y ambos descansaban para reponer fuerzas y energías. El hombre se arrodilló al lado de Julia acariciándole con ternura el pelo y le besó la frente.

—Ahora sí se ha acabado —la informó con un suspiro.

Tamako se acercó hasta Dagobert cuando éste exhaló su último aliento, le cogió la mano y, poco a poco, lo congeló. Francesca, Aina, Virginia, Darya, Henriette y Carmen se congregaron alrededor del hombre congelado, se miraron con complicidad y, de pronto, sus puños se lanzaron hasta el hombre haciéndolo añicos.

—Seguro que para esto tampoco tiene un antídoto —observó Darya dándole un pequeño puntapié a un trozo de carne congelada.

—Hay que limpiar este estropicio —dijo Carmen acuclillándose delante de los trozos de hielo, amontonando unos cuantos, cogiéndolos entre sus manos y tirándolos por la abertura de la cueva.

—Listo —contestaron todas al unísono cuando terminaron.

Ciara salió de la habitación con una risueña Antonella en sus brazos y Will se acercó a ellas para besarlas.

—Se acabó —la informó el comisario.

La chica llevó su mirada hacia su hermana Julia. Estaba pálida, casi traslúcida, y con el rostro sudoroso.

—¿Cómo está? —le preguntó a Kenneth cuando Will cogió a Antonella.

—Descansando. James ha llegado a tiempo —respondió el hombre sin apartar la mirada de la mujer tumbada en el sofá.

Esa mujer que se había debatido entre la vida y la muerte hacía sólo unos minutos, era y seguiría siendo, su vida.

Frederick dejó el arma en la bandeja de plástico junto a su cartera y su móvil, se la entregó al guardia que estaba sentado detrás de la ventanilla y entró cuando otro vigilante le abrió la puerta de acero.

Los dos hombres caminaron por el pasillo de la gran mansión hasta llegar a una habitación, que más bien parecía un bunker. El guardia abrió la pesada puerta blindada y la cerró cuando Frederick entró.

En medio de la habitación había un sofá de cuero negro y un hombre sentado en él que leía un libro con tranquilidad y totalmente relajado.

Frederick se acercó al hombre y se sentó a su lado cuando éste le hizo una pequeña señal con la mano sin apartar su mirada negra del libro.

—¿Así que usted sabe el paradero de Larissa Sminov? ¿Qué quiere a cambio de su cabeza? —le preguntó cuando su visita asintió con la cabeza.

—¿Qué puede darme?

—Lo que quiera.

—Diez millones de dólares.

—Hecho. Le daré la mitad ahora y la otra mitad cuando mis hombres hayan acabado con la chica.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —Le inquirió Frederick mirando de reojo cómo el piloto rojo de la cámara de seguridad enfrente de él se apagaba—. ¿Qué le ha hecho esa chica para que la quiera muerta?

—Mató a mi hijo a sangre fría. No sé saldrá con la suya si yo puedo evitarlo.

Frederick asintió con una leve sonrisa en los labios, se levantó del sofá y se quedó de pie delante del hombre.

—Uno de mis guardaespaldas le dará el dinero. Váyase.

—Me temo, señor Petrov, que no voy a poder aceptar su dinero.

Los ojos azules de Frederick se clavaron en los negros de Nikolai Petrov, el mayor mafioso de Rusia y del mundo, y la cabeza de éste cayó haciendo que su barbilla se apoyara en su pecho.

Frederick se puso unos guantes de cuero marrón, levantó la cabeza del inerte cuerpo del mafioso y la apoyó en su mano que descansaba en el brazo del sofá. Se quitó los guantes y llamó a la puerta para que el guardia le abriera. Éste lo dejó pasar y lo guio hasta la salida donde cogió sus pertenencias y se marchó.

El hombre desapareció en una esquina y miró a la pared. La sombra se materializó y Edith le dedicó una sonrisa.

—¿Todo bien? —quiso saber la chica.

—Estupendamente. Vámonos.

Epílogo

Isla Nova. 22 de octubre de 2023.

La fiesta ya había comenzado. El jardín de Ciara y Will estaba lleno de todos sus familiares alrededor de la gran mesa rectangular de hormigón en forma de U. El comisario estaba sentado en uno de los bancos con los brazos abiertos para coger a Antonella en brazos cuando ésta corrió con sus desequilibrantes andares hasta él. Ciara aplaudió a su hija alabando su esfuerzo por correr desde tanta distancia y sin caerse cuando Francesca salió de la casa con dos tartas cuadradas de nata y yema tostada en las manos, seguida de Carmen y Virginia.

Todos comenzaron a cantar el cumpleaños feliz, y Ciara y Frida soplaron las velas con el número 104 después de pedir sus deseos.

—Felicidades, cariño —le deseó Will a su esposa besándola.

Antonella se abalanzó al cuello de su madre con una gran sonrisa en su precioso rostro tan parecido al de Ciara y le dijo con su media lengua:

—Te quiero, mami.

—Y yo a ti, *principessa*.

—Felicidades, amor —le manifestó Hans a Frida besándola y tocando la prominente barriga de ella.

—¡Juntaos todos! ¡Voy a hacer una foto! —gritó Kenneth preparando la cámara para que se disparara sola.

El hombre corrió hasta donde se encontraba Julia sentada con Kevin, su bebé de cuatro meses en sus brazos.

—¡Sonreíd! —exclamó Virginia agarrando la cintura de su hija Yolanda.

La cámara los deslumbró con el flash durante unos segundos. Las ocho parejas se besaron conteniendo la pasión que crecía dentro de ellos mientras Francesca y Carmen se ocupaban de sus nietos y Darya ponía música en la radio.

Will hizo girar a su esposa sobre sí misma, la agarró de la cintura pegándola a él con fuerza y bailando a un ritmo lento la movida canción que sonaba por los altavoces. Incluyó su cabeza hacia el oído de su esposa,

mordiéndole el lóbulo y susurrándole con la voz más sensual y dulce que había podido pronunciar:

—Te amo.

Ciara sonrió encantada, rebosando felicidad por cada poro de su piel. Una felicidad que nunca hubiera creído que llegaría a tener en su vida. Sus ojos verde jade se clavaron en los de su marido y contestó:

—Ti amo, *amore*.

Sobre la autora

Maryah Well es el seudónimo bajo el que se esconde María del Carmen C. Pozo. Nació en Sevilla en 1987.

Desde pequeña inventaba historias, pero no llegaban a salir de su carpeta. No se dio cuenta de que le encantaba escribir hasta que en 2012 decidió mandar su primer relato a un concurso literario, desgraciadamente, no ganó.

El género que más le gusta es la novela de highlanders y la novela romántica y/o erótica, teniendo muy presente a sus autoras favoritas, como son: Megan Maxwell, Christine Feehan, Nora Roberts, Lara Adrian, Elísabet Benavent, entre otras.

En marzo de 2019 publicó su primer libro en Amazon: “Elementales I: Fuego”.

Tiene el título de Auxiliar de Farmacia, aunque no ha llegado a ejercer como tal.

Reside en Sevilla.